

LOS MISTERIOS
DE VIOLETA LOPE II

LAS
PIEDRAS
DEL
FRÍO



NURIA PAGRATIS
CALIGRAMA

LAS
PIEDRAS
DEL
FRÍO

L A S
P I E D R A S
D E L
F R Í O

N U R I A P A G R A T I S



Índice

[Las piedras del frio](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

Capítulo 28

Sinopsis

Violeta viaja a Praga para visitar a su amiga Flor. Ambas acaban envueltas en un asunto turbio de robos y asesinatos relacionados con unas piedras muy especiales.

La inesperada llamada telefónica de una amiga de la infancia remueve la vida de la señora Lope. Hace años que no se ven, pero ahora le ruega encarecidamente que vaya a visitarla. Sin más detalles, la dama de los Pirineos inicia un viaje a la ciudad Centroeuropea de Praga. Allí le son reveladas las razones de tanta inquietud y se ve implicada en una serie de acontecimientos fatales y misteriosos que giran en torno a la enigmática figura de Ladislav Mendel, un político checo retirado y exmarido de su amiga. Ivana Mendel, la hija de ambos y una acreditada abogada de la ciudad, comparte con preocupación los sucesos que la enfrentan a su realidad personal.

A Violeta la arrastran a descubrir el secreto mejor guardado de la historia checa. Este entretenido y emocionante libro se lee como un guion. Nuria Pagratis sumerge al lector en una trama de ritmo absorbente que seduce hasta el final.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Las piedras del frío

Los misterios de Violeta Lope II

Segunda edición: noviembre 2018

ISBN: 9788417447342

ISBN eBook: 9788417447953

© del texto:

Nuria Pagratis

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis hijos, Marco y Mateo

Capítulo 1

El sentido común es la cosa que todos necesitan, pocos lo tienen y ninguno cree que le falte.

Benjamin Franklin (1706-1790)

Los años, cuando se aprovechan bien, dejan un lustre de sabiduría en las personas. Violeta Lope los había aprovechado bien. Verla era como mirar a una maga del tiempo, una Andrómeda mística y mítica. Conservaba la esbeltez de su juventud y la sonrisa de ardilla que tenía desde niña, algo que suavizaba su imagen de mujer dura y legendaria a la que hay que tomar en serio. En Violeta todo eran rasgos naturales, o si se quiere decir de otra manera, su imagen era como uno de esos jardines ingleses de libro donde todo parece natural, obra de la naturaleza. Y, sin embargo, detrás de cada flor y de cada arbusto está la mano sabia e inteligente de jardineros y arquitectos que lo han planeado todo y han sabido engañar al ojo humano gracias a su buen hacer y su experiencia.

Pero, para que quede claro y no haya lugar para la confusión, la señora Lope no era una mujer de gimnasio y bistrú, sino una dama de paseos y museos. Su historia estaba llena de recuerdos animados y viajes inesperados que habían perfilado su vida paso a paso. Ahora vivía en el pequeño hotel de su propiedad, en un pueblecito de los Pirineos llamado Bolví, rodeada de vecinos sin pretensiones y genuinamente humanos.

En el pueblo todos la conocían como la señora Lope, la dama española que había empezado su vida en el lugar regentando un sencillito hostel de tres habitaciones. Ahora, años después, era dueña del único palacete modernista del pueblo y alrededores y lo había convertido en un confortable y elegante hotel donde todo el mundo era bienvenido, especialmente sus amigos de Bolví, un heterogéneo grupo de aldeanos a los que quería mucho porque ella era una más.

Cada fin de semana se reunían en el salón del hotel, rodeados por un mobiliario suntuoso y de mucha calidad en sintonía con el estilo del palacete

modernista. A todos les encantaba dejar por una tarde sus casas austeras menos dadas a los lujos y acomodarse en poltronas de madera noble finamente talladas y confortables asientos tapizados con cálidos y vistosos tejidos. Todos disfrutaban, era un placer sin límites, fuera de lugar y lejos de cualquier tiempo vivido por ellos. La gran chimenea de piedra con enormes esfinges esculpidas a ambos lados y el fuego chisporroteando en el centro anunciaba la magia de las tardes de sábado.

Allí se reunían el señor Grand, un jubilado y aventurero de salón, que recordaba todas las fechas imposibles de memorizar y les ayudaba a comprender mil cosas. La señora Remedios y su marido Rufino, una graciosa pareja de las que dura para siempre, esas parejas cuyos miembros no pueden vivir juntos y morirían si alguna vez los separaran. La señora Raflettete, la vecina más chismosa del pueblo, siempre con noticias frescas. Y la joven Cordelia, que desde hacía unos meses acudía a la tertulia muy bien acompañada. Había otros contertulios que iban y venían como las estaciones del año, pero el núcleo del átomo era compacto.

Sentados y jugando a estar en Versalles tomando un pisco, los vecinos de Bolví intercambiaban noticias y sentimientos, unas veces locales y otras veces planetarios. Se hablaba del tiempo, del amor, de la adquisición de un tractor, de delitos y faltas, de la salud, del arte, de la existencia humana, de geografía y de las familias y otros animales. A veces todo mezclado, a veces por separado, entre risas o a media voz, dependiendo de la gravedad del asunto o del humor de Rufino ese día.

De lo único que no hablan era de economía. En una ocasión, un buen cliente del hotel, un banquero de una megaciudad cercana, intentó colarse en una de las tertulias y fue un completo desastre. Fue como meter un zorro en el gallinero. Nunca más. Hubo algo de perverso e inquietantemente simplista en sus comentarios que heló la sangre a todos los parroquianos aquella fatídica tarde.

Precisamente esta tarde, Cordelia, la más joven del grupo, recordaba al banquero y decía que incluso un político podía ser más espontáneo e interesante. El señor Grand se llevó las manos a la cabeza.

—¡Santa inocencia! Cordelia, los políticos son peores. Díselo, Giacomo, tú que vienes de Italia. Explícaselo.

Giacomo era la nueva incorporación a la tertulia de los sábados. Era oficialmente la pareja de Cordelia. Ella estaba enamorada de su cartero italiano, el chico que conoció en Sicilia durante el viaje que hizo con la señora Lope. Y él la siguió hasta los Pirineos porque comprendió que ella sería la mujer de su vida.

Mucha gente en el pueblo había pronosticado un final rápido a la relación de Giacomo y Cordelia: «Este chico no aguantará un invierno aquí en el pueblo. Después del frío helado seguro que se va». Sin embargo, no fue así, ya era el segundo invierno que pasaba en los Pirineos. Los lugareños no salían de su asombro. Pocos sabían que Giacomo era del norte de Italia y se había criado cerca de Milán. Allí también saben lo que es el frío hibernal. Y lo que es más importante, en casos así, no hay mejor estufa que la del amor.

Los dos participaban y se divertían de lo lindo en aquellas reuniones. Era entrar en otra dimensión vital, salir de uno mismo e introducirse en universos que a veces resultaban surrealistas y a veces, deslumbrantes.

—Pues yo estoy con usted, señor Grand. Prefiero estar dos horas entre mis cabras que un minuto en compañía de uno de ellos. Y un minuto es mucho para ellos, porque es tiempo suficiente para que puedan mentir varias veces, mirándote a los ojos y sonriendo.

Remedios, la mujer de Rufino, se sirvió una copita de un licor aromático de color rosa ya que veía a venir a su marido. El hombre se las había tenido con un político local por unas tierras donde él dejaba pastar a sus queridas cabras. Unas tierras que no eran suyas, pero que tanto su padre como su abuelo, como otras tantas generaciones anteriores, habían tenido el derecho de pastar en esa pradera, en la ladera de una montaña próxima al pueblo. El ambiente se caldeó, ni se notaba que era un día frío de otoño.

—Deja ya este tema, Rufino. Seguro que tienes la presión a veinte. Ya sabes que el médico te dijo que tienes presión psicológica. —Remedios intentó cambiar de tema—. Hablando de animales. ¿Saben que tengo una gallina con la enfermedad de Menkel?

—¿Y esto es serio? Por el nombre parece que a la pobre gallina no le quede nada más que morir. —Giacomo miraba a Cordelia que estaba hablando con la señora Lope.

—Pues así es, querido Giacomo.

—Un buen Menkel les daría yo esos politicuchos de pueblo que piensan que ser político es un oficio.

Rufino era un pastor sagaz, de pocas palabras pero valiente, no se mordía la lengua cuando tenía algo que decir.

Por suerte, la discusión tomó otros rumbos después de algunas frases a voces. De todas formas, Rufino se sirvió otra copa de brandy a espaldas de su mujer. Ella, que lo había calado hacía ya muchos años, miraba al joven italiano que estaba sentado en el sofá a su lado con las piernas cruzadas como un indio. Se había quitado las botas y dejado al descubierto unos gruesos calcetines de lana. La mujer movía la cabeza arriba y abajo como diciendo «Lo que hay que aguantar», y después miró a Cordelia pensando «Lo que te espera, niña».

—¿Conocen a Enrique, el cura rojo, lo llamaban? —preguntó la señora Rafilettete a los presentes.

—Sé quién es, sé quién es... Su hijo se llama igual que el padre Enrique, vive muy cerca de mi casa y está soltero. Un buen hombre donde los haya, pero habla muy despacio... —apostilló Remedios. Iba a continuar, pero la señora Rafilettete se adelantó.

—Hace ya muchos años que se jubiló. Es muy mayor. Muchos de los hombres del pueblo saben leer y escribir gracias a él. Después de la guerra no había escuelas en los pueblos como el nuestro y él venía por las noches y enseñaba a los niños que andaban todo el día trabajando en el monte cuidando las vacas y las ovejas.

—Y las cabras, como yo —añadió Rufino—. La de collejas que me había dado este cura, por Dios. Pero gracias a él sé leer y escribir.

—¿Qué pasaba, Rufino, que no eras un buen alumno? —La señora Lope quería saber más.

—El problema es que el cura era cura. —Rufino apuró la copa de brandy—. El señor Enrique se ponía muy serio y nos preguntaba: «¿Quién te ha hecho a ti?». Y yo le respondía: «Mi madre». Cada vez que le contestaba eso me daba una colleja. Después mis compañeros me decían: «Tú dile que te ha hecho Dios, recuérdalo, a ti te ha hecho Dios». Pero la verdad es que el señor Enrique era un trozo de pan.

—¿Y por qué nos pregunta si le conocemos? —inquirió el señor Grand.

—Bueno, pues resulta que ha venido a verlo un amigo suyo que vive en las islas Canarias.

—África... —apuntó Giacomo en voz alta para orientarse.

—Pero ¿qué dice tu novio, Cordelia? —La señora Rafilettete se sintió ofendida—. Que sepas que son unas islas españolas y muy bonitas.

—Lo sé, lo sé, simplemente estaba localizándolas geográficamente, señora.

—Pues sigo... el amigo le ha traído un cesto enorme de higos chumbos. Parece que le encantaron la última vez que él fue a verle a las islas. La cuestión es que se ve que este fruto restriñe mucho... El señor Enrique, que comió muchos de estos frutos, no ha podido ir al baño en cinco días.

—Caray, esto es un verdadero martirio, y a su edad...

Rufino empezó a sonreír ante el inicio de la historia y se sirvió, por tercera vez, un dedo de buen brandy. Su mujer le miraba algo agitada removiéndose en su asiento preocupada ante la perspectiva de que su marido cogiera una cogorza. La señora Lope, al ver el desasosiego de la pobre mujer, se levantó discretamente y cogió las botellas de brandy y licores aromáticos de la mesa y se las llevó al mueble bar, un pequeño mueble *art nouveau* que había adquirido en una feria de antigüedades.

En ese momento, Pablo, el joven encargado de la recepción del hotel, entró en el salón e informó de que tenía una llamada personal para ella.

—No me ha dicho su nombre, señora.

—Ahora vengo.

La recepción estaba al lado del salón donde solían celebrar las tertulias. Violeta salió de la estancia y dejó a sus amigos hablando del restreñimiento del cura jubilado, ¡cinco días sin ir al baño! Hubo comentarios jocosos y risas que ella oía mientras se acercaba a la recepción para atender la llamada. Cerró la puerta detrás de ella, pero le llegaban perfectamente las risas y exclamaciones de sus amigos. Antes de coger el auricular pudo escuchar cómo solucionó el problema el pobre hombre: usó un teléfono de ducha, pero sin el teléfono, solo el tubo adecuadamente ubicado... «Jolín, ahora caigo, pobre hombre. Una solución muy de Bolví: si fuera por los vecinos de este pueblo, todas las farmacias de la comarca habrían cerrado».

Capítulo 2

Es parentesco sin sangre una amistad verdadera.

Calderón de la Barca (1600-1681).

El tiempo no pasa en vano. La señora Lope había aprendido de los malos momentos y disfrutado de los buenos. Cuando miraba hacia atrás la invadía la nostalgia, un sentimiento que le gustaba, aunque a veces dolía, de una manera lejana.

«La nostalgia es el viento: cuando sopla con fuerza azota el cuerpo y la cara. Nos gusta porque nos transporta, tenemos la sensación de volar, pero también nos angustia. Siempre hay ese silbido de fondo que viene de muy lejos y parece pertenecer a un mundo ajeno al nuestro». Se lo había dicho un artista que una vez se alojó en su hotel.

La nostalgia, los recuerdos, son cosas que llegan con la edad. Cuantos más años vividos menos futuro se dibuja por delante. Se reduce instintivamente la capacidad de imaginar, de soñar el devenir. Si se quiere mirar lejos ya no se mira hacia delante sino hacia atrás. Por eso es casi forzoso abrir las ventanas del pasado de nuestra propia casa que durante décadas han permanecido cerradas. Son puntos de luz que se encienden y se apagan como las luciérnagas en las noches de primavera. Imágenes del pasado que vienen y van a cámara lenta, que aparecen y desaparecen en medio de la oscuridad.

«Pero todo esto son pensamientos que no sirven de nada ni valen para nada», diría la vecina más pragmática de Bolví, la señora Remedios Blas. Y todo se desvanece. La llamada telefónica devolvió a la señora Lope al presente. Pablo, el recepcionista, le acercó el teléfono. No supo decirle quién la llamaba. Cogió el auricular con curiosidad y escuchó. Quien hablaba con ella a través del aparato era una mariposa en forma de mujer y amiga que iluminó los años más atrevidos y juveniles de Violeta. La voz al otro lado del teléfono era la misma que ella recordaba. Era una voz sensual, pillina y coqueta que años atrás encandilaba a todos los hombres con los que se

cruzaba. La señora Lope la escuchaba con atención todavía sorprendida por lo inesperado de la llamada.

—Ven, Violeta, por favor. ¿Cuántos años hace que no nos vemos? Recuerda que la última vez vine yo a verte, ahora te toca a ti.

De eso hacía ya muchos años, pensó ella sin decir nada. Todavía estaba abstraída por lo inesperado de la llamada y por los recuerdos. Incluso le parecía extraño que alguien se dirigiera a ella como Violeta. Estaba acostumbrada a oír lo de señora Lope por todas partes. Escuchar de nuevo su nombre de pila la llevaba a su adolescencia, a la época en que ella y esa mujer que le hablaba desde tan lejos habían sido uña y carne.

—Sí, lo sé, hace muchos años, tienes razón. —Se había sentado en una de las butacas Arts & Crafts que había en el vestíbulo del hotel. Miraba distraídamente al joven recepcionista, que hablaba con unos clientes y les daba indicaciones en un mapa. Violeta escuchaba con atención la voz de su vieja amiga Flor; así se llamaba la mujer que iluminó los años de juventud de la señora Lope.

—Tienes una amiga que vive en Praga, aprovéchate. Tengo muchas cosas que contarte. Hazlo también por mí, nos hacemos mayores y quién sabe si va a haber otra ocasión... —Insistía, su voz era enérgica. Flor, la aventurera, siempre había sido así: una mujer con carácter y predestinada a vivir diferente—. Tienes que decirme que sí. No hay más que hablar. —Flor hablaba de forma apremiante, como si anduviera con falta de tiempo—. Además, debo contarte algo... —Dejó la frase en el aire, indecisa.

La señora Lope sintió desasosiego. Flor la empujaba a decidirse como cuando eran jóvenes. Aunque había una gran diferencia: ya no tenían dieciocho años. Lo de tomar decisiones impulsivas siempre le había ido bien, pero también estaba convencida de que era pura fortuna. Sea como fuere, ella ya estaba decidida, la decisión estaba tomada. Nadie llama a una amiga después de tantos años y la invita a su casa sin una razón apremiante. Algo sucedía y Flor parecía convencida de que Violeta podía ayudarla.

—Pero ¿qué hago con el hotel? Tendré que organizarlo todo... —se decía a sí misma, pero en voz alta—. Dentro de unas semanas es Navidad y aquí hay mucho trabajo...

—El hotel es tuyo, querida, seguro que no se cae porque estés fuera unos días. Mira, es más, si tanto quieres a tu hotel, cuando estés aquí compras algunas cosas en vidrio para decorarlo. Tengo amigos artesanos checos. Con los años que llevo aquí me ha dado tiempo de conocer unos cuantos. Te harán un buen precio. —Flor siempre había sido muy sociable, principalmente con los hombres.

—Ya, y seguro que estos artistas que conoces son guapos y jóvenes —dijo Violeta con una sonrisa de ardilla en los labios mientras recordaba a su amiga de joven y sus constantes escapadas con chicos que siempre eran el definitivo amor de su vida.

—No soy la que era, las arrugas me lo impiden, los años no pasan en vano. Nos hacemos mayores, pero también más sabias, ¿o no? —preguntó Flor retóricamente con voz demasiado triste.

—Sabias dices. Qué va, eso será tú, porque yo hay días que no recuerdo ni si he tomado café por la mañana.

—Esto no es la edad, es el estrés, Violeta. Seguir llevando tú sola el hotel es demasiado. Ya verás cómo te cambia la cara cuando vengas. Te vas a enamorar de la ciudad, hay un puente bellissimo que está hecho para las personas románticas. Cuando lo veas dirás que solo por el puente ya valía la pena venir. —Flor dejó de hablar y se hizo un silencio—. Además, te repito que debo hablar contigo, te necesito, ya te lo explicaré cuando estés aquí.

—Pero ¿pasa algo, Flor? Adelántame un poco por teléfono.

Violeta ya había decidido ir a verla. Era la primera vez después de tantos años de amistad que Flor la reclamaba a su lado con insistencia. Y esto solo podía querer decir que el asunto era grave. La idea de que estuviera enferma cruzó por su mente. Podría tratarse de una enfermedad terminal o de una operación complicada y quisiera a su lado a alguien de confianza. Pero no, seguro que en Praga tenía un montón de amigos. Llevaba muchos años viviendo allí, muchísimos.

—No te alarmes, mujer, ya te lo contaré cuando estés aquí. ¿Cuándo crees que podrás venir? Mira de arreglarlo para la semana que viene, Praga está preciosa ahora.

Algo sucedía, pero era imposible saber en ese momento de qué se trataba. Flor no hablaría por teléfono. Con ella todo eran rodeos. Siempre había sido

así. La señora Lope rio pensando en algunos de los recuerdos de juventud y malentendidos por culpa de sus frases a medias y los hombres, siempre los hombres. Pero enseguida volvió a la realidad y a la misteriosa llamada.

—De acuerdo, tú ganas, para no darle muchas vueltas al tema es mejor que organice el viaje ya. Supongo que hay vuelos diarios desde Madrid. —Violeta se levantó de la butaca donde se había sentado y fue hacia el mostrador de recepción. Sin mediar palabra, Pablo le acercó un calendario. Los clientes con los que estaba ya habían salido.

—Hoy es sábado. Intentaré comprar el billete para el lunes de la semana que viene. Te llamaré para confirmarte a qué hora llegaré.

—Qué alegría me das. Te estaré esperando en el aeropuerto. —Flor suspiró de alivio.

La señora Lope devolvió el calendario al joven con una sonrisa.

—Ah, y Flor, por favor, búscame un hotel, uno que me guste, de esos pequeños y con historia. —Antes de que su amiga la interrumpiera siguió hablando—. No vayas a insistir en lo de quedarme en tu casa porque ya sabes que de eso nada. Si algo me apasiona son los hoteles. Llámalo enfermedad, deformación profesional, como quieras, pero yo voy a un hotel checo.

—Lo sé, lo sé. Por eso no te he dicho ni mu. Tú tranquila, déjalo en mis manos, te busco yo el hotel.

La señora Lope colgó el teléfono y bromeó con el joven recepcionista sobre la inesperada marcha a Praga. El viaje era algo nuevo, un notición succulento para el pequeño pueblo pirenaico. Desde su última escapada a la isla de Sicilia dos años atrás, su vida había sido un concentrado de quietud y buenas intenciones.

—Vamos, Pablo, que corra la voz entre el personal, que no quede nadie en el hotel sin saberlo. Así, si hay algún asunto urgente que solucionar que lo digan ahora o que callen para siempre.

El chico se puso en marcha mientras ella cogía de nuevo el teléfono para reservar el billete.

Sería fácil, estaban en otoño y encontraría plazas. La primavera y el otoño son las mejores estaciones para viajar. Sin embargo, la mayoría de los mortales prefiere agotar agosto, incluso cuando pueden escoger, algo

extremadamente incomprensible para Violeta. Encontró billete para el lunes siguiente.

Sus amigos de Bolví se quedarían en ascuas hasta que volviera porque Violeta prefirió no decir ni mu esa tarde de sábado. Los contertulios dejaron el hotel para regresar a su casa sin saber que la señora Lope se iba a la lejana ciudad de Praga. Esta vez no era como el viaje que hizo a Sicilia, en esta ocasión iba a ver a una amiga metida en algún apuro. Violeta no podía imaginar qué problema tenía Flor, pero sabía que era algo urgente. Casi prefería no dar explicaciones, tampoco las tenía. El vuelo de Madrid a Praga era el lunes por la mañana. Ella dejaría el hotel el sábado por la mañana y pasaría el domingo en Madrid. Le daría tiempo a visitar el Prado y la nueva exposición sobre Velázquez de la que hablaba el periódico.

Lo único que hizo antes del viaje fue ir a ver a Cordelia y a Giacomo. La pareja vivía en una pequeña casita de piedra, en la ladera de la montaña. La alquilaron a bajo precio ya que su estado era lamentable y habían dedicado los dos últimos años a restaurarla. Cordelia era como una hija para la señora Lope y le encantaba tener alguna excusa para ir a visitarla. Entre semana, la dama de los Pirineos siempre pasaba por la casa de la pareja con comida succulenta preparada en la cocina del hotel. Ellos suspiraban aliviados al saber que ese día no tenían que cocinar y se ahorraban algo de dinero que podían dedicarlo a la restauración de su «casucha», como la llamaban ellos. Los días en los que Violeta se presentaba con la comida se sentaban todos juntos a la mesa y comían mientras charlaban de todo un poco.

Giacomo, el italiano, como lo conocían todos en Bolví, se había traído de su país una pequeña fortuna en vinos. Durante la restauración de la casucha el chico había encontrado una pequeña estancia subterránea de no más de seis metros cuadrados excavada en la roca de la montaña donde estaba construida la casa. De hecho, dos de las irregulares paredes de la pequeña habitación eran piedra viva brillante y poderosa, granito negro, gris y blanco que, como la lava fosilizada, formaba suaves pliegues y ondulaciones. Una mágica geomorfología que incluso les había proporcionado un asiento natural, un majestuoso trono de piedra donde se sentaba cómodamente la pareja mientras abrían una botella de vino. Giacomo había construido unas escaleras de madera con diez peldaños que permitían bajar con comodidad a esta

asombrosa gruta natural. Allí reposaban todas las botellas de vino traídas de Italia. Había tintos de la Toscana, Chianti de Brunello de Montalcino, Carmignano, Valpolicella del Veneto, espumosos del norte de Italia y vinos y licores del sur del país. Había también unas cuantas botellas de Marsala que habían comprado juntos en Sicilia dos años atrás cuando se conocieron.

Giacomo dejó atrás toda su vida en Italia para vivir en el pequeño pueblo pirenaico de Bolví junto a Cordelia. Para él, temer al amor era temer a la vida¹. Todos sus amigos y compañeros de trabajo en el servicio postal estatal italiano le decían a gritos que estaba loco, que ellos no darían un paso como el que él estaba dispuesto a dar. Pero él estaba plenamente convencido de que para Adán el paraíso era donde estaba Eva².

Cuando la señora Lope llegó a la casucha esa mañana, les encontró barnizando unas puertas de madera para protegerlas al máximo de las inclemencias del frío de alta montaña. Lo hacían fuera aprovechando los rayos de sol de la mañana. Giacomo la saludó en italiano sin dejar de pintar mientras que Cordelia le dio un beso en la mejilla, se quitó los guantes y le cogió las bandejas que llevaba en los brazos mientras se llevaba a Violeta a la cocina con entusiasmo.

—Mire.

Cordelia dejó la comida en la encimera de azulejos hecha con una remesa sobrante de un almacén local y, con los brazos estirados como si fuera una azafata en un avión, indicaba a la señora Lope los nuevos armarios de la cocina. Las puertas de madera estaban recién pintadas de un azul claro y tenían unos pomos circulares blancos que contenían un dibujo singular. La señora Lope se acercó para ver el diseño de los pomos. Cada uno tenía un animal mitológico dibujado en miniatura, con todo detalle.

—¿Quién es el artista?

—Giacomo. —Cordelia estaba encandilada con todo lo que él hacía. Le quería y no le importaba mostrarse efusiva.

—Pues, felicidades. Poco a poco esta habitación va pareciéndose más a una cocina. —Poco a poco la casa les iba quedando pulcra y bonita—. Hoy he venido un poco pronto y vosotros estáis muy ocupados.

Cordelia no dijo nada, solo hizo un gesto con la mano para interrumpirla.

—No se preocupe, y ya sé por qué ha venido. —Cordelia llevaba un viejo delantal y un pañuelo atado a la cabeza, parecía una campesina del siglo XIX. Era una mujer cuya belleza quedaba velada bajo su manera de ser dulce y natural. Ya desde niña era despreocupada y nada complicada, una mujer que nunca se pararía a pensar si el amor es corto o largo o si es física o química.

—¡No se lo va a creer si le digo que ya me ha llegado la noticia de que se va de viaje a Praga!

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho? —La señora Lope parecía sorprendida.

—Bueno, ya sabe, Pablo se lo dijo a Marina, la cocinera del hotel y casualmente se pasó ayer por casa de la señora Rafilette... Y ya no hay nada más que decir, una vez estuvo la noticia en boca de esa señora... —Las dos se miraron.

—Pues sí, voy a ver a una vieja amiga, tan vieja como yo. Habíamos sido uña y carne de jóvenes. —La señora Lope miró a la joven y admiró con envidia la juventud de Cordelia—. Se llama Flor.

—¿Y cuánto tiempo va a estar usted fuera?

—Pues, no lo sé... —Era una buena pregunta—. Ya os llamaré para decíroslo. Lo que sí me gustaría es que te encargaras del hotel en mi ausencia.

No era la primera vez que la señora Lope dejaba a Cordelia al mando. Sabía que como jefa la joven era blandengue y le costaba mucho tomar decisiones, pues era muy indecisa, pero confiaba en ella totalmente y había demostrado en otras ocasiones que era ordenada y responsable. Además, conocía bien el negocio porque trabajaba allí cuatro días a la semana administrando y lidiando con la contabilidad.

—Lo haré encantada. Usted disfrute de sus vacaciones. ¿Y cuánto hace que no ve a su amiga Flor? —Cordelia sentía curiosidad.

La señora Lope se había sentado en una de las sillas de la cocina y Cordelia puso a hervir un poco de agua para preparar un té.

—Muchos años. La última vez que la vi fue aquí en Bolví. De esto hace más de veinte años. Imagínate. Vino acompañada de su marido, se casó con un checo, un eslavo grandullón y barbudo que parecía un oso, o por lo menos así lo recuerdo yo. Ladislav se llama. No sé si sigue casada con él o no.

Cordelia sirvió el té, las dos lo tomaban con leche y siempre preferían el té negro. Era una costumbre que se imponía cada día cuando estaban juntas en

el hotel. Cordelia trabajaba allí pocas horas y no tenía un gran sueldo, pero a ella nunca le había preocupado el dinero. La joven llenó una taza y se la llevó a Giacomo, que seguía fuera barnizando puertas. Volvió a la cocina y dio otro beso en la mejilla a la señora Lope como si nada y se sentó para tomar su té.

—¿Por qué no se lleva un portátil y hablamos por el ordenador?

—No, no, ni pensarlo. Si tienes que enviarme algo escrito ya tendrán correo electrónico en el hotel donde me aloje. Prefiero mil veces llamarte. Lo de verte a través de una pantalla mientras hablas no me gusta nada. Es muy raro y se cortan las palabras a veces, no me gusta, me da la sensación de algo falso y contrahecho. No me llevo ni el móvil.

—Como quiera. Ya me dirá pues por teléfono dónde se aloja. A mí también me gustará estar más horas en el hotel estos días porque aquí quiero seguir el ritmo de trabajo de Giacomo y no puedo, estos últimos días me siento un poco cansada, he pillado un resfriado.

—Pues, niña, cuídate y dile a Giacomo que se pase cada día por el hotel y coméis allí mientras yo esté fuera. Ya se lo he dicho a la cocinera. —A Cordelia se le iluminó la cara del contento y se frotó las manos como quien consigue un buen trato.

—Y pienso traeros algún objeto de cristal de Praga para decorar esta casucha —añadió Violeta sonriendo y pensando en lo que le había dicho Flor de que conocía a vidrieros.

—¡No! Para decorar no, por favor —interrumpió Cordelia muy expresiva—. Regálenos algo práctico, que estamos necesitados de todo: vasos o copas o platos, lo que a usted le parezca, pero que se pueda usar. —Cordelia lo pedía como quien pide clemencia ante una pena de muerte. Era algo dramática a veces, bueno, con frecuencia, y Giacomo también. En ese instante el joven entró en la cocina.

—¿Ha visto mi exposición de miniaturas, *signora* Lope? —Giacomo mantenía como Cordelia el trato de usted a Violeta. Ella les había dicho muchas veces que no quería, pero Cordelia se había acostumbrado a dirigirse a ella con el usted y ahora ya no podía cambiarlo y a Giacomo le gustaba también así.

—Sí, es un buen trabajo, digno de un artista renacentista —respondió ella con su sonrisa de ardilla.

—Se le fue la mano un poco con el pomo de la sirena... —Cordelia señaló uno de ellos.

—Ay, que se dice el pecador pero no el pecado, *piccolina* —la interrumpió Giacomo llevándose las manos a la cabeza.

La señora Lope se levantó y se acercó para poder verlo mejor. Efectivamente era una criatura con cola de pez y busto de mujer, y qué busto, sus pechos eran grandes y exuberantes y la sirena sonreía pícaramente.

—Bueno, parece que este pomo ha salido más barroco que renacentista.

—Un día de estos le crecerá bikini a la sirenita. —Cordelia se levantó y lo amenazó cariñosamente con la cucharilla del té.

—Pues no hay nada más que añadir. Excepto que bajemos juntos a vuestra bodega casera y escojamos una buena botella para la comida. —Violeta cogió una de las galletas que había dejado Cordelia encima de la mesa para acompañar el té y se levantó en dirección a esa habitación subterránea llena de encanto y vinos generosos.

¹ «Temer al amor es temer a la vida, y los que temen a la vida ya están medio muertos», Bertrand Russell.

² «Para Adán el paraíso es donde estaba Eva», Mark Twain.

Capítulo 3

El dinero no da la felicidad, ciertamente; pero tampoco es un serio obstáculo.

Josep Pla (1897-1981)

A pesar del lujo del hotel de la señora Lope en el pequeño pueblo de Bolví, el ambiente era como el de una casa de huéspedes. Tenía solo quince habitaciones que ocupaban lo que cien años antes había sido una preciosa mansión modernista construida por un empresario francés que hizo fortuna explotando una mina de carbón. A Violeta le gustaba personalizar la estancia de sus clientes, hacer que se sintieran como unos amigos invitados a pasar unos días en su casa. Podía haber construido más habitaciones en el edificio, pero ella siempre ponía el ojo en la calidad, aunque sabía por experiencia que la cantidad es también muy importante. Además, había aprendido que solo en los lugares pequeños se puede abandonar la superficie de las cosas y las ideas y navegar a mundos más profundos y succulentos que verdaderamente dejan huella.

El hotel que le encontró su amiga Flor en el centro de la ciudad de Praga era especial y más o menos tenía las mismas dimensiones que el suyo en los Pirineos. Era un edificio muy antiguo, de elegancia recia y restaurado cumplidamente.

La habitación que le habían dado, una sola pieza, era muy espaciosa, de techo alto y grandes travesaños decorativos. En la pared izquierda de la estancia, la opuesta a la cama, había un fresco impresionante que había sido restaurado y limpiado por una mano experta. En él aparecía un inmenso bodegón con frágiles objetos de vidrio transparente e inmaterial, copas y botellas de distintos tamaños y colores. Había una pequeña botella de perfume de color rojo que era maravillosa. Todo el conjunto era mágico y Violeta recordó inmediatamente la pequeña botella de cristal que pintó su viejo conocido Caravaggio en uno de los cuadros que la acompañó en su último viaje a Sicilia.

A pesar de esta conexión fortuita con su anterior salida, ¿qué distinta era esta ciudad centroeuropea de la isla mediterránea que visitó dos años atrás! Había visto poco o nada desde su llegada del aeropuerto de Praga unas horas antes, pero podía sentir que estaba en otra realidad. La gente aquí vivía en unas condiciones muy distintas. Sintió emoción. Se sintió en un lugar extraño.

Siguió examinando los muebles de la estancia; todos eran fantásticos. Había un escritorio que era una filigrana. Violeta calculó que podía ser un mueble original del siglo XVIII. Tenía una superficie de lacado oscuro y contaba con unos veinte cajoncitos superpuestos a modo de aparador a derecha e izquierda con incrustaciones de nácar y repujados dorados. Cada uno de los cajones tenía su cerradura y su propia llave, eran como joyeros uno encima de otro o pequeñas cajas fuertes, cada una decorada con un motivo. Mostraban escenas de la vida cotidiana. Observó uno de los cajones; había tres hombres diminutos vestidos con calzas, un blusón y un bonete en la cabeza. Uno de ellos cogía una caña muy larga y tenía los carrillos hinchados, como si estuviera soplando. El segundo tenía en las manos un jarrón que contemplaba a contraluz. El tercero estaba sentado a una mesa y bebía tranquilamente de una copa de vino que reposaba junto a un jarrón idéntico al que contemplaba el segundo personaje.

La señora Lope pasó los dedos por encima de las figuras. Era un mueble precioso; sus dedos se deslizaron suavemente por la superficie del escritorio y se pararon en la argolla dorada de un cajón inferior que abrió cuidadosamente. Allí había papel de carta, sobres, una estilográfica y algunos folletos publicitarios e informativos sobre las conexiones a internet y la televisión. Recorrió con la vista la habitación y no vio ningún televisor. Cogió el folleto del hotel y un mando a distancia que había también en el cajón. Miró de nuevo el fresco que había en la pared y pulsó una tecla del mando a distancia. El fresco se desplazó lateralmente y detrás de él apareció una pantalla de televisor de muchas pulgadas.

Este lugar le costaría un ojo de la cara. Flor había hecho un buen trabajo, pero se notaba que no pagaba ella. De todas formas, a Violeta le encantó. La cama, que al fin y al cabo era lo más importante, era mullida y asombrosamente cómoda. También era otra joya de anticuario de renombre. Para subir a ella había una escalera con dos peldaños. Muy medieval, incluso

la medida. Dejó caer su cuerpo cansado en el lecho histórico que había escogido su amiga. Abrió los brazos y las piernas y le dio la sensación de sumergirse en un lago de agua tranquila.

El viaje en avión había resultado algo movido y el retraso de dos horas que hubo en su vuelo habían acabado con ella. Flor la estaba esperando en el aeropuerto tal como le había prometido.

Al verse después de casi treinta años se azoraron. Se abrazaron, emocionadas, estrecharon sus cuerpos con fuerza, como para reafirmar que, a pesar de todo, allí estaban y eran las mismas que años atrás. Se escribían de vez en cuando, se enviaban alguna postal esporádica, pero nada más, cada una había hilvanado su vida en un pedazo de seda distinto.

La última vez que se vieron fue cuando Flor visitó Bolví, poco después de que ella abriera el nuevo hotel en el palacete modernista. Sus años de juventud vividos intensamente y compartidos con plenitud quedaban todavía más atrás.

A Flor se le escaparon unas lágrimas de alegría y de alivio por tener a su amiga en Praga. Los años no pasan en vano, pero las dos se reconocieron dentro de unos cuerpos diferentes. Seguían siendo ellas, aunque Flor había cogido unos kilos de más y Violeta se rezagaba en sus movimientos, que ya no eran tan dinámicos como años atrás.

El coche de Flor, pequeño y amarillo pollito, era viejo, pero fue fenomenal para llegar al hotel. Para cargar la maleta de su amiga simplemente sacó el asiento del pasajero como si fuera una sillita de bebé e indicó a Violeta que dejara el equipaje en el asiento trasero. Después volvió a colocar el asiento en su sitio e instó a su amiga a que se sentara en él.

Flor le explicó que conducía ocasionalmente; prefería el tranvía o el autobús. La señora Lope se dio cuenta enseguida. Por suerte el coche era tan viejo que no alcanzaba velocidades peligrosas. Violeta miraba a su amiga mientras ella se empeñaba en conducir. Se alegraba de verla de nuevo y en plena acción, con esos grandes ojos azules y ese pelo rubio nevado que se empeñaba en llevar demasiado largo, como cuando era joven.

Durante el trayecto del aeropuerto a la ciudad, desde la ventanilla del pequeño utilitario vio calles anchas; distinguió bloques de pisos grises y uniformes, como los de cualquier otra gran ciudad. Solo se sorprendió por el ancho de las calles. Eran los barrios construidos en los años soviéticos,

cuando era fácil proyectar sobre el papel y llevar a cabo grandes obras sin reclamaciones ni indemnizaciones.

Al rato las calles empezaron a estrecharse. El aire de Praga era frío y la señora Lope cerró la ventanilla hasta donde pudo porque la manivela se quedó atascada. Flor le dijo que su hotel estaba en el casco antiguo, en la plaza Staromestské, más conocida como la plaza del reloj. Entraron en el centro histórico. Los edificios de las callejuelas por donde pasaban eran immaculados. La mayoría tenían de tres a cuatro pisos de altura y eran las típicas viviendas urbanas de familias adineradas de los siglos XVII y XVIII, entre las cuales permanecían intactas algunas iglesias góticas y otros edificios renacentistas. Toda la zona central es peatonal, pero Flor se las arregló para pasar con su pequeño utilitario hasta la misma puerta del hotel y dio varios rodeos para que su amiga pudiera contemplar por primera vez la ciudad. La posada escogida para la señora Lope se llamaba el Grand Karlov y era un edificio regio de la plaza central del casco antiguo, con vistas a un magnífico reloj que daba nombre a esa parte de la ciudad. Violeta estaba abrumada con la arquitectura de Praga, era como estar en un cuento.

Pero también estaba cansada por el viaje. Y las dos amigas quedaron en verse al día siguiente. La dama de los Pirineos quería seguir durmiendo en esa gran cama, seguir flotando entre esas sábanas immaculadas. Sin embargo, no tuvo más remedio que interrumpir su descanso porque sonó el teléfono de la habitación. Era Flor, que insistió en que fueran a cenar juntas. Era lunes por la noche, muchos restaurantes cierran los lunes, pero era su primera noche en la ciudad centroeuropea e, independientemente de la edad, una noche así no es para pasarla encerrado entre cuatro paredes, por muy bonitas que sean.

Además, Violeta todavía no sabía qué le sucedía a su amiga. Ni en el aeropuerto ni de camino al hotel le había desvelado qué la atormentaba. «Después, después, mujer», había sido su insistente respuesta.

Capítulo 4

La formulación de un problema es más importante que su solución.

Albert Einstein (1879-1955)

Flor había sido siempre una mujer de las que van y vienen, de esas mujeres de apariencia frágil pero que nunca se apagan, que parecen tener en su cuerpo algún sistema de energía renovable que los demás no poseen. Cuando la veías por primera vez no despertaba confianza, pero sí interés. Aunque había envejecido, conservaba la mirada brillante en sus ojos azules y un pelo rubio y sedoso, que ya había empezado a aclararse, aunque su coquetería no le permitía dejar ver todas las canas que era indudable que le aparecían indeseadamente. Violeta la miraba con cariño sentada frente a ella a la mesa de la pequeña y oscura taberna que su amiga había elegido. Era un lugar céntrico, con algunos turistas, pero pocos; un establecimiento sin carácter, que no parecía un lugar de los que frecuentaría alguien como ella.

A pesar de la edad, Flor seguía llevando prendas de ropa roja, que delataban su espíritu luchador. Ese día se había puesto una bufanda y una boina de este color que resaltaban su cara de niña envejecida. El frío en la ciudad era invernal y las noches no perdonan.

Pidió por las dos en español, como si ella también fuera una turista. El camarero ni se inmutó, pues no la conocía. Seguramente era la primera vez que entraba en el local. Les llevaron un plato ligero, una sopa muy caliente y después una buena tabla de quesos de todo tipo a los que las dos dieron buena cuenta mientras hablaban.

Flor había ido a vivir a Praga cuando era Checoslovaquia, encandilada por un político socialista llamado Ladislav, un eslavo escultural que le prometió una vida de libertad y revolución. Vivieron media vida juntos, lo que duró el amor, y tuvieron una hija, Ivana, emancipada y a la que ella veía poco porque era abogada antes que hija y profesional antes que mujer. La de veces que Flor le había dicho que estaba convencida de que en el hospital le habían

dado el recién nacido equivocado. Aunque después añadía que, si bien la hija no tenía nada de la madre, Ivana era una estampa de Ladislav. Tenía una inteligencia muy aguda y siempre iba en busca de su verdad. Desde niña retorció las ideas y los hechos hasta convertirlos en grandes causas que debía defender o denunciar. Causas que no tenían nada que ver con la vida cotidiana y corriente de sus padres.

Muy poca cosa sabía la señora Lope de la vida cotidiana de Flor en Praga. La relación con Ladislav separó a las dos amigas impasiblemente. La distancia y el matrimonio con el eslavo guapo y peludo que de joven había paseado por el pueblo pirenaico durante un verano era lo único que recordaba de la pareja. A ella la había visto unos años después, cuando fue a pasar unos días en Bolví, con su hija Ivana que tenía pocos años. Por aquel entonces, Violeta había trasladado su hotel al palacete modernista. En las conversaciones y salidas con su amiga hablaron poco de Ladislav y de los detalles de la vida que llevaba Flor en la ciudad centroeuropea.

Pero Flor siempre había sido una charlatana y enseguida la puso al día. Escuetamente le dijo que se había separado de su marido, que su hija era una abogada fantástica y, sin tapujos, pasó inmediatamente a los recuerdos. La cena transcurrió entre bromas y anécdotas de juventud. Era como si su amiga necesitara volver atrás en el tiempo, como si quisiera recuperar algo que se le había escapado; su mente estaba centrada en el pasado. Violeta temió de nuevo que tuviera alguna enfermedad grave.

—No me digas que ya no te acuerdas. Esa vez bebimos más de la cuenta, lo reconozco. Pero también eran las ganas...

—¿Qué dices? Yo solo me acuerdo de que nos escapamos a la playa y de que algo pasó con un grupo de chicos... —La señora Lope no quiso terminar la frase, sintió pudor, miró a su alrededor.

En ese momento se dio cuenta de que Flor había escogido una mesa algo apartada del resto. Ningún turista de los que formaba la fauna del local esa noche podía oír su conversación.

—Sí, allí en la playa, qué bien nos lo pasamos... y con varios de ellos. Siempre me acordaré de los dos hermanos franceses. —Flor suspiró—. Los dieciocho es una edad peligrosa, pero si todo sale bien te deja un buen sabor de boca. Después llegan los veinte y los treinta con alegría. Luego, todo

cambia, pasan deprisa estos años, y los cuarenta aparecen y vienen a tu encuentro un día mientras te miras en el espejo. De los cincuenta, qué voy a decir, a estos ya no les invita nadie, vienen como ladrones, entran en tu casa, te empujan hacia el suelo y te caes de culo. —Cogió la jarra de cerveza que le habían servido y bebió un buen trago.

—Flor... —Durante la cena Violeta se dio cuenta de que su amiga había cambiado, su carácter, y había algo en su mirada que todavía no podía descifrar. Por lo que decía, los últimos años no habían sido fáciles. Flor había sido siempre muy coqueta y su belleza juvenil casi había desaparecido. Sus bonitos ojos azules permanecían allí como un recuerdo, pero su rostro apergaminado y sus mejillas algo caídas declaraban tristeza y pesadumbre. No podía saber si era porque no llevaba bien lo de hacerse mayor o porque algo oscuro la preocupaba—. Hablando de hombres, ¿cómo está Ladislav?

Flor se sobresaltó y miró alrededor con verdadero pánico.

—Ya no está, Violeta, hace dos años que vivo sola. Te he dicho que nos separamos. Ahora está jubilado. Se dedicó a la política y su nombre sigue siendo conocido en todo el país, pero ahora ya no tiene ningún cargo en el gobierno. A veces sale en la televisión...

Flor cambió de tema, no quería seguir hablando de Ladislav, aunque había algo en su tono de voz al referirse a él que dejó intrigada a Violeta. Explicó que su vida no había sido nada fácil después de divorciarse de su marido. Pero decía que estaba bien y que en ningún momento había pensado en volver a los Pirineos.

—Mi destino está atado a esta ciudad y a mi hija, la veo poco, pero está aquí. Me necesita, aunque ella no lo sepa y haga siempre de mujer abogada dura.

La señora Lope la escuchaba con atención, pero hablar con Flor siempre era un ir y venir de sentimientos encontrados.

—Praga es preciosa, ya lo verás, la ciudad te encantará. —Flor mencionó algunos de los lugares de Praga que había que ver. Unos minutos más tarde surgió en su plática un toque de acidez—. Pero los eslavos son gente extraña, con muy poco sentido del humor y una pesadumbre absurda que nunca he podido entender.

—Vaya, lo dices con una malquerencia... no lo entiendo, si has vivido aquí toda tu vida es porque habrás encontrado gente que encaja en tu manera de ver la vida.

—Sí... Ladislav... Cuando vivía con Ladislav... Nos movíamos siempre en el mismo grupo de amigos de él. Eran periodistas, artistas, inconformistas y algún que otro extranjero como yo. Todo gente joven, abierta y viajera, aunque, eso sí, con los bolsillos vacíos, solo teníamos ganas de estar juntos y pasarlo bien. Es de esa época que conozco a varios artesanos que trabajan el vidrio. Y es verdad, tengo que decirlo, ellos han sido muy buenos conmigo, siempre han soportado mis visitas y mi charlatanería con mucha paciencia y muchas sonrisas. Por cierto, algún día de esta semana si quieres pasamos por el taller donde trabajan.

—Ah, sí, claro, cuando quieras, tenemos tiempo.

—Son todos muy majos. Aunque ahora... ni siquiera sé si puedo confiar en ellos. —Flor se quedó callada y miró a la gente que estaba sentada a las demás mesas del local. Eran pocos y casi todos eran turistas norteamericanos que Violeta catalogó por su acento.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué te pasa? —preguntó la señora Lope.

—A mí nada, o debo decir que todavía no me ha pasado nada. Pero estoy muy asustada. —En ese momento se oyó un estallido de cristal. El suelo quedó cubierto de pequeños pedacitos de una botella de vino tinto que resbaló de las manos inexpertas de una turista joven sentada unas mesas más allá. El mantel blanco quedó teñido de rojo y las baldosas amarillas del suelo también. Los camareros acudieron y se armó un pequeño revuelo entre los clientes.

—Qué sobresalto. —La señora Lope miraba a los turistas y sonreía observándoles porque pensó en alguna ocasión en que se había caído algo en su hotel. Pero cuando giró la cabeza hacia su amiga y vio su rostro, se asustó de verdad. El incidente había aterrorizado a Flor, quien sacó fuerzas para confesarse a su amiga.

—Ladislav es un asesino.

La voz de Flor sonó como un torbellino de aire con fuerza para levantar de un bandazo todos los jarrones y copas que quedaban en el local y echarlo todo violentamente al suelo. Lo dijo sin preludios, sin detalles previos para entrar en calor. Violeta no salía de su asombro. Su amiga se había vuelto loca.

—No me crees, ¿verdad? Piensas que estoy loca. —Flor sonrió con desesperación—. No se lo puedo contar a nadie, desconfío de todo el mundo. Ni a Ivana, mi hija, ¿Cómo le voy a decir que su padre es un asesino? Es mejor que no sepa nada, por su propia seguridad. —Estaba a punto de echarse a llorar.

O había perdido el juicio o realmente estaba metida en un buen lío... Flor le estaba diciendo que su exmarido era un asesino.

—Flor, tranquilízate, cuéntame la historia desde el principio para que pueda entender qué está pasando. Cuando dices que tu exmarido es un asesino, ¿a qué te refieres? —preguntó Violeta.

—A qué me voy a referir, a que ha matado a varias personas y estoy segura de que quiere volver a hacerlo. —Parecía indignada.

En los periódicos y en la televisión nos cuentan historias de asesinos y nos las creemos. Son historias de personas que no conocemos, pero creemos que existen esos individuos capaces de matar. Ahora Violeta Lope tenía delante a una amiga que decía conocer a un asesino y que temía incluso por su propia vida y a ella le costaba mucho asimilar que aquello pudiera ser verdad.

—Te lo estás imaginando, mujer. Pero ¿qué cosas dices? Estarás pasando por un mal momento. ¿Quizá tomas algún medicamento...? —Es lo primero que se le ocurrió preguntar a la pragmática Violeta.

Flor no respondió. Ni se inmutó por la incredulidad de su amiga.

—Tantos años viviendo con él y tonta de mí ni me enteré de que su vida conmigo era una farsa. Es como si de golpe mi pasado fuera todo una mentira. Yo lo quise y hasta hace bien poco creía que él también me había querido. Suena a bolero. —Una sonrisa confundida se dibujó en sus labios—. Pero ahora ya no sé nada. Siempre fue un buen marido y un buen padre y el divorcio fue algo de mutuo acuerdo, seguimos siendo amigos... Pero la última vez que lo vi supe por su mirada que está convencido de que sé algo.

Flor tenía la jarra de cerveza cogida entre las manos y pasaba sus dedos por el vidrio nerviosa.

—¿Algo de qué? Ay, me estás desesperando, no te entiendo. —La señora Lope empezaba a inquietarse.

Cuando contaba algo, Flor siempre se iba por las ramas. Para explicar el asunto, empezó diciendo que desde hacía muchos años Ladislav frecuentaba

una taberna donde trabajaba una mujer poco habladora pero memorable. Tenía el pelo naranja artificioso, ojos orbitales y un maquillaje exagerado. Era gélida como un témpano de hielo y la recordaba bien porque tenía una manera muy especial de contar el dinero. Cuando le pagaban una copa, contaba los billetes y las monedas dos o tres veces con avaricia en la mirada.

Violeta la escuchaba con premura. Flor dejó de hablar de la pelirroja y explicó que, en algunas ocasiones, había tomado unas cervezas en esa taberna. Violeta imaginó que su amiga debió de haberse sentido muy sola después romper la relación con Ladislav.

Flor insistió en que la separación de su marido había sido muy madura y amistosa. Ivana, la hija de ambos, fue la encargada de mediar; de hecho, no estaban divorciados sino separados, porque nunca habían tramitado los papeles oficiales. Dejó de hablar de este tema y volvió a la pelirroja de la taberna.

—Es como si la estuviera viendo ahora mismo. Siempre me la quedaba mirando intrigada. Es una mujer sucia y desagradable y todo el mundo bromea con ella sobre lo mucho que le gusta el dinero. —Flor miró a su amiga en busca de comprensión—. A veces sucede, ¿verdad, Violeta? Nos queda grabada una persona en la memoria. «Me gusta más el dinero que los hombres», dice siempre con cara de viciosa.

La señora Lope la escuchaba intrigada, pero seguía confundida. «Quién es esa pelirroja y qué tiene que ver con que Ladislav sea un asesino». Violeta intentó salir de la bruma.

—¿Crees que tu exmarido quiere matar a esta pelirroja de la que hablas?

—No, no. Hace dos semanas vi a Ladislav hablando con esta mujer en el castillo. —Miró fijamente a Violeta—. El castillo de Praga, te lo enseñaré mañana, te gustará.

—En serio, Flor, me estás mareando. Esta mujer pelirroja y tu Ladislav tienen una aventura y los pillaste, ¿es esto?

Los turistas americanos hicieron algunos brindis y se oyeron aplausos.

—Ay, Violeta, ojalá fuera solo eso. Vamos a pasear, que nos dé un poco el aire fresco.

Flor pagó la cuenta, siempre usando su lengua materna y evitando hablar en checo. Dejaron la taberna y se adentraron en unas calles estrechas

centenarias. Caminaban despacio, hacía frío, pero avanzaban protegidas por gruesos pañuelos y ropa de abrigo. Flor se puso su boina roja y la bufanda y cogió del brazo a su amiga.

Había mucha tranquilidad. Reinaba un silencio sepulcral solo roto por el grito ebrio de un cliente de algún local nocturno para turistas. Las dos amigas podían oír sus pasos en los adoquines de las calles centenarias.

Una pareja de franceses enamorados se cruzó con ellas. Un pequeño grupo de chicos y chicas italianas pasaron por su lado cantando en voz baja. Sus anoraks fluorescentes iluminaron por unos instantes la calle con divertidas formas de luz en movimiento. Ellas siguieron caminando sin rumbo por el centro histórico de Praga, cogidas del brazo y arropadas por sus abrigos. Flor estaba aliviada, por fin tenía a su amiga con ella, ya no estaba sola. Con Violeta se sentía más fuerte, caminando con ella a su lado, como cuando eran jóvenes y salían a divertirse por la noche. Como cuando compartían los silencios en la oscuridad mientras iban de un local de copas a otro o volvían a casa y abandonaban el mutismo de los sueños y se contaban lo que habían vivido esa noche.

Un grupo de mujeres norteamericanas devolvió a Flor a la realidad. Se despedían en las puertas de un lujoso y deslumbrante hotel que iluminaba el espacio de la calle donde se encontraban. Violeta sintió cómo su amiga le tiraba del brazo para que la siguiera. Tomaron un atajo que conocía Flor, una callejuela más estrecha que había a la derecha del hotel.

Ambas se sumergieron de nuevo en la oscura noche centroeuropea. Allí, entre las sombras, vieron a dos jóvenes alemanes sentados en un peldaño de un portal fumando unos cigarrillos. A los chicos no parecía importarles que la noche fuera fría y bañada en escarcha, una especie de agua nieve muy ligera, casi imperceptible, pero que humedecía el ambiente. Otro grupo de turistas se cruzó con ellas, esta vez oyeron hablar en ruso. La realidad era que Praga no parecía una ciudad checa, sino una ciudad en manos de los turistas.

Violeta aceptaba el silencio de su amiga, no quería presionarla, pero estaba intrigada, necesitaba saber qué le pasaba. Mientras tanto, miraba los edificios antiguos semiescondidos en la penumbra y le parecía que todo tenía un aire teatral, como de cartón piedra. Era viejo, pero le parecía demasiado nuevo, como una mala restauración. Flor seguía aferrada a su brazo. Cuando

estuvo segura de que no había nadie cerca que pudiera escuchar la conversación, no pudo más y pidió a su amiga que continuara hablando de lo sucedido.

—¿Qué sucedió en el castillo, Flor? Viste a Ladislav hablar con esa mujer pelirroja, pero ¿qué pasó?

Las tiendas hacía horas que habían cerrado, pero algunas mantenían luces abiertas en las vitrinas. Cuando pasaban por delante de una aumentaba la sensación de seguridad.

—Ojalá no los hubiera visto, ojalá no hubiera sucedido nunca, ojalá pudiera atrasar el reloj. —Flor oprimió el brazo de Violeta con angustia. Miró de nuevo a su alrededor por precaución y prosiguió—. Cuando lo dejamos con Ladislav yo empecé a moverme con otra gente. Conocí a un guía turístico, Félix, un cubano encantador. Nos hicimos amigos y siempre insistía en que probara lo de ser guía turístico. Praga está lleno de turistas españoles todo el año, que vienen a pasar tres o cuatro días y quieren verlo todo. Yo, ya sabes como soy: de las que lo prueba todo, y con mis cincuenta y tantos años empecé a hacer de guía. —Flor miró a Violeta y continuó—. Llevo a los turistas al castillo, el que te enseñaré mañana, está en la colina. Lo verás enseguida. Está bien. Yo voy de sala en sala comentándoles algunas anécdotas sobre los cuadros, el mobiliario y poca cosa más, porque la gente se aburre muy pronto.

Flor se paró y obligó a Violeta a detenerse. Se cercioró de que no había nadie cerca, y continuó:

—Hace dos semanas vi a Ladislav allí, en el castillo, en una sala pequeña algo reservada, hablando con la pelirroja de la taberna. Mi primera intención fue ir a saludarlo, pero me frené en seco. Me pregunté qué hacía allí Ladislav. En ese lugar solo hay turistas, ningún checo paga para ir. Y empecé a llenarme de curiosidad. Pensé que a lo mejor él se había enamorado de la camarera, que tenían un lío y que les daba apuro, por la diferencia de edad. Pero era extraño, esa mujer tan repulsiva, cómo podía Ladislav... y por qué ir al castillo, por qué tanto secretismo, me preguntaba yo. Entre una cosa y la otra me asaltó la curiosidad. Recordé que justo detrás de donde estaban hablando había un mueble, una alacena antigua, que no está colocada contra la pared, sino que esconde una vieja puerta de servicio que da a una escalera de caracol interior utilizada por los sirvientes antiguamente y a la que yo tengo acceso

como guía, ya que lleva a las oficinas del castillo por un camino más rápido. Se me ocurrió ir hasta la puerta por la escalera y bueno...

—Ya, a escuchar, la curiosidad que siempre nos mata.

—Pues tú lo has dicho, porque lo que oí ese día está acabando con mi vida. —Violeta miró a Flor con preocupación, pero no dijo nada para que esta continuara—. Oí como la mujer pelirroja amenazaba a Ladislav. «Eres un terco, tienes que hacer lo que te digo», le repetía la tabernera. —La señora Lope paró en seco la marcha, estaba alarmada por lo que acababa de decir Flor, pero su amiga continuó—: «Estúpido, solo piensas en tus ideas, pero esta vez será tu final: yo misma te mataré», le amenazó ella.

Flor tomó aliento y miró alrededor, el vaho de su respiración parecía humo. La tenue luz de las farolas y el silencio que reinaba y las palabras de Flor arrastraron a Violeta hacia la literatura. Le parecía estar dentro de una de las historias de Henry James, una historia en la que se entra y ya no se puede salir. Pero Flor seguía hablando.

—Y cuando por fin habló Ladislav, se me cayó el mundo encima: «Qué sabes tú, tal como van las cosas, en pocos años, habrá muchas razones para las que luchar. Ellos no lo entendían», le dijo. «Y tú tampoco. Te ofusca tu avaricia. Desaparece, yo no voy a acabar con la vida de nadie más». Eso es exactamente lo que oí: «No voy a acabar con la vida de nadie más...».

La señora Lope no salía de su asombro. Miró a su amiga y Flor la abrazó como una niña asustada que busca consuelo. Entendió que aquello era serio. Flor estaba temblando y no era el frío la causa, sino el miedo que tenía metido en el cuerpo.

La señora Lope había visto al exmarido de Flor un par de veces y siempre en España, de eso hacía ya mucho tiempo. Lo que recordaba era un hombretón alto, barbudo y con melena, de aspecto más bien campechano. Sin embargo, cuando empezaba a hablar, enseguida se daba uno cuenta de su formación y de sus vastos conocimientos. Su manera de conversar era absolutamente política, con una retórica limpia. Por un lado, sabía dirigir una conversación cuando le interesaba el tema y podía ser muy claro o muy ambiguo a la hora de explicarse. Y, por otro lado, si no quería hablar de algo se ponía a charlar desenfadadamente y a bromear. Era un tipo ingenioso, así lo recordaba Violeta.

Flor siguió haciendo memoria de ese día.

—«Dámelas, yo las guardaré. Sé que tú las tienes. Dime dónde están y me olvidaré de ti», dijo ella. Yo estaba acurrucada en los peldaños de la escalera interior con la oreja pegada a la puerta escondida detrás de la alacena. Pero oí ruido en mi escalera, vi que alguien subía y me entró el pánico. Esas escaleras de caracol son tan pequeñas y retorcidas que sentí claustrofobia. Me pareció perder el mundo de vista por un momento. Estaba llena de miedo. —Flor tomó aliento—. Por suerte, era un vigilante de sala que se dirigía a las oficinas: «¿Qué haces aquí sentada, Flor?», me preguntó. Era Leopold, todos los vigilantes me conocen, y le sorprendió verme allí. Le dije que me sentía un poco mareada y había decidido sentarme un rato. Siguió adelante, me preguntó si quería un vaso de agua y yo le dije que no, que enseguida me ponía en marcha otra vez. Tenía el grupo de turistas solos dando vueltas por el castillo.

—Es verdad, estabas con un grupo de turistas, ¿qué les dijiste para poder desaparecer?

—Les di quince minutos para que vieran el castillo por su cuenta. Ya lo he hecho otras veces, es casi mejor para todos, te lo aseguro. Cuando el vigilante desapareció escaleras arriba volví a pegar la oreja a la pequeña puerta. Ladislav y la pelirroja seguían allí. Me había perdido parte de la conversación, pero ellos aún continuaban hablando. Mi marido se lamentaba, decía: «Las piedras del frío son para poner los cimientos, para cuando haya que enfrentarse a una nueva dictadura, la económica, quizá esta sea la próxima gran lucha. Tú eres solo el presente, solo piensas en ti, estás metida en esto por dinero. Y sé muy bien de lo que eres capaz, ¿cómo esperas que te dé lo único que tiene sentido?». La pelirroja enfurecida dijo: «Te prometo que acabaré contigo, como tú acabaste con Zeman, Palach y Liverick».

La señora Lope se asustó. Se llevó la mano a la boca. El pelo se le puso de punta. Alcanzó a entender por qué su amiga estaba tan atemorizada.

—¿Entiendes, Violeta? Esto quiere decir que Ladislav mató a tres personas. He estado casada años y años con un hombre que acabó con tres vidas. Y he tenido una hija con él y, qué caray, que le he querido y fuimos felices. Parece imposible. No me hago a la idea de que Ladislav sea otra persona y de que no lo conozca. Él no, él nunca hubiera hecho algo así, es un hombre de principios, no un asesino.

—Si dijeron «acabar» con alguien, a lo mejor se referían a terminar con su carrera, con su trabajo, o quizá hay otra explicación. —La señora Lope intentaba calmar a Flor.

—Por las mañanas cuando me levanto es la primera cosa en la que pienso y me entra un pánico tremendo. No hago más que preguntarme cuántas cosas más hay que no sé de él.

—Los tres nombres que mencionó, ¿los habías oído antes? ¿Sabes algo de ellos?

—Uno me era familiar: Liverick. Recuerdo que una vez, hace años, Ladislav trajo a casa un tipo muy elegante, checo, que me presentó como el señor Liverick. Llovía mucho y llegó con el traje empapado. Se dedicaba a la política, igual que él. Fue algo extraño porque no dejó que se quedara a cenar o a tomar algo. Me acuerdo de él porque a los pocos días leí en los periódicos que lo habían encontrado muerto en su coche.

—¿Y cómo murió? —preguntó la señora Lope.

—Liverick murió de un ataque al corazón, pero salió en los periódicos porque era un político conocido aquí en la República Checa. Eso dicen, pero... —Flor miró a su amiga en busca de ayuda. Le temblaba la voz—. Cuando le dije a Ladislav lo que había leído en el periódico, no mostró el menor interés. Su único comentario fue: «Las piedras son para el cimiento de las ideas del futuro y no para los hombres del presente. Ese hombre no había entendido nada». Yo pensé que no debían de haber sido muy amigos, sino más bien rivales políticos. Pero ahora recuerdo algo que pasó esos días y que mucho me temo que tiene relación con lo sucedido. —Flor se acercó a Violeta—. Fue algo trivial, pero que ahora tiene su relevancia.

La señora Lope la escuchaba angustiada.

—Tú sabes cómo soy, no dedico mucho tiempo a arreglar mis cosas y limpiar mi casa, siempre encuentro mejores cosas que hacer.

—Sí, recuerdo muy bien las discusiones que teníamos de jóvenes cuando nos tocó vivir juntas durante un tiempo.

—Lo mío es el orden dentro del desorden. Sé lo que hay en cada sitio, pero no me gusta que estén las cosas en su sitio. Tú ya me entiendes.

—Algo sí, pero ¿qué tiene que ver esto con lo que me estás contando de Ladislav y el señor Liverick?

—Ladislav tenía una silla en el salón de casa donde siempre dejaba su ropa. Bueno, ya sabes que los hombres dejan la ropa donde quieren. A él le gustaba tenerlo todo allí, a mano, y que nadie lo tocara. Ivana entonces era ya una jovencita y ganaba algo de dinero para sus gastos cuidando al bebé de una vecina. Solían quedarse en el salón. —Flor recordaba a su hija de adolescente y por un instante se dibujó en su rostro una sonrisa preciosa—. El bebé que cuidaba mi hija gateaba y a veces tiraba de la ropa de Ladislav y la echaba al suelo. Lo tiraba todo, pantalones, camisas, abrigos, bufandas, todo lo que encontraba en las sillas del salón. Pero ese día sucedió algo. Ivana gritó asustada, yo estaba en la cocina y corrí al salón; sentada sobre la ropa de su padre estaba el bebé jugando con una jeringuilla. —Flor miró angustiada a Violeta—. El bebé estaba a punto de sacar la cubierta verde que cubría la aguja. —La sonrisa se desvaneció y en su lugar apareció una cara de reserva y terror a la vez.

—Ivana cogió la jeringuilla al vuelo y empezó a chillar como una adolescente. Me daba la culpa a mí a pesar de que había aparecido entre la ropa de su padre. Yo no tenía respuestas y estaba estupefacta, pero le dije que se calmara, que todo tendría una explicación lógica.

La señora Lope la cogió de las manos con fuerza para calmarla y calmarse, estaba nerviosa.

—Hablé con Ladislav y le pregunté de dónde había salido esa jeringuilla. Violeta, te aseguro que nunca había visto a mi marido perder las palabras. Yo estaba enfadada por lo que le habría podido suceder a ese bebé. Me dijo que lo olvidara, que no volvería a pasar. El hecho es que le quitó importancia y no dio ningún tipo de explicación a pesar de mi insistencia.

—Pero ahora lo relacionas con Liverick y su muerte.

—Sí. Porque es de esas cosas que suceden y no tienen mucho sentido, cosas a las que no les das más importancia y olvidas.

Violeta se detuvo, miró a Flor y la cogió por los hombros para calmarla.

—Flor, escúchame. Ahora estás separada de tu marido. Intenta olvidar lo que has oído y no le des más vueltas.

—No lo entiendes, Violeta, no es tan fácil. Cómo me gustaría que todo terminara aquí. Claro que haría lo que dices, me olvidaría de todo y seguiría

con mi vida. Pero si te he llamado y te he pedido que vinieras es porque estoy segura de que Ladislav también quiere «acabar» conmigo.

Delante de ellas estaba la imponente iglesia gótica de la Virgen de Týn, con sus dos torres negras colmadas de agujas mirando hacia el cielo. Un conjunto de amenazantes piedras negras y ennegrecidas que presagiaban tormenta. En medio de la noche, el edificio era como un fantasma con los brazos extendidos en busca de víctimas.

—¿Por qué tendría que hacerte daño a ti? ¿Es que te vio ese día en el castillo?

—Sí, Violeta, sí. Una pareja de turistas de los que iba en mi grupo entró en la sala donde estaban Ladislav y esa mujer. Yo enseguida me di cuenta de que eran de mi grupo porque reconocí las voces. No podré olvidarme de ellos mientras viva. Ella, la rubia teñida vestida de rosa, y él, el bronceado con cara de sapo. —Flor reanudó la marcha con desanimo; las dos mujeres se adentraron en la gran plaza caminando cerca del monumento de Jan Has—. Me acordaba de ellos perfectamente porque me habían estado dando la lata toda la mañana, decían que se aburrían, yo no entendía por qué se habían apuntado a la visita guiada. La cuestión es que entraron en la sala y lo hicieron hablando nada más y nada menos que de mí, que cómo se enrolla Flor, que si el nombre de Flor era sevillano, que si por la tarde Flor nos enseñará el cementerio judío... Yo lo escuchaba todo aterrorizada desde el otro lado de la puerta. Y, por supuesto, Ladislav sabe español y no le pasó por alto que hablaban de mí y enseguida comprendió que yo no podía estar muy lejos y que incluso podía haberles visto. Para cerciorarse, les preguntó: «¿Chicos, es esta Flor vuestra guía turística?». A lo que ellos respondieron afirmativamente. Y esto fue todo.

—Pero no te vio, Ladislav no te vio, no sabe que oíste su conversación — dijo Violeta para tranquilizarla.

—Como si lo supiera. Cuando esto ocurrió salí disparada hacia el jardín donde había quedado con el grupo para alejarme lo más posible de allí. — Flor respiró profundamente dentro de su bufanda porque volvió a sentir un escalofrío—. Ladislav me buscó y me encontró. Primero me saludó, me dio dos besos y después me dijo que estaba sorprendido de verme allí. Él no sabía que trabajaba de guía turístico. Yo no decía nada, no podía articular palabra. Él continuó hablando, me dijo que estaba en el castillo con unos amigos

extranjeros que habían ido a verle. —Flor tomó aliento y miró a Violeta—. Sé que se acercó a mí únicamente para verme la cara. «¿No nos has visto antes en el castillo?», me preguntó con malicia. Estaba muy nerviosa; le dije que no, pero sé que leyó en mis ojos la verdad. Yo no sé mentir ni he tenido que mentir nunca. Ladislav vio mi miedo.

Era una sensación o cada vez hacía más frío en las calles de Praga. Violeta sintió el miedo de su amiga.

—Lo sé, sé que lo sabe. Es un hombre muy meticuloso y es capaz de haber vuelto a esa sala donde estaban hablando él y la pelirroja y buscar hasta averiguar cómo pude saber lo que decían. —Flor dejó de hablar desanimada, sin fuerzas para hacer frente a esa nueva realidad que envolvía su vida y la asfixiaba.

Ahora Violeta entendía por qué Flor la empujó a ir con tanta urgencia a Praga. Estaban otra vez paradas en medio de la calle, en plena oscuridad. Reanudaron la marcha en silencio. Ella estaba también asustada y el cansancio no la dejaba pensar. No era un asunto con el que ir a la policía. Estaba segura de que su amiga ya lo había sopesado y lo había descartado, pero preguntó.

—Me imagino que has pensado en ir a la policía, pero te has echado atrás...

—¿Y qué les digo, Violeta? No tengo nada, una conversación a escondidas. Y Liverick murió de un ataque al corazón, te lo repito. Ladislav es un político conocido y yo soy una mujer extranjera que me paso el día paseando por las calles de la ciudad con un paraguas floreado al que siguen una decena de turistas. Nada es serio en mi vida ni lo ha sido nunca. —Flor miró de nuevo a su amiga con desesperación—. Sé que no puedo ir a la policía, lo sé. Además, ¿y si Ladislav se entera de que he ido? Para él sería la confirmación de que oí su maldita conversación. —Flor miró el reloj por inercia y se puso la mano en la cabeza.

—Uf, es tardísimo, se me ha ido el santo al cielo. Tú debes de estar agotada y yo aquí con mis problemas. No te dejo ni dormir la primera noche que estás aquí. Anda, sigamos, vamos al hotel y mañana será otro día... Estamos cerca. Mañana te llevaré al castillo y haré de guía solo para ti. —Flor intentó sonreír y Violeta la abrazó fuertemente.

—Todo se arreglará, ya verás. No te lo digo por decir. Con tu encanto y mi perseverancia vamos a buscar la mejor solución a este embrollo. Te puedo asegurar que no estás sola en esto y que me quedaré a tu lado hasta que todo esto se resuelva. Es posible que sea solo un malentendido y nada más.

—Ay, Violeta, ojalá fuera así. Ahora vete, vete, y métete en la cama. — Habían llegado a la puerta del hotel. Violeta la hizo pasar al vestíbulo a regañadientes y le pidió un taxi.

Capítulo 5

Ladran, Sancho. Señal que cabalgamos.

Anónimo

El teléfono de Flor no dejaba de sonar. Era siempre Ladislav que la llamaba incansablemente; por la mañana, por la tarde, por la noche. Ella no le cogía el teléfono desde lo sucedido en el castillo. También evitaba parar en casa por si se presentaba él.

Ahora le sería todo más llevadero con Violeta en la ciudad. Ya no se imaginaba a ella sola en un paraje yermo y gris de Emily Brontë, con muchos años menos, pero con la misma sensación de descarrío de ahora. Y es que Flor seguía con el espíritu joven a pesar de que su cara estuviera cargada de arrugas. Sus ojos la delataban, detrás de ellos estaban el mar, la juventud y el juego de la vida. Pero cuando su móvil sonaba el corazón le daba un vuelco. El temor, la incredulidad, el cariño que todavía le tenía a Ladislav, todo se mezclaba. Y dudaba, no sabía qué hacer. Como una niña azorada postergaba la decisión de enfrentarse a la realidad.

Pero hoy podía ser feliz porque tenía a su amiga de siempre con ella y pasarían el día juntas. Flor se había presentado muy temprano en el hotel. Llevaba una boina muy femenina de rayas en colores pastel que se quitó al pasar el vestíbulo. Violeta la invitó a subir a la habitación, no estaba lista; tenía el cepillo de dientes en la mano, la boca llena de pasta dentífrica y el pelo de la cabeza y de las cejas alborotado. Flor la abrazó y le dio dos besos nada más entrar en la estancia. La miró aliviada y le peinó con la mano una mata de pelo rebelde de la coronilla. Olvidó por un rato sus preocupaciones, estaba radiante y contenta. Se quitó el abrigo de cuadros que llevaba y dejó al descubierto un jersey hecho a mano de color cereza con un reloj despertador dibujado en el pecho, una falda verde oscuro y unas botas altas hasta la rodilla. Al ver la cama se tiró sobre ella y saltó con fuerza para comprobar si

era confortable. Abrió los brazos y los movió como cuando uno se tumba en la nieve y quiere dibujar un ángel con su cuerpo.

Unos instantes después siguió a Violeta al baño. Cuando vio lo que tenía ante ella dejó escapar una efusiva exclamación. Era una estancia completamente nueva revestida con mármoles verdes travertinos y tostados de Carrara elegantemente combinados que dibujaban un espectacular mosaico circular en una de las paredes. Los grifos dorados brillaban como joyas y la estancia desprendía un aroma que invitaba a la saludable costumbre de tomar un baño de espuma. Flor no pudo contenerse, le dijo a su amiga que fuera a desayunar al restaurante del hotel y la dejara a ella en la habitación. Se quitó la ropa invernal y se deslizó en la aristocrática bañera. Se sumergió en espuma de jabón artesanal traído de Florencia con fragancia de *caprifoglio*. Estaba encantada, relajada y flotando entre pensamientos. Resolvió que había escogido el mejor hotel del mundo para su amiga y que invitaría a cenar a su hija y a Violeta para que se conocieran.

Pasaron el día juntas. Por la mañana estuvieron en el castillo porque, según Flor, allí empieza la historia de Praga. Ella insistió, aunque a Violeta le parecía una mala idea. Dichosamente, todo fue bien, Flor no se angustió en ningún momento. Es más, insistió en enseñar a su amiga la sala donde estuvieron Ladislav y la mujer pelirroja hablando y la escalera donde ella se escondió y oyó toda la conversación. La estrecha escalera en espiral estaba en una de las torres del castillo románico. Era oscura y de una piedra gris pulida y brillante gracias a los pies de miles de sirvientes y trabajadores que habían enlustrado los peldaños con su ir y venir atareado durante siglos.

Es asombroso lo grande que es el castillo, situado en una colina con vistas sobre las casas de la ciudad y el río Moldava. Hay un palacio, tres iglesias y un monasterio, todo salvaguardado por los gruesos muros medievales. A pesar de las invasiones, los fuegos y el paso del tiempo, el castillo de Praga ha mantenido en buen estado la mayoría de los edificios de cada una de las épocas que ha sobrevivido. Incluso las modestas casitas donde vivían los artesanos y guardianes siguen ahí. Hay una calle entera de estas pequeñas casas que tienen más de quinientos años. Es el único lugar que trasladó a la señora Lope a otra época. Sintió el calor de las gentes que vivieron allí, los vio con sus herramientas, sus sonrisas y su pulcritud una mañana como

aquella. Una mujer limpiando los cristales de una casita azul de cuento. La esposa del cantero dándole a su marido un trozo de pan y queso envuelto en un pañuelo antes de desaparecer para ir a trabajar. El joven aprendiz del herrero que sale de una casa amarilla con las vigas de madera oscuras que atraviesan mil veces como garabatos la fachada de la diminuta casa. El chico tiritando de frío y corre calle arriba como empujado por un viento; otra vez llega tarde al taller de su diestro patrón. Unos pasos más allá, hay ruido dentro de una de las casas con sus dos ventanas y puertas negras. Es el alquimista contratado por el rey Rodolfo II; acaba de romper una probeta que utiliza para sus experimentos dedicados a la búsqueda ofuscada de la fórmula química que permita al hombre crear oro.

Pero en estas maravillosas casas ya no viven familias. Ahora hay tiendas que venden recuerdos. Es una pena. Quizá en otro mundo, en otra dimensión, estas casas pudieran ser otra vez hogares y talleres donde mostrar y compartir los tantos y tantos oficios artesanales que se extinguen. En una de las tiendas Flor se encontró con uno de los restauradores que trabajan en el recinto del castillo. Se saludaron y le presentó a su amiga. Era un hombre de mediana edad, que llevaba un gorro negro de lana y una bata blanca como la de los médicos. En ese momento estaba trabajando en un vitral de Alfons Mucha que luce en la catedral de San Vito, dentro del castillo. Las invitó a que le acompañaran, pues todavía no habían visitado la iglesia. Y los tres salieron de la tienda en dirección al edificio donde trabajaba.

—Él suele dejarse caer por la tienda de recuerdos durante sus descansos porque allí trabaja una dependienta que le gusta —chismorreó Flor—. La conozco y los tres bromeamos con frecuencia cuando llevo a la tienda algún grupo de turistas para que compren alguna baratija *Made in China*.

Caminaban los tres bajo el frío invernal y sobre los adoquines milenarios. El restaurador sabía algo de español y sondeó a la señora Lope con preguntas relativas al modernismo catalán que ella respondió con referencias a otro movimiento análogo que estaba mucho más cerca de su corazón, el Arts and Crafts del Reino Unido.

La nave central de la catedral es poderosa. Como todos los edificios góticos se alza con virtualidad y firmeza. Las piedras parecen tener música propia y muchas de las ventanas de punta almendrada cobijan vitrales de arte

del siglo XX. El conocido de Flor estaba restaurando uno de los más bellos vitrales de Alfons Mucha. En él luces multicolores se juntaban formando dos figuras humanas, colocadas en un primer plano que intimidaba. Eran dos santos cristianos plasmados allí como dos ángeles *art nouveau* envueltos en un juego de cenefas circulares hipnotizadoras.

—Todo lo que hace Mucha tiene una dimensión mística —dijo él valorando su lugar de trabajo desde el suelo. A su lado había un andamio de aluminio al que se subía cada día para llegar hasta la ventana gótica donde se encontraba el vitral.

—¿Qué problema hay, está roto? —preguntó Flor.

—No. Lo estoy limpiando. Después de cien años necesita un baño. —Flor se rio con desparpajo, quizá porque le conocía bien y solían hacer bromas subidas de tono referidas a él y a la guapa dependienta de quien estaba enamorado.

—Mi querida Flor, hay que cuidar las cosas bonitas. Los objetos que contienen el tiempo y la mano del hombre están en peligro. Son importantes para entender nuestra historia y también quiénes somos como individuos.

La señora Lope podía entenderlos y les escuchaba mientras algunos nombres de ciudades pasaron por su mente, lugares donde se perdieron los talleres artesanales que hicieron con sus manos toda una época, justo antes de que las fábricas lo destruyeran todo. Quienes tenían que protegerlos no lo hicieron. Son ciudades que no crecieron sumando conocimientos y ahora se han quedado incluso sin las fábricas y no saben a dónde van.

—Esto díselo a tu novia, que en vez de vender artesanía tiene la tienda llena de recuerdos hechos en China.

—Ella ya lo sabe, quien no quiere saberlo es su jefa, la dueña del negocio, que es una amante del dinero. Hoy en día se fabrican sucedáneos de todo, objetos sin alma y sin alas que encima ensucian irresponsablemente el planeta durante decenas de años.

Las palabras del hombre la llevaron a su pueblo, recordó las reflexiones de Giacomo durante las tertulias del sábado por la tarde en el hotel. En algún momento de la velada, el italiano siempre les ilustra con su lado más político y ecologista: «El planeta pertenece a todos los hombres y mujeres que viven en él. En un futuro próximo, los fabricantes deberán responsabilizarse de la

contaminación de sus objetos no solo al fabricarlos, sino también durante toda la vida del objeto hasta su desaparición, ya sea por degradación o por reciclaje».

—Le voy a decir que insinúas que sus *souvenirs* contaminan... —Flor se burlaba de él como una niña se burlaría de un chico de menos edad.

—Flor, no me metas en un lío, que te conozco. Que ya sabes que desde que la conocí estoy siendo un buen chico, para enamorarla y para que me quiera mucho.

—Ella es mucha mujer para ti. Tú eres solo un arreglador y limpiador de cosas viejas, trabajo tienes si quieres enamorarla, ¿verdad, Violeta? Te lo decimos nosotras, que andamos sobradas de años de experiencia. —Flor guiñó el ojo a su amiga.

—Lo primero que tienes que conseguir es oír tu nombre en sus labios. — Violeta le siguió el juego—. Así empieza todo.

—Ves, Flor, tu amiga me ayuda en vez de desanimarme. —El restaurador la miró interesado. Quería seguir la conversación, pero Flor le empujó hacia el andamio.

—Tú súbete al vitral y sigue con tu trabajo que yo tengo que enseñarle la ciudad a mi amiga y tú eres muy charlatán.

Se despidieron y las dos mujeres siguieron su recorrido turístico. Flor le enseñó mausoleos de reyes y reinas del país recubiertos en oro y plata y le contaba detalles que sabía gracias a su eventual trabajo como guía. Pasaron por el convento de San Jorge, que atesora una colección de cuadros y esculturas checas que las aburrieron sumamente.

Después dieron por terminada la visita al castillo y bajaron a la ciudad. Mientras caminaban Flor le dijo que el único museo de Praga que vale la pena ver es el Palacio Sternberg, la Galería Nacional del país. Hay obras de arte medieval italiano; cuadros de Tintoretto, Bassano y Bronzino; de la escuela flamenca; se exponen también obras de Rubens, Rembrandt, Dürer y de artistas españoles como El Greco y Goya. Violeta mostró interés por visitar el palacio y quedaron en hacerlo esa misma semana.

Las dos amigas anduvieron largamente por las calles del centro. La señora Lope se cayó un par de veces, pero no se hizo daño. Flor la ayudó a levantarse entre risas y bromas. Quizá fuera el cansancio, habían caminado mucho y solo

pararon para comer algo al vuelo. O tal vez fuera a causa de la distracción; la vista del turista en una ciudad invariablemente se eleva para no perder detalle y el resultado es que nadie mira dónde se pisa.

Aunque Praga es una ciudad sin sobresaltos, paradigmática, muy coherente, muy eslava. Caminas por sus calles y puedes oír el rumor de tus propios pasos. No hay ruidos ni estridencias arquitectónicas. Sería mucho más fácil dejarse llevar por su belleza si hubiera más contrastes. En definitiva, a la señora Lope Praga le parecía muy bella pero algo inexpresiva. Aunque eso no importaba lo más mínimo, ella y Flor estaban juntas y se sentían radiantes a pesar de las caídas accidentales.

El sonido del teléfono móvil de Flor las devolvió a la realidad. Flor se azoró. Sacó el aparato de su bolso y miró la pantalla. Era Ladislav. Y una vez más no respondió, dejó que el móvil siguiera sonando. Se pararon en medio de la calle en silencio y esperaron a que dejara de sonar. Las dos sintieron una angustia terrible que bajó hasta su estómago oprimiéndolo, como una sacudida a traición en una pelea callejera.

—¿Por qué no vienes conmigo a los Pirineos, Flor? —se le ocurrió a Violeta.

—¿Y cómo voy a dejarlo todo? Mi vida, mi hija, mi casa, mis amigos.

—Si realmente crees que Ladislav puede hacerte algún daño, no tienes elección —dijo Violeta con gravedad.

—A los pocos días de suceder pensé en ir a la policía... aunque ya te dije que después lo descarté porque pensé que me tomarían por una loca y además Ladislav lo sabría y... —Flor no terminó la frase. Bajó la cabeza y siguió caminando. Sacó un pañuelo del abrigo de cuadros y se sonó la nariz.

—Desde que sucedió todo esto, me ha llamado miles de veces. Ya te lo he dicho, quiere que nos veamos, seguro. Tengo miedo de su reacción, tengo mucho miedo. Hasta ahora he evitado encontrarme con él, pero esto no puede seguir. Si no respondo a sus llamadas ni a sus mensajes, vendrá a buscarme.

El teléfono móvil dejó de sonar por enésima vez y las dos mujeres suspiraron aliviadas ante el inicio de otra tregua que nadie sabía cuánto iba a durar.

Capítulo 6

Los viejos lo creen todo; los adultos todo lo sospechan; mientras que los jóvenes todo lo saben.
Oscar Wilde (1854-1900)

Flor vivía en un apartamento pequeño muy cercano al Moldava, el gran río que, con mucha gentileza, divide en dos la ciudad de Praga. Al separarse de Ladislav dos años atrás, buscó un lugar para vivir que estuviera cerca del apartamento de su hija. Ella misma la ayudó a buscarlo. A pesar de que siempre andaba ocupada, Ivana encontró para Flor una vivienda confortable y acogedora. Conocía a mucha gente que le debía favores. Su trabajo de abogada en un bufete de prestigio le granjeaba conocidos distinguidos. Fue cuestión de horas disponer de un piso para su madre. Una llamada de teléfono a un promotor inmobiliario al que había defendido unos meses atrás y una hora más tarde tenía en la mesa de su despacho las llaves de un apartamento en el centro de Praga por un alquiler simbólico. Sin contratos, sin firmas.

Flor había dado al apartamento un toque personal. Lo había llenado de recuerdos: *souvenirs* en forma de bolas de nieve, fotografías de lugares inolvidables, símbolos turísticos miniaturizados: la Torre Eiffel, la góndola de Venecia, el Big Ben, las pirámides de Giza, la torre de Pisa, el templo de la Acrópolis, la estatua de la libertad neoyorquina... Destinos absolutos reducidos a la mínima expresión, colocados cuidadosamente en estanterías junto con libros de poesía.

La cocina estaba unida al salón y allí se dirigió Flor cuando entró en su casa. Violeta fue al gran ventanal arqueado que iba de pared a pared atraída por la luz de la puesta de sol. Dejó escapar un suspiro de admiración al ver las vistas que tenía el apartamento sobre el río Moldava. Esa noche habían quedado para cenar juntas. A la cena iría también la hija de Flor, Ivana.

El apartamento estaba en la calle Smetanono Nabrezi cerca del río, pero la señora Lope todavía no se situaba en la ciudad. Por los edificios que había

visto en la calle, sabía que estaban en el casco antiguo pero no adivinó que la casa de su amiga estaba tan cerca del río.

La vista era un espectáculo, a esa hora casi había desaparecido la luz del sol y se encendía la ciudad. Violeta veía dos de los más de siete puentes que cruzan el majestuoso río de Praga, estaban iluminados y parecían sacados de un cuento de hadas. Se encontraban tan cerca que podía distinguir a la gente que paseaba por el primero de ellos.

—Me hubieras decepcionado si lo primero que hubieras hecho no hubiera sido ir a la ventana.

—Es extraordinario e inesperado, Flor. Esto no es una ventana, esto es un mirador.

—Praga es bonita, ¿verdad?

—Sí, y tu casa también, eres una mujer afortunada.

—Es gracias a Ivana, te lo dije, fue ella quien me encontró este apartamento.

—Mañana quiero ver ese puente. Es tan bello que parece irreal.

—El puente de Carlos, mañana vamos a verlo.

Violeta volvió la mirada hacia el interior de la casa. El apartamento estaba en un edificio renacentista muy bello. En la fachada había visto un mural con tonos intensos de ocre, naranja y amarillo, de donde emergía un monje sentado en su escribanía ocupado en transcribir fielmente textos de la antigüedad clásica, quehacer tan y tan importante para todas las generaciones posteriores incluidas aquellas que solo huyen hacia delante, temiendo enfrentarse a su insignificancia histórica. En el salón del precioso apartamento renacentista había cuatro columnas de piedra en línea recta y paralelas al arqueado ventanal. En cada uno de los capiteles se reproducía al monje escribano de la fachada pero esta vez finamente esculpido en piedra. Era un edificio equilibrado. El salón de Flor era como un eco melódico de la historia del lugar. Era un espacio perfecto para vivir, como un santuario, como una pequeña ermita. La señora Lope sintió respeto, sintió el peso de la historia.

—Ni te he pedido si necesitas ayuda. —Su amiga seguía en la cocina abriendo armarios y ojeando la nevera.

—Qué va. No tenemos que preparar nada. Ivana lo traerá todo. Un día a la semana cenamos juntas y ella se encarga de la comida. Como no la veía nunca

porque siempre andaba ocupada decidí fijar una cita semanal para vernos y hacer algo juntas: qué mejor que comer.

—¿Ivana cocina?

—No, no tiene tiempo. Ni le gusta. Vive entregada a su trabajo. No tiene tiempo para vivir, se lo digo continuamente. Habrá llamado por teléfono a algún restaurante para que le preparen unos platos. Desde que hacemos estas cenas he probado comida de todas partes del mundo. —Las dos mujeres se rieron.

—Pues a ver qué trae hoy... —dijo Violeta—. Tengo hambre ¿y tú?

—Yo también. Hablé con ella esta mañana por teléfono y le dije que estarías en la cena y que llevara comida para tres. Espero que lo haya anotado en alguna parte. —Flor al fin dio con la botella de licor que andaba buscando. Cogió dos vasitos y fue al salón.

—No tardará. Mientras tanto toma un chupito de este licor checo. Se llama Becherovka. Viene de Karlovy Vary, una zona de balnearios, seguro que te gusta.

—Mejor que no tarde porque si empezamos a beber chupitos cuando llegue nos va a encontrar piripis. —Ambas se relajaron en el sofá riendo e imaginando la situación.

Poco faltó para que sucediera de verdad. Unos cuantos vasitos de licor amarillo de hierbas descendieron por sus gargantas con placer. Con todo, el tiempo de espera no fue largo. Unos veinte minutos después, Flor abrió la puerta a su hija Ivana, que llegaba cargada con unas bolsas de papel de colores muy llamativos. Su madre cogió los paquetes y Violeta se levantó del sofá donde se había acomodado. Saludó con besos y abrazos a Ivana. La niña que ella recordaba había desaparecido. Ahora tenía delante a una mujer alta y atractiva que le daba la bienvenida a la ciudad con la seguridad y habilidad de un político.

—¿Qué traes hoy? —le preguntó su madre.

—Chino.

—Bueno, pues a comer con palillos se ha dicho. —Violeta miró a Flor asustada, ella no había comido nunca con palillos.

—Es una broma, mujer. Yo tampoco como con palillos. Pero ya verás a Ivana, parece nacida en la Ciudad Prohibida.

Violeta suspiró aliviada porque el hambre la perseguía y no podía imaginarse coger un trozo de alimento con dos palitos.

—¿Has traído para tres?

—Sí, mamá, no te preocupes.

Ivana se sacó el elegante abrigo negro que llevaba y lo dejó en la habitación de su madre. Se paró en un espejo que había al lado de la puerta del dormitorio y se arregló el pelo. Después se puso un pintalabios de color rojo intenso que guardó acto seguido en uno de los bolsillos de su pantalón carísimo y de talle perfecto. Fue al salón y se dejó caer en el sofá con alivio.

—Por fin ha terminado el día.

La camisa de seda ni se inmutó. Era de alguna casa de costura parisiense y tenía un inusitado estampado y corte *art nouveau* que le hacía todavía más delgada y esbelta la figura. Era una mujer seductora. Flor no exageraba cuando le decía que su hija era muy guapa. El trato con ella era grato, pero siempre algo distante. Su presencia desenterró el recuerdo que Violeta tenía del marido de Flor. Hacía muchos años que no le había visto, pero algo en la manera de moverse de esa mujer despampanante le recordaba a Ladislav.

Ivana no le preguntó ni por el viaje ni por su presencia en Praga. Tampoco se sintió inspeccionada. Simplemente no mostró ningún interés. Ella, en cambio, escudriñó con sus ojos de ardilla a la hija de su amiga.

—¿Un día difícil en el trabajo?

Al ver que alguien le preguntaba por su profesión, Ivana renació y asintió con la cabeza.

—Sí. Todos lo son. Ya te habrá dicho mi madre que soy adicta al trabajo.

—Bueno, lo que me ha dicho es que te ve menos de lo que le gustaría y que por eso hacéis esta cena semanal.

Flor estaba en la cocina buscando los cubiertos, las servilletas y las copas para poner la mesa.

—Hija, ¿quieres cerveza o vino? —preguntó al abrir el armario de los vasos y las copas.

—Cerveza está bien.

—Eres abogada, ¿verdad?

Ivana asintió con la cabeza.

—¿Te dije que trabaja en el bufete de abogados más famoso de la ciudad?
—apuntó Flor desde la cocina.

—¿Tienes algún caso importante entre manos? —Violeta sentía un interés genuino por la profesión de la joven.

—Ahora llevo un caso de expropiaciones inmobiliarias. Pero para mí todos los casos son importantes: litigio por una herencia, fraude fiscal, tráfico ilegal, asesinato. —Ivana se bebió un vasito de licor que se había servido ella misma.

—¿Asesinato? Esto son palabras mayores. ¿Hay mucha delincuencia en Praga?

—La hay, pero no es delincuencia de callejuela y arma blanca. Es delincuencia organizada de butaca y guante blanco. Praga sigue siendo la ciudad del centro de Europa, entre la Europa del este y la Europa del oeste.

—¿Quieres decir que hay mafias?

—Sí, podemos definirlo así.

—¿Y usan la violencia?

—A veces. Pero ahora estoy en un caso distinto, más local. Me ocupo de unas expropiaciones inmobiliarias. El Ayuntamiento ha comprado unos edificios contiguos aquí en el centro, entre el barrio judío y el casco antiguo. Quieren hacer una gran sala para eventos especiales.

—¿Eventos especiales?

—Sí, macrofiestas, conciertos para jóvenes. Como un gran pabellón, pero en el centro y de lujo. Un coliseo del siglo XXI en el corazón de Praga. Imagínatelo. —A Violeta le gustó que la tratara de tú sin tener que pedirselo—. El Ayuntamiento sabe que es un buen negocio. No está construido y ya tienen proyectado un calendario de fechas para conciertos de grupos musicales muy famosos.

—¿También los turistas van a utilizar este espacio?

—Pues claro, pensando en ellos lo hacen. —Ivana sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió un pitillo—. La mayoría de las personas que visita Praga se queda de tres a cinco días. En los últimos años el Ayuntamiento ha desarrollado todo tipo de proyectos para aumentar el número de noches que un turista pasa en la ciudad.

—¿Y lo han conseguido?

—No. Ha sido un fracaso tras otro. —Se dibujó una sonrisa sardónica en sus labios—. Ahora el consistorio ha cambiado de estrategia: en vez de intentar aumentar los días de pernoctación de los turistas, han decidido apostar por incrementar la cantidad de personas que visitan la ciudad. Y este coliseo es el núcleo del proyecto del Ayuntamiento para aumentar el número de turistas anuales.

—Parece una buena idea. —La señora Lope pensó en su hotel, la mujer de negocios despertó. Por primera vez desde que había llegado pensó en su palacete pirenaico. Debía llamar para saber cómo iba todo. Pero enseguida volvió a la conversación que tenía con Ivana—. Un proyecto caro, imagino que costará mucho dinero construir este coliseo.

—Muchísimos millones de euros, y no solo para construirlo. Yo estoy ahora con todo el proceso de expropiaciones de edificios. No olvides lo que te he dicho: este gigante de los simposios estará en el centro histórico de la ciudad.

—Vaya lío, sí. Supongo que hay gente que no quiere vender.

—La compra de los edificios no ha sido un problema. El alcalde se encargó de pagar muy bien a los dueños de pisos y locales comerciales. La mayoría de los propietarios han aceptado y no falto a la verdad si digo que están encantados. Pero tengo problemas con algunos energúmenos.

—Si el dinero no es un impedimento, ¿por qué dices que tienes problemas?

Flor interrumpió la conversación y las invitó a la mesa a comer.

—Y ahora que hablas de problemas, tu madre te tiene que contar uno. — Violeta quiso introducir el asunto sobre la conversación que oyó Flor en el castillo.

Al oír esto Ivana se puso de pie en silencio, dejó el vaso vacío en la mesita que había a un lado del sofá y se acercó a la mesa.

—Seguro que es algo relacionado con su maldito trabajo de guía. Mi madre no debería trabajar. Le he dicho mil veces que lo deje. Yo puedo ayudarla económicamente.

—No, no es eso... —Flor dudó.

—Tú, mamá, ya no tienes edad. Ser guía turístico es una profesión para jóvenes solteros. Papá te diría lo mismo si estuviera aquí.

Las dos amigas se miraron y Flor hizo señas a su hija para que se sentara.

—Sí, si tu padre estuviera aquí coincidiría contigo... y seguramente añadiría que ser guía puede convertirse en una profesión muy peligrosa. — Todo lo sucedido era a raíz de la conversación que había oído ella haciendo de guía en el castillo y no estaban claras las consecuencias que todo aquello podía tener. A su hija no se le escapó el adjetivo.

—¿Peligrosa? ¿Por qué lo dices?

—Tu madre tiene que hablar contigo, Ivana. —La señora Lope ansiaba contarle lo que consumía a su madre. Era abogada, seguro que podría poner un poco de aplomo a la situación.

—A ver, de qué se trata. —Ivana miró a las dos mujeres. Ya estaba sentada a la mesa y con los palillos en la mano. Había un sinfín de platos chinos que degustar: cangrejo con puerros, pato Pekín, ternera con pimientos verdes y salsa de judías negras, cerdo con salsa agridulce y los socorridos y variados *noodles* y arroces.

—No es nada, hija. No te preocupes. Ahora vamos a comer. —Flor llenó la copa de Violeta con vino blanco y levantó la suya—. Vamos a brindar. Por vosotras, por teneros en mi casa a las dos: sois las dos mujeres que más quiero en este mundo.

Ivana levantó su jarra de cerveza y brindó con su madre y su amiga española.

—¿No estarás enferma? ¿Te duele algo?

—No, hija, no. Después hablamos tranquilamente, con el estómago lleno.

—Espero que os guste lo que he traído. Para comer en el restaurante donde he encargado estos platos hay que pedir mesa con un mes de antelación. El propietario es el hijo de un famoso chef chino de Hong Kong.

—¿Y cómo es que está en Praga?

—Porque se enamoró de una checa; qué absurdo, ¿verdad? Dejarlo todo por amor.

Las dos mujeres se miraron. Ivana, la pragmática.

—Pero ha tenido suerte con lo del restaurante. Se llama La Copa Dorada. Lo llena cada noche con los turistas y los locales más ricos de la ciudad. Hay gente que viene a Praga solo para comer en su restaurante.

—Esto es que pondrá mucho amor en todo lo que hace.

—Ay, mamá, lees demasiada poesía.

—No se puede leer demasiada poesía. Tú sabrás muchas cosas y tendrás muchos datos del mundo en el que vivimos, pero la parcela de los sentimientos la tienes un poco olvidada.

—Ya. Pero volviendo a lo de hablar. Tu madre quiere contarte algo referente a tu padre.

Violeta intentó iniciar de nuevo el tema que preocupaba a su amiga.

—Si no tiene nada que ver con el trabajo, ya sé que es: vas a decirme que os habéis peleado con papá.

—No... No es eso... Pero, déjalo, en otro momento te lo cuento. Y tú también, Violeta, déjalo, ya se lo explicaré otro día. Hoy no.

—Pero, Flor...

—Mujer, estoy tan bien esta noche aquí con vosotras, en mi casa, todas reunidas y compartiendo una cena que viene del otro lado del planeta.

Flor las cogió a las dos de la mano. Ivana se sintió incómoda y se soltó rápidamente para seguir comiendo.

—Mamá, déjate de sensiblerías.

La cena fue agradable. La señora Lope admiró el español de Ivana. Era impecable y la felicitó a ella y a su madre, que había tenido mucho que ver con ello. No terminaron la comida que había traído Ivana, pero todo estaba delicioso y saciaron su apetito. La sobremesa puso en marcha de nuevo la conversación. Siguieron hablando, frases hilvanadas y finas, perfectas para la digestión.

—Por cierto, volviendo a lo que nos explicabas antes del coliseo que quieren construir y de las dificultades con la compra de algunos edificios... Tengo curiosidad, ¿qué tipo de problemas han surgido si no es una cuestión de dinero? —Violeta quería saber más.

Ivana puso ojos de águila al comprobar que había interés por su trabajo otra vez. Se levantó de la mesa, se puso a andar por el salón en dirección a la cocina.

—Es un caso sorprendente. —Abrió la nevera y cogió otra cerveza—. Hay una familia, propietaria de un edificio que necesitamos en el barrio judío, que no quiere vender. El edificio tiene solo dos plantas y es un simple taller de vidrio desde hace años.

Flor dejó la mesa y fue a la cocina a buscar un té verde muy suave que había preparado para tomar después de la comida oriental.

—¿Y cuál es el problema? —insistió la señora Lope.

—Unas malditas razones sentimentales sin importancia. Dice el propietario y su familia que tienen una obligación con los inquilinos de su taller y que no pueden echarle.

—¿Cuánto tiempo hace que tienen el taller de vidrio en ese edificio?

—Muchos años, más de cien. —Flor intervino y Violeta intuyó que su amiga conocía a los inquilinos del edificio. Ivana la abogada empezó a sacar sus armas profesionales.

—He recibido incluso amenazas, ¿os lo podéis creer? Los dueños me han coaccionado verbalmente. Por eso ahora estoy intentando negociar con los arrendatarios.

La madre de Ivana sabía perfectamente lo insistente y pertinaz que podía llegar a ser su hija. Sentía pena por los inquilinos.

—Yo les conozco, son artesanos del vidrio, muy buena gente, Violeta. Quiero llevarte alguno de estos días, nos pasaremos por su taller y de paso visitaremos el barrio judío, es inmenso y muy interesante. Nada que ver con el que tú me enseñaste en esa ciudad cercana a los Pirineos hace años.

Violeta recordó esa visita, a ella tampoco le gustó nada aquella ciudad de cartón piedra. De hecho, hacía años que no iba. Prefería las ciudades más pequeñas, las que te acarician con su toque campesino y rural, las que todavía dejan ver su lado más ingenuo.

—Aquí verás todo un barrio vivo, no una reliquia del pasado en forma de casa judía reconvertida en cafetería. Mañana vamos si te parece.

La señora Lope asintió encantada.

—Lo que te decía, los vidrieros del taller son muy buena gente, siempre tienen alguna pieza nueva especial.

Ivana no volvió a la mesa. Había terminado de comer. En una mano tenía la cerveza y en la otra el paquete de cigarrillos que había ido a recoger de la mesita del salón. Flor siguió hablando de los artesanos.

—Yo conozco a Moses Beck, uno de los vidrieros. Su familia hace más de cien años que trabaja en ese taller. Su padre y antes su abuelo utilizaron los mismos hornos que utiliza ahora él para fundir el vidrio.

—Puede hacer sus jarrones en otro lugar. Si hace tan bien su trabajo, puede hacerlo igual en cualquier otro taller.

—El arte no es una ciencia exacta, Ivana. Depende de factores que desconocemos. Un cambio de taller puede afectarles, de una forma u otra — dijo Flor.

Ivana sonrió. Se acercó a su madre que estaba sentada de nuevo con su amiga y servía el té verde. Le acarició el pelo, como una madre suele hacer a su hija pequeña. Ivana quería a su madre, pero vivían en mundos muy distintos.

—Yo no creo en los cambios que se hacen cuando uno se obliga a sí mismo a cambiar sin antes tomar conciencia de lo que no funciona. Y si además los propietarios defienden a los inquilinos... —dijo la señora Lope.

—Sí, es inaudito. —Ivana se acercó al gran ventanal con vistas al majestuoso río Moldava mientras conversaba con ellas.

—No es tan extraño. Es que hay por medio razones históricas. Dejad que os cuente algo. —Flor se disponía a continuar, pero su hija la interrumpió.

—Esto es el mundo al revés: propietarios apuntalando los derechos de simples arrendatarios de un taller. Una familia poniendo en segundo lugar el beneficio económico. Es el mundo al revés, no salgo de mi asombro. Ya no sé qué hacer para persuadirlos. —Ivana hablaba despacio. Su cabeza barruntaba nuevas estrategias para enfocar la negociación. Seguía fumando y tenía la mirada puesta en la orilla opuesta del río, las luces de las calles y las casas esbozadas en la oscuridad.

Las dos amigas seguían sentadas a la mesa y disfrutaban del té relajadas.

—Eres una abogada aventajada, pero no olvides nunca las lecciones de historia, porque sin ellas no podrás entender lo que sucede a tu alrededor, Ivana. Sobre todo, la historia del siglo XX, recuerda lo que está escrito en los libros, lo que te han contado de tu familia y lo que has vivido... solo así puedes entender lo que sobreviene en este momento.

—No se puede mirar hacia atrás —replicó Ivana a su madre tajantemente.

—Hay que mirar hacia atrás —intervino la señora Lope con determinación.

—Te voy a desvelar algo, hija: Moses, el arrendatario del taller, es un conocido de tu padre. Tú no lo recordarás, pero de pequeña correteaste por ese taller de vidrio decenas de veces. —Ivana dudó por primera vez antes de

responder. Quizá solo fue un intento de evocar esos recuerdos de la niñez—. Y el padre de Moses fue un gran hombre, un héroe de guerra.

La señora Lope e Ivana se dispusieron a escuchar lo que Flor sabía de los vidrieros.

—Durante la Segunda Guerra Mundial el padre de Moses, que también era un artesano del vidrio, escondió y procuró comida a decenas de judíos que huían de los alemanes. Entre estas familias está la actual propietaria del edificio. Aquí murieron más de trescientos mil checoslovacos en manos de los nazis y la mayoría de ellos eran judíos. La población judía de Checoslovaquia fue destruida. —A Flor le costaba hablar de estos hechos—. Primero los asediaron, después los aislaron y finalmente los acorralaron en un gueto supuestamente «modélico», Terezín. Muchas familias, hombres, mujeres, niños, murieron allí. El resto fue transportado directamente a Auschwitz... Cuando terminó la guerra en 1945 habían asesinado al noventa por ciento de la población judía de nuestro país.

Se hizo un silencio absoluto en el apartamento. Incluso los escribas renacentistas de los capiteles dejaron de escribir y sus plumas permanecieron suspendidas en el aire.

—Los tiempos cambian. —Ivana se negaba a valorar los hechos.

—Pero algo así no se olvida nunca, hija.

—Así que gracias a la familia de los Beck se salvaron muchas familias... No puedo pensar en lo que cuentas sin sentir un vacío en el estómago. No me extraña que la comunidad judía respete tanto a esta familia. Se jugaron la piel. —Violeta admiraba la valentía.

—Y en muchas ocasiones. Escondieron a tantos judíos que a veces no tenían ni comida para ellos mismos. No eran una familia rica, lo poco que poseían durante la guerra lo compartieron con las personas que salvaron. Y como ya os he dicho, una de las familias a las que ayudaron es la propietaria del edificio donde tienen el taller Moses Beck y su amigo Vaclav.

—Ahora lo entiendo todo. —Violeta miró a la hija de su amiga, que seguía en el ventanal—. Ivana, lo tienes muy difícil.

—Todo se puede negociar. —La joven no daba nada por perdido.

—Por supuesto, pero siempre con el corazón en la mano. —Flor quería abandonar el tema de conversación, conocía a su hija y sabía que querría tener

la última palabra.

—Sigo pensando que este individuo puede trasladar su taller a otro lugar.

—Hija, no seas tan desalmada. —Flor quería continuar, pero sonó el teléfono móvil de Ivana.

La joven corrió a la habitación donde había dejado el abrigo y sacó del bolsillo el pequeño aparato. «¡Garbanzos!»

—Te tengo dicho que no me llames después de las nueve de la noche. No me gustan las sorpresas. —Ivana debía de conocer muy bien a la persona que llamaba porque ni la saludó—. No, no puedo, hoy no. Estoy en casa y quiero descansar.

Primera mentira blanca.

—¿Que estás en la puerta de mi casa? Pues vete, vuelve a tu guarida. No llames, que no te voy a abrir, tengo dolor de cabeza.

Segunda mentira blanca.

—No, de acuerdo, yo no estoy en casa. Estoy con unos amigos, vamos a ir al teatro.

Tercera mentira blanca.

—Te veo mañana en el trabajo. Sí, mañana por la mañana te lo cuento todo.

Cuarta mentira blanca.

Flor y Violeta la escuchaban sentadas en el sofá y tomando té verde. Sintieron pena por el hombre o la mujer que estaba al otro lado del teléfono.

—¡Qué pesado es Gatsby!, todo lo que tiene de buen abogado lo tiene de irritante.

—¿Sois amigos? —preguntó Flor con la esperanza de saber algo más de la vida de su hija.

—Es un asociado de la firma donde trabajo, nada más.

Ese «nada más» seguramente quería decir que a veces Gatsby se acostaba con ella.

El móvil sonó de nuevo. Ivana apagó el cigarro, miró el reloj y se dispuso a responder.

—¿Dónde estás exactamente? —Ivana escuchaba con atención y tenía una sonrisa de mando dibujada en el rostro—. Ya entiendo... Voy para allá. —Ivana se acercó a las dos mujeres y las miró en silencio hasta que por fin

habló—: Me voy mamá. —Ivana dejó la cerveza que tenía en la mano y escudriñó el salón para ver dónde había dejado su bolso. Pasó por delante del espejo antes de recoger el abrigo en la habitación y se arregló el pelo. Sacó el pintalabios que llevaba en el bolsillo de su elegante pantalón y se pintó cuidadosamente los labios.

—Ivana, tenemos que hablar contigo de un asunto. —La señora Lope temía que terminara la noche y la hija no supiera lo que había sucedido en el castillo.

—Te llamaré, mamá, y quedamos algún día con las dos y me contáis este «asunto». Ahora tengo que irme.

Por lo menos no mentía a su madre ni buscaba excusas.

—Cuídate, hija. —Flor se levantó y se acercó a Ivana, que ya se estaba enfundando en el oscuro y largo abrigo de modisto francés. Le dio un beso en la mejilla a su hija y la miró. Ivana era muy guapa y más alta que ella. Con ese abrigo parecía pertenecer a otro mundo y a otra familia.

Capítulo 7

La justicia te proporciona paz, y también trabajos.

Ramon Llull (1232-1315)

A pesar del frío matinal, la mañana era soleada. Flor y Violeta seguían dormidas en sus respectivas habitaciones de apartamento y de hotel. Ivana, sin embargo, ya se encontraba en los juzgados trabajando.

Había salido de una de las salas de audiencia donde se celebró un juicio en el que intervenía como abogado defensor. Había ganado sin dificultades. Otro éxito para su bufete. A la salida del juzgado, el abogado de la fiscalía le acercó la mano para felicitarla. Ivana dejó su impecable cartera de piel en uno de los bancos de madera del pasillo y recíprocamente le acercó su mano.

—Buen trabajo, Ivana. Tu jefe estará contento. Habéis conseguido otro de los edificios para el proyecto del alcalde... Es siempre un placer verte, pero espero no hacerlo de nuevo en la sala de juicios, eres una contrincante muy espinosa —confesó su colega de profesión.

—Bueno, las rosas tienen espinas, pero eso no las hace menos bellas. — Ivana respondió escuetamente, algo raro en ella después de ganar un proceso. La razón era que no se encontraba muy bien. Estaba cansada. Se cogió al mango de su cartera negra de diseño y se sentó en el banco de madera que tenía al lado.

—¿Estás bien, Ivana?

—Sí, sí, es solo que no he comido nada esta mañana.

Ivana intentó relajarse. Pensó que era el estrés que la traicionaba. Respiró profundamente varias veces, pero la sensación de mareo que sentía no desapareció. Vio acercarse a Jan Hus, su compañero de bufete, Gatsby, como le llamaban en la oficina. Ella sacó el paquete de cigarrillos que llevaba en el bolsillo de la toga. Su colega del bufete les saludó con la mano y sacó un encendedor para ella.

—Gracias, Gatsby.

—Me acaban de decir que has ganado, *congratulations, my lady*. —Él le dedicó una sonrisa y después empezó a hablar con el otro abogado.

Los dos hombres se alejaron unos metros y hablaron entre ellos de algún tema endiablado y de mujeres que a ella no le interesaba.

Gatsby no era muy alto y su figura no impresionaba. Para mejorar su imagen vestía siempre con trajes impecables, llevaba el pelo alisado y la barba perfectamente retocada. Tenía unos años más que Ivana y, como ella, estaba completamente imbuido en su trabajo de abogado.

Ella le miraba desde el banco donde seguía sentada. La sensación de mareo no había desaparecido. Al cabo de unos minutos Gatsby se despidió del otro abogado y se acercó a ella.

—No te veo muy bien.

—Es que no me encuentro muy bien.

—Deberías dejar de fumar. Te cuidas poco. —Gatsby miraba a su alrededor despreocupado. Los pasillos del juzgado estaban muy concurridos a esa hora de la mañana. Estar allí era como estar en el ágora romana por la mañana.

Era verdad que últimamente Ivana no se encontraba en forma. Por eso había pedido una cita con su médico para una revisión. Miró el reloj, tenía exactamente dos horas para ir a la cita con el doctor y volver al bufete sin tener que dar explicaciones. Siempre había sido muy reservada y vanidosa, no pensaba decir a ningún ser viviente que necesitaba un médico.

—Hace días que no comemos juntos... ni nada más —dijo él sin mirarla.

—¿Es tu manera de invitarme a comer hoy?

—Sí. Y celebramos que has ganado. —Él hablaba con ella, pero seguía con la mirada dirigida a la algarabía de los pasillos. Ella le miró con inquietud.

—Hoy no puedo. —Se levantó del largo banco de madera sin ganas—. Nos vemos después en el bufete.

—Otro día será.

En ese momento sí que la miró a los ojos y le predicó una sonrisa vacía. Pero inmediatamente se despidió. Llamó a alguien que conocía y empezó una nueva conversación con otra persona.

La visita en la consulta del doctor fue rápida. Cuando llegó no había nadie esperando y pasó directamente al despacho del facultativo. Él la conocía desde que era una niña y fue directo al grano.

—Ivana, no es grave, puedes estar tranquila.

—Qué peso me quitas de encima. En este momento no tengo tiempo para ocuparme de otra cosa que no sea mi trabajo.

—Bueno, en ese caso, sí que debo decirte que lo que tienes va a trastornar un poco tu ritmo de vida. —Ivana miró la hora en su móvil antes de seguir hablando con el médico.

—Me falta hierro, ¿verdad? Desde pequeña con la misma canción...

—Estas embarazada.

«¡Garbanzos!» Hubo un silencio. La mano de Ivana fue involuntariamente a la boca. No podía creerlo. Cerró los ojos. Intentaba tranquilizarse y pensar, pero no podía hacer ninguna de las dos cosas.

—Ahora tienes que cuidarte. Calculo que estás de más de quince semanas. Ya has tenido dos faltas, deberías haber venido antes a verme. —El médico se calló, sabía lo que Ivana estaba pensando después del primer shock. El pequeño corazón de ese ser latía con fuerza para seguir adelante, pero nada era seguro—. Deberías haber venido antes... Tienes poco tiempo si es que...

—No puedo entender cómo ha pasado...

El médico sonrió afablemente.

—Te voy a pedir hora para tu ginecólogo, tienes que hacerte una revisión hoy mismo si es posible. Espera un momento, voy a ver si está en el consultorio y a lo mejor puede visitarte ahora.

El médico salió del despacho e Ivana se quedó sola y en silencio en esa habitación antiséptica.

Solo ella sabía de su vida amorosa. Flor se enteró tiempo atrás de que su hija había tenido una relación con un político de la ciudad, pero hacía unos tres años de eso. La relación había terminado. Ivana era un ave solitaria de las que vuela alto y no tenía tiempo para nada que no fuera ese bufete donde trabajaba.

—Un hijo —lo dijo insegura, pero en voz alta—. Cómo voy a cuidar de un niño si no sé cuidar ni de mí misma...

Agarró la cartera negra que había dejado en el suelo minutos antes y metió el móvil dentro. Lo había desconectado. Se levantó. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y las cerró con fuerza. Miró a su alrededor para cerciorarse de que estaba en la consulta de un médico. Volvió a la silla y cogió el paquete de cigarrillos de manera instintiva.

En ese preciso instante entró el médico en la consulta.

—¡Ah! Eso sí que no, Ivana. El fumar se ha terminado para ti. —El médico la conocía desde niña y le arrebató el paquete de tabaco de las manos como si de un juguete peligroso se tratara—. Estás de suerte, el ginecólogo te está esperando.

Capítulo 8

En ningún momento he dudado que las mujeres son tontas. Al fin y al cabo, el Todopoderoso las creó a imagen y semejanza de los hombres.

George Eliot (1819-1880)

Después de la visita médica en la que la informaron de que estaba embarazada, Ivana no quiso ver ni hablar por teléfono con nadie durante dos días. Recibió llamadas de su padre y de su madre, pero no respondió a ninguna de ellas. No sabía por qué insistían los dos en hablarle justo en ese momento. Ivana ya se había olvidado de que su madre tenía algo que decirle. No devolvió las llamadas a ninguno de los dos, quería evitar cualquier conversación que pudiera tener algo de íntimo. Ni por un momento pensó que podían ser sus padres los que estaban metidos en algún problema. Los dos habían intentado localizarla insistentemente, pero ella ni llamó ni contestó a ningún mensaje.

Incluso la señora Lope le había dejado recados en su oficina diciéndole que era imprescindible que hablara con ella. Pero Ivana estaba abrumada y no quería hablar de nada personal. solo encontraba consuelo en el trabajo.

Nada podía ocurrirle a su madre, había cenado con ella hacía unas noches. Estaba perfectamente y bien acompañada estos días por su amiga. «¿Para qué me habrá llamado esa señora?».

Relacionó la insistencia de sus padres en hablar con ella con el embarazo, y pensó que, de alguna forma, se habrían enterado. Ivana sentía que perdía el control y no le gustaba nada. Había dado expresa orden a su secretario en el bufete, Pete, un chico muy veloz y solícito, de que la excusara ante cualquier visita o llamada privada.

—Diles a todos que estoy muy ocupada en un caso y que ya les llamaré.

—El gran jefe te buscaba ayer. Quería felicitarte por la victoria.

—Sí...

—Hoy tenéis una reunión con él por la tarde a las 4. No lo olvidéis.

—Recuérdamelo más tarde. Pero, sobre todo, no me pases ninguna llamada personal.

—Ok, jefa.

En ese momento entró Gatsby, con su sonrisa y su traje impecable.

—Buenos días a todos.

Ivana se sobresaltó al verlo. De repente le entraron unas ganas enormes de vomitar.

—Sigues con mala cara, Ivana.

—Sí. En cambio, tú siempre tan espléndido. —Eché a correr al baño.

Estuvo en el baño unos minutos sentada en la taza del váter meditando. Después, en su despacho, abrió de mala gana el primer cajón de su escritorio y sacó una bolsa de plástico de la farmacia. Dentro había cajas de magnesio, hierro y ácido fólico recetadas por el ginecólogo. Todavía no sabía qué hacer con el bebé, pero accedió a tomarse las primeras pastillas; llegó el momento. Lo de dejar de fumar sería más difícil si es que seguía con el embarazo...

Ivana apartó lo personal y se sumergió en su mundo de pleitos y conspiraciones. La oficina donde trabajaba era un gran acuario con paneles de cristal por todas partes. Estaba situada a las afueras de Praga, en un rascacielos equilibrado y europeo de nueva construcción. Era un lugar sórdido y glacial como la mayoría de las oficinas y viviendas de finales del siglo XX. Cuántos años perdidos para el gran arte de la arquitectura.

Más tarde Gatsby la vio cruzar el pasillo e inmediatamente se levantó de su silla ergonómica de piel y salió de su cubículo de cristal para ir a hablar con ella.

—Ivana, ¿qué te ha pasado antes? Estás más rara que de costumbre. —Sus miradas se cruzaron. En ese momento sonó el móvil de Gatsby. Le hizo una señal a ella con la mano para pedir que esperara y se volvió sobre sí mismo para atender la llamada.

Ivana bajó la vista y volvió a su oficina. Miró su mesa de trabajo. Había un montón de carpetas, unas verdes, otras rojas y otras grises. El color indicaba la fase en la que estaba el caso. Ivana cogió una de las carpetas rojas. Las urgentes. Cogió el teléfono y llamó a su secretario.

—Pete, ¿han llamado del Ayuntamiento?

—No, Ivana. Tengo varias llamadas personales, pero me dijiste que no querías atenderlas... —Su ayudante era vital para ella.

—Sí, sí, que siga así. Necesito que me busques toda la información posible sobre el taller de vidrio alquilado del edificio que quiere el alcalde. El apellido del inquilino es Beck. Quiero saber cuántos años hace que tienen el negocio, su estado financiero, qué tipo de piezas hacen y a quién las venden, cuántos trabajadores tienen. Ya sabes... Quiero hacerles una visita.

—Muy bien, empiezo ahora mismo. ¿Algo más? —preguntó Pete.

Gatsby volvió a entrar en el despacho de Ivana. Había guardado el móvil en el bolsillo.

—No, gracias. Lo del taller es urgente, quiero pasarme, ¿entendido? —Ivana colgó el teléfono y miró a Gatsby y su espléndido traje con corbata de seda multicolor.

—¿A qué taller vas a ir?

—He decidido visitar personalmente el taller de vidrio de los arrendatarios del edificio. Quiero ver con mis propios ojos ese lugar.

—Lo que quieres es saber si tienen algún trapo sucio que esconder.

—Pues sí. Y de paso hablo con ellos cara a cara. Primero verán mi lado afable y si no hay manera de convencerles, tendré que ofrecerles la abogada despiadada.

—Ivana, tú no tienes un lado amable —dijo Gatsby con sorna—, eres una mujer de hielo.

Ivana le observaba. En lo más profundo de su corazón, se sintió herida. Sin embargo, nada se notó, su expresión ni se inmutó, su mirada siguió puesta en Gatsby.

—Eso ya lo veremos. Tú todavía no conoces todo mi repertorio. Soy poliédrica, como los diamantes.

—Ya. Buena suerte. —El abogado tomó asiento en una de las sillas de las visitas en el lado opuesto de su escritorio y se tocó la nariz mientras miraba con repugnancia controlada las manos de ella, pues ese día llevaba las uñas sin pintar—. Con tus palabras haces que recuerde algo que te puede interesar. Este edificio que te trae problemas está en el barrio judío, ¿verdad? —lo preguntó con su aire habitual del que habla y se escucha a sí mismo. Se balanceó sobre la silla del despacho que ocupaba y se acercó a ella.

— Sí. Es un taller de vidrio cerca de la sinagoga.

Gatsby se aproximó todavía más a ella y bajó la voz.

—Pues se rumorea que ha habido problemas en algunos de los comercios de diamantes. Concretamente con algunos de los talladores de estas piedras. Hay un cliente misterioso que se pasó por los mejores laboratorios de talla de la ciudad con unos diamantes en bruto cuyo origen es una incógnita. Lo extraño es que el tipo en cuestión se ha desvanecido en el aire. Nadie ha vuelto a ver al hombre ni la partida de piedras preciosas que llevaba encima. ¿Por qué las llamarán así? Deberían llamarlas piedras valiosas.

—¿Y por qué tanto misterio? Es posible que haya abandonado la ciudad, que haya llevado los diamantes a Ámsterdam.

—No, espera que termine: el individuo en cuestión dejó uno de sus diamantes en cada uno de los talleres que visitó. Quería ver una muestra del trabajo antes de escoger a uno de los talladores.

—¡Garbanzos! Sí, es extraño. —Ivana se quedó en silencio. «Muy extraño. ¿Quién dejaría unos diamantes a unos talladores y no volvería a recogerlos?», pensaba—. ¿Cuánto tiempo hace que no saben nada del cliente?

—Debería haber pasado por los talleres para ver el trabajo hace dos semanas. La policía no sabe nada de esto, pues los talladores no han dicho nada, todo es muy confidencial. Muy indeterminado. La identidad del tipo que dejó los diamantes no está clara; el origen de las joyas, tampoco. Por eso no se ha levantado la liebre y las pesquisas no han llegado a la policía. Pero los talladores que vieron las piedras que llevaba encima dicen que eran piedras preciosas, de todos los tamaños. Piedras preciosas en bruto, las mejores.

—¿De cuántos diamantes estamos hablando?

—No lo sé. Nadie lo sabe con exactitud. El hombre llevaba las piedras en una pequeña bolsa de piel y las sacó un instante para coger un ejemplar y dárselo al tallador.

—¿Y cómo es que tú estás tan bien informado?

—Porque tengo un amigo maestro tallador que los vio: tuvo delante de él esa bolsita repleta de piedras. Un negocio fino y lucrativo si no fuera porque no ha vuelto a aparecer...

—¿No dio su nombre el cliente, un teléfono? —Ivana jugaba con el bolígrafo.

—Nada. No les dejó nada. Les dio un nombre falso, ¿sabes cuál? — Gatsby se quedó en silencio para jugar con ella.

—No. ¿Cómo voy a saberlo? Dímelo.

—Franz Kafka.

—Qué original. Supongo que por lo menos podemos suponer que era checo. —Ivana suspiró.

—Pues sí.

—Lo que está claro es que estamos hablando de mucho dinero.

—Los rumores dicen que decenas de millones de euros. Seguro que en esa bolsa había unos cuantos diamantes de muchos quilates.

—Vaya... ¿Y qué más dicen los rumores?

—Pues que en algún lugar de la ciudad hay un cadáver... y también un asesino. Porque los diamantes valen mucho, muchísimos de esos papeles rectangulares que se llaman de quinientos euros. —Gatsby puso cara de avaro y se frotó las manos.

—Ya. —Ivana lo miró de reojo. Gatsby era un solterón empedernido de los que está obsesionado con el trabajo y la vida sibarita. Por lo único que sentía amor era por estos papeles de los que hablaba—. ¿Y crees que puede tener relación con el barrio judío? ¿Crees que...?

—Bueno, digamos que en estos momentos hay dos puntos de convergencia. El primero es geográfico: tanto tu taller de vidrio como los de los otros talladores están en el barrio judío. Y el segundo: tanto el vidrio como los diamantes brillan mucho. —Gatsby se echó a reír de su propia ocurrencia.

Ivana comprendió que estaba perdiendo el tiempo con Gatsby. Es más, comprendió que había perdido mucho, muchísimo tiempo con Gatsby.

—Todo esto que te he dicho que quede aquí en este bonito acuario de cristal, ¿de acuerdo?

Sin decir palabra, Ivana asintió con la cabeza como una buena chica y dejó de jugar con su bolígrafo dispuesta a trabajar.

—¿Ya me echas? —preguntó él.

—Tengo cosas que hacer y quiero preparar la reunión de esta tarde, Gatsby.

—Te llamé hace un par de noches y ayer también. No me respondiste. — Lo dijo sin mirarla, extendió el brazo y miró su reloj de marca.

—Lo sé. Pero no respondí porque solo llamabas porque algún amigo te había fallado en el último momento. Buscabas a alguien que te acompañara a cenar porque no querías anular la reserva. —Ivana lo tenía calado y lo asumía. Esto es lo que ella era para él: el sándwich que te tomas cuando vas justo de tiempo, el salvavidas que cuelga en los barcos y que nadie usa. Y la compañera laboral perfecta.

—No tienes pruebas, abogada. —Gatsby dejó la silla y se dirigió a la puerta algo molesto.

—Anda, déjame trabajar ahora. Nos veremos en la reunión del bufete esta tarde.

Gatsby no era guapo, pero le sentaban de maravilla esos trajes tan caros con los que se vestía. Le miró recorrer el pasillo y entrar en su cubículo de cristal. Si seguía con el embarazo, Ivana se preguntaba cómo iba decirle a ese hombre hedonista y superficial que acababa de salir de su despacho que el niño que estaba en camino era suyo.

Capítulo 9

El tiempo que uno pasariendo es tiempo que pasa con los dioses.

Anónimo. Proverbio japonés

Resultaba imposible hablar con Ivana. Flor llevaba varios días llamándola y nada, siempre el maldito secretario diciéndole que su hija no estaba en el despacho. Y su móvil estaba muerto. La señora Lope también había intentado hablar con ella desde el hotel varias veces, pero tampoco tuvo suerte.

Violeta quería explicar a Ivana la conversación que su madre había oído en el castillo. Cuantas más vueltas le daba, más siniestro le parecía el asunto y temía las consecuencias que pudiera tener todo aquello para Flor y para su hija.

Incluso suponiendo que sus vidas no corrieran peligro, sería un duro golpe emocional para ellas: vivir con el peso de saber que Ladislav había acabado con la vida de otros hombres haría añicos sus recuerdos familiares y las atormentaría en lo más profundo de su ser. Si les mató, no habría palabras en el mundo que mitigaran el golpe emocional al que tendrían que enfrentarse.

Según la conversación que Flor había oído, la mujer pelirroja amenazó airadamente a Ladislav: «Acabaré contigo, como tú acabaste con Zeman, Palach y Liverick». Flor ya le había explicado a la señora Lope que conoció fugazmente a Liverick, que era un político como su marido y que murió de un ataque al corazón. También le había confesado sus temores de que Ladislav tuviera algo que ver con su muerte, que él le hubiera provocado el infarto, inyectándole alguna sustancia venenosa que acabó con él. No sabían qué podía ser, pero Flor recordaba que, por esas fechas, había encontrado una jeringuilla entre la ropa de su marido.

Aunque no les fue posible hablar con Ivana, a las dos amigas no les faltaba iniciativa y supieron aprovechar el tiempo que pasaron juntas; no solo para ver la ciudad por las mañanas, sino también para buscar información por las

tardes, información sobre los otros dos nombres que había mencionado la pelirroja en la conversación: Zeman y Palach.

Visitaron varias veces el Clementinum, que es la Biblioteca Nacional. Siempre a la hora en que empieza a oscurecer, que en invierno es muy temprano. Era ideal porque, a esa hora, ya estaban cansadas de dar vueltas por las calles haciendo de turistas y en la biblioteca encontraban un lugar de sosiego. Sin embargo, había siempre un momento de agitación en cada una de sus visitas, justo en el instante en que pasaban por el umbral del edificio. No era la seriedad del lugar ni el silencio que allí reinaba sino la presencia de las estatuas. La entrada al gran complejo bibliotecario se hace a través es una iglesia jesuita del siglo XVII y en la fachada hay siete imponentes estatuas de santos en una gran balconada de piedra. Son como fantasmas negros, vigilantes, interventores sigilosos de la algarabía urbana, citados allí como el convidado de piedra para juzgar a los viandantes. Cada noche iluminan las estatuas individualmente y estos espectros del pasado se mueven en su palco buscando señales de frivolidad humana que puedan condenarnos y mandarnos a todos al infierno como al pobre y necio de don Juan y su «tan largo me lo fais»³.

Salvo que no sea así. Siempre existe otra posibilidad. Quizá todo esto solo lo veían los ojos de la señora Lope. Quizá las estatuas de la fachada del Clementinum eran un simple y banal recurso decorativo de una época a la que no hay que temer en absoluto. En cualquier caso, la entrada de la biblioteca intimidaba a Violeta enormemente. El primer día que estuvieron allí estaba tan impresionada que pidió a Flor que se marcharan. Su amiga se rio de ella a carcajadas, ella no sentía ningún miedo de las estatuas de piedra. Ese día, antes de que buscaran información en los ordenadores y en la hemeroteca, Flor tiró de Violeta y la llevó a través de corredores interiores hasta una preciosa sala llamada la capilla de los espejos donde suelen hacer conciertos de música clásica. Violeta le agradeció con una sonrisa todo el esfuerzo que se tomaba su amiga para enseñarle los más bellos entresijos de la ciudad. «Qué tonta soy —pensó—, tendré la presión baja».

Violeta y Flor no tardaron en encontrar información sobre Zeman y Palach. Los dos habían seguido la llamada de la política, como Liverick y como Ladislav. Todos habían sido miembros electos de las primeras elecciones

democráticas que se celebraron en el país tras sesenta años de regímenes comunistas. Fue en 1990, después de la Revolución de Terciopelo, con sus manifestaciones y sus huelgas. El descontento general unió a los checos de la oposición, los unió a todos bajo el nombre de Fórum Cívico, hombres de izquierdas y de derechas que tenían un mismo objetivo: democratizar Checoslovaquia. Ese año el heterodoxo Fórum Cívico ganó las elecciones de manera aplastante.

Es posible que los cuatro políticos se conocieran por aquel entonces, cuando todos tenían un enemigo común: los comunistas, vestidos o no de socialistas. Después de la Segunda Guerra Mundial los soviéticos ocuparon Checoslovaquia y castigaron duramente los intentos de disidencia. En los años sesenta encarcelaron a muchos escritores que se manifestaban contra el régimen y en 1968 el ejército soviético ocupó Praga y mató a más de cien manifestantes durante la Primavera de Praga. Paso a paso, Violeta y Flor reunieron información suficiente para hacerse una idea de quiénes eran los hombres que había detrás de los nombres mencionados por la mujer pelirroja en la conversación que mantuvo con Ladislav.

Palach, Joseph Palach, resultó ser un político poco conocido que dedicó su vida a un partido de centro nacionalista que nunca había alcanzado más que dos o tres escaños parlamentarios. Empezó en el Fórum Cívico, como los demás, pero un año después de la ruptura entre Chequia y Eslovaquia, en 1992, se unió al pequeño grupo nacionalista. Hurgando en su pasado descubrieron que era nieto de Jan Palach, un hombre que en 1969 se prendió fuego en protesta por la ocupación soviética. Lo sucedido convulsionó a la ciudad y a todo el país.

Sobre Zeman, Karel Zeman, encontraron menos información. También se dedicó a la política en las filas de un grupo ecologista, pero su paso por la historia había quedado encapotado por la gran figura de su abuelo, de quien también le venía el nombre de Karel. El abuelo fue director de cine de animación, de los primeros que hubo en el país, un pionero, un hombre muy querido.

Al conocer este último dato, a Flor le vino a la cabeza un recuerdo. Explicó a Violeta que el apellido de Ladislav era Mendel y que su padre, Jirí Mendel, fue también director de cine. Todos le recordaban por antiguas fotos

que tenían donde aparecía él con veintipocos años, cuando su carrera cinematográfica hizo un giro al ganar en 1966 un Óscar con su película *Trenes rigurosamente vigilados*. Flor la había visto varias veces y su hija también. Ladislav estaba orgulloso de su padre. Existía la posibilidad de que Jirí Mendel y Karel Zeman ya se conocieran, pues los dos se dedicaban al cine, a pesar de que tuvieran edades distintas.

También rebuscaron en el pasado de Liverick, aunque la información era escasa. Como político no había nada destacable. Estuvo también en el Fórum Cívico, como los demás, y formó parte de ese primer gobierno democrático en la década de los noventa. Lo que sí averiguaron es que su padre, Edvard Liverick, había sido amigo íntimo de Klement Gottwald, el hombre que Stalin puso al mando de Checoslovaquia después de terminar la Segunda Guerra Mundial. Este era un dato sorprendente que alejaba a Liverick del resto de los investigados. Todo hacía suponer que su familia había sido amiga del régimen comunista en el poder durante tantos años. Era lo contrario de los demás. De todas formas, es sabido que, en cada familia hay una oveja negra y que los tiempos cambian, como las personas en la política.

Lo que se puso de manifiesto después de las visitas a la biblioteca nacional era que Liverick, Zeman, Palach y Ladislav eran todos políticos. Los tres primeros estaban muertos y el último seguía con vida. Pero qué había provocado las muertes, esto ya fue más difícil de esclarecer. En las biografías aparecía la fecha del fallecimiento, pero ninguna explicación sobre la causa. Flor y Violeta se pasaron horas en la hemeroteca hojeando periódicos de las fechas en que murieron esos hombres con la esperanza de encontrar algún artículo que informara de cómo fallecieron. El último día que estuvieron en el Clementinum se desveló todo. Con la ayuda de un joven bibliotecario con talento para las búsquedas imposibles, encontraron los artículos donde se anunciaban las súbitas muertes de cada uno de ellos. Los tres murieron de un ataque al corazón, ocurrido en distintos años, entre 1995 y 2000. No se hicieron autopsias, pues se consideró que era muerte natural, a pesar de que no sobrepasaban los cincuenta. Nada indicaba que fueran fallecimientos sospechosos.

En resumidas cuentas: era posible que Ladislav conociera a esos hombres e incluso que acabara con su vida, pero no habían encontrado nada que

podiera significarse como una prueba, solo coincidencias: todos eran políticos, todos murieron de un ataque al corazón.

La última jornada en el Clementinum había sido agotadora para las dos mujeres. Por la mañana habían visitado la Galería Nacional de la que había hablado Flor y después caminaron por el centro de la ciudad para ver algunos de los edificios e iglesias más celebrados. Estaban agotadas.

Esa noche hacía mucho frío. Flor había oído en la radio que posiblemente nevaría. Y así fue, cuando salieron esa tarde de la biblioteca, Praga estaba cubierta por un delgado manto blanco. Caían ligeros los copos de nieve en las manos de las dos amigas que estaban encantadas con el espectáculo. Flor sacó de su bolso bordado con flores un gorro de lana parecido al suyo y se lo dio a Violeta.

—Siempre llevó uno o dos gorros en el bolso porque me los olvido en todas partes y no me gusta tener frío en las orejas.

Violeta se lo puso. Era un gorro rosa fucsia con una mariposa amarilla a un lado, muy al estilo de Flor. Los colores de su vestuario eran siempre más discretos.

—Tengo una colección de gorros en casa. Mi hija me compra muchos. Cada vez que quiere algo o pedirme perdón me trae uno.

Aquella noche llevaba bufanda roja y un gorro de finas pero llamativas líneas multicolores que resaltaba su cabello dorado y sus grandes ojos claros.

Caía la noche y el momento era mágico. A pesar del cansancio, ninguna de las dos quería despedirse y dar la jornada por terminada. Con el prodigio de la nieve, habían olvidado lo que habían descubierto en la biblioteca. La posibilidad de que Ladislav hubiera matado a esos tres políticos existía, pero era imposible probarlo.

—Tengo una idea —dijo Flor con cara de pícara.

—¿Qué idea tienes?

—Tú me dirás que no, porque te conozco.

—Eso depende, como todo en la vida. A lo mejor te sorprendo y te digo que sí.

—¿Vamos esta noche a tomarnos unas cervezas en la taberna donde trabaja esa fastidiosa mujer pelirroja?

—¡No! ¡Qué dices! Puede ser peligroso. Piensa, ¿y si Ladislav le ha dicho a ella que los oíste? —Violeta meditó por unos momentos algo asustada, aunque sentía mucha curiosidad por ver a esa mujer y acabó cediendo—. Pero si vamos será solo para verla. No nos meteremos en ningún lío, ¿me lo prometes?

—No te preocupes, mujer. Nos tomamos una cerveza y nada más. Nos sentará bien terminar el día en un lugar calentito y con un ambiente cargado.

—Si es eso lo que quieres, mejor que nos tomemos un café calentito y cargado en una cafetería del centro y ya está.

—Vamos, vamos, que no nos va a comer.

—¿Y si Ladislav le hubiera dicho que los oíste?

—Él no haría algo así sin haber hablado conmigo, sin estar seguro al cien por cien de que lo oí.

—¿Dónde está la taberna?

—Tenemos que coger el tranvía, está en el barrio de mi antigua casa, donde vivía cuando estaba con Ladislav.

Por su propia cuenta y riesgo se montaron en el tranvía y llegaron a una amplia calle de las afueras. Era una gran avenida con mucho tráfico rodado. Había oscurecido y seguía nevando. Ya estaban fuera del casco antiguo, en la Praga de la mayoría de los habitantes de Praga. Enfilaron una calle gris, más estrecha, con casas unifamiliares de dos y tres pisos, y al final vieron una luz brillante que iluminaba el cartel de una taberna.

—Allí es. —Flor señaló el cartel donde aparecía un ciervo mal herido y un cazador ufano al lado que sonreía fusil en mano.

—¿Cómo se llama la taberna?

—La Presa. —Flor sonrió a su amiga—. No te apures, mujer, es solo un nombre. Es porque antiguamente hacían comidas, empanadas de carne de caza.

—A lo mejor podemos comer algo aquí. Lo prefiero a hacerlo sola en el hotel.

—Sí, seguro. Algo tendrán. Espero que esté esa maldita pelirroja y que tú también la puedas ver.

Subieron el escalón que separaba la taberna de la calle y abrieron la puerta. Era un local pequeño fuera del área turística y allí estaban, sentados a algunas mesas, los habituales de siempre. Flor enseguida reconoció a algunos

de ellos y les saludó con unas palabras en checo que la señora Lope no entendió. Ella fijó la mirada en la barra. Sin lugar a duda, la persona que estaba allí de pie y que las destripaba con la mirada era la mujer que habían ido a ver. El color de su pelo era su distintivo. Rojo fuego.

Una vez Napoleón Bonaparte dijo que las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo. Sin embargo, cuando la cosa es entre mujeres, la única manera de ganar una batalla es una buena alianza a base de chismorreos y de seguir la corriente a la contrincante. Flor y Violeta cruzaron la taberna y se sentaron a la barra ante la mirada indiscreta de los clientes de toda la vida. Se quitaron los abrigos y los accesorios invernales. Flor dejó al descubierto su cara con sus grandes ojos azules y su cabello rubio de mujer madura. La señora Lope se frotó sus ojos de ardilla, se acicaló el pelo castaño y se sonó la nariz con rotundidad, cosa que provocó una mueca de antipatía en la tabernera.

La pelirroja era claramente una mujer hastiada. Tendría diez o quince años menos que ellas, pero como sabiamente se dice: pasados los cuarenta uno tiene la cara que se merece. Y esa mujer llevaba escritos en el rostro años y años de perfidia.

No se acercó a ellas enseguida. Hizo como que recolocaba unas botellas en las estanterías detrás de la barra mientras las observaba. Tenía la cabeza muy erguida y un cuello desproporcionadamente largo. Era muy delgada y llevaba una blusa púrpura con destellos de dorado y una falda de tubo negra corta que dejaba al descubierto unas piernas bien contorneadas y largas como las patas de una cigüeña.

Flor y Violeta no dijeron nada y esperaron. Una rememoraba momentos que había pasado allí con Ladislav, charlas y risas, unas veces solos y otras con amigos, mientras bebían algo más de la cuenta. La otra, con sus ávidos ojos, observaba a la mujer pelirroja y se preguntaba si sería capaz de cumplir su amenaza, la amenaza que hizo a Ladislav, las palabras que Flor oyó y que le habían cambiado la vida: «Te prometo que acabaré contigo, como tú acabaste con Palach, Zeman y Liverick».

Después de pasar varias tardes en la biblioteca buscando información sobre esos nombres, ahora la señora Lope no podía quitárselos de la cabeza. Tampoco podía olvidar lo que dijo Ladislav en el castillo sobre unas piedras

del frío que eran el cimiento de algo. En la biblioteca Flor y Violeta habían estado comentando esta parte de la conversación donde Ladislav habló de algún plan para construir un futuro con las piedras.

Finalmente, la mujer se acercó. No sonrió, ni por amabilidad o a modo de saludo. Flor la saludó en checo y pidió dos cervezas. La pelirroja miraba a la acompañante de la mujer de Ladislav con cara desagradable e inquisitiva.

—Ella es Violeta, una amiga mía que vive en los Pirineos. Está de vacaciones. —Se adelantó Flor al ver la inquietud y malestar de la mujer.

—Violeta Lope, ¿y usted? —Le acercó la mano para estrechársela y de paso poner nombre a ese cuerpo y esa cara tan siniestra.

La pelirroja dudó pero respondió.

—Gunila.

—Gunila ¿qué? —insistió la señora Lope. La mujer volvió a dudar, pero al final echó los labios hacia un lado sin sonreír y respondió.

—Gunila Nerulova. *Hello*. —La pelirroja concluyó que tenía allí sentadas a dos viejas sonrientes, ridículas e inofensivas. Se alejó de ellas para preparar las cervezas.

—Flor, creo que ha sido una mala idea venir aquí.

—No, mujer, no. Tú disfruta de la cerveza. Mira, ahora ya sabemos cómo se llama. Tantos años y ni lo sabía. Cuando solía venir con Ladislav, todo el mundo la conocía como la pelirroja.

—*The beers*. —Gunila dejó las jarras delante de ellas y un papelito con la cuenta. Se quedó delante de ellas esperando a que abonaran la bebida. Ellas reaccionaron y empezaron a hurgar en sus bolsos y a discutir por quién pagaría. La pelirroja las miraba con disgusto mientras que, con las uñas pintadas de rojo, repicaba contra la barra de madera con impaciencia. Al final pagó Violeta. Fue más rápida. La pelirroja cogió el dinero al vuelo y se fue a la caja. Allí empezó un ritual que Flor ya le había contado la primera vez que le habló de la mujer. Gunila se aseguró de que el billete no fuera falso y lo hizo de diez formas distintas. Paso seguido, preparó el cambio y lo contó tres veces para cerciorarse de que no les daba ni una moneda de más. Se acercó de nuevo a las mujeres y les entregó el cambio a regañadientes. Ellas la miraban como estudiándola, no podían evitarlo y la pelirroja se dio cuenta.

—*This place is not for tourists*.

—Lo sé, lo sé. Pero quería enseñarle a mi amiga dónde vivía antes... con Ladislav.

La pelirroja ni se inmutó, pero preguntó:

—¿Tú y Ladislav os separasteis?

—Sí, hace dos años. Sí, sí. ¿Viene Ladislav todavía por aquí? ¿Lo has visto últimamente?

Se oyó la voz de uno de los clientes que pedía otra cerveza y la tabernera desapareció haciendo que no con uno de sus dedos de uñas rojas. Violeta tiró de la manga a Flor.

—Después de esta cerveza nos vamos.

Pero no fue así. Se quedaron y tomaron varias cervezas. Entablaron conversación con la tabernera. Empezaron con algunos cumplidos e interesándose por si su pelo era natural. Después ella preguntó a la turista amiga de Flor a qué se dedicaba y se interesó Andorra, el paraíso fiscal ubicado en los Pirineos. Le hizo varias preguntas en inglés y ella respondía riéndose de sus propios errores al hablar este idioma. Flor, dada a la risa fácil, se enganchaba y empezaron a organizar un poco de escándalo. Seguían bebiendo bajo la mirada severa e impertérrita de Gunila, de cuyos labios no se escapaba ni una pequeña sonrisa.

—Tú no te ríes nunca, Gunila.

—No.

—Te voy a contar un secreto: cuando veníamos a tu taberna con Ladislav y sus amigos muchas veces hacíamos apuestas: apostábamos sobre quién podía sacarte una carcajada. Nadie lo consiguió jamás. —Las dos amigas se echaron a reír, pero la pelirroja no.

—*I know*. No erais los únicos. —Gunila miró fijamente a la señora Lope —. *Tell me more about Andorra*.

Esa mujer estaba obsesionada con el dinero y a Violeta no le apetecía hablar de aquel lugar.

—Pues allí hace mucho frío.

A Flor le asaltó el recuerdo de lo que había dicho Ladislav en el castillo.

—Las piedras del frío. —Flor lo dijo sin pensar, entre un sorbo y otro de cerveza. Pero en la perversa mente de Gunila Nerulova aquello fue una señal de alarma. La pelirroja irguió el cuerpo y se puso en guardia. Miró a las dos

mujeres con su cara de hielo, esta vez analizándolas bajo otra luz. Ellas se miraron, la señora Lope no se creía lo que se le había escapado por la boca a Flor. Tenían que dejar de beber y volver al hotel.

—Sí, eso, así llaman al lugar, qué tontería. —Violeta rio neurasténicamente.

—¿Ladislav os ha hablado de las piedras del frío? —preguntó Gunila con sequedad.

Se hizo el silencio. La pelirroja miraba a las dos mujeres mayores que tenía delante con esa cara suya de eterna malicia. Quizá esas señoras no eran unas memas inofensivas. Se preguntaba si Ladislav se había ido de la lengua.

Flor se dio cuenta de su terrible error.

—Los días que hace que no veo ni hablo con Ladislav. Lo habré oído en alguna parte.

¿Tú sabes qué son las piedras del frío? —le preguntó Flor inocentemente.

Gunila Nerulova miró a las mujeres con desprecio. No comprendía que Ladislav hubiera confiado tal información a esa vieja extranjera que tenía delante y a su estúpida mujer.

—*It is not for you to know.* —Fue su única respuesta. Estaba furiosa. Agarró con una mano las dos cervezas que tenían a medio consumir y miró a las mujeres muy de cerca con cólera en los ojos.

—*Get out of here. I don't want to see you again.*

Les hizo señas con la mano para que se largaran y se alejó rabiosa. Lo último que vieron antes de abandonar la taberna fue como Gunila Nerulova cogía su bolso y rebuscaba en él hasta encontrar un teléfono móvil.

³ *El burlador de Sevilla*, Tirso de Molina (1579-1648).

Capítulo 10

La felicidad en el matrimonio depende enteramente de la suerte.

Jane Austin (1775-1817)

Las posibilidades de amar son infinitas, pero siempre hace falta ponerse a hacer cuentas y pruebas. A veces hay que borrar y probarlo con otro número, o con otro lo que sea que pueda ser. Y lo peor es que el amor no es matemático.

Cordelia y Giacomo habían hecho los deberes y, aunque ni el uno ni el otro fueron buenos estudiantes en sus años de escuela, habían encontrado su lugar en el mundo. Disfrutaban de una cota de satisfacción personal y de placidez vital muy superior a la de muchas personas con elencos de títulos académicos.

En el pequeño pueblo de Bolví también había nevado durante la noche. Por la mañana las casas se habían levantado y retozaban bajo una blanquísima y suave sábana de nieve. La aldea era como un oso pardo aletargado. Latía sosegadamente bajo treinta centímetros de frío blanco. Hubo unas horas de tregua matinales, pero por la tarde la nieve empezó a caer de nuevo sin cesar. Eran copos grandes aunque frágiles y ligeros como el plumón de los polluelos. Según cómo, la nieve flotaba y el tiempo parecía pararse. Era una sensación extraña, como de ingravidez.

En la pequeña casucha de Cordelia y Giacomo la chimenea estaba encendida. El día había pasado tranquilamente y estaba a punto de ponerse el sol. Los dos jóvenes se relajaban delante del fuego. Giacomo carraspeaba una guitarra y ella estaba en el ordenador portátil consultando una página australiana hecha por doctores universitarios que ofrecen diagnósticos médicos imprudentes.

Giacomo se acercó al fuego y echó dos troncos a las llamas. Miró de reojo la pantalla del portátil.

—¿Cómo va el trabajo en el hotel, Cordelia? —Giacomo volvió a sentarse y cogió la guitarra de nuevo.

—Oh, muy bien. Están llamando mucho para reservar habitaciones para los últimos días de diciembre. He pensado que mañana pondré la decoración navideña en la recepción.

—Si quieres ayuda... solo tienes que pedírmelo. —Dejó escapar dos notas interrogativas de las cuerdas de su guitarra.

—Bueno, si quieres... pero tiene que ser algo discreto: sin sirenas exuberantes, tú ya me entiendes.

—No me digas que tienes miedo de mi talento artístico. Esto es un desplante en toda regla.

—A mí me encantan todos tus talentos, pero es que el hotel es de la señora Lope y ella no está cegada de amor como yo. Vamos, que no podemos pasarnos. Además, he pensado que una vez terminada la decoración, le enviaré algunas fotos al mail del hotel donde se aloja.

—Mañana por la mañana pasaré. Tú tranquila —dijo Giacomo.

—¿Prometes no excederte con las bolas y las luces? —Cordelia no estaba tranquila—. No queremos que el hotel parezca un chiringuito navideño, ¿estamos de acuerdo?

—La Navidad es una fiesta, *piccolina*, son días de excesos que se remontan a tiempos mucho más antiguos que los del cristianismo. —Empezó a tocar una rumba.

—Sí, ya lo sé. Pero los clientes del hotel son gente sensata, más seria que nosotros...

—Cordelia, golpear un tronco para que cague regalos o poner un señor cagando en el pesebre... no es muy serio que digamos.⁴

—Sí, es escatológico, pero también es tradición y por esto es aceptable, apropiado y serio. Bueno, pero ya me entiendes...

—Tú deja que te ayude. Ya verás como a la *signora* Lope le parece bien. ¿Cómo está? ¿Has hablado con ella?

—Sí. Pero hay algo en este viaje... Algo sucede, lo sé, aunque ella no me ha dicho nada.

—¿Como qué?

—Tengo hambre, ¿comemos algo? —Cordelia no respondió a la pregunta de Giacomo. Abrió la luz de la cocina y fue hacia la nevera.

—¡Pero si acabamos de cenar! Estos días comes por dos. Nos vas a arruinar. El trabajo en el hotel te ha abierto el apetito.

—Es verdad, estoy comiendo más. Otro síntoma que tengo que anotar a la lista. —Cogió unas lonchas de chorizo y se preparó un bocadillo.

—Ya estás otra vez consultando una de esas páginas de curanderos.

—Es que me da pereza ir al médico. Y no me encuentro mal, es solo que...

—Después no te asustes cuando te den el diagnóstico. —Giacomo tocó unas notas sombrías de velatorio.

—Serás cenizo. —Cordelia sonrió.

Giacomo se levantó y entró en la cocina.

—Deja que te prepare yo algo de comer y tú termina con la página... a ver qué dicen. —Giacomo la besó y se dispuso a cortar dos rebanadas de pan—. Anda ve al ordenador.

Pensar que podría pasarle algo a ella lo inmovilizaba. Cordelia se sentó de nuevo y terminó de teclear los síntomas.

—¿Y qué es lo que pasa en Praga? ¿Qué me decías de la señora Lope?

—No lo sé, Giacomo. Pero creo que su amiga y ella están metidas en algún lío. Por cierto, mañana pasará por aquí el señor Grand. Dice que ha cambiado los grifos de su casa y nos traerá los viejos.

—Gran avance, ya no tendremos que limpiarnos con la manguera. Dejaré la carpintería por unos días y me dedicaré a la fontanería. Apostaría algo a que no ha hecho ningún cambio en su casa y que los grifos son nuevos.

—¿Tú crees, Giacomo? ¿Y por qué nos regalaría grifos el señor Grand?

—En una de las últimas reuniones de los sábados, dijimos que todavía no teníamos baño, ¿te acuerdas? Pues seguro que le ha estado dando vueltas al tema. Aquí la gente se ayuda, Cordelia. Esto es otra cosa.

—El señor Grand es todo un caballero.

—Una vez me contó cómo fue su primer beso. —Giacomo siempre le sonsacaba, sabía cómo hacerlo. El señor Grand era un erudito, sabía de todo. Pero hablaba poco de él. Su vida personal tenía visos de misterio, sobre todo sus años de juventud, algo parecido a lo que sucedía con la señora Lope. Al joven italiano le gustaba descubrir retazos de la vida de las personas. En el caso del señor Grand, imaginaba que detrás de tantos conocimientos había un

hombre inquieto y aventurero. Indagar en su vida más íntima era como forjar al héroe y, poco a poco, la leyenda.

—Bromeas. ¿Cómo conseguiste que te hablara de algo así?

—Pues preguntando con disimulo, santa inocencia. El señor Grand tenía quince años y fue en el bosque con una joven de su edad. —Giacomo imitó la voz profunda del señor Grand—: «La primera vez no fue muy bien. No sabíamos. Pero la segunda vez... fue maravilloso».

Los dos rieron y Giacomo tendió el bocadillo a Cordelia. Ella estaba esperando que se mostrara el diagnóstico en la pantalla del ordenador. Por fin apareció y Cordelia lo leyó.

—No. Esto no puede ser. Imposible. —Cerró la tapa del portátil y lo dejó en la mesa. Se sentó en el sofá y empezó a devorar el succulento bocadillo que le había preparado Giacomo.

—¿Qué dicen los curanderos? ¿Cuánto tiempo de vida te dan?

—Me dan vida, me dan vida. Tanta que dicen que llevo otra dentro de mí. —Cordelia estaba haciendo rápidos cálculos mentales algo confundida.

Giacomo mordía una manzana que se había traído de la cocina y al principio no dio importancia a su respuesta, pero de repente cayó.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué dice la página? ¿Que es posible que... bueno, que estés embarazada? —No salía de su asombro. Pero si ellos tomaban medidas...

—Un bebé... —Cordelia y Giacomo se miraron. Claro que deseaban tener hijos y se emocionaron con la posibilidad. Para ellos la familia era la tribu más importante de la que puedes formar parte. Los dos habían crecido en hogares rotos. Ella había perdido a sus padres de joven y él también había perdido a los suyos, ya que siempre habían antepuesto el dinero y su profesión a todo lo demás. Si se les ofrecía la posibilidad de ser padres los dos lucharían con todas sus fuerzas para proteger ese refugio personal y generacional.

—Tendrá que ser pequeño... para que quepa en esta casa. —Giacomo fue el primero en hablar.

—Oh, seguro que lo será.

—Y que coma poco, porque si no, nos va a arruinar...

—Me imagino que comerá poco.

—Y deberá acostumbrarse a mi guitarra.

—Se lo explicaremos bien desde el principio.

—Bueno, y que sea niña, será mucho mejor que se parezca a ti.

—Bueno, en este punto ya no estamos tan de acuerdo.

Se sonrieron con complicidad. Después miraron al fuego abstraídos y, cogidos de la mano, se dejaron llevar por la intensidad y la magia de la naturaleza.

⁴ Referencia a dos tradiciones navideñas del noreste de España.

Capítulo 11

Hoy en día la gente conoce el precio de todo, pero el valor de nada.

Oscar Wilde (1854-1900)

En Praga ya no nevaba, pero la ciudad se había despertado bajo un suave manto blanco. La nieve acumulada en los tejados de las casas brillaba con los primeros rayos de sol, millones de copos de vidrio dándose la mano, velando la población con delicadeza. Era un espectáculo hermoso, una ciudad de cuento tomada por el frío y la nieve. Praga parecía ser de cristal.

La belleza gélida de la nieve venía perturbada por la llama de la Navidad. Muchos comercios del centro empezaban a mostrar sus decoraciones festivas en las que predominaba el rojo. Flor y Violeta estaban bajo el hechizo navideño, pero después de la noche en la taberna, decidieron encontrarse un poco más tarde. Querían tomarse las cosas con calma. Las cervezas las habían dejado fuera de combate y el abrupto encuentro con Gunila Nerulova ahondó su preocupación.

Esa mañana habían decidido ir de compras. Siempre abrigadas con bufandas, guantes y gorro, se encontraron, se abrazaron y se dieron un beso. La señora Lope llevaba una bufanda comprada en la ciudad con tonos azul marino y cenefas en marfil tejidas en una lana gruesa de montaña. Flor lucía bufanda roja y gorro rosa. Eran como dos niñas caminando cogidas del brazo que se cuentan sus cosas. Empezaron el día en el mercado municipal y gozaron de la algarabía de las paradas de verdura y fruta fresca. Todas las calles por donde pasaban estaban adoquinadas con piedras duras grises y oscuras. Eran granitos infinitos e irregulares que a veces les hacían perder la estabilidad. Cuando esto sucedía su vista se dirigía al suelo y Violeta veía en cada adoquín un trozo de la cordillera de los Pirineos. Era posible que echara de menos sus montañas, ¿cómo evitar que un insignificante adoquín se convierta en la magdalena de Proust? Hacía un frío inexplicable. En los Pirineos también nevaba y las temperaturas son muy bajas en invierno. Pero el frío de Praga era

más intenso, más pegajoso. Era un frío que parecía agarrarse a los huesos del cuerpo, desgarraba la carne y se quedaba dentro. Era la humedad, era el río Moldava que recorre la ciudad en forma de niebla y hiela la sangre de los que respiran aquí, ya sean locales o visitantes, niños o ancianos, hombres o mujeres. Las fuerzas de la naturaleza no hacen distinciones, ante ellas todos somos iguales.

Las dos amigas dejaron el mercado y entraron en una pequeña cafetería que tenía unas grandes columnas corintias de piedra a ambos lados de la puerta. Parecían vaticinar la entrada a un mundo más glorioso que el del mercado popular de productos frescos, aunque en realidad, no era así: una vez dentro del local el jolgorio seguía y estaba lleno de trabajadores del mercado desayunando platos fuertes y tomando cafés enormes. Flor saludó al propietario y buscó una mesa. Se sentaron y pidió por las dos. Violeta estaba encantada de haber tomado la decisión de ir a Praga y estar con su amiga. La miraba y la veía feliz cuando no estaba pensando en la conversación que había oído ni en Ladislav. Se había adaptado a Praga y era como una habitante más, sin importar que fuera checa o no. Se quitaron la bufanda y el gorro, allí dentro la temperatura era muy agradable.

—El jefe es italiano y hacen un café que ya verás. —Flor sonrió a Violeta. Solía ir sola a tomarse un café y eso de compartir ese lugar con Violeta le gustaba.

—Ahora entiendo lo de las columnas de piedra de la entrada, parece que las hayan cogido del Coliseo romano.

—Maximiliano siempre dice que lo mejor de Praga está hecho de piedra. —Flor se dio cuenta de que Violeta llevaba dos dedos vendados—. ¿Qué te ha pasado en el otro dedo?

—Me lo he cogido en la puerta del baño esta mañana. No sabes lo que me duele.

—Seguro que el corte que te hiciste ayer en la taberna ya duele menos. No hay nada como un dolor nuevo para anestesiar uno de viejo. —Flor siempre tan jovial.

El tal Maximiliano se acercó con los cafés y saludó a Violeta con un beso en la mano. Flor hablaba en checo con él, seguramente le explicaba quién era ella.

—Le he pedido que nos traiga algo de comer ligero pero calentito. — Cogió de las manos a su amiga y le preguntó si le gustaba el lugar. Violeta asintió, era muy acogedor y pintoresco, pero ella miraba sus manos entre las de Flor, temía que su amiga olvidara sus dedos accidentados y le apretujara las manos cariñosamente. Pero Flor pareció recordar algo y dejó las manos de ella para mirar en su bolso. Al instante dejó de sonreír y su cara se nubló.

—Ladislav me ha vuelto a llamar, y muchas veces, pero yo no le he contestado.

—A lo mejor deberías responder. Después de lo de anoche... —Violeta tomó un sorbo de café cogiendo la taza con sus dedos sanos.

—No, Violeta, no. Ya te lo dije cuando llegaste. Si hablo con él sabrá con toda seguridad que les oí. —Flor quitó las manos de la mesa y se las puso en el abrigo. Se dio cuenta de que todavía lo llevaba y se lo quitó—. Ladislav me conoce muy bien, son muchos años juntos. Mi voz, mis palabras, me traicionaría a mí misma. —Era una llamada de socorro. Violeta movió la cabeza como haciéndole saber que lo entendía.

—Pues después de conocer ayer a la pelirroja creo que deberías tener más miedo de ella que de tu exmarido. Esa no es una mujer, es una arpía. La veo capaz de cualquier cosa por dinero o por odio. He pensado mucho esta noche sobre lo que oíste en la conversación de las piedras del frío. Creo que posiblemente son piedras con algún valor, piedras que, vete a saber cómo, habrán llegado a manos de Ladislav. Porque según lo que tú oíste, Gunila reclamaba esas piedras a Ladislav.

—Piedras con algún valor... pero si él no ha tenido nunca dinero. Cuando estábamos juntos no nos faltaba nada, pero tampoco teníamos ahorros ni lujos. ¿Tú crees que él tiene algo de valor escondido?

—Sí, sospecho que sí. Él debe de tener esas piedras, o en algún momento las ha tenido en su posesión.

—¿Y de dónde las habrá sacado?

Al hacerse esta pregunta Flor le vino otra vez a la cabeza lo que más la angustiaba, el aciago presentimiento de que Ladislav hubiera matado a tres personas.

—¿Tú piensas que acabó con la vida de esos hombres por unas piedras?
—Flor bebió de su taza pensativa.

—Quizá sí, Flor.

—No. Es imposible, Violeta. Por dinero no, él no haría nada tan ruin por dinero. Es un hombre que ha dedicado su vida a las ideas. Es que es tan irreal, que no puedo ni pensarlo. —Flor agarró la mano de su amiga y la estrechó con fuerza.

—Piensa tú por mí. A mí me duele imaginar que Ladislav pueda haber matado a esos hombres. —Flor la miró y después estalló en una carcajada—. Violeta, mira cómo te has puesto con el café, ¡si parece el bigote de un cosaco ruso!

Violeta torció la sonrisa dolorida por el nuevo apretón de manos que le había dado su amiga mientras esta le quitaba el mostacho con una servilleta sin parar de bromear y hacer comparaciones.

Terminaron de desayunar, se despidieron del propietario de la cafetería y emprendieron la marcha hacia el barrio judío. Ese día iban de compras, iban en busca de objetos de vidrio. Flor había escogido un taller de los mejores de la ciudad. Conocía a los dueños, eran amigos de ella y también de Ladislav. Era el taller del que hablaron durante la cena que hicieron en casa de Flor la semana anterior, el que su hija Ivana necesitaba expropiar para el alcalde con el fin de construir un megaespacio para conciertos y eventos culturales. Pensó que era una buena oportunidad para saludar a unos viejos amigos y de paso hacer feliz a mucha gente: a Violeta, porque seguramente encontraría objetos de su gusto, y a ellos, porque ganarían un buen dinero con su nueva cliente.

Afortunadamente, los artesanos no sabían que Ivana, la fastidiosa abogada que les enviaba fieras y escuetas cartas desde el bufete, era la hija de Flor y Ladislav.

—Y no se te ocurra decir que es mi hija.

—¿No saben que la abogada del alcalde es tu hija?

—No, y yo no voy a decírselo, como estoy segura que tampoco se lo ha dicho Ladislav.

Otra vez se hizo un silencio por el peso de la sospecha que caía sobre el padre de su hija.

—Bueno, por mí no te preocupes. Aunque quisiera, mi checo no me lo permitiría.

—Por la lengua no te preocupes, Moses y Vaclav chapurrean varias lenguas y se hacen entender.

Enseguida llegaron al local. Entrar en ese taller de vidrio maravilloso, era como adentrarte en un espacio donde no existe el factor tiempo. Allí uno era capaz de imaginar el mundo de manera diferente. Lo importante que es tener un lugar así en la vida, para no caer en el error de hacer siempre lo mismo.

—Pensaba que te habías muerto —dijo Moses, el mayor de los dos artesanos, mirando a Flor afectuosamente. El hombre tenía una edad indefinible, pero estaba entre los cincuenta y los sesenta años.

—Yo también pensaba que ya estabas en una caja, por eso no me pasaba. —Los dos se abrazaron y se dieron un par de besos—. Así que todavía no os ha matado el frío de esta ciudad.

—¿Cómo nos va a matar con este horno que es como un bebé y nos tiene aquí metidos todo el día? —dijo Vaclav desde el fondo del taller mientras cerraba una de las puertecillas del gran horno donde fundían el vidrio. Vaclav era unos años más joven que Moses y más tímido. Se limpió las manos con un trapo y se acercó para darle un abrazo a la pequeña española que, a pesar de su edad, seguía siendo una niña rubia encantadora.

—Me parece que habéis crecido desde la última vez que os vi —bromeó ella. Los dos hombres eran altos y corpulentos; a su lado parecían dos montañas.

Vaclav estaba menos acostumbrado a tratar con la gente, mientras que su compañero Moses era abierto y bromista. Él fue el primero en saludar a Violeta. Le siguió Vaclav, quien enseguida se ofreció a preparar un té para todos. Los dos estaban complacidos de tener compañía femenina en el taller.

—Me gusta venir aquí porque siempre tenéis cosas nuevas. —Flor miraba a su alrededor, estaba lleno de piezas de cristal, grandes y pequeñas, de copas a pisapapeles, de jarrones a grandes y asombrosas fuentes de colores.

Violeta les había dejado y se paseaba entre todos esos fenomenales objetos que ya veía colocados en su pequeño hotel. Estaba abrumada por la cantidad de piezas que le gustaban, nunca le había pasado algo parecido. Sería difícil escoger.

—Es que a ti, pequeña Flor, nunca te han gustado las cosas viejas. —Moses le pasó su brazo por los hombros sonriendo y la apretujó

amistosamente.

—Tienes razón, mejor jóvenes. —Flor aceptó la broma—. Pero para, no me hagas hablar, que hoy vengo acompañada. Tu oportunidad conmigo, Moses, pasó hace muchos años; tú encontraste una novia, el vidrio, y yo un marido...

—Sí, el charlatán de Ladislav. ¿Cómo pudiste enamorarte perdidamente de un oso como él? Si es un loco, fíjate a qué ha dedicado su vida: a la política. —Moses la miraba burlón.

—Es que yo soy muy tonta. No toco nunca de pies en el suelo. Ladislav siempre me dice que soy una avechilla al albor... —Flor no quería pensar en Ladislav, pero allí estaba él, presente, una vez más, rompiendo sus momentos.

—Estuvo aquí hace unos días, ¿sabes? Eso de la jubilación no le sienta muy bien. Y desde que os separasteis, el hombre tiene demasiado tiempo para pensar. Se quedó con nosotros unos días aquí en el taller, estuvo haciendo algunas cosillas. Dijo que este año no quiere comprar ni un regalo de Navidad, quiere hacerlos todos con sus propias manos. Dejó una caja allí detrás con las cosas que hizo, tiene que pasarse a recogerla. Es esa caja roja de allí. —Moses señaló un cofre de madera cerrado que había al fondo del taller—. Cuando hables con él, recuérdaselo. —Todos sabían que Flor y Ladislav se veían con frecuencia. La separación entre ellos había sido muy amigable y de mutuo acuerdo.

—Lo haré... —Flor se quedó mirando fijamente el gran horno centenario que estaba en el fondo del taller, era un corazón de fuego donde ardía el vidrio hasta fundirse—. Y dime, Moses, ¿qué puede llevarse Violeta a los Pirineos? Allí tiene un pequeño hotel y es una gran aficionada a la artesanía...

Vaclav se acercó con una bandeja donde temblaban unas tazas que contenían té con leche.

—Lo que quieras, Violeta, todo lo que ves es nuevo. Lo estamos haciendo para Navidad. —La señora Lope sonrió con satisfacción. Sabía que algunas de las piezas que había allí podría incluso venderlas a algunos de los clientes que veraneaban en su hotel y siempre se enamoraban de su decoración.

—Hemos hecho unas copas de champán, con peces, están ahí a la derecha. Son de cristal. Quizá te gusten. —Violeta se acercó donde Vaclav le señaló. Eran extraordinarias. Sutiles líneas que dibujaban peces infantiles nadando por las transparencias cristalinas de la copa.

—Una vez me explicaste la diferencia entre el vidrio y el cristal... —Flor cogió su té, pero no bebió—. Aunque ya no me acuerdo de nada de lo que me dijiste.

—No es ningún secreto. Para nosotros es simplemente una diferencia en los elementos que usamos para su elaboración. Pero si nos ponemos científicos: la estructura molecular del vidrio es desordenada, mientras que la estructura del cristal está muy definida, es totalmente ordenada. El chico tiene por ahí un libro que...

—¿Qué chico? —preguntó Flor.

—Ah, Flor, sangre nueva, tenemos un aprendiz. Viene de vez en cuando: él nos ayuda y nosotros le enseñamos los embelecos del oficio.

—Vamos a brindar. —Flor levantó su taza de té y los demás hicieron lo mismo—. Por la amistad verdadera, que es como el vidrio: frágil, transparente y eterna.

—Vaclav, este té es superior. —La señora Lope degustó la infusión, era deliciosa.

—Es el té que toma la reina de Inglaterra —dijo Vaclav susurrando, como si fuera un secreto.

—No preguntéis, es una larga historia, pero es verdad: Vaclav nunca miente.

Todos tomaron otro sorbo del té con ínfulas reales que había preparado el artesano.

—Y los cristales de la naturaleza, como las piedras preciosas, son también cristales, ¿verdad? —preguntó Violeta. Moses cogió una silla de madera que tenía a su lado y se la ofreció. Ella se sentó mientras sostenía con cuidado la taza de té.

—Sí, claro. Son cristales naturales. El diamante, por ejemplo, su estructura molecular es parecida a del cristal, pero mucho más compacta —respondió Vaclav, quien trabajaba con vidrio en molde, como los escultores de bronce—. En nuestro mundo, la precisión química y técnica es muy importante para hacer realidad los objetos que tenemos en la cabeza.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de las piedras del frío? —se le ocurrió preguntar a Flor.

—Las piedras del frío... Pues no... hasta hace bien poco no. Pero tu marido, bueno, tu exmarido, nos habló de ellas uno de los días que estuvo aquí. Supongo que al estar entre tanto vidrio le vino a la cabeza la historia.

—¿Cuál es la historia? ¿Qué son estas piedras? ¿Son piedras preciosas? —preguntó Violeta con curiosidad.

—Bah. No es más que una leyenda. Pero sí. Según Ladislav, las piedras del frío son piedras preciosas. Nos contó que en Rusia, en un lugar cercano al Círculo Polar Ártico, hay grandes yacimientos de piedras preciosas y de diamantes. Nos dijo el nombre, pero ya no me acuerdo. —Las dos amigas se miraron nerviosas.

—Según él cuando los comunistas checos tomaron el poder, con Klement Gottwald a la cabeza, recibieron mucha ayuda de Stalin en persona.

—¿Cuándo fue esto?

—Después de la Segunda Guerra Mundial.

—Lo que no sabe mucha gente es que el checo Klement Gottwald estuvo varios años en la Unión Soviética, durante la ocupación nazi de Checoslovaquia. Los años que pasó allí estuvo en Moscú, concretamente en el Kremlin, y vivió codo con codo con Stalin. Pasó siete años con los soviéticos. Compartieron jornadas extenuantes de trabajo y Gottwald vivió de cerca los problemas de salud de Stalin. —Moses se detuvo y sonrió—. Ya sabes cómo es Ladislav, nos dio mil detalles, cuando empieza a hablar no hay quien lo pare. Pero bueno, lo que nos dijo es que antes de volver a Praga, Stalin dio a Gottwald una bolsa llena de diamantes y piedras preciosas de ese lugar de Siberia.

—Las piedras del frío.

—Sí, así es. Piedras sin tallar, sacadas de ese lugar. Piedras de las que nadie sabe nada.

—Tonterías —añadió Vaclav—. Los políticos son unos narcisistas. Si fuera verdad, se hubiera sabido antes porque a esos les gusta crear sus propias leyendas y que se sepan. Así se perpetúan, tienen una razón más para pasar a la historia.

—No todos son así. A Ladislav nunca le ha importado estar o no en los libros de historia. —Flor seguía defendiendo a Ladislav.

—Todavía peor —añadió Moses con sorna—. Esto quiere decir que nuestro amigo Ladislav cree en las ideas por encima de las personas.

—¿Dijo algo más sobre las piedras del frío? —preguntó Violeta.

—No. Bromeamos sobre qué haríamos si tuviéramos nosotros estas piedras tan valiosas. Vaclav y yo dijimos que compraríamos este edificio donde tenemos el taller y contrataríamos al mejor abogado de Chequia para que nos defendiera del alcalde y sus picapleitos a sueldo.

Flor se azoró. Sabía perfectamente en qué situación se encontraban sus amigos. Lo que ellos no sabían era que su propia hija conspiraba contra ellos. Se sonrojó, se avergonzaba de la profesionalidad sin límites de su hija. Violeta lo vio, esperó porque pensó que tal vez Flor quisiera confesarse a sus amigos, pero no.

—Y él... ¿Os dijo Ladislav qué haría él con las piedras del frío, si las tuviera? —preguntó finalmente la señora Lope.

—Sí —respondió Moses—, dijo que las protegería. Que esas piedras son como las ideas: no tienen precio, pero sí mucho valor.

Era un paso importante. Acababan de confirmar que las piedras del frío eran, sin lugar a duda, piedras preciosas y de mucho valor. Ninguna de las dos mencionó dónde habían oído hablar de esas piedras con anterioridad. Moses y Vaclav tampoco preguntaron. Aquella era una más de las historias de su amigo el político, el que hablaba por los codos para escucharse a sí mismo.

Mientras todavía estaban todos allí sentados y rodeados de objetos de cristal, la puerta de la entrada se abrió y apareció por el umbral la figura delgada y delicada de una joven abogada que traía cara de pocos amigos. Era Ivana, que había decidido pasar ese día por el taller de vidrio y conocer personalmente a los dos artesanos que se interponían a los planes del alcalde y le estaban procurando a ella innumerables dolores de cabeza.

La primera en verla fue su madre y su reacción inmediata fue esconderse. Agachó la cabeza y tiró una cucharilla al suelo para seguidamente ponerse de cuclillas y empezar a buscarla. Violeta miró a su amiga haciendo el indio y se volvió para ver quién había entrado. Al ver a Ivana lo entendió todo. Moses y Vaclav dejaron de mirar a Flor, que se paseaba a gatas por debajo de la mesa, y también se fijaron en la joven que acababa de entrar. A pesar de las incesantes cartas amenazadoras que ella les había enviado, ellos no habían

visto nunca a la abogada, así que se levantaron y se acercaron a la puerta pensando que podía ser una clienta.

Ivana examinaba el taller con la mirada de un zorro; los metros que tenía el local, las herramientas, el gran horno y los dos hombres que tenía frente a ella. La señora Lope estaba de espaldas en el fondo del taller, evitando mirar hacia la entrada y hacia Ivana.

—Sal de ahí abajo, Flor. Ya está bien. Seguro que a mí me ha visto.

—Yo no salgo. Ven aquí debajo de la mesa, mi hija ni se dará cuenta de que desapareces. Cuando hace de abogada está muy centrada en su trabajo.

Pero no fue así. Desde la entrada, los dos artesanos y la joven abogada estaban observando a la señora alta y delgada que parecía hablar sola y que poco a poco iba desapareciendo de la silla y se escurría como un reloj de Salvador Dalí hasta esfumarse debajo de la mesa.

—Creo que conozco a esa mujer. —Sin haberse presentado todavía, Ivana recorrió el taller hasta que llegó donde estaban las sillas vacías. Flor estaba acurrucada como una bolita debajo de la mesa y Violeta se había arrodillado a su lado, su cuerpo, que era como un palo, ya no podía doblarse más. Moses y Vaclav también se habían acercado para ver qué pasaba.

—Parece que les da usted mucho miedo —dijo Vaclav.

—¿Debemos tener miedo nosotros también? —preguntó Moses a Ivana.

—Ustedes, no. Pero estas dos señoras, sí.

—Hola, hija, ¿cómo estás? ¿Trabajando? —Flor fue la primera en hablar.

—Hola, Ivana. Yo solo me vi empujada por las circunstancias. —Violeta estaba abochornada y todavía seguía gateando debajo de la mesa para intentar salir de su escondite.

Moses y Vaclav las ayudaron a salir de debajo de la mesa y a levantarse, cosa que fue todavía más difícil que meterse. Los dos hombres no salían de su asombro, pero contenían el deseo de bromear sobre lo ocurrido. Moses estrechó la mano de Ivana y le recordó que, cuando era una niña, solía pasarse por el taller con su padre y que solía esconderse debajo de esa misma mesa, como su madre.

Ivana estaba furiosa porque aquella escena había roto sus esquemas. Ella había hecho un plan sobre lo que debía decir a los vidrieros y ahora le era difícil imponer la rigidez con la que se sentía cómoda en las reuniones de

trabajo. Sin embargo, Ivana siguió adelante, aunque aplicando menos retórica. Cuando Moses dejó los recuerdos, Ivana se presentó y dejó caer el motivo de su visita. En vez de soltar un monólogo sobre el gran proyecto del coliseo y la importancia que tenía para el futuro de la ciudad, fue directa al grano e hizo una propuesta económica a los artesanos en nombre de la alcaldía. Sacó un papel de su cartera que era un compromiso en firme del alcalde de indemnizar a Moses y Vaclav si accedían a dejar el taller y conseguir así que los propietarios del edificio dieran el sí a su venta.

Los dos vidrieros no salían de su asombro. Primero al enterarse de que esa mujer alta, delgada y de belleza glacial era hija de la pequeña y dulce Flor. Y segundo, porque la oferta de indemnización del alcalde era una suma muy alta y totalmente inesperada. La iniciativa del alcalde les cogió por sorpresa. Vaclav y Moses no tenían ningún abogado, pero el chico que tenían de aprendiz, que estaba al corriente de lo que ocurría, se había comprometido a echarles una mano. No era abogado, pero sabía algunas cosas sobre la gente poderosa como el alcalde.

Moses pidió a la abogada que les diera tiempo. Mientras tanto, Flor y Violeta habían desaparecido con Vaclav. Habían salido del local y Flor se disculpaba por no haberles dicho nada, pero confesaba que ella no tenía ningún tipo de poder de persuasión sobre su hija y que le daba apuro la situación. Para Ladislav era lo mismo, por eso, él tampoco les había mencionado que Ivana llevaba la compra y expropiación de edificios para la construcción del gran coliseo. Flor quería irse, ya volverían en otra ocasión, pero Violeta pensaba que era un buen momento para que le contaran a Ivana todo lo que sabían sobre Ladislav y la mujer pelirroja, Gunila Nerulova. Desgraciadamente los intentos de Violeta fueron en vano. Cuando Ivana salió del local miró su reloj de lujo, se abrochó su abrigo de marca y sacó el móvil de última generación de su bolsillo. Todo estaba perdido.

Capítulo 12

Un beso legal nunca vale tanto como un beso robado.

Guy de Maupassant (1850-1893)

Cuando Ivana se esfumó sin darles ocasión a explicarse, las dos mujeres entraron de nuevo en el taller. Moses les contó lo del dinero que les ofrecía el alcalde. Vaclav no estaba tan entusiasmado como su compañero, pero también estaba sorprendido. Mientras ellos hablaban, Violeta escogió algunos objetos de vidrio. Poco después quedaban de acuerdo con el precio y el envío a su hotel. La señora Lope llamaría a Cordelia para avisarla.

Por la tarde, en el bufete donde trabajaba Ivana se celebró una reunión. La presión laboral era siempre muy alta y ella era una perfeccionista en todo. Seguían con el asunto de la difícil compra del edificio del barrio judío alquilado a los artesanos vidrieros. El alcalde les presionaba para cerrar el tema de las compras y empezar su gran proyecto del megacoliseo. Ofrecer una generosa indemnización a los inquilinos del taller había sido idea de Ivana y en la reunión informó a todos de que veía muy posible que el tema quedara arreglado sin más aplazamientos.

El jefe de Ivana y propietario del bufete se llamaba Tommy Zizkov. Tenía sus años de experiencia y sabía cómo tratar con políticos y multimillonarios. Ella había aprendido muchísimo con él y tenía toda su lealtad. Él era un hombre entregado a su profesión. Podía haberse jubilado años atrás porque el bufete era célebre en todo el país y contaba con una plantilla de más de cincuenta abogados reputados, pero a Tommy le gustaba estar al pie del cañón. Ivana formaba parte de la directiva del bufete y llevaba junto a Gatsby los casos más importantes. Las reuniones eran frecuentes, siempre estaban presentes los dos abogados más allegados y dos miembros más del equipo de dirección que se encargaban de la supervisión de los casos con menos relevancia. Tommy era directo y audaz. Si hacía alguna crítica a Ivana o le llamaba la atención por algún retraso ella tomaba nota y enseguida intentaba

solucionarlo, pues sentía admiración por él y sabía que al final siempre tenía razón. En la reunión de aquel día, Ivana informó que tenía programada otra visita con los vidrieros y esperaba llegar a un acuerdo con ellos. Se sentía presionada y sabía que debía conseguir como fuera ese edificio. Las estrategias legales eran limitadas, pero había llegado el momento de ser más agresiva.

De todas formas, no sabía si era por el embarazo, pero se sentía más débil que de costumbre, con menos empuje. El día había sido muy largo, larguísimo. La reunión terminó tarde e Ivana tenía la cabeza llena de datos del caso del coliseo y el alcalde, sentía indigestión cerebral. Necesitaba dispersar su mente. Cualquiera otra noche hubiera caído en la tentación de llamar al frívolo de Gatsby e irse a un restaurante de lujo y probablemente terminar la velada en casa de él.

Pero esa noche no. Ivana quería estar sola, quería pensar. Tenía que pensar y decidir. Estaba agotada y su estado de ánimo era malo. Pero tenía que enfrentarse a sí misma y poner orden en su vida. Había tomado la decisión de tener ese niño que llevaba dentro, pero tenía dudas, miedos. Por eso caminaba hacia el puente. Lo necesitaba. Por extraño que parezca, el puente de Carlos de Praga, sobre todo cuando hace frío y no hay un alma, es el lugar perfecto para encender la llama interior que ilumina lo más profundo. Es un lugar donde sentirse débil y fuerte, donde curar las heridas después de un fracaso o, todo lo contrario, un lugar donde celebrar un triunfo, es un punto mágico del planeta.

El largo abrigo oscuro protegía su cuerpo de la noche helada, y el exquisito pañuelo de lana que había llevado durante el día a modo de bufanda, ahora estaba alrededor de la cabeza, como un manto. Se encontraba muy cerca del puente y el aroma del agua y el suave murmullo de la corriente del río le hicieron sentir bien. Ver la antigua torre la calmó, ya estaba cerca. A esa hora y con el frío polar acechando, el puente era como un noble anciano solitario. Ivana pasó por debajo de la vieja torre gótica que lo franquea y anduvo muy despacio y silenciosamente entre los personajes de piedra vigilantes. Todo era frío y duro como una lápida. Ni un alma, ni un solo turista. Y esas piedras invencibles.

A lo largo del puente hay treinta esculturas, todas ellas apostadas sobre enormes peanas que te obligan a mirar hacia el cielo y reducen la medida humana. Los ojos eslavos de Ivana, azules y penetrantes, recorrían el cielo y las luces que se posaban sobre la ciudad. Veía también el rostro de esos hombres y mujeres de piedra que pusieron en segundo lugar su seguridad personal y se aventuraron a la defensa de algo mucho más grande que ellos mismos. Las estatuas la inquietaban pero le gustaban. Se sentía protegida entre esas grandes efigies. No hay puente más bello en el mundo, pensaba cada vez que iba a este lugar. Seguía avanzando, con la cabeza erguida, como siempre, para poder verlo todo. Sabía la historia de cada una de esas figuras porque su madre le había contado las hagiografías de cada una de ellas en distintas ocasiones. Todas las estatuas representaban a hombres y mujeres valientes. A veces es difícil separar los matices religiosos de la historia, pero vale la pena hacerlo para conocer de verdad quiénes fueron los «santos»: Tomas, Agustín, Vicente, Juan, Francisco y Bárbara. Cada personaje histórico hay que juzgarlo a la luz de su propia época y esto no hay que olvidarlo nunca.

Esa noche el frío era inefable. El largo abrigo y el pañuelo de Ivana la transformaban en una bella hechicera, en una misteriosa dama medieval en busca de respuestas a media noche. Dejó de andar cuando estaba a medio camino y se acercó a ver el agua del río correr. Se había parado a la altura de la figura de santa Ana o Hannah en hebreo, una madre tardía que tuvo a una hija, María, la mujer que daría a luz a Jesús de Nazaret unos años después, cambiando así el rumbo de la historia y de la humanidad. Ivana miró la estatua de la mujer con una joven María a su lado y llevando a su nieto en brazos. Sintió el poder de los lazos de la sangre. Observaba los detalles. Todas las figuras en movimiento, avanzando y mirándose las unas a las otras, sellando un contrato tácito de protección y comprensión.

Gradualmente su reflexión se volvió más personal. Estaba esperando un hijo, sería madre. Pero dudaba de tener la capacidad para poder ser una buena madre. En su caso no le parecía algo que viniera de manera natural. Era extraño, desde que se lo había anunciado el médico se sentía como si fuera algún tipo de milagro, algo entre la realidad y el sueño. No podía imaginarse cuidando de un ser tan pequeño y con tantas necesidades. Su vida hasta entonces había sido el trabajo y era una existencia ordenada, sobria y avisada.

Nada que ver con el mundo de los niños. No encajaba. «Mi madre tiene ese lado cariñoso que necesita un niño, pero yo no lo tengo», pensó. Era concluyente, aunque había una lucha interior, no podía dejarse llevar por la vida, sencillamente.

Embarazada, esperando un hijo de un hombre que no quería ser padre, que, además, trabajaba con ella y lo veía cada día. «Soy un desastre en mis relaciones personales. Esto es un error. No estoy preparada. Lo mejor es que no siga adelante. Tengo que pensar en cómo terminarlo». Ivana se asustó de sus propios pensamientos. «Qué horror, suena a cámara de gas, hablar de terminar es peor que decir aborto. Si lo hiciera me pregunto si podría vivir conmigo misma. Habría un antes y un después y no creo que “todo” fuera mejor. Más fácil sí, pero no mejor... Estoy abrumada y lo peor es que no puedo compartirlo con nadie. A Flor se le rompería el corazón si le dijera que estoy pensando en... Y algo le pasa, algo la preocupa y tengo que hablar con ella, lo haré, pero no de esto. Todo se me hace cuesta arriba, hasta que tome una decisión. Tengo que tomar una decisión definitiva». Ivana miró hacia santa Ana cuyo rostro era todo comprensión, aunque lo hizo con tanto ímpetu y era tanta su ansiedad a causa de sus barruntos que por unos instantes perdió el equilibrio y sintió como el estómago se le iba a salir por la boca. Estaba completamente mareada y sin más se le nubló a vista y cayó redonda sobre el empedrado suelo del puente.

Aunque Ivana creía estar sola, no era así. Unas cinco estatuas más allá y en el mismo lado del puente un joven estaba sentado en el chaflán y apoyaba la espalda en la estatua de san Juan Bautista desafiando al frío y al peligro de caerse a las heladas aguas del Moldava. No había visto a Ivana, pero sí que oyó un ruido sordo y giró la cabeza para saber qué había sido. En la oscuridad, solo vio un bulto en el suelo, saltó de su asiento de piedra y se puso a correr hacia el centro del puente.

El joven se arrodilló e intentó levantarle la cabeza.

—¿Estás bien? —Puso la mano en la mejilla de ella y le zarandó la cabeza un poco para que recobrar el sentido.

—¿Me oyes? —insistió. Puso dos de sus dedos en el cuello de ella para tomarle el pulso.

Ivana se había desmayado. Fue solo un minuto, pero perdió completamente el mundo de vista. Unos segundos después abrió los ojos lentamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me estás haciendo?

El joven sonrió al ver que estaba bien. Lo dedujo por la cara desconfianza que puso ella.

—Ya veo que has recobrado todos tus sentidos. Intentaba ayudarte, te has desmayado.

El hombre tenía acento extranjero. Ivana le miró. Se sintió inútil y sola y, sin previo aviso, rompió a llorar desconsoladamente. Sollozaba como una niña pequeña y estaba tan enfadada consigo misma por esta reacción que todavía gimoteaba más. Era cómico y el hombre que tenía delante no pudo contener una sonrisa. La miraba con compasión y el enfado de Ivana fue a más.

—No será para tanto, mujer. Venga, deja que te ayude a levantarte. No ha sido nada, un pequeño desvanecimiento. —Su forma de hablar era cortés. La cogió con suavidad para alzarla.

Ella tuvo tiempo de mirarle bien. Era mayor que ella pero poco. Llevaba un gorro de lana y una bufanda enorme alrededor del cuello. Su chaqueta era anticuada y vieja y llevaba la barba de unos días.

—Déjame, puedo yo sola. ¿Dónde está mi bolso? —Él se levantó y fue a coger el bolso para dárselo. Ella todavía seguía en el suelo y le miraba. Era alto y se movía con mucha tranquilidad. Le tendió el bolso con una sonrisa serena.

—¿Todo bien? —preguntó él de manera sosegada. No era una pregunta retórica, esperaba que ella contestara. Se quedó mirándola como un artista miraría a una bella mujer, analizando sus rasgos eslavos y su expresión corporal.

Ivana dejó de sollozar. Se pasó la mano por el rostro para quitar las lágrimas y el dedo por debajo de los ojos para impedir que la máscara de ojos le ensuciara la cara. Iba a decirle que todo estaba bien e irse rápidamente pero no podía. Seguía sentada en el suelo. Estaba cansada y le dolía el pie derecho. Se tocó el tobillo, posiblemente se lo había torcido al desmayarse.

—No... Nada está bien... —Ivana suspiró.

—Deja que te ayude a incorporarte. —La cogió con seguridad y la alzó del suelo en un momento. Sintió sus brazos alrededor de su cuerpo y su

respiración muy cerca de ella. El pie estaba resentido de la caída, pero no era nada grave. Él se apartó un poco y se colocó unos gruesos guantes que llevaba en los bolsillos de la chaqueta. Ivana tuvo tiempo de ver sus manos. Eran fuertes y con señales de algún tipo de trabajo manual.

—Es bueno hablar de los problemas —dijo él mirando las estrellas mientras se frotaba las manos por el frío—, y es todavía mejor si lo haces con un desconocido —añadió con calma. Después bajó la mirada de las estrellas hacia ella para ver su reacción.

Ivana ya estaba de pie y miraba al hombre que la había ayudado. Sentía una extraña admiración por él. Iba un poco harapiento para su gusto y algo despeinado, no era su tipo, y era extranjero, seguramente americano por el acento, pero podía tener razón: a veces es más fácil hablar con los desconocidos. En cualquier otro momento de su vida, hubiera chasqueado la cabeza y se hubiera ido rápidamente alejándose de cualquier complicación o posible confesión de intimidades. No era su estilo. Sin embargo, algo pasó.

—Imagino que estás aquí de vacaciones.

—Digamos que sí.

—Vamos a tomar una cerveza: tú me dejas hablar y yo pago la cuenta.

—Me parece bien.

—¿Cómo te llamas?

—Eliot. —La contempló mientras esperaba que ella también le dijera su nombre.

—Mi nombre es Ivana. —Se colocó el pañuelo de nuevo en la cabeza. Su larga melena rubia desapareció bajo los bellos bordados del pañuelo y penosamente empezó a andar hacia el barrio de Malá Strana. Eliot la siguió.

Por supuesto Ivana tomó la iniciativa a la hora de escoger un lugar donde tomar una copa. Quería estar segura de que no se encontraría con ningún conocido, por lo que se alejaron del centro histórico y tuvieron que andar un poco. Su pie no estaba tan mal y aunque sabía que al día siguiente seguramente le dolería más, no quería arriesgarse a miradas indiscretas. A Eliot le encantaba todo aquello. Enseguida se percató de que ella quería alejarlo de la zona conocida. La había visto llorar en el puente de Carlos y ahora veía a otra mujer con empuje y decisión. Los dos caminaron con las manos en los bolsillos y Eliot evitó hacerle preguntas, dejó que fuera ella quien las hiciera.

—¿Y de dónde vienes, Eliot?

—De Washington. —Unos segundos de silencio—. Pero no me dedico a la política ni conozco al presidente —añadió con sorna.

—Eliot ¿qué más?

—En realidad, este es uno de mis apellidos. Mi nombre es Jacob, pero todos me llaman Eliot.

—Un nombre hebreo. ¿Tienes orígenes judíos?

—Sí. La familia de mi padre es judía.

—Y la de tu madre, ¿no?

—No. Mi madre es de un lugar llamado Santa Rosa en Estados Unidos.

—Santa Rosa, en California, me suena... por el vino, creo, es zona vinícola si no me equivoco.

—No, no te equivocas. —Era un interrogatorio en toda regla. Sin embargo, Eliot lo aceptaba de buena gana pues sabía que ayudaba a la mujer esclava con la que caminaba. La tranquilizaba. Hacía preguntas y no tenía que responder a ninguna. Era una terapia.

—¿Y tu familia hace vino? —preguntó Ivana esperando un no por respuesta.

—Debo confesar que sí. Esta vez sí que encajamos en el estereotipo. — Eliot era sosegado y caminaba con las manos en los bolsillos mirando al suelo. De vez en cuando levantaba la cabeza para mirarla a ella fugazmente. Tenía profundos ojos castaños y su ropa desgastada e informal le hacían parecer un soldado que vuelve de una guerra terrible. Parecía un excombatiente, un misterioso alguien que daba la sensación de haberse enfrentado a algo sombrío y de estar en retirada voluntaria después de haberse comportado como un héroe.

—¿Bebe vino tu padre? —En una familia de viticultores no le encajaban las tradiciones judías ortodoxas.

—Sí, y también cerveza. Mis padres por naturaleza rompen los estereotipos.

—Los míos también... —añadió Ivana con un suspiro. Se miraron y sonrieron, la imagen de sus respectivos progenitores en la cabeza les divirtió.

Eliot la vio sonreír por primera vez. Le gustó. Llegaron a una pequeña taberna donde había apenas cinco mesas y una larga barra de madera que tenía

más años que Matusalén. El local era estrecho y serpenteante. En la pared de detrás de la barra había una pintura mural de lo que parecía un afable señor de los bosques. Era el legendario rey de la cerveza, Gambrinus, un personaje fortachón de pelo y barba larga. Uno de sus brazos reposaba sobre un barril y con la otra mano sostenía una gran jarra de clara y dorada cerveza. La nobleza soberana la conseguía con su capa de piel de armiño, su cetro y su corona. Estos dos últimos objetos del rey de la cerveza estaban hechos con cebada, en vez de oro. De todas formas, tanto el cetro como la corona destellaban como si el cereal fuera oro puro.

La taberna estaba llena de gente, pero no había ni un solo turista. Los clientes eran todos checos bebiendo cerveza en grandes jarras de vidrio y charlando distendidamente. Ellos encontraron un sitio en la barra, encajando como una pieza más en el puzle de la vida nocturna de la ciudad. Era un espacio cálido y antiguo. Ivana se quitó el abrigo y vio que al caerse en el puente se había manchado. Pasó la mano intentando quitar la suciedad. Eliot la miró. Tenía un cuerpo de diosa atenuado por la seriedad de una blusa sedosa y suelta de un blanco impoluto que combinaba con unos pantalones negros con finas líneas verticales de color gris. Esa ropa recordaba a Eliot una parte de su vida que había dejado atrás. Ivana se sentó y después de hablar con él brevemente llamó al tabernero para que les sirviera dos cervezas.

Eliot también se quitó la chaqueta, pero con más calma. Guardó los guantes y el gorro en los bolsillos y colgó la bufanda en el respaldo del asiento. Ivana se fijó de nuevo en sus manos. Eran fuertes y delineadas, como las de una escultura griega, pero tenían la huella de algún tipo de ocupación manual. Debía de ser un empleo duro, porque si estaba de vacaciones como le había dicho, esas manos parecían haber estado trabajando ese mismo día.

—Hablas bien el checo.

—No es la primera vez que vengo a esta ciudad. —Eliot tenía amigos en Praga, pero no quiso mencionarlo.

—No pienses que me voy de copas con desconocidos cada noche. Es la primera vez que...

—No hemos vulnerado ninguna ley que yo sepa. —la interrumpió Eliot.

—No. Esto te lo puedo asegurar. No hay ninguna ley checa que impida tomar una cerveza con un desconocido. Lo sé bien: soy abogada.

—Vaya. —Eliot dejó entrever algo de sorpresa, pero, de todas formas, no le parecía tan extraño que esa mujer que tenía a su lado se dedicara a la abogacía. Se notaba que estaba acostumbrada a tener el control.

El tabernero se acercó y les sirvió dos cervezas doradas y cristalinas como la del rey Gambrinus. Ella las pagó inmediatamente y bebió un sorbo de la suya.

—¿Y cuánto tiempo te quedarás en Praga? —Ivana estaba siendo cautelosa.

—Todavía no tengo cerrado el billete de vuelta. —Eliot se divertía. Era una mujer extremadamente vigilante. Cogió su gran jarra de cerveza de la barra y la acercó a la de ella.

—Salud.

Ella hizo lo mismo. Se miraron. Él parecía un tipo sencillo, aunque algo le decía a Ivana que debajo de esa apariencia desaliñada había algo más que un trotamundos. Los dos degustaron su cerveza con calma.

—La cerveza checa más famosa es la Pilsner. Ahora es un término genérico que hace referencia a un método de hacer esta bebida. Pero Pilsner es el nombre de una localidad a ochenta kilómetros de Praga donde se hizo esta clase de cerveza por primera vez en 1842. —Ivana decidió empezar con algo típico y tópico.

—No tienes que preocuparte por mí. Esta noche nos tomamos una cerveza y te escucho. Mañana será otro día. Cuando el poeta⁵ dijo *Carpe Diem* no lo decía solo para los poetas, sino para todos los romanos.

«Sabía que este tipo es algo más que un atractivo vagabundo», pensó ella. Una vez más tenía razón.

— Sí. Y este era el trato: yo pago las cervezas y tú me escuchas. —Ella lo miró—. Es extraño. No debería ser un problema, pero lo es: esta semana he sabido que estoy embarazada. —No le miró al decirlo. Clavó los ojos en su Pilsner.

—De ahí viene el vahído. Me alegra saber que no tengo que empezar esta conversación aconsejándote que vayas a tu médico de cabecera. —Eliot sintió alivio. La había visto desmayarse en el puente y por su estado de ánimo había pensado que Ivana quizá se enfrentaba a alguna enfermedad grave.

—Tengo muy poco tiempo para tomar decisiones. Tengo dudas...

—Haces bien. «El que nada duda nada sabe»⁶. —Eliot cogió su cerveza y tomó un trago—. Pero ya entiendo. Estás pensando en abortar. ¿Estás casada?

—No. El padre de este niño o niña es un imbécil de mi trabajo con el que me acuesto cuando me siento sola. —Ivana dejó de mirar a su alrededor—. Me siento tan estúpida.

—¿Y cómo se llama ese imbécil?

—¿Y por qué quieres saberlo?

—Me gusta poner un nombre a todo.

Ivana lo miró. Era un tipo extraño, con una mirada profunda e inteligente. Estaba a gusto con él, pero era imposible que alguien tan distinto a ella entendiera su situación. Había luchado durante años en su trabajo para llegar donde estaba. Pocas mujeres en Praga tenían un futuro profesional tan brillante como el suyo. Ahora no era el momento de parar y tener un hijo. Al ver que ella no respondía, Eliot dejó de jugar con el posavasos de papel que había en la barra y la miró. Sus ojos se entrecruzaron y los dos sintieron un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. Como cuando recuerdas algo que habías olvidado y sabes que es muy importante.

—Se llama Gatsby. Bueno, es un sobrenombre, pero todo el mundo lo llama así.

Eliot apartó la mirada y tomó otro sorbo de cerveza. Se fijó en el tabernero, un hombre orondo y calvo, que estaba unos metros más abajo hablando con unos clientes de manera muy amistosa. Hubo unos segundos de silencio.

—En realidad, no lo estoy pensando. No quiero ni pensar en abortar. No me lo perdonaría jamás.

—Pues no lo hagas. Una mujer adulta e inteligente como tú. Es un error. En tu caso sería una frivolidad hacer algo así.

Ivana estaba a punto de interrumpirle para decirle que él era un desconocido y no sabía nada de ella. Pero no lo hizo. Él tenía razón. Eliot había sacado sus propias conclusiones.

—¿Te gusta la artesanía? —preguntó él sin preámbulos.

Ella le miró y sonrió a modo de confirmación.

—No tengo mucho tiempo, pero sí me gusta. Me gusta la cerámica y también el vidrio —añadió Ivana recordando el taller de los vidrieros que

había visitado por la mañana y los objetos que había visto allí. Ese hombre estaba consiguiendo quitar importancia a las complicaciones de su vida. Eso le gustaba.

Eliot se sorprendió al oír su respuesta. Ella tenía unos ojos cristalinos azules y profundos. Era como un hada, como una de las mujeres que Mucha inmortalizó un siglo atrás.

—Pero no sé nada al respecto. Adoro ver las vitrinas de las tiendas del centro con sus objetos de cristal expuestos, la intensidad de sus colores. Pero no tengo tiempo para nada más.

Al decir aquello Eliot la miró a los ojos, pero no añadió nada.

Siguieron bebiendo y hablando de todo, de artesanía, de viajes, de comidas y de anécdotas familiares de las cuales Eliot tenía muchas y divertidas. La noche fue fugaz. Pasó tan rápido para los dos que la hora de cierre de la taberna les cogió desprevenidos. Aquello era nuevo e inesperado.

—Bueno, parece que se ha hecho tarde, debo irme. Mañana trabajo, no como tú, que estás de vacaciones.

—No creas. Siempre hay cosas que hacer. —Eliot respondió con lentitud.

Siempre que decía algo a Ivana le parecía que lo hacía con doble intención. Pero era directo y sagaz, muy asertivo y no se andaba con rodeos. Ella estaba acostumbrada a la diplomacia, a la política, a las palabras altisonantes y carentes de significado. Su trabajo lo requería y los círculos sociales por los que se movía habitualmente eran grandes cajas de resonancia repletas de preguntas retóricas, frases hechas y conversaciones banales. Muchas veces cuando hablaba en ese mundo Ivana se oía a sí misma, sentía repugnancia y tedio, pero estaba acostumbrada. Con ese americano era distinto. Tanto que le pasó por la cabeza pedirle su dirección, mantener correspondencia con él, como si fuera una colegiala que se despide de un ligue de verano e imagina que todo seguirá igual cuando se separen. Y además no había pasado nada. O sí que había pasado algo. «Garbanzos. Que estúpida soy».

Una niebla matinal se había apoderado de las calles. Al salir de la taberna, los dos notaron el frío en la cara como un sablazo de realidad. Eliot se enroscó la gruesa bufanda de lana que llevaba cuando Ivana le vio en el puente por primera vez. Ella se puso el pañuelo alrededor de la cabeza. Eliot la miró

de nuevo. Quería estar seguro de que podría recordarla cuando no la tuviera delante.

—Gracias por escucharme. —Fue lo único que le salió.

—Gracias por las cervezas. —Eliot sacó los guantes del bolsillo, pero no se los puso. Lo que hizo fue acercar su mano a la de ella para estrechársela. Cuando la tuvo cerca de él no pudo contenerse. Su cuerpo dejó de escucharle y Eliot la besó furtivamente, un beso que cogió a Ivana desprevenida.

Fue fugaz, fue solo un momento. Ella tenía una piel suave y aterciopelada. Él, una piel curtida y fuerte. Sus mejillas se rozaron mientras una mano encajaba dentro de la otra al despedirse.

Allí encontraron su principio y su final. Es la química del romance, inexplicable y oculta. Ese calor que recorre el cuerpo humano, que dicen que es solo carne y hueso, un calor que excita los sentidos y no deja pensar.

⁵ Horacio (65-8 a. C.).

⁶ Platón (ca. 427-347 a. C.).

Capítulo 13

El que no valora la vida no se la merece.
Leonardo da Vinci (1452-1519)

A primera hora de la mañana Flor telefoneó a Violeta. Sabía que la encontraría despierta. Estaba en el comedor del hotel desayunando y le trajeron el teléfono.

—Lo he decidido. Esta noche le he dado muchas vueltas y es lo mejor, voy a encontrarme con él y lo aclararemos todo. Después de lo de la taberna y la pelirroja...

—Si estás decidida a hacerlo, no te inquietes que yo te acompañaré. —Por teléfono todo es ligero y fácil—. Queda con él y vamos juntas —dijo Violeta.

—Si tú estás conmigo no intentará nada. Y casi es mejor que Ivana no lo sepa —pensó Flor en voz alta.

—Es posible. Lo importante es que te has decidido. Queda con él en algún edificio público y yo puedo estar por allí cerca. Una iglesia turística o un museo —propuso Violeta.

Y así fue como lo hicieron. Flor envió un mensaje a Ladislav. Quedaron en el museo de escultura de la ciudad, el Lapidarium, un museo con gigantescas piedras del pasado. Granito gris tallado, pulido, decorado por anónimas manos de hombres con talento.

Las dos mujeres llegaron andando a la cita. En el museo había un eco infinito, se oía incluso el ruido de las pisadas de los pocos visitantes extranjeros retumbando por el edificio. Eran lo único que se movía en ese lugar. El resto era todo piedra quieta, esculpida y transformada en magníficos púlpitos o en un rey y una reina.

Ante ellas aparecieron leones alados, congelados por el tiempo y soldados aprisionados dentro de una gran base de piedra. Columnas, estelas, bustos alineados, rostros vacíos. Y las pisadas de Flor y Violeta entre los pocos turistas. Sus pisadas eran de zapatos cómodos, sin tacones absurdos. Ellas

eran mujeres sabias, con arrugas de supervivencia que aceptaban amablemente y algún kilo de más que delataba su respeto a la vida y a la condición humana que no es perfecta.

Estatuas de caballeros medievales y cruzados insensatos flanqueaban sus pasos. Todos eran héroes de piedra. Algunos habían perdido la pierna y una biga de hierro les sujetaba para que pudieran mantener su equilibrio y su dignidad. Habían llegado temprano. Las dos mujeres estaban en la primera gran sala de exposición. Las estatuas eran enormes y cada sala comunicaba con la siguiente con una gran puerta de madera abierta de par en par. Era pronto para la cita, pero Violeta prefirió volver a la entrada para vigilar desde allí la llegada de Ladislav.

Flor estaba encantada con las magníficas estatuas de piedra y hasta parecía haber olvidado qué la había traído allí. Seguramente eran los nervios que la traicionaban. Era como Alicia en el país de las maravillas o uno de los obligados visitantes del *Nautilus*. Sus ojos azules recorrían las esculturas y admiraba las enormes dimensiones de las estatuas.

Para ella también era la primera visita al museo. Había oído hablar del lugar, pero nunca había estado allí. Era un punto de la ciudad desconocido y fuera de las redes turísticas de los operadores de viajes de fin de semana. Solo los visitantes que dedicaban unos días más a Praga pasaban por aquí. Una verdadera pena, pensó Flor, porque el museo tenía una aura histórica y señorial mucho más intensa que el famoso castillo de Praga. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar cómo empezó todo este asunto con Ladislav. Sus ojos buscaron con zozobra a su amiga Violeta.

Esta seguía en la entrada. Miraba fuera, al cielo. El día era gris, nubes de tormenta danzaban sobre la ciudad; todavía quedaban algunos restos visibles de la nevada, pero era nieve sucia, embarrada y dura como la piedra. No había un alma fuera, era un día frío. Solo vio un lujoso autobús con el eslogan en el lateral que rezaba: *the best prague is here*. Violeta miró hacia dentro, hacia la entrada del museo y buscó algún ser humano. Allí estaba la señora que les había vendido las entradas y un trabajador del museo. A la izquierda había una mesa con libros sobre la ciudad a la venta. Violeta los ojeó sin olvidar echar un vistazo a la puerta de la entrada por si llegaba Ladislav.

Oyó a su espalda un murmullo que procedía de la primera sala. Miró hacia allí y vio a su amiga Flor disfrutando de la visita. Le sonrió desde lejos y fijó después la vista en un grupo de unos treinta turistas japoneses increíblemente interesados en lo que les explicaba su guía oriental. Amontonados como un rebaño escuchaban las explicaciones que les daba sobre la escultura de un ángel que estaba en esa primera sala del museo, a la derecha de la gran puerta de madera.

No había más visitantes. Violeta se acercó al trabajador de la entrada. Él enseguida se presentó como el conserje del lugar. Ella le preguntó si venían muchos turistas japoneses al museo y la respuesta fue que sí. El hombre explicó que les gusta mucho todo lo que está hecho con piedra, un material que les fascina. También comentó que les faltaban visitantes. El museo está apartado del centro histórico y los tiempos han cambiado. La gente que visita Praga cada vez se queda menos días en la ciudad y no tienen tiempo para conocer los lugares recónditos y excéntricos que uno recuerda para siempre.

El conserje era una persona sociable y la invitó a pasar a una pequeña oficina justo detrás de la entrada. Violeta le acompañó y él le mostró con orgullo un premio que habían recibido años atrás como el mejor museo europeo. Ella sonrió con aprobación y miró el certificado enmarcado que le estaba señalando. Le hizo algunas preguntas y hablaron unos minutos. El conserje sentía curiosidad por ella y al saber que era de los Pirineos el preguntó por las montañas.

De pronto se oyó ruido de pasos fuera y el tintineo de unas monedas. Tenía que ser Ladislav. La señora Lope reconoció su voz al pedir la entrada. Habían pasado muchos años desde la visita de Ladislav y Flor a Bolví, pero su voz no había cambiado. Él también se había adelantado a la cita. En estos momentos Flor estaba sola en alguna de las salas del museo. Disimuladamente, Violeta miró hacia afuera por la puerta de la pequeña oficina.

Ladislav seguía siendo grande, con unos hombros anchos y unas manos que parecían palas. Llevaba el pelo más largo de como ella lo recordaba. Tenía un aire muy nórdico. Iba enfundado en un abrigo que desbotonó nada más entrar, y no perdió el tiempo, enseguida se metió en la primera sala contigua a la entrada.

La señora Lope agradeció la amabilidad del conserje y los dos salieron de la pequeña oficina. Quería avisar a su amiga de que Ladislav se había adelantado, pero no podía entrar en la primera sala porque él seguía allí. Estaba convencida de que, a pesar de los años que habían pasado, este hombre podría reconocerla enseguida, y no estaba segura de que fuera una buena idea acercarse y saludarle.

Violeta preguntó al conserje cuál era la salida del museo, cuál era la última sala que se visita. El conserje señaló la puerta que tenía justo a su espalda. Ella entró por allí y sin demora hurgó en cada rincón de cada estancia que iba encontrando en busca de Flor. Unos minutos después, entró en una gran sala que guardaba la colección de sagas enteras de reyes y reinas de Bohemia y Moravia. Algunos estaban esculpidos en sus tronos cogiendo de la mano a su consorte. Otros eran presentados como caballeros medievales con su armadura, su espada y montados en corceles impasibles. Entre el silencio de esos testigos de piedra Violeta vio a Flor. Su amiga quedaba lejos, al otro lado de la gran sala. Estaba de espaldas y llevaba su bolso amarillo que era como un rayo de sol entre tanto gris granito del estatuario. Se disponía a llamarla cuando vio que, por otra puerta, entraba Ladislav y saludaba con una sonrisa a Flor.

Vio cómo la abrazaba y le daba un par de besos. A esa distancia, desde tan lejos, casi al otro lado de la sala, parecía una escena del todo inocente. Es más, ese hombre abrazaba a Flor con cariño. Con mirada penetrante, la señora Lope escudriñó cada centímetro cuadrado de Ladislav. No había cambiado, era tal como le recordaba: carismático y con un rostro indescifrable. Seguía sin ver la cara de Flor porque estaba de espaldas, pero podía observar los gestos de él. Ella no le devolvió el abrazo y él la dejó ir, pero la cogió por los brazos, con sus grandes manos y la sujetó como si quisiera infundirle confianza. Quiso acariciarla y al alzar la mano vio que todavía tenía la entrada. La miró y la guardó en el bolsillo de su abrigo de donde sacó el móvil, miró la pantalla unos segundos y a continuación escribió algo con rapidez. Volvió a meterlo en el bolsillo y se concentró de nuevo en Flor.

Violeta se escondió y poco a poco intentó acercarse a la pareja. No había nadie más en la sala. El grupo de japoneses que rondaba por el museo debían de estar en otra estancia. Cuando le era posible, levantaba un poco la cabeza

por encima de las enormes peanas pétreas que soportaban algunas de las esculturas. Tampoco sabía si era necesario tanto secretismo, bien podía salir de su escondrijo y presentarse allí con ellos. Pero ella quería verlos, contemplar desde lejos la escena sin ser vista. Se acercó un poco más para oír lo que decían y saber que su amiga estaba bien. Flor seguía de espaldas a ella, pero se movía nerviosa y Ladislav la marcaba muy de cerca, parecía estar intimidada.

—¿Qué haces, Ladislav, por qué te acercas tanto? Me estás poniendo nerviosa. —Flor dio unos pasos alejándose de él.

—Mujer, actúas como si no nos conociéramos —le dijo su exmarido en tono áspero.

—¿Qué quieres? ¿Por qué quieres hablar conmigo? —preguntó ella.

Ladislav decidió no contestar enseguida. Se quedó mirando a su mujer con lo que a la señora Lope le pareció un profundo cariño.

—Has escogido un lugar muy extraño para que hablemos. Después de tantos años y sigues sorprendiéndome.

—Tú sí que estás lleno de sorpresas —le espetó Flor escuetamente.

Mientras hablaban Violeta seguía avanzando sigilosamente entre las grandes peanas de granito de más de un metro de altura que soportaban el peso de las grandes estatuas que posaban expuestas en la sala. Se agachaba tanto como podía, pero su cuerpo ya no se doblaba como años atrás. Ladislav decidió hablar:

—Sé que me viste con la mujer de la taberna. Y también sé que oíste nuestra conversación. —Ladislav lanzó lo que parecía una sentencia de muerte—. ¿Vas a negarlo?

Flor levantó la cabeza para mirarle fijamente con sus grandes ojos.

—No... Tú ya sabes que no sé mentir —dijo Flor desesperanzada.

—Y tú ya sabes que a mí no se me da muy bien lo de decir la verdad —replicó él sin pestañear.

—Por eso te dedicaste a la política... —Flor se dio la vuelta y quedó de espaldas a él. Violeta le pudo ver la cara. Su amiga estaba asustadísima, le tintineaban los dientes.

Violeta le hizo señas con la mano para indicarle dónde estaba escondida, pero Flor seguía sin verla, con su mirada preocupada dirigida al lado opuesto

de la sala. Violeta insistió, incluso habló en voz baja dejando escapar sus pensamientos.

—Por Dios, Flor, aquí, aquí. Con esos ojos de lechuza que tienes y no hay manera. Aquí, mira hacia aquí. —Sacó de su bolso un pañuelo y empezó a agitarlo como si se despidiera de alguien en el andén de una estación de tren.

Por fin Flor la vio. Se sobresaltó, pero enseguida se alegró de saber que su amiga estaba cerca. Como todavía daba la espalda a Ladislav, Flor le hizo señas a escondidas con la mano para que se acercara. Después se armó de valor para mirar de nuevo a los ojos al hombre con el que había compartido casi toda su vida.

—¿De qué estás hecho, Ladislav? ¿Cómo puedes haber sido tan cruel y a la vez tan dulce conmigo y con tu hija? Te tengo miedo ¿sabes?, y no quiero.

—Lo sé —dijo él escuetamente.

—No quiero pensar, no quiero saber nada.

—Lo sé.

—Pues supongo que también sabes que no tienes por qué preocuparte. No voy a decir nada a nuestra hija, ni a nadie. Si lo supiera Ivana, el poco pasado de verdad que me queda desaparecería por completo. —Flor volvió a darle la espalda para que él no pudiera ver su cara de preocupación.

Violeta les observaba y estaba convencida de que su amiga no había persuadido para nada a Ladislav. Eso de decirle que no hablaría con nadie no había servido de mucho. Él miró a su alrededor. Estaba cerciorándose de que no había cámaras de seguridad. La señora Lope lo vio y empezó a temer un feo desenlace. Flor le había dicho que su exmarido era muy meticuloso, de esos hombres que no dejan cabos sueltos. Ellas habían escogido un museo porque pensaron que, en principio, nadie es tan ingenuo de intentar algo allí porque siempre hay testigos.

Flor seguía dando la espalda a Ladislav. Hizo señas de nuevo a Violeta para que se adelantara. Ladislav dio unos pasos hacia atrás y fijó la mirada en una estatua de tamaño real del rey Carlos IV con su armadura y la pesada espada de metal en alto. A la estatua le faltaba parte de una pierna y se sujetaba en equilibrio gracias a una viga de hierro. Violeta miraba la escena desde lejos, estaba a unos diez metros de la pareja. Sin embargo, entendió que Ladislav tramaba algo y temió lo peor. Quizá Ladislav estaba decidido a

acabar con la vida de Flor, pero ¿cómo?, se preguntaba ella. Si eso era lo que tramaba, ¿cómo podía hacerlo?

—Estoy tan confundida que...

Ladislav interrumpió a Flor; no quiso que continuara hablando.

—¿Recuerdas esa vez que hicimos la excursión en barco, que pasamos el fin de semana navegando por el Moldava? ¿Cuántos años tenía Ivana, nueve, diez?

Flor sonrió, claro que lo recordaba. Fue uno de los muchos momentos que compartió con él durante lo que había sido toda una vida. Siempre se habían querido, disfrutaban el uno del otro, les gustaba estar juntos a pesar de ser tan distintos. Su separación había sido un recreo, una interrupción necesaria, un intermedio para ir a tomar un café. Pero lo que tenían Ladislav y Flor no había terminado. Violeta lo intuía al verlos juntos allí, pero las señales que emitía Ladislav la confundían. Ese hombre siempre había sido así: un espadachín luchando a dos bandas. Era un estratega.

—Lo pasamos bien. ¿Te acuerdas, Flor? Ver Praga desde el río fue descubrir que la ciudad tiene otra cara. Navegando como un par de turistas más en el *bateau mouche* de Tycho.

—Sí, el gran Tycho Brache, ese amigote tuyo disfrazado de capitán, actuando para los turistas en ese tronado barco. Parece un gondolero en vez de un comandante. Tycho es muy bueno con las palabras, muy zalamero. Me echó los tejos durante todo el día, ¿sabes?

—Lo sé, me di cuenta. Tycho es muy insistente. Cuando supo que nos habíamos separado quería hacerte una visita... me costó mucho convencerlo de que lo nuestro no había terminado... —Ladislav titubeó—. Eres una mujer bella, Flor y lo serás siempre. Por supuesto que me di cuenta de que flirteó contigo ese día.

—Claro, cómo no ibas a percartarte, a ti no se te escapa nada. —A pesar de las palabras de Ladislav, Flor volvió a sentir el peso del presente.

—Cuando veo a Tycho siempre me pregunta por ti. Por cierto, tiene algo para ti.

—¿Para mí? Y tú por qué le dijiste eso de que lo nuestro no había terminado. No te entiendo, Ladislav. A estas alturas y vienes con dudas, o con celos.

—Es que te necesito, Flor. Necesito que estés cerca, eres bella por dentro y por fuera, tienes el don. Sé que sin ti estoy perdido.

Flor le escuchaba atónita. Le miró a los ojos desconcertada. Quería descubrir si decía la verdad, hubiera dado todo lo que tenía para saber si lo que decía Ladislav era cierto. Flor le había querido con pasión y nunca había dejado de amarlo. Si él decía la verdad, no tenía por qué temer nada.

—Ladislav, no me confundas más. ¿Qué quieres de mí? —Flor estaba perdiendo los papeles, estaba temblando como una hoja.

Desde su escondite la señora Lope seguía la conversación y no podía dejar de pensar en voz alta mientras se le removían las tripas. «Este hombretón es absolutamente indescifrable... como la ciudad de Praga, siempre envuelta en un aire misterioso. Es todo muy romántico, decirle que la sigue queriendo, que siente celos, pero a nuestra edad esto no hay quien se lo trague». Aunque Flor sí que se lo tragaba. Ladislav no la había citado para decirle que la quería. Seguro que no.

—Eh, Flor. —Violeta empezó a hacerle señas de nuevo.

A pesar del miedo, Flor escuchaba en silencio a Ladislav. La adulaba como a una reina, se sentía poderosa como una diosa. Él la cogió de la mano.

—Todo irá bien, Flor. Nadie puede romper algo tan fuerte.

En pocos segundos la sala se llenó de turistas del grupo de japoneses que visitaban el museo. Se oyeron algunas exclamaciones y murmullo general que con el eco de la sala se multiplicaba. Ladislav desvió la vista hacia el grupo y enseguida vio algo que lo alarmó. Reaccionó rápido, y al instante cogió a Flor por el brazo.

—Malditos móviles —dijo perturbado mientras seguía observando inquieto al grupo de japoneses—. Vámonos, hay que salir de aquí. —Tiró de ella con fuerza.

—Ladislav, me haces daño, suéltame.

—No, Flor, hay que irse. Estamos en peligro.

Él seguía con la mirada fija en el grupo de visitantes. Alarmado por el desenlace que podían tomar los acontecimientos tiró de nuevo de Flor mientras ella se resistía a andar. La señora Lope miró en la misma dirección que él, hacia el grupo de turistas y, entre las grandes peanas de piedra y las cabezas de pelo oscuro de los japoneses, pudo ver una mujer pelirroja que

miraba fijamente a su amiga y a Ladislav. Solo la vio unos segundos. Como una serpiente fría y venenosa, la mujer se deslizó entre los turistas y desapareció. El joven guía japonés que acompañaba al grupo miró el reloj y, con voz estresada, ordenó a todos los turistas que le siguieran a la siguiente sala. A paso ligero se alejó y se llevó con él a todos los japoneses.

Ellos eran de nuevo los protagonistas de la escena. Violeta había visto antes a esa mujer de hielo con el pelo de fuego. Era la mujer de la taberna, Gunila Nerulova. Esa mujer daba miedo. Qué hacía en el museo... y cómo sabía que Ladislav estaba allí con Flor. Violeta miraba a su alrededor, pero no conseguía verla por ningún lado. Su amiga y su marido seguían en la sala. Ladislav había bajado el tono de voz y no podía oírle, pero hablaba atropelladamente y tiraba del brazo de Flor para que se fueran.

La señora Lope seguía agachada y miraba desconcertada en todas direcciones sin saber si la maldita pelirroja seguía en la sala. De repente la vio, a pocos metros pero en otro corredor. Lo terrible es que llevaba una pistola en las manos. Violeta gritó desesperada al ver las intenciones de la mujer. Por un instante esta se desorientó y miró a su alrededor con la pistola lista para disparar. Esto dio tiempo a Ladislav, que atrasó su posición hasta donde estaba Flor y se puso delante de ella como un escudo para protegerla.

Hubo un disparo, que resonó como un trueno por todos los recovecos de cada estatua de piedra que reposaba impertérrita en la sala. Fue un sonido estridente de ecos infinitos, como si la muerte gritara para siempre.

Ladislav y Flor cayeron al suelo fulminados por la bala. La asesina desapareció reptando con cautela, doblando invisible las esquinas. Ni esperó a comprobar el daño que había causado. El corazón de la señora Lope se desbordaba a cada paso que daba para acercarse a Flor y a Ladislav. Estaban los dos tumbados y había sangre en el suelo y en sus cuerpos. Flor no se movía y estaba boca abajo. Ladislav estaba vivo, sus manos intentaban contener la sangre que salía a borbotones de una herida que tenía a la altura del pulmón izquierdo. La bala le había dado a él. Se había colocado de escudo para salvar a Flor. No le quedaba mucho, Ladislav estaba muriéndose.

Violeta se acercó a su amiga y gritó su nombre con fuerza. Le dio la vuelta y vio que no tenía ninguna herida. Su ropa estaba manchada de sangre, pero no había recibido el disparo. Volvió donde estaba Ladislav e intentó levantarle la

cabeza, pues empezaba a salirle sangre por la boca y se estaba ahogando. Ladislav la miró y Violeta estaba segura de que la había reconocido. Seguía intentando tapar el agujero de la bala, pero era inútil. Una de sus manos se deslizó hasta encontrar la mano de Violeta y se la apretó con fuerza.

—Flor está bien, Ladislav. Le has salvado la vida. —Con un último aliento de vida, él volvió a apretarle la mano. Ella sabía lo que eso significaba: le estaba encomendando que cuidara de Flor en su lugar.

—No te preocupes, no la dejaré sola. Cuidaré de ella. —Violeta asintió con un leve movimiento de la cabeza y Ladislav cerró los ojos. La señora Lope gritó desesperada.

Algunos de los japoneses que habían estado minutos atrás en la sala fueron los primeros en llegar incrédulos de haber oído un disparo. Al ver la escena empezaron a chillar y escapar. Poco después llegaba el conserje, que se llevó las manos a la cabeza y se arrodilló junto a Ladislav en un intento desesperado de reanimarlo. Pero fue del todo inútil.

Entretanto Flor había recobrado el conocimiento, pero estaba aturdida. Violeta la sentó en el suelo con la espalda apoyada contra un bloque de granito que soportaba el peso de una reina entronizada con aire melancólico. Lo absurdo de la vida, todo junto, todo en uno.

El resto del personal del museo había ido a llamar a la policía. A los pocos minutos estaban rodeados de sanitarios y policías que acordonaban la zona y contemplaban atónitos el cuerpo sin vida de Ladislav Mendel, el político checo, en medio de un charco de color rojo y dos mujeres empapadas en sangre que yacían sentadas a su lado en el suelo gris de esa sala gris con estatuas todavía más grises.

Todos miraban la sangre. Flor se había recobrado del golpe que había sufrido al caer y, consciente de lo ocurrido, lloraba desconsoladamente. No se había levantado, estaba quieta, sentada en el suelo y apoyada en el bloque de granito. Había cogido la mano de Ladislav, cuyo cuerpo yacía a su lado y no la quería soltar. Sus ojos azules de muñeca antigua evocaban los momentos más trágicos de la condición humana. A fuerza de limpiarse las lágrimas con las manos llenas de la sangre de su marido, su cara se había ensuciado. Acariciaba la mano del hombre de su vida. Con él se marchaba también casi toda su existencia.

La señora Lope nada podía hacer. Se sentía de más. Ojalá no hubiera nadie más en esa sala. Solo ellos dos. Así tendrían el tiempo suficiente para recuperarse, dar tiempo al tiempo en estos momentos de profundo vacío.

Sin embargo, allí estaban todos los acostumbrados personajes secundarios haciendo su papel de comparsa. Gestos de lamento, caras de repulsión, movimientos de desasosiego y todo amenizado por la presencia impertinente de los móviles llamando o filmando la escena. Todo un acontecimiento turístico anecdótico que los turistas japoneses que habían presenciado lo ocurrido se podían llevar a su país.

Capítulo 14

Cuando se muere alguien que nos sueña, se muere una parte de nosotros.

Miguel de Unamuno (1864-1936)

Esa noche hizo mucho frío, tanto que los habitantes de Praga se asustaron. Las estufas no calentaban lo suficiente y los sistemas de calefacción central no rendían cuentas como era debido. Había metal pesado en el aire que se paseaba silbando por los recovecos de la ciudad. Todo parecía más oscuro de lo habitual. Ivana miraba al jardín recostada en el marco de una gran ventana de su casa.

La policía había retenido a Violeta y a Flor en el museo varias horas. Sin embargo, al aparecer Ivana, la abogada, todo cambió su curso. Sin más dilaciones las dos mujeres pudieron dejar el museo y refugiarse en un lugar conocido.

Ivana las llevó a su casa de las afueras de Praga. Decidió que era lo mejor, pues en pocas horas empezaría un frenesí de llamadas de periodistas y visitas amenazadoras de quienes consiguen las direcciones de los testigos de un crimen y van en busca de fotos e información que se pueda vender a buen precio. El padre de Ivana era un político conocido y su abrupta muerte desataría ríos de tinta y miles de comentarios y preguntas sin respuesta en internet. Ella misma estaba completamente desconcertada por lo ocurrido.

Sin saber nada más que lo que vio al llegar al museo, el cuerpo de su padre muerto de un tiro, Ivana se había convencido a sí misma de que el disparo que recibió tuvo que ser accidental, un error. Creyó que el mortal proyectil iba dirigido a otro visitante del museo y que su padre fue víctima de un sórdido destino. No sabía qué hacía toda su familia en el Lapidarium ni por qué estaba allí también la señora Lope.

Ivana acababa de ver a su padre muerto, su cuerpo tendido en suelo ensangrentado, y a su madre desesperada sobre un charco de sangre. Pero, a pesar de todo, mantenía un aspecto exterior impasible. Controlaba muy bien

sus sentimientos. En momentos de crisis se crecía. En eso se había parecido siempre a su padre. Miraba el jardín por miedo a que alguien acechara detrás de los arbustos cortados cúbicamente y que bordeaban perímetro. Eran altos y espesos, no se podía atisbar desde el camino que conducía a la entrada enrejada de la vivienda. Además, el lugar donde estaba construida la casa era recóndito. De todas formas, Ivana observaba detenidamente el contorno verde que rodeaba el domicilio para estar completamente segura de que estaban solas.

Su casa era moderna y apacible gracias al equilibrio y orden que había dentro. Era arquitectura contemporánea escondida de las miradas indiscretas gracias al gran y frondoso jardín que rodeaba la vivienda. No era un lugar acogedor, pero no había duda de que dentro de esa casa uno se sentía absolutamente aislado del mundo y de la gente.

Ivana sentía dolor, pero no podía llorar. Era dolor mezclado con rabia. Su padre había muerto, y de una forma muy violenta. Veía una y otra vez su cuerpo bañado en sangre en el suelo del museo. Parecía todo tan irreal. Decenas de preguntas sin respuesta se amontonaban como ropa sucia en una lavandería.

¿Cómo puede morir un hombre invencible? Ladislav era un hombre fuerte, sus ideas, sus convicciones, su cuerpo. Ahora estaba muerto, ya no volvería jamás. Su padre, su mejor amigo, su mentor. Habían matado a su padre. Pero Ivana no lloraba. No podía creer lo que había pasado. No podía ser cierto, no podía imaginar razón posible para acabar con la vida de un hombre tan noble como su padre ni que fuera por accidente, por un desliz del destino.

Ya no pensaba con claridad. Ivana necesitaba hablar con su madre. Al dejar el museo Violeta también había ido a casa de Ivana. Flor estaba en estado de shock. Le habían dado unos sedantes y se quedó tumbada en el sofá nada más llegar a casa de su hija, no sin antes suplicar a la señora Lope que no le dijera nada a Ivana de la conversación del castillo.

Violeta no estaba de acuerdo con su amiga; quería decírselo, pero era un tema delicado. Si se lo explicaba ella ensuciaría el nombre de Ladislav, justo ahora que había muerto. Era envolverlo en una extraña trama de asesinatos de los que no sabía con certeza ni el cuándo, ni el dónde, ni el porqué. Violeta dudaba, no sabía qué hacer. Flor dormía sedada en el sofá e Ivana estaba absorbida en sus cavilaciones ante la incomprensible muerte violenta de su

padre. Era un político respetado. Retirado o no, seguía en circulación, le gustaba sentirse útil. Al día siguiente todos los periódicos locales y nacionales llevarían la noticia en primera página: «Político asesinado en un museo de la capital».

Violeta estaba exhausta. Se sentía culpable por dudar, por no contarle a Ivana lo que estaba sucediendo, pero concluyó que debía ser Flor, su madre, la que le explicara la conversación que había oído y le hablara de la peligrosa pelirroja, Gunila Nerulova, la mujer que había matado a Ladislav. Violeta se sentía incómoda al ocultar todo aquello. Suplicó a Ivana que llamara a un taxi, quería ir a su hotel. Ivana al principio se negó. Lo que habían vivido las dos mujeres en el museo era traumático y no quería que la amiga de su madre estuviera sola. Pero ella insistió, necesitaba descansar. Además, sabía que Ivana cuidaría bien de Flor y madre e hija tenían que hablar a solas. Así que llamaron a un taxi, que la dejó en la misma puerta del hotel. Sin molestias ni escollos, en absoluto anonimato, accedió a su habitación y cayó rendida en la cama en brazos de Morfeo.

En casa de Ivana, madre e hija durmieron juntas, como cuando ella era pequeña. Habían pasado más de veinte años desde la última vez que compartieron una habitación. Para Flor fue un abrigo tener tan próxima a su hija. Por una noche Ivana, la mujer de hielo, dejó atrás su gélida imagen de mujer abogado y se convirtió en la niña dulce que Flor tanto quería. Era una necesidad olvidada tener al lado el calor y el amor de alguien que se quiere, alguien que siempre está cerca pero nunca lo suficiente.

La noche fue muy larga. Flor durmió bajo los efectos de los sedantes. Ivana, sin embargo, interrumpió su sueño temprano para hacer llamadas telefónicas. Había mantenido el móvil cerrado toda la noche y al abrirlo al amanecer vio que su jefe había sido el primero en saber lo ocurrido y le había dejado muchos mensajes. Después Gatsby, con un mensaje muy escueto, y tenía otros de amigos, conocidos, periodistas. Y también de la policía, que quería saber dónde se alojaba la señora Lope e informarse del estado de su madre.

Empezó a hacer algunas llamadas. Todos le decían que en la televisión no se hablaba de otra cosa. En su casa el aparato había permanecido apagado toda la noche. Ivana no quería oír nada hasta haber hablado con su madre. Y por teléfono, ella no dio detalles a ninguno de los allegados con los que habló.

A su jefe, Tommy Zizkov, le describió lo sucedido para que entendiera el estado de su madre y lo poco que sabía de lo ocurrido. Le pidió que pusiera a Pete, su ayudante en el bufete, a su disposición durante los próximos dos días para ayudarla en los preparativos del entierro. Tommy era el único que conocía la dirección de su casa porque fue él quien la puso en contacto con el arquitecto que la diseñó. Nadie, ni siquiera Gatsby, sabía dónde pasaba Ivana los fines de semana. Le pidió que permaneciera en el bufete y que no se pasara por su casa porque quería estar a solas con su madre. Tommy dijo que Gatsby se encargaría de hacer un escueto comunicado con los hechos conocidos y pasarlo a las agencias de prensa, y sobre Pete dijo que se encargaría personalmente de hablar con él y le dejaría un coche de la empresa para que se acercara a su casa y la ayudara con el entierro.

Pete no tardó en llamarla. El joven no tenía palabras. Conocía que el padre de Ivana era un político importante, pero no sabía cómo había sucedido su muerte; aun así estaba complacido de poder ser útil en momentos como ese. Ivana le dio la dirección y le pidió que no la dijese a nadie.

La primera luz de la mañana llegó a las grandes ventanas de cristal de la vivienda. Ivana dio gracias a Dios por ello. Amanecía y desaparecía la oscuridad. Se alejó de la ventana y observó a su madre que dormía arropada con una mullida manta de color verde muy intenso. Fue a la cocina y dejó el teléfono móvil en la gran isla encimera situada en el centro. Empezó a preparar café con la Bialetti. Miró en la nevera y dentro no había nada para comer. La señora de la limpieza más de una vez le había dicho si quería que lo desconectara, pero ella siempre se había negado. Prefería llegar el fin de semana y encontrarlo funcionando, aunque dentro no hubiera ni una botella de leche.

Cuando llegó el ayudante de Ivana, su madre todavía seguía durmiendo. Ella le abrió la verja del jardín automáticamente y vio cómo se acercaba un coche pequeño y urbano, pero de lujo que conocía bien, pues algunas veces lo había utilizado para el trabajo del bufete. Pete aparcó y entró en la casa, la observó con admiración, pero sin decir palabra. Pasaron a la cocina en silencio. Él nunca había visto a su jefa sin maquillar y en ropa de casa, y desviaba la vista algo intimidado. Ivana tomó las riendas, como de costumbre, y le pidió que, en primer lugar, fuera a comprar comida y llenara la nevera. Al

volver le enseñaría dónde estaba el escritorio y él se encargaría de responder al teléfono y de organizar el funeral. Ella le dejó muy claro que no quería preguntas, que lo eligiera todo él a su gusto. Lo único que le pidió fue que se asegurara de que la caja fuera de pino natural. Quería que Pete tomara decisiones porque ella necesitaba cuidar de su madre, que no tardaría en despertar. El joven sabía que Ivana confiaba en él y que no era un buen momento para explicaciones, así que, sin hacer ruido, abandonó la casa y se fue en busca de la tienda más cercana.

Ivana volvió al dormitorio a buscar su bolso. Lo abrió, cogió todas las pastillas que le había recetado el ginecólogo unos días antes y entró en el baño. Una de las paredes era un enorme espejo y nada más entrar dejó las cajas de los medicamentos encima de un sillón neoclásico que había en una esquina de la estancia y abrió el grifo del agua fría para refrescarse la cara. Se miró en el espejo pensativa. Llenó un vaso de agua y seguidamente cogió una pastilla de cada una de las cajas y se las tomó tal como le había indicado su médico. Ivana había tomado una decisión.

Flor despertó tarde. Se sentía abatida y el peso de la tristeza la aplastaba como una piedra de molino. Ladislav... se acordó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se abrazó a su hija que estaba sentada a su lado sin decir palabra.

Ivana preparó una infusión de hierbas que había traído Pete. Había escogido algo de ropa limpia para ella, ropa holgada y cómoda que pudiera llevar su madre, aunque no fuera de su talla. El armario de Ivana estaba lleno de trajes, ropa elegante, apenas tenía nada informal. Escogió una amplia falda oscura, una camiseta de manga larga y un poncho azul y crema con diseños geométricos que precisamente había sido un regalo de Flor a su hija y esta lo guardaba en el armario porque nunca había encontrado la ocasión para ponérselo. La ropa estaba encima de la gran mesa del salón y Flor seguía medio recostada en el sofá.

—Mamá. —Ivana se echó a sus brazos de nuevo y la apretó con fuerza. Flor todavía lloraba.

—Ya sé que no debería llorar, pero no puedo parar. —Flor acarició la mejilla de Ivana como si fuera una niña todavía—. ¿Oigo voces? ¿Hay alguien más en la casa?

—Es Pete, el chico que me ayuda en el trabajo. No te inquietes, está en el escritorio, se está encargando del funeral...

—Oh, Dios mío, Ivana, tengo que hablar contigo, pero no sé ni por dónde empezar.

—Sí, tenemos que hablar.

—Tenemos que llamar a los amigos de tu padre y decirles...

—Mamá, todos lo saben. La noticia de la muerte de papá está en todos los periódicos y canales de televisión. Pete se encargará de informar a todo el mundo de dónde será el funeral... Si te parece bien, yo he pensado que lo mejor es mañana por la tarde. —Ivana cogió a su madre por las manos.

—Sí, gracias, hija, por ocuparte de todo. Yo no puedo pensar en estos momentos. —Flor la miró y sus ojos azules volvieron a cristalizarse con las lágrimas.

Ivana cambió de tema rápidamente.

—¿Por qué no te vistes y yo mientras te preparo algo de comer? Después podemos dar un paseo por el jardín y hablamos... —Ivana sabía que su madre se sentiría más a gusto fuera que en su casa.

Media hora más tarde las dos mujeres enfilaban un sendero que había detrás del jardín que las llevó a un bosque de robles y castaños centenarios. No hacía sol y el cielo estaba cubierto de nubes, pero había mucha luz. De vez en cuando oían un coche que pasaba por algún camino secundario cercano al bosque. El resto era silencio. Flor preguntó por Violeta y su hija la tranquilizó diciéndole que descansaba en el hotel y estaba bien.

—¿Te ha contado algo?

—No, mamá. Violeta solo me dijo que tú tienes algo que decirme y que si tú no lo haces lo hará ella.

—Yo tengo la culpa de todo, hija. Qué tonta he sido, yo pensaba que tu padre quería hacerme daño...

—¿Hacerte daño, papá? Con lo que os habéis querido siempre. Incluso estando separados como estabais, todo el mundo sabía que vuestra historia no había terminado. —Pasaron por la cabeza de Ivana recuerdos de sus padres juntos, sus miradas implícitas, sus besos a escondidas, sus abrazos interminables por las noches y esas manos entrelazadas siempre que salían a pasear por el bosque como lo hacían ahora ellas sin él.

—Oí una conversación que no debería haber oído nunca... tu padre hablando con una mujer... Pensé que a tu padre no le gustaría... y en cambio me salvó la vida, en el museo alguien quiso dispararme y él se interpuso.

—¿Matarte? ¿Qué estás diciendo, mamá, quién podría querer matarte a ti?
—Ivana no lo dijo, pero pensó que ella sí que se había ganado unos cuantos enemigos a lo largo de su carrera como abogada, pero su madre... era del todo inverosímil que alguien quisiera acabar con su vida. Sacó un pañuelo que llevaba en su abrigo y se lo tendió a Flor, que no podía contener la turbación.

—Mamá, cálmate. Debes explicarme qué hacíais en el museo.

—Tu padre quería verme y yo tenía miedo de él y pensamos que lo mejor era quedar en un lugar público.

—Lo pensasteis Violeta y tú...

—Sí, hija. Ella está aquí en Praga por mí. Yo la llamé y se lo pedí. Era un tema delicado y Ladislav es... era tu padre, Ivana.

—Mamá, necesito que me digas de una vez qué ha hecho papá para asustarte tanto.

Y poco a poco Flor desveló a su hija lo sucedido en el castillo. No omitió ningún detalle de la conversación. Era lo mejor, no podía tener secretos con ella porque era lo único que le quedaba, era su familia, y ella estaba tan deshecha; necesitaba a su hija. Le dijo que Ladislav y la mujer pelirroja habían hablado de asesinatos que habían cometido y el tono amenazador de las palabras de esa mujer. Le contó las pesquisas en la biblioteca y lo que habían descubierto sobre Liverick, Zeman y Palach. Le confesó que durante la última semana había vivido con mucho miedo porque Ladislav la llamaba insistentemente y quería verla.

—Pero tu padre no quería hacerme daño, ¿entiendes, hija? Ayer en el museo... él me protegió con su vida, ofreció su vida para salvar la mía.

Ivana escuchaba a su madre con cierta aprensión. Sabía que no mentía, pero no podía aceptar que su padre hubiera estado envuelto con gente tan turbia, con asesinos y con qué propósito. Dejó que su madre hablara y no la interrumpió. Flor le contó lo de la misteriosa muerte del hombre que había visto con Ladislav y que su padre le mintió sobre quién era. Le dijo que estuvieron investigando en la biblioteca y en la hemeroteca del Clementinum y lo que sabían de los tres hombres. Insistió en lo de las coincidencias con los

otros dos políticos fallecidos, que ambos pasaron como muertes naturales, y que todos murieron entre 1995 y 2000. Después le confesó lo de la temeraria visita a la taberna donde trabaja la mujer pelirroja, dos noches atrás, y que era posible que, sin querer, Violeta y ella levantaran la liebre y esa mujer se oliera algo.

Su madre paró de hablar, le faltaba el aire. Era la ansiedad, Flor no estaba bien. Ivana le daría un calmante al volver a casa para que descansara durante la tarde.

—Mi padre, el político, un hombre tan elocuente, y contigo siempre le faltaron las palabras. ¿Por qué todo esto?

—Hija, es culpa mía, durante los últimos días lo he evitado. Es posible que quisiera contarme algo, pero yo no quise saberlo. Me daba miedo. Siempre he querido a tu padre y ahora veía a otro hombre que no era él, que no era mi Ladislav y no sabía de lo que era capaz.

—Tenemos que hablar con la policía. —Ivana temía por la seguridad de su madre.

—No, Ivana, por favor. Tendrás que contarles lo de la conversación y no quiero que ensucies el nombre de tu padre. Y menos ahora... —Esa era la razón por la que Flor no había acudido a la policía. Ivana lo comprendía.

—En el museo, ¿pudiste ver quién disparó, mamá?

—No. Todo pasó tan rápido, no recuerdo casi nada. La sangre... tu padre en el suelo... —La ansiedad no la dejaba respirar, Ivana la abrazó con fuerza para que se calmara. Se quedaron en silencio, solo se oía a un pájaro cucú que, con su arcano sonido, inundó el bosque de una inquietud infinita.

Capítulo 15

LA ALEGORÍA DE LA VIGILANCIA

Al volver se encontraron con un coche de la policía aparcado junto a la casa. Nada más entrar, Pete habló con Ivana. Después ella se dirigió al salón donde las esperaba una pareja de policías. Les saludó cortésmente y ayudó a su madre a acomodarse en el sofá. Llevaban un rato esperando, pues Pete ya les había servido un café. Ivana les observó, uno de ellos llevaba el traje reglamentario y el otro, seguramente de rango superior, iba con traje y corbata. Fue este último quien hizo las presentaciones. Se llamaba Rudolf Hus y era el detective jefe de la unidad central de policía de Praga. Le habían pasado el caso al conocerse que el asesinado era un político conocido. No había estado todavía en la escena del crimen, pero sabía lo suficiente. Hus era observador y enseguida se dio cuenta del estado en el que se encontraba la madre de Ivana, así que fue directo al grano. Flor era una testigo directa del asesinato y era su obligación hablar con ella para entender lo sucedido.

—Es necesario que le hagamos algunas preguntas, a usted y a su acompañante en el museo. Me han dicho en la comisaría que es una señora extranjera. ¿En qué hotel se aloja?

Ivana se sobresaltó, tenía que hablar urgentemente con la señora Lope antes de que lo hiciera la policía. Debía avisarla de que ya había hablado con su madre y sabía lo de la conversación en el castillo. No querían decir nada, hablar de esa conversación con la policía podría perjudicar el buen nombre de su padre y todavía no sabían lo suficiente sobre el tema como para hacerlo público. Y era horrible pensar que su padre hubiera podido acabar con la vida de otras personas. Había muchas preguntas sin respuesta en el aire. Ivana tendría que pedirle a Violeta que no dijera nada por ahora.

—Sí, es española. Es amiga mía desde hace muchos años. —Flor dejó entrever una pequeña sonrisa de bienestar al recordar a su amiga—. Ha venido a verme... unas pequeñas vacaciones. —Flor miró a su hija.

—Es de la misma edad que mi madre. Se aloja en el Grand Karlov, que está en la plaza mayor, al lado del reloj astronómico. Ayer estuvo aquí y al anochecer pedí un taxi para que la llevara al hotel a descansar. Como comprenderá son mujeres de cierta edad y lo que sucedió ayer las conmocionó.

—Por supuesto. Serán solo unos minutos. —El detective Rudolf miró al policía uniformado y le hizo señas para que anotara el nombre del hotel—. ¿Debo suponer que fueron al museo para visitarlo?

—Sí. —Ivana contestó por su madre—. Así me lo ha contado, fueron los tres al museo para enseñárselo a la señora Lope. —Ivana estaba muy tranquila, pero Flor la miraba con incredulidad.

—¿Su marido también conocía a su amiga española? —El detective se dirigió a Flor.

—Sí. De jóvenes la habíamos visitado en el pueblo de los Pirineos donde vive. —Flor se quedó en silencio recordando—. Pero hacía muchos años que no nos veíamos.

—El personal del museo con el que han hablado mis hombres han dicho que el señor Ladislav Mendel llegó algo más tarde...

—Es posible. Mis padres están separados y no viven en la misma casa. Así que llegaron por separado al museo. Pero seguro que usted sabe que mis padres ya no eran pareja...

—Sí. —Antes de ver a los testigos del asesinato el detective jefe se había informado. Y también esperaba la intromisión certera de la hija, pues conocía su reputación como abogada y sabía que tendría que lidiar con ella quisiera o no quisiera. Para conseguir una respuesta directa de la boca de Flor, el detective se levantó y se acercó allí donde estaba la madre y la miró fijamente para que respondiera ella y no la hija.

—¿Pudo ver quién disparó a su marido, señora?

—No... Alguien disparó... yo estaba de espaldas... oí el grito de Violeta...

—Su amiga gritó. ¿Recuerda si fue antes o después del disparo?

Ivana volvió a pensar que era urgente hablar con la señora Lope.

—Mi madre está muy afectada por lo ocurrido, supongo que lo comprenden. En estos momentos es como si viviéramos dentro de un acertijo.

No podemos creer que alguien quisiera matar a mi padre. Fue un político conciliador, con ideas firmes, sí, pero siempre evitó enfrentamientos directos y personales. ¿Quién querría matarle y por qué? No lo sé, señor Hus. Deseo tanto como ustedes que todo se aclare y encuentren al asesino de mi padre. — Flor miraba a su hija, cómo actuaba y orientaba la investigación hacia Ladislav para que la policía no sospechara ni por un momento que fue a ella a quien intentaron matar.

—Este es precisamente el objetivo que tenemos y les aseguro que vamos a hacer todo lo posible para poner luz sobre lo ocurrido.

—¿Saben de algún suceso en concreto que pudiera haber provocado rencillas, en el ámbito personal o laboral?

Flor movió la cabeza de un lado a otro negando e Ivana no habló.

—Porque su marido estaba retirado de la política, ¿verdad?

—Sí. Ya no tenía un cargo en el gobierno, pero seguía frecuentando los círculos políticos y trabajando dentro del partido.

—Ya. Y dígame, señora... —El detective volvió a clavar la mirada sobre la madre de Ivana—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su marido?

—En el castillo... —Flor se estremeció y después dudó. No iba a contarles lo que oyó pero por la mirada que le lanzó su hija comprendió que no debería ni haber hablado del castillo.

Ivana decidió intervenir.

—Esta mañana paseando por el bosque lo recordaba. Fue en el castillo hace unas semanas, mi madre estaba trabajando de guía y acompañaba a un grupo de turistas y vio a mi padre con un conocido suyo al que le enseñaba Praga. Se saludaron, intercambiaron unas palabras y se despidieron.

Flor se mostraba cada vez más alterada. Se estaba complicando. De nuevo el detective jefe se dirigió a ella.

—Y el visitante, ¿quién era?

—No lo sé, señor detective. Yo no lo conocía...

—¿Cómo era?

—Pues normal. No me fijé mucho.

—¿No se lo presentó su marido?

—No, no. Yo tenía trabajo, el grupo de turistas me esperaba, y con Ladislav hablamos solo un momento... —Flor se sentía de nuevo bajo los

efectos de la ansiedad, le faltaba el aire e Ivana interrumpió de nuevo.

—¿Qué importancia tiene? Fue hace días. Mi padre se veía con mucha gente. Era un hombre público. Es posible que fuera alguien del partido que no conocía Praga y encomendaron a mi padre que le enseñase un poco la ciudad. No sería la primera vez. Ya le digo que seguía activo en el partido, aunque no formara parte de la dirección. —Ivana se arrepentía de haber dicho que su padre estaba acompañado en el castillo, pero al principio le pareció lo mejor. Nadie de la ciudad va a pasear por allí si no es por razones turísticas. Es un lugar donde llevas a gente, a amigos que visitan Praga, pero nadie va solo. De todas formas, ahora se habían metido en un cenagal y había introducido en la historia a una persona inexistente. Sabía que el detective hablaría con miembros del partido político de su padre y les preguntaría sobre el individuo y la visita al castillo...

—Mi madre está cansada, señor Rudolf. Mañana es el entierro y me gustaría que hoy pudiera descansar.

—Lo comprendo. El entierro...

—Sí. Estaremos en Obecní Dum, la Casa Municipal, a las doce. Haremos una ceremonia laica y después los más allegados iremos al cementerio de Vysehrad.

Obecní Dum era un edificio situado en la plaza de la República, muy cerca de la torre de la pólvora. Aquella no era la dirección de ninguna iglesia. Todos miraron a Ivana, incluso su madre, en busca de respuestas.

—¿No vamos a ir a una iglesia, hija? —Flor estaba algo decepcionada.

—No. Mamá, tú no te preocupes por estos detalles. Si quieres, en el cementerio vamos a la capilla... ya veremos. —Después Ivana se dirigió al detective jefe—. Mi padre era agnóstico, señor Rudolf. —A Ivana le pareció que era mejor explicar su decisión de hacer una ceremonia no religiosa ahora, que había otras personas delante, que tener que discutirlo a solas con su madre después—. He hablado con la alcaldía y me han comentado que mucha gente quiere darle un último adiós.

—Entiendo. ¿No les molestará si las acompañamos después al cementerio? —El detective tenía sus razones.

—Haga lo que crea más conveniente.

—Así que será en Obecní Dum... —El detective se relajó—. Su padre aprobaría el lugar que ha elegido para ese último adiós. Es un edificio emblemático. Una vez coincidí con su padre allí, creo que fue en una fiesta de fin de año. Estábamos en la sala donde están las pinturas murales de Alfons Mucha y recuerdo que durante la recepción me señaló una de las pinturas. Seguro que sabe de qué mural le hablo: son dos figuras, un hombre y una mujer, perfectamente encajados entre dos grandes arcos. El hombre está delante de ella desafiante y a la expectativa, con un aire seguro y templado. Ella, en cambio, está agitada y parece impresionada por lo que ve. Están semiescondidos en un bosque de hojas verdes, y los dos llevan en los hombros unos trapos rojos, unos destacados mantones que parecen la premonición de algo siniestro y sangriento. —El detective no quería ser descortés e hizo una pausa para mirar la atención que prestaban las dos mujeres y saber si debía seguir adelante—. Nosotros y toda la gente de la celebración estábamos abajo y esas dos grandes figuras de Mucha nos observaban desde arriba con rebeldía, con bravuconería. El señor Mendel se dirigió a mí porque en ese momento me encontraba a su lado. Yo le reconocí enseguida pero no nos presentamos formalmente; él me habló y me dijo: «¿Sabe usted?, a esta pintura la llaman “la alegoría de la vigilancia” y le voy a contar un secreto, es verdad, los que nos vigilan son así. Y nosotros los políticos también somos así». Después se alejó bebiendo de una copa de champán que llevaba en la mano y entabló conversación con alguien que acababa de entrar en la sala. Yo observé la pintura una vez más y me fijé en los detalles: el hombre a primera vista parece llevar un bastón, pero en realidad lo que tiene entre las manos es un arma de doble filo: el puño del bastón es un martillo y la punta, en el otro extremo, es una afilada daga.

Flor se sobresaltó e Ivana también. No pudo controlar su incomodidad ante la historia del detective jefe.

—A mi padre le gustaba mucho esta sala, la conozco bien. Por eso he pedido al alcalde que la ceremonia laica sea allí —dijo Ivana—. Fue una de las últimas grandes obras de *art nouveau* que se hicieron en Praga... —Ivana intentó cambiar de tema—. Mi ayudante en el bufete se encarga de los detalles de la ceremonia y está a su disposición para lo que necesiten. —Y se levantó como indicando que daba por terminado el encuentro.

El detective, que ya estaba de pie, se puso la gabardina que había dejado en una silla y el policía uniformado se dirigió hacia la puerta mientras daba las gracias a Ivana y a su madre por su colaboración. Miró por la ventana cómo el coche policíaco pasaba la verja de la entrada a la propiedad y seguidamente se precipitó sobre el teléfono móvil. Hizo una búsqueda por internet y sin más dilación hizo una llamada. Habló con una recepcionista y al cabo de un minuto el teléfono sonaba en una de las habitaciones del hotel. La voz de una mujer adormilada contestó.

—¿Sí...?

—Señora Lope, tenemos que hablar.

Capítulo 16

Cuando la muerte se precipita sobre el hombre, la parte mortal se extingue; pero el principio inmortal se retira y se aleja sano y salvo.

Platón (427-347 a. C.)

La ciudad de Praga, de tan perfecta que es, tiene algo de siniestra. A pesar de que se acercaba la Navidad y las plazas y calles se llenaban de luz, la urbe salvaguardaba su tono gris oscuro, un tono que escondía el lado fatídico de la vida, en las iglesias, con sus numerosas torres góticas y fachadas barrocas atestadas de volutas, y en el mismo castillo, un gran escenario medieval para una historia sin final feliz.

Lo mismo sucedía con el cementerio de Vysehrad. Era perfecto, pero inquietante y negro. Había una tristeza en el aire, como en la ciudad, un desencanto, un no saber qué es vivir. Vysehrad era el lugar donde yacería para siempre el cuerpo inerte de Ladislav Mendel.

La nieve que había caído unos días atrás se había disuelto en el barro. Pero el frío no, seguía sobre la ciudad como una espada de Damocles. Violeta Lope estaba sentada en uno de los bancos de la pequeña capilla del cementerio. En su mente veía las altas montañas de los Pirineos desde el cielo. Sus aciagos picos nevados y sus acogedoras laderas en primavera. Sentía la soledad de estar en un sitio extraño y la desolación de ver la muerte tan de cerca y con tanta violencia. Habían disparado y matado al marido de su querida amiga Flor y poco faltó para que la perdiera también a ella. Lo sucedido en el museo había sido brutal; tan brutal que incluso había disipado el miedo de las dos amigas. Extraño pero real, el dolor lo cubre todo.

La caja donde yacía Ladislav olía a pino y no estaba barnizada. Los de la funeraria quisieron replicar a Ivana cuando les dio instrucciones sobre cómo quería el féretro de su padre. Lo había escogido él un día entre bromas, muchos años atrás, cuando jugaba con su hija una Navidad, después de ver a Evaniser Scroodge yaciendo en su propia tumba gracias al genio de Dickens. A Ivana no se le escapaba nunca nada de lo que su padre decía o hacía. Lo

quería, admiraba y respetaba. Su muerte había sido un puñetazo para ella. Estaba dolida y sentía rabia, tenía dentro de ella un huracán encolerizado que a duras penas controlaba para que no saliera al exterior. Vivía la muerte de su padre como una deslealtad. Le había fallado, su padre, el sistema, su vida.

Habían preparado una ceremonia íntima pero no pudo ser así. Fueron muchas las personas que pasaron por Obecní Dum a decir un último adiós a Ladislav Mendel, pero otras tantas prefirieron acercarse al cementerio para despedirse. Ivana se ocupaba de atender a todos mientras su madre permanecía sola en un banco de la primera fila de la capilla. Estaba mustia como una flor faltada de agua. Violeta la miró de lejos, ojalá pudiera ayudarla más. Pero no podía.

Hubo ceremonia religiosa en la capilla del cementerio, pero fue corta. Al finalizar, algunos de los asistentes abandonaron el lugar. Otros acompañaron a la familia hasta la tumba donde descansaría el cuerpo de Ladislav.

Vysehrad, el nombre del cementerio, quiere decir «castillo en las alturas» y está situado en una zona rocosa legendaria para los checos, tierra de antiguos relatos a caballo entre lo mitológico y lo histórico. Había llegado la hora de dejar descansar el cuerpo de Ladislav para siempre. La señora Lope se quedó de pie, a unos metros del resto, entre un grupo de personas que había preferido mantenerse en un segundo plano. Miraba a su alrededor. Había muchas tumbas, eran monumentales y estaban bien atendidas; la mayoría tenía flores frescas, estaban limpias y tenían esculturas de ángeles de medida humana que imitaban la pose gentil y la languidez de las musas de Mucha.

Vio a Rudolf Hus y a dos de sus policías. Observaban en silencio y solo se acercaron un instante para dar sus condolencias. Después volvieron a su posición detrás. Flor e Ivana estaban en el extremo del gran hoyo rectangular excavado para enterrar a Ladislav. La tierra de Vysehrad es negra y ese agujero en el suelo era como la puerta del infierno. Al lado de las dos mujeres había algunos amigos de él, dedicados también a la política. Daban sus condolencias personalmente a Flor y a su hija. Uno a uno iban pasando y después de ofrecerles la mano abandonaban el cementerio.

Ellas se quedaron allí hasta el final. Los vivos se fueron, quedaron los muertos y unas pocas almas tristes por haber perdido a Ladislav. Dos empleados del cementerio empezaron a echar tierra sobre la caja de pino.

Algunas de las pocas personas que se habían quedado estaban en un segundo plano, era una despedida sentida y silenciosa. Flor levantó la cabeza y miró a su alrededor. Sus ojos estaban tristes y parecían cansados. A pesar de todo, su cara se iluminó al ver al grupo de cuatro hombres corpulentos y con melena que recordaban al mismo Ladislav y se habían quedado en ese segundo plano. Flor se acercó a ellos y les abrazó. Eran los artistas con los que ella y su marido habían pasado tan buenos momentos de juventud. Habían compartido penas y miserias, pero también habían pasado momentos inolvidables. Tres de ellos se dedicaban a la escultura en vidrio y hacía años que habían dejado la ciudad para buscar talleres de alquiler a mejor precio en la periferia. Por eso hacía años que Flor no los veía y se emocionó al tenerlos delante. Uno de ellos lloraba como un niño y se limpiaba las lágrimas con un enorme y arrugado pañuelo de algodón. El cuarto hombretón no era un artista del vidrio, sino que tenía un talento enorme para hacer marionetas como las de la Commedia dell'Arte, y ahora también residía fuera de la ciudad por los encajes económicos. Los que llenan la vida de sentido se van de las ciudades y los que vacían la vida de sentido se quedan. Pobres ciudades.

Recordaron anécdotas y Flor recuperó su sonrisa. Les presentó a Violeta y juntos revivieron algunos momentos. Uno de los amigos, que llevaba el pelo recogido en una coleta, cogió por los hombros a Flor, que a su lado era como una enana, y le recordó algo que la hizo ruborizarse, y él y los demás se rieron como cuatro Santa Claus. Hablaban en checo y la señora Lope no entendió de que se trataba, pero estaba claro que entre ellos había una gran amistad.

Mientras tanto, los dos empleados del cementerio seguían echando tierra negra en el agujero. Ivana no se había movido de su sitio, a medio metro de la tumba de su padre. Y a su lado estaba ahora un individuo que se había quitado una gorra de marinero blanca y azul y se disponía a darle sus condolencias. Tendría la edad de su padre, algunas arrugas, tez morena, pelo negro teñido que le daba un aire de dandi cincuentón. Llevaba una chaqueta azul marino muy usada y unos pantalones negros desgastados; solo le faltaban las condecoraciones o el ancla tatuada de los lobos de mar. Ivana no le miraba, pero asentía con la cabeza. De pronto le miró con interés. Algo le dijo que la hizo despertar de su letargo y captó toda su atención. Ivana asintió y le alargó la mano como para despedirse de él. Él seguía hablando y los dos miraron a

Flor, que permanecía alejada de ellos y con sus amigos de juventud. Flor estaba viajando y disfrutando de los recuerdos, de esa vida compartida con Ladislav que tantos momentos buenos le había ofrecido. El marinero de agua dulce jubilado dio un paso hacia donde estaba Flor, pero Ivana lo detuvo. Posiblemente quería darle sus condolencias, pero Ivana se lo impidió porque no quería romper ese momento repleto de memoria y días mejores que compartía ahora con esos hombretones eslavos que la rodeaban y la hacían sentir especial.

El artista amigo de Ladislav que llevaba el pelo recogido en una coleta se alejó de los demás y caminó hasta donde estaba Ivana. Le dio la mano en sentido de pésame. Ellos no conocían a la hija de Ladislav muy bien, pero la recordaban de niña.

—Toma, esto es para ti. —El hombre le entregó un objeto—. Es un caleidoscopio. Lo hizo tu padre para ti. Ya sabes, no podía estar sin hacer nada. Y la última vez que pasó a vernos, se entretuvo con esto.

Ivana lo miró. Era un juguete, un artefacto que no sabía muy bien para qué servía. Tenía forma de catalejo, pero era un simple cilindro de cartón. Ella se lo metió en el bolsillo del abrigo y abrazó a ese desconocido que había compartido parte de su vida con Ladislav. Había tantas cosas que Ivana no sabía de su padre, era como estar dentro de una habitación sin luz.

Capítulo 17

Los hijos son las anclas que atan a la vida a las madres.
Sófocles (496-406 a. C.)

Después del funeral Flor se recluyó en casa sin deseo alguno de salir. Violeta había dejado el hotel y estaba al lado de su amiga. Había encontrado el momento para contarle a ella y a Ivana que fue Gunila Nerulova quien había disparado la bala que mató a Ladislav. Cuando Flor lo supo, ni se inmutó. Fue como si ya lo supusiera.

Violeta no la presionaba, pensaba que era mejor que Flor se alejara del dolor a su ritmo. Cada día salía de compras al mercado municipal y se tomaba un café en el bar de Maximiliano. Todos preguntaban por Flor con cariño. «Ella seguía queriendo a Ladislav», decía el propietario en italiano mientras levantaba la mirada y las manos hacia el cielo. Violeta asentía con la cabeza, pero siempre se marchaba del establecimiento diciéndoles a todos que al día siguiente iría con Flor. Después volvía al piso de su amiga y, bajo la mirada abstraída de los escribas esculpidos en los capiteles de las columnas que recorrían el salón, Violeta cocinaba para las dos.

La señora Lope había hecho una declaración formal en las oficinas de la policía, pero, tal como le había pedido Ivana, no mencionó la conversación que oyó su madre en el castillo ni tampoco confesó que había visto a Gunila Nerulova apretar el gatillo en el museo. A Ivana le costó convencerla, porque Violeta creía que esa mujer pelirroja era peligrosa. Estaba segura de que Flor y su hija no estaban a salvo, y aunque Ivana insistió, porque para ella ya no había nada que temer. Si ellas no hablaban, la pesadilla terminaría.

Pero no podía ser así. ¿Cómo podía esperar Ivana que la muerte de su padre fuera el final? Violeta temía que la hija de Flor se escondiera de la realidad por temor a ensuciar el nombre de su padre. No quería escarbar y descubrir algo desagradable que implicara a Ladislav en algún oscuro plan.

Huía de la realidad para protegerse. No era de extrañar que fuera ella la que propuso a su madre y a Violeta que dejaran Praga por unos días.

Tras el entierro Ivana iba por las tardes a ver a su madre, después de terminar su jornada laboral. Al día siguiente del funeral ella estaba en la oficina. El jefe del bufete le había ofrecido la posibilidad de tomarse unos días. Necesitaba a Ivana, era una de sus mejores abogadas. En ese momento tenía en sus manos el caso de las expropiaciones y el cliente era el alcalde. Pero Tommy Zizkov sabía que la muerte de su padre la había afectado mucho, aunque ella intentara esconderlo bajo una imagen impecablemente profesional. Tommy veía que no era la misma e insistió en que se marchara unos días. Al final lo consiguió e Ivana se tomó una semana para asuntos propios.

—Relájate. Ordena tus ideas, ocúpate de tu familia, de tu madre, y después vuelve. Ya lidiaré yo con el alcalde si llama al bufete.

Su jefe se recolocó la corbata. Estaban los dos sentados en el despacho de él. Ivana tenía mala cara. Tommy suponía que ella estaba perdida en preguntas sin respuesta, las mismas que se hacía él: ¿cómo alguien podía odiar tanto a su padre como para matarle? Él no sabía que, en realidad, quisieron matar a su madre y que Ladislav dio la vida por salvarla. Para todo el mundo, la historia era que habían asesinado a un político. Ivana suspiró profundamente. No era un buen momento para soltarle que, además de todo aquello, estaba embarazada y que iba a tener un hijo en unos meses. Pero pensó que al volver se lo diría. Merecía saberlo, su jefe se había portado muy bien con ella esos días y la había ayudado mucho.

—Si dejo el trabajo durante una semana será peor... No soy una persona ociosa. Y tengo que conseguir el taller de los vidrieros y cerrar el caso de las expropiaciones. El alcalde nos presiona, quiere empezar las obras del coliseo lo antes posible.

—Insisto, déjame el alcalde a mí. Además, ahora me figuro que está absorto en las preparaciones de la Fiesta de las Embajadas. Es dentro de diez días. Y ahora que tocamos el tema, este año estamos invitados a la celebración y no podemos faltar.

—¿La Fiesta de las Embajadas? —Ivana no estaba para fiestas, pero por la mirada de su jefe entendió que era algo importante e ineludible.

—Pete tiene todos los detalles. Se celebra cada año en diciembre, invitan a todos los embajadores de la ciudad y sus allegados, el alcalde dice que es bueno para el turismo.

—Si hay que ir...

—Es un honor para el bufete. Es la primera vez que recibimos una invitación a esta fiesta. Me figuro que es porque trabajamos en el caso que tienes entre manos. Mi mujer no hace más que hablar de este tema. Llámala si quieres más información extraoficial. —Tommy bromeó.

En ese instante entró Gatsby en el despacho.

—Todo está listo para la reunión. Te están esperando.

—Le hablaba a Ivana de la Fiesta de las Embajadas. Cuento con los dos. —Gatsby ya lo sabía y solo asintió con la cabeza. Tommy se levantó y se dispuso a salir del despacho—. Ivana, te veo dentro de una semana. Haz lo que tengas que hacer. —Y su jefe desapareció.

Ella se levantó para ir a su despacho. Caminaba por el pasillo con su compañero de trabajo al lado.

—Así que una semana de vacaciones. ¿Por qué no te vas a esquiar? —Gatsby tan insensible como siempre. Ni le había preguntado cómo se sentía después de todo lo sucedido. Ella tampoco lo esperaba, sinceramente, pero no dejaba de ser el padre del niño que estaba esperando y eso la irritaba. «¡Garbanzos!, cómo habré sido tan estúpida».

—Sí... El esquí o el tenis... Lo estoy pensando. —Con Gatsby siempre era mejor mentir. Para él solo existía su mundo elitista y rancio.

—En esta época del año tiene que ser el esquí. No me tienes calidad, Ivana.

Ivana no dijo nada más y Gatsby cambió de tema. Llevaba un periódico en la mano.

—¿Has visto el periódico hoy? Siguen hablando de tu padre. Otro artículo de opinión con una nueva teoría, otra conspiración política. Es todo un culebrón. ¿Tú qué piensas? ¿Qué pasó?

—Yo sé menos que esos periodistas. —Ivana tenía un nudo en la garganta—. Pero sé que hay personas en este mundo dispuestas a dar su vida por algo.

—¿Algo? Define algo. —A Gatsby le pareció una estupidez lo que decía Ivana.

—No puedo... —Ivana se entristeció.

Ivana dejó la oficina. Una semana sin trabajar. Le entró el pánico. Su cerebro desocupado ya empezaba a meterse en temas personales y sensibles. Eso la llevaría a buscar respuestas a por qué alguien quiso matar a su madre y por qué murió su padre. No podría controlar la necesidad de pedir a su madre que reprodujera de nuevo la conversación que oyó en el castillo. Analizaría cada una de las palabras en busca de algún indicio nuevo. Tenía miedo de llegar a la misma conclusión. Sentía terror solo de pensar que su padre podría haber matado a unos hombres, aunque fueran unos desconocidos para ella. Fuera lo que fuese lo que quiso proteger no valía la pena. Ese algo, escondido en la indefinición de esta pequeña palabra, oculto detrás de estas cuatro sufridas letras, no podía justificar el asesinato...

Se sentía sola. Recordaba con demasiada frecuencia la noche en la que conoció al turista americano, que seguramente ya estaría de vuelta a Estados Unidos. Cómo le gustaría tenerlo cerca y hablar con él de la pérdida de su padre. Fue tan fácil hablar aquella noche. La escucharía y después conversarían y le diría unas palabras que la ayudarían, algo inteligente y amable... Todo sería más fácil, más llevadero. Echaba de menos sus manos, su cara. Imaginaba su cuerpo y revivía ese beso robado de despedida. «Pero todo eso fue un sueño, agua pasada, y tengo que olvidarme de él». Su realidad era otra: estaba sola, embarazada, habían asesinado a su padre y cargaba con unas dudas que la estaban destruyendo. Por eso no quería pensar. La única solución que vio Ivana para no enfrentarse con la realidad fue escapar de manera literal: salir de Praga, coger el coche y salir de la ciudad. Se llevaría a Violeta y a su madre, la mantendrían entretenida y les encantaría.

Pero su plan no fue tan bien recibido como esperaba. Flor no quería salir de casa y al principio se opuso. Pero la falta de argumentos y las pocas ganas de llevar la contraria a su hija la hicieron aceptar.

—Por lo menos dime a dónde nos llevas. —La voz de Flor sonaba apagada dentro del coche. Ivana había puesto música y tarareaba una canción.

El paisaje todavía era urbano. Estaban rodeadas de bloques grises y anónimos de apartamentos de periferia. Las salidas de las ciudades son como grandes tubos de chimenea que se recorren por dentro. El hollín son todos esos rascacielos ajenos, nuevos y viejos que ensucian permanentemente la tierra. Es

triste ver cómo han crecido las ciudades durante los últimos cincuenta años y es triste pensar que sus habitantes lo han aceptado sin condiciones en aras de un mediocre enriquecimiento personal, sin pensar ni siquiera un segundo en la condena social que significaría para ellos y para sus hijos vivir en esos bloques de cemento limítrofes y deshumanizados el resto de su vida. La señora Lope miraba por la ventanilla del coche esos inexpresivos gigantes de cemento clavados en el suelo. Recordó el anónimo romance del prisionero.⁷ «Mejor sería que no fueran de cemento —pensó—, durarían menos. Se podría volver a soñar y hacer las cosas de manera distinta».

—Ni yo misma sé a dónde vamos. Decidme qué coche os gusta de los que hay en la carretera.

Violeta y Flor se miraron extrañadas y después observaron los vehículos que había a su alrededor. Estaban saliendo de Praga por una autovía de varios carriles y el tráfico era denso.

—Ese pequeño autobús azul con las letras plateadas. —Era una furgoneta reconvertida en autobús turístico de pocas plazas. Lucía unas grandes fotografías a cada lado—. Pues lo seguiremos e iremos allí donde vaya el autobús.

Condujeron algo más de una hora detrás del autobús y tararearon canciones de la radio hasta que se pararon en Karlovy Vary, delante del Grand Hotel Pupp. Las dos Mendel conocían el lugar, pero la señora Lope no. Aparcaron al lado del autobús y salieron las tres del automóvil a estirar las piernas. Los ocupantes del autobús las miraban desconcertados. Habían seguido la persecución a través de la ventana y de los retrovisores del vehículo.

Ellas miraron a su alrededor ajenas a la confusión de los turistas del autobús. Estaban en un lugar acogedor, Karlovy Vary era un oasis centroeuropeo. Estaban rodeadas de edificios centenarios con cierto aire melancólico y reconfortante. Eran construcciones de dos o tres pisos pintadas en colores claros, pequeños palacetes de otra época con muchas ventanas que invitaban a pasar. El lugar era especial y hospitalario. Flor mencionó que unos turistas le habían hablado de las maravillas del distinguido hotel que tenían delante y de toda la pequeña ciudad. Karlovy Vari era famosa por sus manantiales de agua caliente y burbujeante. A las tres les entró un súbito deseo

de dejar la invernal calle donde estaban estacionadas y entrar en el hotel balneario que tenían ante ellas. Violeta las empujó dentro sin pensarlo y unos minutos más tarde admiraban la suite que les habían asignado. Ivana ojeaba un menú con todos los tratamientos de *spa* que ofrecían. Flor daba pequeños saltos en la cama para comprobar si era mullida y Violeta inspeccionaba el baño y cada rincón de la suntuosa suite con dos dormitorios.

—¿Y quién va a pagar todo este lujo? —preguntó Flor mientras seguía saltando en cama.

—Pues yo. Y no hay más que hablar. —Violeta movió las manos indicando que el tema quedaba zanjado—. Ya sabes que me gusta ver hoteles. Y en parte es formación, me ayuda, veo los defectos y tomo nota de los aciertos. Después me apoyo en esto para tomar decisiones en el mío.

—Bueno, mujer, no vamos a discutir. Si quieres pagar, paga. —Flor sonrió—. No hay nada mejor que disfrutar de pequeños lujos que salen gratis.

Ivana y Violeta la miraron. Estaba sonriendo y eso ya era un paso adelante. El viaje empezaba a ser terapéutico. Ese mismo día se bañaron en piscinas de agua templada y espumante. Reservaron tratamientos de belleza, masajes y varias terapias a base de productos naturales de primera calidad. Todo era una novedad y el tiempo pasaba sin desvelos, sin recuerdos.

Durante el día hacían excursiones y visitaban las maravillas de la Bohemia occidental. Por la noche iban a conciertos de música que la pequeña ciudad organizaba todo el mes de diciembre. En uno de los conciertos conocieron a un matrimonio ruso. Congeniaron enseguida e intercambiaron información personal y profesional fluidamente. Quedaron para cenar varias veces en distintos restaurantes. La pareja había hecho fortuna poniendo ventanas y puertas de aluminio por toda Rusia. Siempre iba acompañada de un guía turístico checo que habían contratado para que fuera su sombra y les informara de todo. Se llamaban Egor y Anelka Nóvikov y su guía checo Karlov Braun. En una de las cenas que compartieron la pareja rusa les contó que un antepasado de Anelka visitaba regularmente la ciudad de Karlovy Vary. El guía explicó que en el siglo XIX y principios del XX Karlsbad, que así llamaban a Karlovy Vary, era un conocido refugio entre la aristocracia y los artistas rusos.

—Mi abuela me habló de este lugar... Yo quería venir a verlo.

—¿Ella estuvo en Karlovy Vary?

—Oh, no. Ella no. Mi bisabuela es la que venía a Karlovy Vary. Estuvo aquí y aquí concibió a mi abuela...

—Vaya. Una historia familiar que ha pasado de generación a generación. —Esto era lo que hacía latir el corazón de la señora Lope, las pequeñas historias dentro de la historia. Pensó en ella misma y en las mujeres de su familia que la precedieron.

Anelka dudó por un instante, no sabía si continuar. Miró a su marido con calma, los dos tenían una edad parecida a la de Ivana. Eran muy calmados, hablaban siempre despacio y tenían una gentileza innata.

—Hemos venido aquí por Egor. Él trabaja mucho y está muy estresado. Nosotros queremos tener un hijo y es difícil. Pensamos... Es absurdo, pero...

Ivana prestó atención y comprendió lo que les había llevado tan lejos de su país. La pareja había ido a Karlovy Vary con la esperanza de concebir un hijo, como sucedió con su bisabuela. Extraña elección, en vez de acudir a una clínica de fertilidad con la última tecnología en fecundación artificial, habían preferido la pequeña ciudad balneario de Chequia. A ella esto le parecía una ilusión, una esperanza sin ningún fundamento. Se le escapaba. No quería ni pensar lo que diría el necio de Gatsby si estuviera en la mesa con ellos. Y, sin embargo, allí estaba esa pareja confesándoles algo tan íntimo y ella era incapaz de exteriorizar, de revelar su embarazo a su propia madre. «¡Garbanzos, qué estúpida soy!»

—No hay que desestimar el poder de las aguas burbujeantes y fogosas de la ciudad —comentó Karlov, el guía, mirando a la pareja.

—Y la calma que se respira en Bohemia tiene algo de sobrenatural —dijo Flor.

—Un entorno tan relajado como este os puede ayudar —añadió Violeta con afecto.

—Personajes famosos de la historia como el escritor Johann Wolfgang Goethe o el músico Frédéric Chopin estuvieron en Karlovy Vary muchas veces en busca de esta paz dorada. A ellos les sirvió, aquí fueron concebidas muchas obras maestras.

—Bueno, pues un brindis: que vuestra estancia sea productiva. —Flor levantó la copa y miró con cariño a la pareja rusa.

Anelka y Egor se ruborizaron, pero enseguida se les pasó, pues se dieron cuenta de que Flor y Violeta eran gente honesta que decían lo que pensaban y eran lo que parecían.

—Tus pendientes son muy bonitos —dijo Ivana a Anelka.

—Eran de su bisabuela. La misma que estuvo aquí —explicó Egor Nóvikov.

Los pendientes eran un círculo perfecto. En el centro había un diamante blanco y alrededor pequeñas piedras preciosas de distintos y brillantes colores.

—Son piedras de los Montes Urales, en Rusia. Hay muchos yacimientos de piedras preciosas allí. Aunque nada que ver con los yacimientos de diamantes que han descubierto en Siberia Oriental. ¿Lo habéis visto en los periódicos? Hablan de miles de toneladas. —Egor tenía una mente empresarial—. Uno de los yacimientos más grandes está en un cráter que se formó millones de años atrás al caer un meteorito enorme.

—Sí, creo haber leído algo al respecto —dijo el guía.

—Y vosotros, ¿habéis oído hablar de las piedras del frío? —preguntó Flor a la pareja rusa.

Violeta e Ivana se miraron, temían que Flor volviera a recaer. Seguía dándole vueltas a lo que había oído en el castillo.

—No. —Los dos se miraron—. ¿Qué son las piedras del frío? —Egor pareció interesarse—. Suena a la guerra fría, a Unión Soviética. ¿Es un lugar? ¿Tiene relación con Rusia?

—Es posible... Mi marido murió recientemente y puede que su muerte esté relacionada con estas piedras —dijo Flor.

Ivana miró a su madre. Había hablado de la muerte de Ladislav con serenidad. Quizá era otro paso, hablar de ello, salir de su ensimismamiento. Violeta también se dio cuenta del cambio de Flor durante los últimos días. La idea de pasar una semana en un lugar relajado lejos de la ciudad había surtido efectos milagrosos. Les quedaban solo dos días más para disfrutar de ese paraíso anacrónico, pero ahora estaban listas para volver a Praga porque Flor estaba preparada; había ganado la primera gran batalla contra el dolor de perder a su marido y amigo.

En cuanto a Ivana, volver al trabajo era una prioridad. Ahora que su madre estaba mejor, ella también se sentía con más fuerzas. Seguía pensando que la mujer pelirroja ya no era un peligro. Lo que hizo o dejó de hacer su padre formaba parte del pasado y no sería ella la que empezara a escarbar. Y en cuanto a las misteriosas piedras del frío, Ivana no atribuía ninguna importancia a esta parte de la conversación que había oído su madre, simplemente era alguna expresión mal interpretada o no lo oyó bien. Ni Flor ni Violeta le habían comentado la conversación que habían tenido con los vidrieros y la leyenda que el mismo Ladislav les había contado.

Terminaron de cenar y se despidieron de Anelka, Egor y su guía. Quedaron todos en verse al día siguiente.

⁷ Que por mayo era, por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor;
cuando los enamorados
van a servir al amor.
solo yo, triste y cuitado,
vivo en esta prisión
sin saber cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un balletero,
déle Dios mal galardón.

Capítulo 18

Los espejos se emplean para verse la cara; el arte, para verse el alma.

George Bernard Shaw (1856-1950)

La Fiesta de las Embajadas era uno de los acontecimientos más lujosos y elegantes del invierno de Praga. Edward Dubcek, el alcalde, lucía sus artes de político por todo lo alto y mantenía contacto con los representantes de los países que tenían embajada en la ciudad. Como es de suponer había un selecto grupo de países que eran los invitados de honor. Dentro de este exclusivo grupo de poder estaba Estados Unidos. Las relaciones entre ambos países habían sido siempre muy estrechas. Los intereses económicos de los estadounidenses en el sector turístico e inmobiliario eran más que notables. De hecho, el proyecto del coliseo en el centro neurálgico de Praga salió del pequeño comité de asesores del alcalde, un grupo de hombres en su mayoría americanos que estaban allí para asegurarse de que la ciudad se dinamizaba constantemente y mantenía su turismo, es decir, se trataba de un comité para asegurar que el dinero fluía y seguían habiendo cómodos beneficios.

Al alcalde le hubiera gustado poder anunciar que su megaproyecto del coliseo checo estaba ya en marcha. Sin embargo, los contratiempos con el edificio del barrio judío y la búsqueda de soluciones alternativas habían retrasado todo su plan. De todas formas, no se sentía presionado, pues las relaciones entre los estadounidenses y la comunidad judía de Praga eran estrechas y muy respetuosas. Por eso el alcalde había optado por dejar el asunto de las expropiaciones en manos del prestigioso bufete de abogados de su amigo Tommy Zizkov y que lidiaran ellos con los propietarios de esa zona, pues no quería verse involucrado en ninguna negociación que pudiera perjudicarlo.

Por este motivo, este año el bufete fue invitado formalmente a la celeberrima fiesta en vísperas navideñas. Tommy estaba nervioso, pero para bien. Había conseguido situar a su bufete de abogados en lo más alto y sin

trampa ni cartón. Era un hombre muy listo y sabía actuar con sangre fría si era necesario, aunque en las fiestas era siempre impulsivo y arrebatador. Las dos cosas le habían hecho ganar muchos amigos y mucho dinero. A él le gustaba asistir a las fiestas y ver a la gente con mucho poder en pleno baile de apariencias. Esa noche tendría a su lado a dos de sus abogados estrella, Gatsby e Ivana y quería verlos allí y compartir con ellos la suntuosa velada que había organizado el alcalde.

Todos los caballeros de la fiesta llevaban esmoquin. Se advertía de antemano en las invitaciones enviadas por la alcaldía. A Tommy los trajes no le sentaban muy bien, por muy elegantes o caros que fueran. Pero su mujer se encargó de hacer lo imposible para mejorar la percha. Se llamaba Loreto y también era baja y con unos kilos de más, como él, cosa que era lo de menos, pues, aunque nunca se pasaba por el bufete, los que la conocían decían que tenía una personalidad arrolladora y desbordaba buen humor e inteligencia. Esa noche llevaba un mantón de color fucsia muy grande. Poco le importaba que la prenda cubriera casi todo su vestido de gala y pareciera que llevara una manta encima. Ella siempre tenía frío y no quería pasarse la noche tiritando.

Por todo el recinto había camareros que se paseaban con unas bandejas colmadas de copas de bohemia maravillosamente repletas del mejor champán. Tommy cogió una y miró su reloj de pulsera. No veía por ninguna parte a Jan y tampoco a Ivana. El evento se celebraba en una iglesia de Praga reconvertida en edificio para actos culturales. El centro histórico estaba repleto de templos y edificios religiosos en desuso de los que ni la Iglesia católica ni la protestante querían hacerse cargo. El gran templo donde se encontraban estaba cerca de la antigua plaza y era del siglo XVII, con un estilo barroco tardío que había extremado al máximo la arquitectura recargada con acabados dorados y esculturas contorsionadas y voluminosas. Una empresa de catering había puesto sillas y mesas muy elegantes a lo largo de la planta de la nave y en el ábside había una banda de unos veinte músicos que tocaba a ritmo de jazz orquestal. La acústica era espectacular. Las bóvedas del techo de la nave central devolvían el sonido amplificado y ponían en movimiento las figuras humanas pintadas en posiciones imposibles que parecían volar en un fondo azul y de nubes. Todo enmarcado en cornisas, capiteles, frisos y remates dorados. Todo lucía. Las volutas doradas eran infinitas. Incluso los vestidos

de lentejuelas de las señoras brillaban en la gran burbuja de oro en la que estaban esa noche.

Gatsby llegó a su hora. Hizo un breve comentario sobre cuánto le impresionaba la decoración del edificio. También iba con esmoquin, y llevaba el pelo a un lado y engominado. Se sirvió una copa de champán y tras ver a su jefe unos metros más allá le saludó y entablaron conversación. Los dos se habían quedado cerca de la entrada. El edificio era grande y se estaba llenando de gente, querían esperar a que llegara el miembro femenino de su bufete. Los vestidos de las mujeres eran espectaculares, todas vestían de largo y había cierta algarada cuando entraba alguna dama con un vestido atrevido. Todos los invitados parecían estar entusiasmados con el lugar donde les había convocado el alcalde ese año para la Fiesta de las Embajadas.

Se oía el rumor de los corrillos hablando distintas lenguas. Muchas cabezas estaban arqueadas hacia arriba admirando las grandes bóvedas y su decoración. El alcalde estaba cerca del altar con los músicos. Se reservaba para el discurso que daría antes de empezar la cena. Después de la estudiada comida estaba prevista la subasta de una obra de arte entre los asistentes. Era un refinado juego de pujas, pero con adrenalina suficiente como para entusiasmar a los invitados y procurarles una forma de exponer todo su poder. Por supuesto, tenía fines benéficos y así constaba en las invitaciones expedidas desde la alcaldía. Subastaban una escultura de arte contemporáneo realizada en vidrio. El autor de la obra era Libensky, artista que gozaba de gran prestigio tanto en Europa como en Estados Unidos. La invitación que les habían enviado también informaba del nombre de la familia que había hecho la donación de la valiosa escultura. Era la familia Stenberg.

La noche era fría y para las mujeres era un reto no morir congeladas antes de llegar a la iglesia, pues la indumentaria femenina para las fiestas no parece estar hecha para ser lucida en países fríos. Esa noche también era especial porque Ivana iba acompañada de Flor y Violeta. En su momento pensó que sería una buena idea invitarlas porque sería una distracción para ellas. Le pidió a su jefe que le permitiera llevar también a su madre y a una amiga suya. Tommy no pudo negarse y cuando se lo comentó a su amigo el alcalde, el hombre confesó que le parecía muy bien y que en algún momento de la noche querría saludar a la viuda de Ladislav Mendel.

Cuando ellas llegaron a la puerta de la iglesia, muchos otros invitados hacían también su entrada en el edificio. Dejaron el frío atrás, pues dentro la temperatura era muy agradable. Tuvieron que esperar unos minutos para dejar los abrigos y adentrarse en el festejo. Las tres llevaban abrigos que les había prestado Ivana para que no pasaran frío, y les había comprado unos preciosos vestidos largos de gala que lucían debajo de sus gabanes.

Fue difícil convencer a Flor de que era una buena idea ir a una fiesta. Su huida a Karlovy Vary les había sentado muy bien. Flor estaba mucho mejor, pero lo de la fiesta le parecía excesivo. La señora Lope ayudó a la hija a persuadirla. Los vestidos habían costado mucho dinero, pero a Ivana no le importó, estaba convencida de que esta fiesta era otro paso para curar el corazón de su madre. Y así fue, porque Flor era como una niña grande. La idea de ir a una fiesta de postín y de ponerse un vestido largo y elegante la mantuvo ocupada durante días. Su imaginación voló y su mente dejó atrás las penas, por lo menos durante un tiempo.

Las dos amigas habían elegido atuendos muy parecidos pero de colores distintos. Flor optó por un vestido largo de tul de color rosa pálido con encaje en las mangas. Su pelo rubio tirando a blanco y sus ojos azules a juego con todo lo demás la transformaban en una abuela dulce que no ha perdido la chispa que tienen las niñas a los diez años. Violeta había escogido un vestido de un color entre azul y gris, más sobrio que el de su amiga pero acompañado de un chal bordado con flores que le había dejado Flor. Llevaban el pelo recogido y en la mano unos pequeños bolsos a juego, también regalo de Ivana. La señora Lope llevaba, además, otro complemento indeseado pero obligado: un collarín ortopédico. En Karlovy Vary tuvo una pequeña caída poco antes de volver a Praga. Tenía las cervicales doloridas y el médico del hotel le obligó a ponerse un collarín. Prácticamente no podía mover el cuello y llevaba la cabeza erguida, como si fuera una jirafa. Por suerte, las heridas en los dedos de la mano estaban mejor y solo llevaba un par de tiritas. Pero todo esto poco importaba. Ella y Flor habían comprado unas botellas de Becherovka, la fuente de la eterna juventud de Karlovy Vary. Tomaron unos chupitos de este licor antes de salir de casa y ahora estaban en paz consigo mismas y gozando de todo lo baladí de la noche.

Tras dejar los abrigos, entraron en el edificio por un lateral para evitar la nave central donde había mucha gente, la voltearon caminando bajo las altas arcadas y admirando las sucesivas capillas magníficamente iluminadas para la velada. Las dos amigas se sentían como princesas y estaban fascinadas por todo, les brillaban los ojos y no tardaron en tener una copa de champán en la mano. Por sorpresa para las dos, Ivana se abstuvo de beber y no quiso tomar ni una copa de champán. Durante la semana que pasaron en la ciudad balneario había hecho lo mismo. A la hora de las comidas tomó siempre zumos. Allí pensaron que lo hacía siguiendo los consejos de la dietista del hotel. Pero en ese momento estaban en una fiesta y seguía sin beber.

—No seas boba, es una fiesta. —Su madre insistió e Ivana cogió una copa.

—Es todo tan lujoso, tan teatral. Cuando lo cuente en Bolví les va a encantar. —Violeta cogió de la mano a Flor y se la apretó con fuerza de la emoción. Después la dejó y le señaló un fresco magnífico que había en una de las capillas tras un arco dorado.

—Es una Anunciación. —Flor conocía muy bien la iconografía religiosa —. Es cuando el arcángel Gabriel anunció a María que daría a luz a Jesús. Hay una leyenda que dice que los católicos construyeron réplicas de la casa donde sucedió la Anunciación y algunas fueron realizadas aquí en Bohemia y en Moravia. Hay una muy bella, la llaman la Santa Casa, te llevaré a verla si quieres.

Las dos mujeres siguieron hablando. Ivana pensó que debería anunciar su embarazo cuanto antes, pero por el momento dirigió su atención hacia los invitados de la fiesta y dejó de escuchar a su madre y a Violeta. Quería encontrar a su jefe. Gatsby y Tommy seguían en la entrada, pero en la nave central.

Ivana desapareció entre los invitados. Esa noche estaba asombrosa. Había escogido un vestido blanco cubierto con lentejuelas iridiscentes que iban del escote hasta los zapatos de tacón. Era una ropa ligera que no se pegaba al cuerpo pero que dejaba entrever su alta y delgada figura, suavemente contorneada y sensual. El embarazo todavía no era visible y había elegido este vestido como un acto de despedida. Había tomado la decisión de tener a su hijo y sabía que su vida y su cuerpo estaban a punto de cambiar. Caminaba entre los invitados y veía como muchos ojos se posaban en ella. Era una mujer

eslava de gran belleza y no pasaba nunca desapercibida. Saludaba a algunos invitados que conocía, pero seguía adelante en busca de su jefe.

Se encontraron. Tanto Tommy como Gatsby agasajaron a Ivana con felicitaciones por lo guapa que estaba. Y Loreto, la mujer de Tommy, hizo una gran exclamación al verla y la cogió de la mano como si fuera un maniquí.

—Ivana, estás espléndida. Eres como una diva, oh mujer, quien pudiera tener tu cuerpo. —Al lado había dos señoras que forzosamente tuvieron que cumplimentarla, ya que Loreto cuando hablaba casi chillaba—. Tu madre puede estar muy orgullosa de ti. Además de ser una buena abogada, eres bellísima. Créeme, en el mundo de las mujeres lo segundo es más importante que lo primero. —Y se rio con picardía mientras la admiraba.

—Ahí viene mi madre con la señora española de la que os he hablado. —Ivana hizo unas señas y Violeta y Flor se unieron al grupo. Terminadas las presentaciones, enseguida entablaron conversación.

—Pero ¿qué le ha pasado, señora? —Loreto miró a Violeta con aprensión—. Qué pena, saldrá en las fotos con esa cosa en el cuello.

—Por mí no se preocupe. Con collarín o sin collarín salgo siempre mal en las fotos. —La señora Lope sonrió amablemente y siguió observando a los invitados y la iglesia con sus ojos de ardilla.

—La señora Loreto me aconsejaba hace un momento dejar mi profesión y explotar al máximo todos mis encantos femeninos. Supongo que el objetivo final es encontrar un marido rico...

—Tuteadme todos, por favor, y, querida, ni es tan raro ni tan insensato como piensas. Solo hay dos maneras de hacerse rico en este mundo: heredando una fortuna o casándote con ella. —Volvió a reírse de manera teatral.

—Yo, como picapleitos que soy y por la experiencia que tengo, estoy absolutamente de acuerdo. —Gatsby prosiguió—: He visto a muchas personas enriquecerse de la noche a la mañana con un testamento o con una boda. En cambio, yo, toda una vida de trabajo y nada de nada.

—Hay otra manera de hacerse rico: robando. —Ivana le miró fijamente.

—Sí, también hemos visto algunos casos en el bufete. —A Tommy le interesó la conversación—. Clientes estafados que lo han perdido todo y ladrones con móvil de última generación y corbata que buscan escapar de la justicia. Por cierto, Jan... —El jefe del bufete evitaba llamarle Gatsby—. ¿Se

sabe algo más de la historia que nos contaste el otro día sobre el misterioso hombre de los diamantes?

Las palabras «robo» y «estafa» se fundieron en la cabeza de Ivana y recordó la historia que le había contado su compañero de trabajo. Parece que no era la única que sabía la historia.

—Sigue desaparecido.

—¿He oído diamantes? ¿De quién estáis hablando? —Loreto, Flor y Violeta aguzaron el oído.

—Parece ser que en algún sitio de la ciudad hay un misterioso personaje con una pequeña bolsa de piel que contiene docenas de diamantes y otras piedras preciosas sin tallar. —Era una historia que también intrigaba a Ivana.

—Válgame Dios, eso es una fortuna. Debería depositarlos en un banco. —Loreto era de las que pensaba que en un banco el dinero está siempre más seguro.

—¿Cómo desaparecido? ¿Lo estarán buscando? —preguntó la señora Lope.

—La cuestión ya no es tanto dónde está este individuo, señoras. Tenemos ante nosotros una cuestión más existencial. —A Gatsby le encantaba ser el centro de atención. Tomó un sorbo de la nueva copa de champán que tenía en la mano y después continuó mirando fijamente a Violeta—. Aquí la cuestión es si sigue vivo o está más muerto que el filete que nos van a servir esta noche para cenar.

A todos los del grupo la palabra muerte les trastornó. A más de uno le vino a la cabeza la muerte de Ladislav. Era inevitable. Gatsby una vez más hacía gala de su poco tacto y su narcisismo.

—Oh, Jan, qué desagradable que eres —dijo Loreto riéndose histéricamente.

Ivana cogió a su madre de la mano y le sonrió con cariño.

—Deberíamos buscar nuestra mesa y sentarnos. La música ha parado y el alcalde querrá empezar su discurso, que seguro será de lo más tedioso.

—Elocuente seguro que será. ¡Pero que sea breve, por Dios! —añadió el jefe del bufete.

—¿Tienes hambre, mamá?

—Sí. ¿Y tú, Violeta?

—Yo también. Me comería una vaca entera. —Todas rieron.

—Qué bruta eres, mujer, ¿tanta hambre tienes?

—Has sido tú, Flor, que has insistido en que no comiéramos nada durante todo el día para hacer hambre para esta noche. —Violeta miró a Ivana—. Cosas de otra generación.

Pasaron por entre los invitados y hablaron con algunos de ellos del tiempo, de la política y de la actualidad, lo que los ingleses llaman *to mingle*. Se llevaron una sorpresa cuando se encontraron de frente con Egor y Anelka Nóvikov. Hubo exclamaciones de sorpresa por las dos partes. Se habían despedido de ellos en Karlovy Vary y no esperaban verlos de nuevo. Habían sido invitados por el embajador ruso. Estuvieron hablando con la pareja un rato e Ivana les presentó a los demás. La mujer de Tommy cogió del brazo a la señora Lope, esta fiesta era la oportunidad perfecta para hablar español y explicar las vacaciones que hicieron con su marido dos años atrás. Fueron a Madrid y a Málaga.

—¡Qué aburrido que fue Madrid! Pero Málaga me encantó, señora Lope, ¡olé!

Para Violeta hablar de Málaga era algo tan ajeno como para Loreto. Ella venía de un pequeño pueblo románico perdido en la cordillera pirenaica a miles de kilómetros de Málaga. Hablar de sol, playas, calor, sangría y flamenco resultaba tan exótico para ella como para la mujer de Tommy.

Desearon a los Nóvikov una feliz velada y después el grupo se acercó a la mesa que tenían asignada. Poco a poco fueron tomando asiento. Había un murmullo general que fue apagándose para que el alcalde pudiera hacer su discurso.

—Queridísimos amigos y amigas. Os agradezco una vez más vuestra presencia a la gran Fiesta de las Embajadas. Gracias a todos, gracias. Juntos hemos conseguido hacer de esta celebración una institución que nos acerca distendidamente. El único propósito es pasar una velada agradable en buena compañía. Este año desde la alcaldía hemos elegido como marco de esta inestimable fiesta un edificio... —El alcalde había empezado el discurso.

El jefe de Ivana invitó a Flor a sentarse a su lado en la cena. El discurso continuó durante unos minutos. Ivana miró a su alrededor, había mucha gente, toda la nave central estaba ocupada con grandes mesas circulares.

—... deseo que disfruten de la comida. Solo quiero añadir que, una vez terminada la cena, está prevista una subasta con fines benéficos. Todos ustedes están invitados a participar. Recaudaremos fondos para la Asociación Checa de Ayuda a la Adolescencia, más conocida como ACAA. Este año el dinero que recojamos irá a jóvenes con problemas de drogadicción y alcoholismo. Espero que les guste el arte contemporáneo porque vamos a subastar una obra emblemática del gran artista del vidrio el profesor Livensky. Estoy convencido de que conocen al artista, solo les diré que este gran escultor tiene obras en museos de todo el mundo, entre ellos el MOMA de Nueva York y el Victoria and Albert Museum de Londres. Después de la cena les mostraremos la obra. La subasta es una idea mía personal, espero que les guste, no solo la idea, sino la obra y, por favor, pujen por ella: ustedes harán un negocio y la ciudad podrá ayudar a centenares de jóvenes checos en circunstancias difíciles. Debo añadir que esta subasta es posible gracias a la encarecida generosidad de una familia con vínculos históricos y comerciales con nuestra ciudad: la familia Stenberg son grandes coleccionistas de arte y son ellos quien han cedido una de las piezas de su colección para fines benéficos. Después tendremos la oportunidad de escuchar unas palabras de unos de los miembros de la familia.

Los invitados aplaudieron y el alcalde abandonó su pedestal en el altar para ocupar su silla en una de las mesas preparadas para la cena. Como todo lo demás, el banquete fue un despliegue de lujo y sofisticación. Los comensales pasaron una agradable velada. Ya en el postre, Ivana se levantó para ir a fumar un cigarro en algún lugar donde estuviera permitido. Todavía no había dejado del todo este hábito. Antes de desaparecer y buscar algún sitio discreto, miró la mesa donde seguían todos sentados. Se sentía satisfecha de haber llevado a su madre a la cena. Flor y su amiga se habían deleitado con el relumbrón de los invitados y la abundancia de comida y bebida. Todo había estado muy bien por una noche, incluso la ostentabilidad del lugar, con sus dorados y los excesos propios del barroco. Era la fiesta a la que nunca se podría ir. La fiesta que uno solo se puede imaginar. La fiesta que más cerca estaría nunca de las mentes de las cenicientas que hay y habrá en las habitaciones de las casas de las calles de los pueblos y ciudades de todo el mundo.

Ivana pensaba y seguía fumando. Se pasó la mano por la barriga. «Tengo que dejar de fumar. Ya he bajado la cantidad, pero esto tiene que acabar. En las últimas semanas han pasado tantas cosas... A veces me da la sensación de estar soñando». Sintió un escalofrío. Se oía la música de la orquesta pero lejana. Habían empezado a tocar de nuevo. Era un ritmo acompasado y dócil de jazz instrumental. Ivana se había cobijado en la parte de atrás del altar, en el deambulatorio, donde había unas puertas de emergencia nuevas que eran un añadido de la obra de transformación del edificio de religioso a laico. Miró el cigarrillo. «Debería haberlo dejado ya...» Lo apagó fastidiada por el hecho de no ser tan perfecta como a ella le gustaría. Caminó despacio por el semicírculo y observó las muchas estatuas religiosas en pleno movimiento cuyas miradas extasiadas se fijaban en algún punto desconocido de las alturas. Llegó hasta el altar y la música de la orquesta se hizo nítida y aumentó su volumen. Vio que mucha gente se había levantado de sus sillas y estaba admirando la obra de arte que iba a subastarse. Era una gran escultura angular, densa y pesada que desafiaba a las leyes de la naturaleza sosteniéndose solo por un extremo sobre un quebradizo tronco de vidrio sin pulir. El resto de la escultura, la gran masa de vidrio que descansaba encima de ese frágil soporte del mismo material era como una gran esmeralda, tenía un color verde intenso y profundo, era una gran gema verde, un imposible natural.

De repente se sobresaltó. El corazón le dio un vuelco. Entre la multitud distinguió una cara conocida. Vio los ojos castaños de un hombre que creía muy lejos de allí. Eran los ojos del extranjero desaliñado que la ayudó en el puente de Carlos. Eran sus ojos, su rostro y todo su cuerpo, era él, el americano alto y fuerte que la levantó literalmente del suelo y la escuchó lloriquear como una niña durante toda una noche. Eliot, un extraño. Pero también quien más sabía sobre su espíritu y el único que guardaba el secreto de su embarazo. «¿Qué hace aquí? Literalmente, ¿qué hace aquí?».

También él se sorprendió al verla y se hacía la misma pregunta. Vestido de esmoquin parecía otro hombre. Ivana le miró las manos para estar segura. Era él, esas manos fuertes y curtidas, con alguna que otra cicatriz y acostumbradas al trabajo manual. Él se despidió apresuradamente de un caballero con el que estaba hablando y se acercó a ella con la sonrisa afable y algo burlona que Ivana recordaba con gusto.

—Los turistas que vienen a Praga de vacaciones no asisten a fiestas de gala como esta...

—No. —Eliot sonrió mientras la miraba deslumbrado—. Estás muy bella, Ivana.

Eliot había pensado en ella y en aquella noche. La había memorizado en su mente. Pero la realidad siempre supera a la fantasía.

Ivana se sintió halagada con el cumplido de Eliot, pero estaba algo dolida porque estaba claro que él no había sido sincero la noche que se conocieron y en cambio ella le había abierto su corazón. Ella también había pensado mucho en la noche del puente de Carlos porque se sintió libre. Aquella fue la primera vez que pudo ser ella misma y decir y hacer lo que quisiera sin tener que pensar con quién estaba hablando. Se pasaba muchas horas en el trabajo y siempre tenía que estar atenta a las palabras que utilizaba para no dar más información de la debida o simplemente para hablar con propiedad o saber utilizar el registro lingüístico adecuado según el cliente y su formación. Con la familia siempre era un ir y venir de sentimientos expresados a medias para no herir a nadie. En sus pasadas relaciones amorosas, siempre nadando y guardando la ropa al mismo tiempo. Y por fin, por una noche, degustó la libertad. Fue como una emancipación. Probó por primera vez el afrodisíaco sabor de la espontaneidad.

—No me digas nada más. No eres un turista.

—Soy un turista... pero mis vacaciones son un poco más largas de lo que tú supusiste y que yo te dejé suponer. —Eliot la miró buscando algo de indulgencia en sus ojos azules y brillantes.

—Pues ya es hora de que nos dejemos de suposiciones, Eliot, porque ¿este es tu verdadero nombre? —Estaba tan a gusto con él, se sentía otra persona y no entendía la razón, no sabía ni si su nombre era de verdad.

—Sí que es mi nombre, me llamo Eliot, Eliot Stenberg. I tú, Ivana...

—Ivana Mendel.

—Y tú, Ivana Mendel, ¿cómo te encuentras? ¿Siguen los mareos? —Ella lo cogió de la mano alarmada para que no siguiera con la pregunta. Eliot sintió el calor que desprendían las dos manos unidas. Era mágico y químico seguramente. Pero daba igual lo que fuera, era una sensación sensual que lo hechizaba.

—Por favor, nadie sabe... No he encontrado el momento. Han pasado muchas cosas ... —Esa mano, ella sentía lo mismo, un calor que recorría su cuerpo y era él—. Mi padre murió hace unos días, lo asesinaron... Todo se me escapa...

Eliot y ella seguían cogidos de la mano. Él rápidamente relacionó el apellido de ella con el asesinato del político que ocupó a la prensa nacional durante varios días. Estaban muy cerca el uno del otro. Eliot quería abrazarla y confortarla, ella quería estar con él y que lo hiciera.

—Vámonos de aquí —dijo él con firmeza.

Desde lejos, Tommy, Loreto, Gatsby, Flor y Violeta miraban a Ivana cogida de la mano con un extraño al que no habían visto nunca. Seguían sentados a la mesa, pero estaban lejos y no podían oír lo que decían, aunque los veía bien.

—¿Quién es ese hombre tan guapo que habla con Ivana? —La primera en preguntar fue Loreto.

—No es del trabajo. Lo reconocería. A todo lo que es alto las mujeres lo llamáis guapo. —Gatsby estaba intrigado. Parecían conocerse mucho y le extrañaba que Ivana no le hubiera contado nada de él. «Cómo lo habrá conocido», pensó.

—¿Te ha dicho algo, Flor? —Violeta observaba como parecía que el extraño insistía en algo e Ivana dudaba. Pero seguían cogidos de la mano y había entre ellos una complicidad, como si se hubieran tratado muy a fondo.

—No. No le había visto nunca. Pero a mí no me hagáis mucho caso. Sé muy poco de la vida privada de mi hija. Yo solo sé lo que ella quiere que sepa y en su casa no he visto ninguna foto de él. —Todos daban por supuesto que Eliot e Ivana se conocían de hacía tiempo.

—Señoras, ¿por qué no nos acercamos a que nos lo presente? —Fisgar puede llegar a ser una profesión para mujeres como Loreto—. Flor y la señora Lope se levantaron al vuelo, pues les pareció una magnífica idea.

Tommy había comido mucho y ahora estaba saboreando una copa de brandy. No hizo el menor gesto de levantarse. Estaba satisfecho de perder a su mujer de vista por unos minutos y estaba valorando si pujar o no en la subasta que estaba a punto de empezar.

—Jan, ¿vas a pujar por la escultura?

—Si me doblas el sueldo a partir del mes que viene... Esta subasta es para hombres como tú y no para un asalariado como yo. —Gatsby tenía la mirada puesta en Ivana y Eliot.

Las tres mujeres se acercaron a Ivana y a Eliot. Había mucha gente de pie cerca de la escultura que se iba a subastar. La luz verde que despedía el corazón de la escultura emitía reflejos que caían sobre los invitados que estaban más cerca de ella. Justo en el instante en el que Loreto llegó hasta ellos también lo hizo el alcalde.

—Aquí estás, Eliot. Hombre de Dios. Te buscábamos por todas partes. La subasta no puede empezar sin ti.

Eliot e Ivana seguían cogidos de la mano. Ivana estaba desconcertada. Su madre, la señora Lope, Loreto, todas estaban ahora a su lado con unas sonrisas afectadas y nerviosas por la irrupción del alcalde en el grupo y hablando con Eliot como si fuera de su familia.

—Veo que has hecho buenos amigos en Praga, Eliot. Me alegro. —El alcalde saludó con la mirada a todas las señoras mientras ellos dos seguían cogidos y no hacían ademán de soltarse. Miró las manos—. Señora, debo robarle a Eliot unos minutos, ¿verdad que no le importa? —Puso la mano sobre las suyas y tiró de ellas nervioso para llevarse a Eliot apresuradamente.

—No te muevas de aquí, Ivana. —Eliot desapareció con el alcalde para reaparecer de nuevo junto a él en el altar donde estaban los músicos.

—Ivana, qué calladito que te lo tenías, ¿quién es ese hombre tan guapo con el que hablabas?

—No lo sé —dijo Ivana desconcertada. Su madre la miró y entendió que era alguien importante en la vida de su hija. La cogió de la mano y apretó con fuerza. Ivana hizo lo mismo.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—No lo sabes tú bien, mamá.

La señora Lope vio que Flor parecía haber recobrado la esperanza con algo tan sencillo como ver a su hija cogida de la mano con un extraño. Ivana miraba a Eliot quien estaba junto al alcalde que preparaba el micrófono para hablar a los invitados.

—Señoras y señores, tengo aquí conmigo a Eliot Stenberg, hijo y heredero de los ilustres mecenas y coleccionistas de arte Maria Swift y Alexander

Stenberg. Me gustaría que ofreciéramos a este caballero un gran aplauso ya que gracias a su generosa contribución es posible esta subasta. —Un sonoro aplauso resonó por todo el edificio de la iglesia y una emoción general recorrió a los invitados. Después el alcalde hizo ademán a Eliot para que cogiera el micrófono y dijera unas palabras.

—Yo les agradezco de antemano su participación en la subasta, supone una ayuda para muchos jóvenes de Praga con dificultades. Todos sabemos los peligros que entraña la adolescencia y es importante contar con una mano amiga. Sobre la escultura, escogí esta obra junto con mis padres porque pensamos que es como un gran amuleto de esperanza, una gran piedra de vidrio que ha encontrado su equilibrio y se ha convertido en una bella obra de arte. —Hizo una pausa—. Mis padres deben mucho a la ciudad de Praga. —Eliot buscó a Ivana entre los invitados que estaban de pie junto al altar—. Hay ciudades y personas que lo cambian todo, y cuando esto sucede hay que ser lo suficientemente inteligente para distinguirlo porque, en ese instante, es cuando empieza la historia de verdad.

El heredero de los Stenberg fue breve. La subasta empezó inmediatamente después. Todos se quedaron para ver la puja que era la guinda de la Fiesta de los Embajadores. Todos se quedaron excepto dos invitados.

Ivana y Eliot desaparecieron. Cogieron sus abrigos y se perdieron por las calles de Praga. Como en el beso de Klimt, los dos se fundieron en un mundo particular y propio que solo les pertenecía a ellos. Era un espacio nuevo recién descubierto, hecho a su medida. Tenía algo de eterno y crecía con cada mirada, con cada palabra, con cada beso. Ni el frío ni la llamada de las heladas aguas del río Moldava podían con su apasionamiento. Recordar lo inolvidable. Nadie podía saber si aparecerían de nuevo o se elevarían como polvo de estrellas sobre el cielo de la ciudad, convertidos en dioses mitológicos. Algo les estaba ocurriendo que transformaría sus vidas para siempre.

Capítulo 19

El amor alivia como la luz del sol tras la lluvia.

William Shakespeare (1564-1616)

Todo quieto, todo en silencio, algo revolucionario para los tiempos que corren y hacen tanto ruido. Los centros de poder, los medios de comunicación, la publicidad de los grandes lobbies comerciales, todos quieren hacer de nosotros una sociedad adolescente y hueca para vender más y más fácil. En todas partes el reclamo es el ruido y el cebo, el miedo a no pertenecer a la tribu global. ¡Qué miedo!

Lo fácil que resulta apagar el móvil cuando estás bien. Lo difícil que resulta cuando estás mal. Es un narcótico que destruye lo que uno es cuando se mira en el espejo del alma. Es una huida hacia la horizontalidad, una vida donde nada se suma, se prueban muchas cosas, pero se va dejando todo por el camino.

Aunque siempre, y es siempre, la vida nos ofrece una oportunidad de cambiar. En algún momento de nuestra vida llegamos a la encrucijada y hay que hacerse mayor, hay que elegir. Si en ese momento todavía no sabes quién eres porque siempre has vivido dentro de tu burbuja global, pobre de ti, porque te equivocarás. Ahí, en el cruce de caminos del que hablamos, estaban Eliot e Ivana. Por ahora sus móviles estaban apagados.

—Parece un pueblo muy hospitalario. —Eliot miraba por la ventana. A unos kilómetros, entre la niebla, se dibujaba un pequeño municipio. La velada dedicada a los embajadores de Praga había terminado en casa de ella. Eliot llevaba solo una de las mantas de la cama en los hombros como una capa. Después se acercó al armario del dormitorio y lo abrió.

—¿Qué haces, Eliot? —Ivana lo observaba desde la cama con deseo.

—Busco ropa. No puedo ir de esmoquin a la cafetería del pueblo. Vamos, levántate.

—¿Quieres ir al pueblo? —preguntó Ivana risueña.

—Sí. Parece un pueblo magnánimo y no está lejos, podemos ir andando. Vamos a desayunar en alguna cafetería local. —Eliot sacó un grueso jersey de lana de color rosa. Lo miró, se lo puso delante y volvió a dejarlo en el armario. Siguió buscando en los cajones.

—No he ido nunca andando al pueblo. —Ivana lo observaba, sabía que no encontraría ninguna prenda de ropa que fuera masculina. Se preguntaba qué escogería—. Si quieres, hay café en la cocina... creo.

—Café hay, pero no tienes nada de comer. Me muero por un desayuno cargado de proteínas y carbohidratos: tostadas, mantequilla, beicon, alguna *klobasy*⁸ local... Mujer checa de poca fe. —Eliot la miró, dejó el armario, se acercó a ella y la besó celosamente. Retozaron en la cama y dieron rienda suelta a la pasión. Tardó un rato en reanudar su tarea de buscar ropa masculina en el armario de Ivana. Esta vez ella le echó un capote.

—Tú ganas. Ayúdame. —Ivana le tendió un brazo para que la levantara de la cama.

—Se acercó al gran armario y abrió uno de los cajones de abajo donde tenía ropa vieja. Mira en este cajón, algo encontrarás. —Él reanudó la búsqueda mientras ella cogía un vestido casual que colgaba en la barra del armario. Junto al vestido estaban el traje negro y el abrigo que llevó en el funeral de su padre. En el bolsillo del abrigo seguía el caleidoscopio que le había entregado el amigo vidriero de su padre. Lo cogió.

No era muy grande. Ella no había tenido nunca uno de esos artilugios ni sabía muy bien lo que era. Para su padre siempre había sido la niña de sus ojos. Y ese objeto, ese regalo póstumo, era un juguete para ella. Posiblemente viera alguno en el taller de los vidrieros y tuvo la idea de hacer él mismo un caleidoscopio para ella. Pero ya no pudo pasar a recogerlo. La imagen de su padre asesinado tendido en el suelo del museo en medio de un charco de sangre reapareció en su mente. Ivana tuvo que sentarse en el borde de la cama.

—¿Estás bien, amor? —Eliot no era un hombre paternal. Sin embargo, sabía que Ivana estaba embarazada y alguien tenía que cuidar de esa mujer checa y orgullosa de la que se había enamorado. Siguió buscando con más premura, encontró un mono tejano de trabajo algo manchado de pintura y cogió unas camisetas de algodón viejas. Se colocó unas cuantas por debajo para no pasar frío. Ivana tenía que comer algo.

—He encontrado esto. Me lo dio un amigo de mi padre durante el funeral. Lo había hecho para mí...

—Vamos. —Eliot cogió el objeto de forma cilíndrica que le enseñaba ella y se lo metió en uno de los grandes bolsillos de su pantalón. La cogió de la mano y tiró de ella para llevársela a desayunar.

Caminaron a través de campos yermos tocados por la escarcha hasta llegar al conjunto de casas que formaban el pequeño pueblo. Encontraron una vieja y acogedora posada que tenía todos los cristales empañados. Entraron y sintieron el calor de una estufa encendida que humeaba en el centro de la estancia. Era una taberna, el lugar donde seguramente se reunían los habitantes del pueblo por la noche.

A esa hora tan temprana había solo un par de mesas ocupadas. Ellos se sentaron en una esquina cercana a una de las ventanas. Comieron abundantemente y hablaron para saberse y conocerse. Aunque no era necesario, era solo un entretenimiento. Estaban retozando y disfrutando de estar juntos. Ya no necesitaban conocer nada más el uno del otro porque los dos sabían que lo esencial, lo que sirve para tomar decisiones, para marcar el rumbo, eso ya estaba acordado y rubricado tácitamente.

Eliot recordó que llevaba el objeto que le había cogido a Ivana y lo sacó del bolsillo. En cierta forma era como un catalejo. Eliot parecía saber cómo funcionaba. En uno de los extremos había una parte móvil. Eliot se cercioró de que giraba.

—Es un caleidoscopio. Cuando era un niño tenía uno parecido. —Lo acercó a Ivana—. Tienes que mirar por aquí y con esta mano le das vueltas a este anillo de cartón del final del cilindro.

Ivana así lo hizo. Cogió el artefacto y miró por el agujero que había en uno de los lados y con la otra mano, con la ayuda de él, giró lentamente el anillo.

—Acércate a la ventana —dijo él.

Ella miró y vio decenas de piedrecitas de cristal enfrascadas en cubículos transparentes que se movían al ritmo que ellos movían el anillo con sus manos. Eran guijarros de cristal de todos los colores, amarillo, verde, rojo, azul cielo, que se unían para crear geometrías perfectas y oníricas. Era un viaje psicodélico, un juego óptico infinito que la alejó completamente de la realidad. Ivana se emocionó porque recordó a su padre. Eliot se dio cuenta.

Dejó el caleidoscopio en la mesa y la abrazó. Ella se repuso, nunca había estado tan expuesta a las emociones como con ese americano. Era como estar subida a una montaña rusa. Pero valía la pena. Se sentía feliz.

Ivana cogió los cigarrillos que llevaba en el bolsillo y salió fuera a fumar. Eliot no dijo nada y se quedó jugando con el caleidoscopio. Lo colocó contra la luz de la ventana y miró. Era un regalo muy especial. Las cuentas de cristal eran todas de formas distintas e irregulares, pero brillaban como estrellas en el cielo. Se fijó que uno de los cubículos que contenía cristales estaba agrietado y a punto de romperse.

—Hay una grieta en uno de los compartimentos del caleidoscopio y se podrían caer los cristales. Si quieres me lo llevo y te lo arreglo. —Ivana había entrado de nuevo en la taberna.

—Seguro que sí. —Ella le cogió las manos y las miró. Adoraba esas manos trabajadoras. —Todos estamos hechos para ser un secreto para los demás, pero dime, Eliot, ¿qué haces en Praga?

—Supongo que conocerte. —Eliot sonrió.

—Ya... Esto, y regalar una escultura de Libensky a la ciudad de Praga. Y ¿qué más? —Ivana no tenía miedo, pero sí curiosidad.

—He estado pensando en lo que me contaste ayer por la noche sobre la muerte de tu padre y lo que te dijo tu madre... —Era un buen momento para cambiar de tema—. Sé que es difícil para ti, pero... —Eliot quería abordar esta cuestión, temía por la seguridad de Ivana. La noche anterior habían estado horas hablando e Ivana le había contado todo lo que sabía sobre su padre—. Date cuenta de que algo hay que hacer. Si no quieres involucrar a la policía, déjame que te ayude.

—¿Y qué podemos hacer, Eliot? ¿Ir a ver a esa mujer pelirroja?

—No, por supuesto que no. Eso empeoraría las cosas. Por lo que oyó tu madre, tu padre y esa mujer formaban parte de algún tipo de organización. Es posible que la organización ya no exista, pero en algún momento formaron parte de ella...

—Me pregunto cómo un hombre que es capaz de matar —a Ivana se le hizo un nudo en la garganta— puede tener sentimientos paternales y construir para su hija un objeto como este para sorprenderla.

—¿El caleidoscopio lo hizo tu padre con sus manos? —Eliot lo cogió de nuevo con admiración.

—Sí. Eso me dijo su amigo el vidriero. Él le ayudó. Me lo dio porque supuso que lo había estado haciendo para mí. —Ivana se lo cogió de las manos y miró de nuevo por la pequeña abertura. Un mágico mundo de color despertó dentro del cilindro azul con estrellas pintadas en rojo y blanco. Pudo ver la grieta que había mencionado Eliot. Después se lo tendió.

—Por favor, llévatelo y arréglalo. —Eliot lo sujetó con las dos manos—. Es lo único que tendrá mi hijo de su abuelo.

—Esto, y una turbulenta biografía como político.

—Me angustia la duda. ¿Y si su muerte no fue por razones políticas? ¿Y si fue por dinero o por alguna otra causa despreciable?

—No puedes dejar esto así, por tu propia seguridad y la de tu familia. La muerte de tu padre no fue un accidente. Debes indagar hasta asegurarte de que lo sucedido no pondrá en jaque tu futuro para siempre. —Eliot estrechó su mano—. No estás sola.

Ivana recordó a su madre. La había dejado con su amiga y el resto de la comitiva en la fiesta.

—No quiero preocupar a mi madre más de lo que ya lo está. Aunque no lo creas, ella y su amiga española, a pesar de sus años, no están quietas. ¿Te mencioné que fueron a ver a la pelirroja? Es posible que con esa visita dieran una vuelta de tuerca a la situación y a partir de ese momento... No sé.

—No es una buena idea que os acerquéis a esa mujer. Pero por algún sitio tenemos que empezar. Tenemos que saber más cosas de la vida de tu padre.

—En el funeral, un amigo de mi padre, Tycho Brache, me dijo que tenía algo para nosotras y que pasara a recogerlo. No sé, Eliot. A lo mejor no es nada.

—Si era amigo de tu padre, seguro que algo nos puede contar sobre él.

—Tiene un *bateau mouche* para turistas en el río. Está un poco chiflado. De niña solía ir con mi padre a verlo los domingos por la mañana. Mi padre compraba la prensa dominical y pasaba a saludarle. Subíamos al barco y sentados en la cubierta dejábamos que unos cuantos rayos de sol matinales cayeran sobre nosotros. Ellos charlaban hasta apurar la actualidad...

—Mañana por la tarde vamos a hacer un crucero por el río Moldava.

—Tendrás que ponerte más ropa y más masculina. Va a hacer frío. —Ivana se burló de la ropa que llevaba Eliot.

Él se levantó y fue a la barra a pagar. Volvió al cabo de un rato con una bolsa. El tabernero le había preparado varias comidas caseras para llevar.

—Ni tu hijo ni yo vamos a pasar hambre. Tú haz lo que quieras.

Ivana sonrió y cogió la mano que él le tendía. Despacio y en silencio deshicieron el camino que había recorrido antes. Disfrutaban de cada momento juntos intensamente. Todo tenía significado, el rumor de las pequeñas piedras del camino al pisarlas, el vaho que escapaba de sus bocas al respirar. Eran momentos en suspensión, preludios.

Pero el instante se truncó. Al acercarse a la casa vieron un coche de la policía aparcado en el jardín. Era domingo y empezaba a convertirse en una costumbre lo de ausentarse de casa y al volver encontrarse la policía. Esta vez esperaban en el coche. Ivana recordó a Eliot que no mencionara nada de lo que sabía sobre su padre y la conversación. Él le pidió a ella que confiara en él.

Eran el detective jefe y una policía que les saludó fríamente. Ivana les invitó a entrar e hizo las presentaciones antes de que el detective hiciera un requerimiento.

—Eliot, este es el detective en jefe de la Prefectura de Praga, el señor Rudolf Hus y su ayudante...

—Sí, Frida, me llamo Frida, sargento...

—Y usted es el señor Eliot... —El detective interrumpió.

—Eliot Stenberg, un amigo de Ivana.

—No es usted checo. —El detective notó el acento.

—No. Soy de Estados Unidos. Si me disculpan, voy a dejar esto en la cocina. —Eliot se alejó del grupo con las bolsas de comida en las manos. Mientras tanto Ivana invitaba a los dos policías a sentarse. La joven de uniforme aceptó la invitación; Rudolf Hus, no. Ivana Esperó a que fuera el policía el que justificara su visita en domingo a su casa y no hizo ninguna pregunta.

—He creído conveniente pasar personalmente a comunicarle que... —el detective se frotaba las manos mientras caminaba por la habitación— creemos saber quién mató a su padre.

A Ivana le dio un vuelco el corazón. Eliot regresó al salón y prestó atención.

—No tenemos un nombre, pero disponemos de un retrato robot de la persona que posiblemente acabó con la vida de su padre. Es una mujer. —El detective hizo una señal a la sargento y esta sacó un papel de una carpeta donde había el busto de una mujer. Lo más significativo: la sospechosa era pelirroja.

—¿Conoce usted a esta mujer?

Ivana cogió el papel y miró el retrato atentamente. Los trazos eran gélidos, robóticos pero diferenciados. Ella no la había visto nunca, o eso pensaba. Por un momento su vista se disipó. «Cuando era niña... este pelo...» Todo era confuso, ¿era esa mujer quien había matado a su padre?

—No sé qué decir. No sé quién es, pero me impresiona. ¿Y cómo saben que fue ella?

—Porque el grupo de turistas japoneses que estaba en el museo nos ha ayudado mucho. La mujer intentó colarse en el grupo para pasar desapercibida. Estos japoneses son muy precisos y con la ayuda de un traductor hemos conseguido el retrato robot que les enseñó. Es prioritario que lo vean usted, su madre y la señora extranjera. —El detective hizo una pausa medida—. Lo extraño es que su madre y su amiga no la vieran... con este color de pelo no puede pasar desapercibida. Esperaba poder hablar también con ellas, ¿no están aquí?

—No, no. Se alojan las dos en casa de mi madre en la ciudad. Estuvimos en una fiesta ayer y terminó muy tarde. Me despedí de ellas en la fiesta. Supongo que estarán en casa. —Ivana no quería dar detalles y decirle a la policía la dirección. No quería que molestaran a su madre. Si Flor veía esa fotografía...

—Necesito que vean la fotografía para descartar el móvil personal y concentrarnos en el político. No entiendo como no la vieron.

—Son mujeres de una cierta edad. La capacidad de percepción que tienen ellas no es la que tiene usted, detective. —Ivana seguía con la mirada fija en el retrato robot.

El detective no añadió nada y se quedó en silencio.

—¿No hay huellas dactilares? —preguntó Eliot.

—Es imposible obtener huellas dactilares, señor Stenberg. Todo sucedió en un museo de esculturas de piedra y hay cientos de huellas dactilares. Y eso sin tener en cuenta que, a lo mejor, la sospechosa no está fichada. Tampoco hay vestigios de ADN o arma del crimen... lo que hace mi trabajo muy complicado.

—Entiendo.

—No la molesto más. Por favor diga a su madre y a la señora española que pasen por la comisaria mañana por la mañana y les enseñaremos la foto robot. —El detective jefe tendió a Ivana una tarjeta con sus datos como la última vez. Ivana no mencionó que ya la tenía y la cogió de nuevo.

⁸ Salchicha al grill.

Capítulo 20

Creí que era una aventura y en realidad era la vida.

Joseph Conrad (1857-1924).

El fin de semana pasó. Ivana y Eliot apuraron cada minuto y cada segundo. Pero al llegar el lunes fue inevitable conectar el móvil. Los abogados son un mal necesario. Como decía Napoleón, hay tantas leyes en el mundo que uno no sabe por cuál le van a colgar. Por eso son necesarios los abogados... los buenos abogados.

Se despidieron en Praga, delante del palacio Clam-Gallas donde cuatro gigantescas estatuas de Hércules aguantan el peso de los masivos portales del edificio. Eliot todavía llevaba el esmoquin de la fiesta del sábado. Su apartamento estaba cerca de allí. A Ivana le encantaba verle de esa guisa un lunes por la mañana. Daba la nota. A él no parecía importarle lo más mínimo. Se besaron ardientemente y quedaron para verse por la tarde en la orilla del río Moldava.

Ivana fue directa a su despacho. Allí estaba su ayudante que fue a buscarle un café y un buen desayuno. Ivana se tomó las pastillas que le había dado el ginecólogo y comió por dos.

Empezó a trabajar. Fue una de las primeras en llegar al bufete, su refugio para no pensar en lo personal. Los inquilinos del taller de vidrio habían rechazado la indemnización del alcalde aconsejados por su aprendiz que, como ellos decían, sabía un poco de todo. Ivana había programado una segunda reunión con ellos para esa semana. La alcaldía estaba dispuesta a doblar la cantidad ofrecida como indemnización por el taller. Era un movimiento arriesgado porque era mucho dinero, pero el proyecto estaba estancado y el único escollo era ese edificio. La situación parecía ser políticamente inaguantable.

—Buenos días, mujer escurridiza. —Gatsby asomó por la puerta de su despacho. Le había dejado varios mensajes en el móvil. Los había visto esa

misma mañana al conectarlo. No los había escuchado, pero Ivana sabía que la vanidad de su compañero de trabajo, y amante casual, se había visto tocada con la llegada inesperada de un rival desconocido que el sábado se había llevado a la chica.

—Buenos días. Tengo una visita para mañana al edificio que hay que expropiar, así que no estaré en el despacho. Te lo digo porque habíamos quedado en actualizar el caso Kirst. —Ivana se puso las gafas de lectura y bajó la cabeza hacia los papeles que tenía en su mesa.

—Así que Eliot Stenberg, de la familia Stenberg. Te lo tenías muy callado. ¿Y cuánto hace que lo conoces?

Ivana sabía que se lo iba a sacar de encima solo si le mentía.

—Le conocí hace unos meses.

—Aja. —Gatsby tomó asiento en una de las sillas del despacho al otro lado de la mesa. Esperaba que Ivana le dijera algo más, pero ella calló—. Supongo que sabes que es judío... Pero cómo no lo vas a saber si pasasteis la noche juntos... Pillina... Porque tú y él... sois muy amigos.

—Jan, no seas grosero. No te voy a dar detalles ni explicaciones. Yo nunca te he pedido a ti pormenores de tus conquistas. Por una vez que soy yo la que...

—¿La que...? Cuidado con las palabras, querida, ¿la que te acuestas con otro o la que te has enamorado? Te conozco, Ivana. Este Eliot no es un ligue, no es una de mis amiguitas. Os vi el sábado. Me bastaron unos segundos para ver que este tipo es algo más... —Usó un tono de voz coactivo. Ivana pensó que era miedo, miedo de Gatsby a perder lo que nunca había sido suyo.

—¿No te irás a poner posesivo ahora? —Ivana alzó la vista y le miró fijamente—. ¿Dónde está escrito que tú y yo somos algo más que compañeros de trabajo?

—En ningún sitio, su señoría, pero siempre pensé que tú eras como yo en este sentido: una persona que escapabas volando de cualquier tipo de atadura sentimental.

Ivana seguía mirándole. Gatsby tenía razón, ni ella misma hubiera pensado que era capaz de amar a alguien como amaba a Eliot. Porque lo amaba. Sabía lo que sentía y no se ruborizaba. Eliot era un desconocido en tantos aspectos, pero le había proporcionado una seguridad inexplicable. Despertaba en ella

sentimientos y pasiones que la hacían sentirse libre. ¿Cómo podía explicar todo esto a Gatsby sin que soltara una carcajada? No lo entendería, como no entendería que le revelara que estaba embarazada, que él era el padre del hijo que esperaba y que no pensaba abortar.

—Gatsby, tengo que trabajar. —Ivana entrechocó sus dedos contra la mesa de trabajo. Se oyó el tintineo nervioso de sus dedos tocando el mueble.

—Esto es lo que pasa a las mujeres cuando leen a Jane Austen, George Eliot y las hermanas Brontë. Que se pierden. —Gatsby seguía sentado, no estaba dispuesto a irse.

—Seguramente. Las mujeres deberíamos leer a Kant, Montaigne y Kafka.

—No seamos extremistas. —Gatsby se rio—. Qué humanidad más triste. Además, tú y yo sabemos, porque somos abogados, que la inocencia no está pasada de moda. Simplemente está infravalorada. —Lo dijo con un poco de aflicción y mirando a su compañera de trabajo que tenía en la mirada un brillo especial—. Y ahora que mencionas a Kafka: ayer por la noche mi amigo el tallador me dijo que el misterioso hombre de los diamantes y piedras preciosas es precisamente Franz Kafka.

Ivana recordó la historia que les había contado Gatsby en la fiesta.

—Creo que me lo comentaste. Un nombre falso.

—Un nombre falso. Cuando le preguntaron sus datos, lo único que les dijo es que era el señor Franz Kafka. Barrunto yo que puede ser por la «transformación» que sufren los diamantes al ser tallados. Me sigues. ¿verdad? La metamorfosis... —Gatsby hizo un movimiento teatral con la mano e Ivana se lo quedó mirando muy seria.

—Sí, pero dijiste que el hombre ha desaparecido. A lo mejor tiene que ver más con una mano oscura que lo mueve todo. Me sigues, ¿verdad? El castillo... —Ivana le hizo una señal con la mano indicándole la puerta—. Tengo que trabajar y nuestro jefe está a punto de llegar. Además, ¿a qué viene tanto interés por esta historia?

—Mujer, el tipo ha desaparecido y con él unos diamantes y piedras preciosas que valen una fortuna. Y seguramente están en nuestra ciudad. Tú no tienes imaginación, no puedes imaginarte lo que se puede comprar con el dinero que valen esos diamantes.

—Ya. Hace falta mucha imaginación.

—Pues sí. Y no me digas que tú no has empezado a afilar el lápiz para hacer tus cuentas con tu amigo el americano. Métete en internet y conocerás a su familia, son multimillonarios.

Ivana no se inmutó. Era propio de Gatsby meterse donde no le llamaban. Ella no pensaba buscar nada en internet. En ese momento de su vida tenía cosas más importantes en las que pensar. Perder a su padre, vivir con miedo a que le sucediera algo a su madre o a ella misma, hasta que no se resolvieran los enigmas en torno a la muerte de su padre, estar embarazada, conocer a Eliot... eran muchos acontecimientos y todos tenían prioridad frente a lo pecuniario.

—Ya entiendo. —Ivana bajó la vista de nuevo.

—Me parece que oigo al *big boss*. —Finalmente, Gatsby se levantó—. Ya verás como hoy nos paga el almuerzo y nos habla de la fiesta del sábado. Loreto, su mujer, es un encanto. Quiere organizar una comida navideña la semana que viene en su casa. Nos invitó a todos. Tú ya te habías ido con tu adonis, pero estás invitada y seguro que te querrá ahí con tu... Eliot Stenberg. —Gatsby lo dijo con despecho. Se sentía ultrajado por tener que compartir su amistad con Ivana. Y no hacía falta decir en voz alta que si ella seguía con el americano también se había acabado el derecho a roce y a acostarse juntos de tanto en tanto, aunque fuera por deporte y no por nada parecido al amor.

—Qué vértigo. Afortunadamente nuestro jefe no es tan indiscreto como tú.

—Para esas cosas tiene a su encantadora esposa. Seguro que por la noche le pone al día de todos los cotilleos.

Gatsby no se equivocó y Tommy Zizkov invitó a sus estrechos colaboradores a una comida en un restaurante cercano al despacho para comentar la fiesta y de paso invitarlos el sábado siguiente a una comida informal en su casa. Extendió la invitación Eliot Stenberg y al ayudante de Ivana, que estaba con ellos en la mesa comiendo y escuchaba apabullado todo lujo de detalles sobre la fiesta de los embajadores.

Por la tarde Ivana dejó su trabajo pronto. Se apresuró a salir del edificio de oficinas del bufete y se dirigió al centro de la ciudad. Tenía una cita en el río Moldava. Era un día frío, como todos los días de invierno en el centro de Europa. Pero ese era un día muy especial. Cuando llegó al amarradero de

madera donde se alineaban los *bateaux mouche* turísticos, Eliot ya la estaba esperando.

—No me gusta llegar tarde —saludó Ivana.

—A mí tampoco.

Se besaron. Se miraron. Hablaron un poco. Se sentaron en las escaleras de madera que llevaban al pequeño muelle donde estaban anclados tres barcos habilitados para el transporte de turistas. Él había vuelto a su ropa informal, parecida a la que llevaba la primera vez que le conoció. Era alto y fuerte, su cuerpo estaba acostumbrado al frío. No llevaba chaqueta, solo un jersey de lana grueso de color azul marino. Y ella iba elegante y sofisticada, como siempre, con una falda y una camisa impecable y su abrigo largo que la protegía de las inclemencias del frío. Había magnetismo entre ellos, como el magnetismo de una noche de luna llena. Había seducción, como la seducción de ver una puesta de sol en la playa. Había atracción, como la atracción al mirar el fuego de una chimenea.

El mundo desaparece. Tanto es así que ninguno de los dos vio a las dos señoras que pasaron por su lado y que se volvieron hacia atrás para quedárselos mirando como si fueran un par de adolescentes.

—¿Ivana? Pero ¿qué haces aquí? —Flor hizo la pregunta como si su hija siguiera en la pubertad.

Aquello era bochornoso. «Me encuentro con mi madre hasta en la sopa. ¡Garbanzos! Ni que fuera una quinceañera».

—Yo te puedo hacer la misma pregunta, mamá.

Ivana y Eliot se pusieron de pie. Ante ellos había dos mujeres. Una alta y delgada con gorro y bufanda de color azul que llevaba un brazo en cabestrillo además de un collarín ortopédico. Era Violeta y sonreía encantada de formar parte de ese momento, aunque su estado de salud no parecía el mejor. A su lado estaba Flor, más bajita y con unos kilos de más, llevaba un poncho de color crema con motivos rosas y un gorro de lana rojo.

—Señora Lope, pero ¿qué le ha pasado en el brazo?

—Oh, Ivana, es una larga historia. Pero estoy bien. Nada está roto.

—¿Habéis ido al médico, mamá? —Ivana se dirigió a su madre.

—Sí, hija. No es la primera vez que se cae. Pero esta vez ha sido un golpe fuerte. Dormimos en la misma cama para hacernos compañía y se cayó

mientras dormía.

—¡Si no me voy de Praga pronto, no lo voy a contar! —bromeó la señora Lope.

—Viniste aquí para ayudar a una amiga y vas a ser tú la que necesite socorro —se rio Flor despreocupadamente mientras le daba la mano con cariño. Le estaba muy agradecida, era un verdadero alivio tener a una persona tan amiga en casa en esos momentos tan difíciles para ella.

—¿Y qué hacéis aquí, mama?

Eliot las escuchaba sin decir palabra. Flor no respondió a la pregunta. Hubo una pausa y las dos señoras recién llegadas miraron con cara de pícaras al único varón del grupo. Ivana estaba luchando contra lo inevitable. No podía frenarlo, tenía que hacer las presentaciones.

—Señora Lope, mamá, este es Eliot, un amigo. Y ellas son mi madre y una amiga suya que ha venido de vacaciones, como tú.

Las dos señoras reconocieron inmediatamente la persona que tenían delante. En la fiesta de los embajadores le habían visto de esmoquin, pero, con o sin traje, no era un hombre que pasara desapercibido. Se dieron la mano.

—Señora Lope, tiene usted la mano algo hinchada. ¿Me deja que se la mire? —Eliot observó que la mano del brazo que llevaba colgando de un pañuelo estaba demasiado abultada. La señora Lope le tendió el brazo y él pudo notar que estaba muy fría y no tenía buen color.

—¿Le duele?

—No mucho. Me he tomado unos calmantes.

—Creo que debería vendársela de nuevo. La sangre no circula correctamente.

—Oh, señor Eliot, ¿es usted médico? —Flor admiraba cómo el amigo de su hija examinaba el brazo de su amiga.

Ivana le miraba con escepticismo. «¿A qué está jugando Eliot?».

—Sí. Soy médico.

—¿Eres médico? —soltó Ivana asombrada. Eliot la miró con indulgencia, como disculpándose por no habérselo dicho todavía.

—Y, por favor, háganme de tú. Vamos a venderlo de nuevo. No es nada. Pero necesito que vayamos a algún sitio donde podamos sentarnos.

—En el barco de Tycho. Allí es adónde íbamos con Violeta. Fuimos de paseo y al pasar por aquí recordé que tu padre... —La angustia cortó la frase—. El día en que murió me dijo que Tycho tenía algo para mí.

—Sí... a mí me lo dijo Tycho el día del entierro... —Todo era muy reciente, Ivana controlaba sus sentimientos, pero el dolor por la pérdida de su padre se le fue al vientre y sintió una sacudida—. Quédate tú aquí con la señora Lope y con Eliot. Yo me adelanto para ver si está en el barco.

—Seguro que está. Esa nave es su casa y su vida. Es ese blanco y rojo, el último, el de allí.

Ivana encontró al amigo de su padre y les llamó para que subieran a bordo. Poco después estaban en el *bateau mouche* de Tycho Brache: una tartana flotante abarrotada de sillas pegadas en la cubierta, pero impecablemente pintada y con algunos detalles decorativos muy peculiares.

Hacía frío, el invierno y la humedad de las aguas del Moldava eran peligrosas. Así que se quedaron en la parte del barco que estaba más resguardada de la temperatura propia de la estación en la que estaban. La señora Lope y Eliot se acomodaron en el único lugar donde había también una mesa. Violeta apoyó el brazo y él empezó a sacar la venda despacio. Sin la venda, la mano recobró su color. Eliot se entregó a su trabajo de médico y empezó a vendar de nuevo el brazo con suavidad.

Ivana le miraba desde lejos, aquel hombre la tenía en vilo. Su cuerpo la atraía y desprendía una calma que la dejaba fuera de juego, pero es que a la vez era fuerte y tenía una energía vital que se reflejaba en todo lo que hacía. Entre tanto, Tycho Brache había sacado una botella de licor y unos pequeños vasos de un destartado mueble bar empotrado en el cubículo donde estaba el timón. Flor, a su lado, se reía con las bobadas que decía el viejo amigo de Ladislav. Siempre flirteaba con ella. Ivana, en cambio, estaba molesta por las sandeces que soltaba ese hombre por la boca. Además, hacía frío, el único que parecía no estar helado era ese lobo de mar que llevaba solamente una vieja camiseta de rayas de algodón.

—¿Trabaja usted en invierno, señor Brache? —preguntó Ivana mirando la vieja ballena flotante en la que se encontraba. A cada lado de la cubierta había unos carteles gigantes donde la nave se prodigaba en letras doradas como

bateau mouche turístico de primera calidad. Bajo el cielo invernal de Praga, lo único que brillaba en el barco eran esas letras.

—Por favor, por favor, háblame de tú. —Tycho vertía un dedo de licor en cada uno de los vasitos—. Jovencita, yo te he visto en pañales chillando por esta misma cubierta y espantándome a los turistas. No me hagas el feo de tratarme de usted.

—Tycho y tu padre eran muy amigos, Ivana. —Flor suspiró, pero no dejó que su pesadumbre enturbiara la tarde—. ¿Por qué no... pones esta cafetera en marcha y nos das un pequeño paseo por el Moldava, capitán de agua dulce?

El lobo de mar sonrió. La señora Lope y Eliot se acercaron. El brazo de ella ya estaba nuevamente vendado y sujetado por el pañuelo al cuello. Tycho les puso en la mano un vasito de un licor cristalino e hizo lo mismo con los demás.

—¡Por Ladislav! Esta es mi forma de despedirme de él y me alegro de que estéis aquí. Por ti, viejo charlatán, estés donde estés.

Todos levantaron los vasos y tragaron el líquido. Se oyeron tosidos y gemidos de interrogación. Tycho no respondió a nada. Se recolocó la vieja gorra náutica que llevaba en la cabeza y se concentró en la conducción del barco. El motor ya estaba en marcha.

—Chico, baja y desamarra el barco. Y tú, prepárame otro vasito de gasolina, sirenita —ordenó a Eliot y a Flor.

—Esto es una locura. —Ivana miraba la niebla húmeda que flotaba en la superficie del río y el vasito de aguardiente que solo había saboreado pero no bebido. «¡Garbanzos! ¿Pero no hay nadie más que piense que esto es una locura?».

La señora Lope estaba encantada con el paseo en barco y, con el licor de Tycho Brache, había entrado en calor. Flor estaba preparando otro vasito para el capitán.

—Y tú, mamá, no le des más alcohol ¿no ves que está conduciendo?

—Mujer, ¿acaso tienes miedo de que haya algún control de alcoholemia? Violeta, ¿quieres otro tú también?

Mientras Flor llenaba de nuevo los vasos. Eliot se acercó a Ivana y la cogió de la mano. Ella se relajó al instante. Contemplaban las orillas del río mientras se acercaban al legendario puente de Carlos. A ninguno de los

pasajeros les importaba ya el frío. Era un viaje mágico, en medio del invierno, era como ver Praga por primera vez, la vista era distinta desde el río. Una neblina blanca difuminaba la ciudad, envolviéndola en un aire misterioso que embelesaba los sentidos.

Tycho estaba encantado con la visita de Flor e Ivana. Incluso puso música. De pronto empezó a sonar por los altavoces de la cubierta una canción política reivindicativa que probablemente escuchaban con Ladislav cuando este se pasaba por el barco a verle.

—Tu padre debió de ser un gran hombre. —Eliot e Ivana charlaban.

—Sí, eso parece, pero ya sabes...

—¿Preguntaste al capitán por lo que le dejó tu padre?

—No, no he tenido ocasión. ¿Puedes hacerlo tú por mí? —Ivana quería evitar que Tycho Brache le hablara de cuando era pequeña e iba con su padre al barco.

Eliot la dejó en cubierta mirando el mágico paisaje y se metió en el pequeño compartimento donde estaba el timón. Observó los mandos y con envidia le comentó a Tycho que él también tenía un barco, aunque más pequeño, y que navegar le encantaba.

—Así que tú eres amigo de la niña de Ladislav. —Tycho seguía viendo a Ivana como una niña de diez años. Le miró de reojo, quería intimidarle—. ¿Le conociste?

—No. No le conocí. Ni supe que era el padre de Ivana hasta unos días después del funeral. Por eso no asistí.

—Era un fiel amigo. Un hombre de palabra, capaz de cualquier cosa para mantener una promesa. Nunca cambió, siempre fiel a sí mismo y a los suyos. Un político de verdad.

—Me hubiera gustado conocerle. —Eliot pensó que era un buen momento para hablar con él—. En Vysehrad le dijiste a Ivana que Ladislav te había dejado algo para ella.

—Si estás con la pequeña Ivana, cuídala. Era la niña de sus ojos.

Eliot asintió con la cabeza y Tycho continuó.

—Yo ya me encargaré de Flor. —Eliot le miró desconcertado—. Ladislav sabía cuánto quiero a Flor. En más de una ocasión me había dicho que, si él faltaba, yo era el único que podría mantener la chispa en esos grandes ojos

azules que tiene. —Tycho tomó de un trago el vasito de licor que le habían traído—. Tengo unos ahorros y ya va siendo hora de que siente la cabeza. No sé si decírselo. Si Flor me aceptara... —Tycho se emocionó y dejó la frase sin acabar. El viejo lobo de agua dulce se había pasado toda una vida enamorado de Flor.

Eliot fue a llenar de nuevo dos vasos y ofreció uno a Tycho.

—Dudar es bueno. La gente del mar lo dice: la mayor virtud de un marinero es una sana incertidumbre⁹. Pero si la quieres, díselo.

—Eres un tipo con agallas. ¿De dónde eres chico?

—De Estados Unidos. Pero mi familia vivió unos años aquí en Praga.

—¿Y cómo conociste a la hija de Flor?

Eliot no respondió enseguida. Pensó en el vuelco que había dado su vida desde que había conocido a Ivana, lo fortuito y único del momento, los lazos inexplicables aunque invencibles que habían surgido entre ellos. Pero prefirió no decir nada.

—Pues la clásica historia del turista que se enamora.

Tycho no dijo nada. Dejó un momento el timón y empezó a buscar en una estantería que tenía a su espalda. Estaba llena de cajas con herramientas, cables, viejas carpetas y cajas de cartón que contenían la historia del negocio del barco turístico. Eliot se puso detrás del timón y lo cogió con fuerza. Era una sensación muy distinta de la de conducir su pequeño barco. Desde donde estaba ahora podía ver el ancho del río y sentía el rumor del motor a sus pies y el avance lento de la nave sobre el agua.

—Toma. —Tycho le tendió la mano. En ella había una llave pequeña que él cogió. Se colocó a un lado de nuevo para que el capitán tomara el mando. Observó la llave, era simple, parecía pertenecer a algún mueble. Eliot la guardó en el bolsillo.

—¿No te dijo Ladislav qué abre la llave?

—No. Solo me dijo que se la guardara y que se la diera a Ivana o a tu madre si él no se pasaba... En ningún momento pensé que pudiera estar en peligro. Ese viejo bribón sabía escoger sus palabras. Lo echaré de menos.

Se tomaron los vasos de licor que Eliot había traído y el viaje continuó sorteando recuerdos de piedra y puentes que cobraban vida a su paso.

⁹ Joseph Conrad (1857-1924).

Capítulo 21

Fatigas, pero no tantas, que a fuerza de muchos golpes hasta el hierro se quebranta.

Manuel Machado (1874-1947)

La semana transcurrió rápidamente. Los días se entrelazaron en las manos del tiempo. El encuentro con Tycho Brache y su *bateau mouche* fue memorable. Les dio una llave, Tycho se la entregó a Eliot y él se la dio a Ivana. En su barco pasaron una tarde imperecedera, la excursión invernal transcurrió entre risas y galanteos del capitán hacia Flor. Pero nada concreto. Como buen marinero mantuvo una saludable incertidumbre.

Seguramente, Ladislav había compartido momentos de su vida con Tycho que ninguno de ellos podría imaginarse. Él les desveló algunos aspectos del pasado de Ladislav desconocidos. Por ejemplo, les habló de algunos viajes que habían hecho de jóvenes, antes de que Ladislav se casara y de tener a Ivana. Ellos, por el contrario, prefirieron no desvelar sus dudas sobre la implicación de él en unos asesinatos. Lo que sí le preguntaron certeramente es por las piedras del frío. Pero Tycho Brache no sabía nada, nunca había oído hablar de ellas.

Así que todos siguieron con su vida. Flor prometió a Tycho que pasaría otro día a verle y que quizá cenarían juntos. La normalidad debía de imponerse poco a poco después de la trágica muerte de Ladislav. A fuerza de intentarlo, había que conseguirlo. Es un acto de dignidad asumir la pequeñez de lo humano frente a la fuerza del destino. Flor y Violeta lo sabían. Eliot también. Pero Ivana no, ella estaba segura de que podía tener el control.

Ella había programado una reunión con Moses y Vaclav. Pero el encuentro se pospuso unos días porque no les encontraron en el local y no tenían móviles ni línea telefónica fija. El ayudante de Ivana tuvo que ir personalmente para concertar la cita. Fue varias veces, pero ellos habían salido de la ciudad y el aprendiz que había en el taller le dijo a Pete que estaban en una feria de artesanía y que volverían la semana siguiente.

—¿Cómo es posible, no tienen un teléfono? —Ivana no salía de su asombro.

—Lo tendrán estropeado —dijo Flor, que estaba con su hija.

Les tocaba cena familiar. Para ellas era sagrado compartir una comida juntas cada semana, y después de la muerte de Ladislav y las incertidumbres que flotaban en el aire, todo lo que tenía aroma a costumbre o rutina era bienvenido. Era viernes e Ivana había pasado toda la semana con Eliot. Después del viaje en barco por el río se habían visto cada día. Habían pasado las noches en casa de ella y su relación progresaba. Pero Ivana no era de las que daba detalles.

La señora Lope no había tenido ningún accidente nuevo durante esa semana y las tres mujeres estaban animadas. No habían tenido noticias de la policía y hasta cierto punto se habían olvidado de la mujer pelirroja. El subconsciente juega muy malas pasadas, pero es una buena herramienta para la supervivencia. Violeta estaba recostada en el sofá del salón y hablaba por teléfono con alguien de su pueblo. Desde la cocina podían verla. Seguía con el collarín ortopédico y el brazo vendado. Flor y su hija estaban en la cocina conversando.

—No, mamá. No los tienen estropeados: no tienen teléfonos. ¿Con quién habla Violeta? Me gusta oír otra lengua.

—No lo sé, por lo que oigo quizá es la joven que hace poco se ha casado con un italiano. Me ha hablado mucho de ella. Creo que la considera como una hija. Hace muchos años que se conocen. Violeta es muy independiente, pero me ha confesado que se arrepiente de no haber tenido hijos. —Flor miró a su hija con admiración.

—Tanto tu padre, esté donde esté, como yo, estamos muy orgullosos de ti, Ivana, de quién eres y de lo que has conseguido. Y por favor, hija, recuerda lo bueno de él y olvida todo lo que pueda herir tu corazón.

Ivana pensó que había encontrado el momento adecuado para informarla de que iba a ser abuela.

—Mamá, tengo algo que contarte. Y no me juzgues.

—No te lo vas a creer, Flor. —La señora Lope había colgado el auricular e irrumpió en la cocina muy exaltada—. ¡Cordelia está embarazada! Me lo acaba de decir ella misma por teléfono. No sabes la alegría que siento. La

quiero como a una hija. Perdió a sus padres cuando era muy niña y me alegro tanto por ella y por Giacomo. Todavía no se lo creen. —Violeta llevaba el collarín ortopédico y su entusiasmo lo expresaba con sus largas piernas que movía como danzando. Flor se rio y se levantó para bailar con su amiga; siempre se apuntaba a cualquier celebración.

—¡Qué noticia! Esta va a ser la mejor Navidad. Flor, deberías venir y pasar la Nochevieja con nosotros. Te sentará bien un cambio de aires.

—Sí, sí. —Flor miró a Ivana.

—Llévatela, por favor. Así descansaré yo durante un par de semanas. — Ivana no dijo nada de su embarazo. El momento había pasado.

—Ella ya tiene con quien pasar estas Navidades. Tú tranquila, que no estará sola. —La señora Lope guiñó un ojo a Ivana.

—Además, estará siempre en buenas manos, como es médico... —Flor estaba ilusionada.

—Ya me cuido yo sola, no necesito a ningún curandero. —Ivana se sirvió una pequeña copa de vino.

Seguidamente comieron. En esa ocasión no encargaron la comida, ya que Violeta había insistido en que quería cocinar. Preparó canelones a la Rossini y una ternera estofada muy jugosa. Eran platos que dominaba bien y estaban siempre en el menú de su pequeño hotel. Abrieron una botella de cava y charlaron de lo cerca que estaba la Navidad. El mes de diciembre avanzaba y era inevitable hacer preparativos. Fue una noche de charla de mujeres. Ivana había invitado a Eliot, pero este declinó la invitación porque pensó que era mejor dejarlas solas. Había algo en ella. Estaba especialmente relajada. Habló a su madre de la llave que Tycho les había dado, pero Flor no tenía ni idea de qué podía abrir. Las dos concluyeron que posiblemente era algún mueble del apartamento de su padre. Por ahora, era imposible pasarse por ahí porque la policía se había quedado con las llaves de la vivienda. Ni ellas ni la señora Lope pensaban que esa llave pudiera aclarar en lo más mínimo la muerte de Ladislav.

Mientras se relajaban y olvidaban los malos tragos de la vida, en otro barrio de la ciudad no muy lejano estaba a punto de suceder algo funesto. Dos individuos encapuchados forzaban su entrada en el taller de vidrio de Moses y Vaclav. Arrojados por la oscuridad de la noche y protegidos por el frío que

había dejado las calles desiertas, esos hombres anónimos penetraron como ladrones de sueños en la cueva de cristal.

Se habían asegurado de que nadie los viera entrar y sabían que en el edificio no había nadie. Moses y Vaclav estaban a kilómetros de distancia y el aprendiz solo se pasaba por allí durante el día.

En el taller había unas largas y estrechas mesas de madera donde reposaban los bellos objetos realizados por los artesanos. Eran cuerpos etéreos de colores infinitos, elegantes, frágiles y eternos, siempre que una mano gentil cuidara de ellos. Por desgracia, los dos desconocidos que habían entrado en el taller no venían a cuidar de las piezas sino a destruirlas.

Los dos escondieron el puño dentro de la manga de su chaqueta oscura y se colocaron en un lado de las mesas. Avanzaron lentamente, con el brazo extendido, por encima de ellas. Todas las piezas de cristal que encontraban a su paso caían indefensas rompiéndose en mil pedazos. El estruendo era un grito de agonía. Decenas de objetos de vidrio estallaban contra la mesa y contra el suelo al perder el equilibrio empujados por el brazo demoledor.

Lo destruyeron todo, cada copa, cada jarrón, cada taza y cada cuenco. No dejaron nada en pie, fue una baraúnda de gemidos agudos que estremeció incluso a los dos tipos. Recordarían para siempre ese sonido. Unos cuantos billetes de cien euros no pagaban bien el arruinar a unos artesanos honestos.

Las dos sombras encapuchadas se apresuraron a terminar su vergonzante obra destructiva y desaparecieron en la oscuridad. El taller era ahora una playa vacía y triste, con partículas de sílice y polvo de cristal brillando a la luz de la luna.

El aprendiz fue el primero en llegar por la mañana. No podía creérselo. No había quedado ni una sola pieza. Todavía aturdido por la escena, llamó a la feria de artesanía donde estaban Moses y Vaclav. Por la tarde los vidrieros entraron en el taller y contemplaron apenados ese mar infinito de trocitos de vidrio. Les habían roto todas las piezas que habían preparado para Navidad.

No tenían ningún seguro contratado. Ellos eran de los que pensaban que las aseguradoras no eran seguras, solo un tentáculo bancario más. No sentían rabia, pero sí una profunda desilusión. Su único consuelo era que todos los objetos que se habían llevado a la feria habían sobrevivido y que las piezas escogidas por la señora Lope días atrás ya habían sido enviadas.

Se preguntaron quién podía haber hecho aquello. Su aprendiz les aconsejó llamar a la policía, aquello podía ser una medida de presión para que dejaran el local. Salió el nombre de la abogada Ivana Mendel, el nombre del alcalde Edward Dubcek y el de algunos de sus concejales con mala reputación. El aprendiz los escuchaba atentamente, él también estaba muy desconcertado y decidió hacer un par de llamadas por su cuenta. Quería ayudar como fuera a los artesanos.

Moses y Vaclav empezaron a limpiar el estropicio. Estaban resignados. Recogieron los cristales rotos del suelo y de las mesas, pedazos de vidrio que en sus manos eran trozos de hielo desgajados de un iceberg.

Capítulo 22

El miedo es un sufrimiento que produce la espera de un mal.

Aristóteles (384-322 a. C.)

Ni Ivana ni su madre habían ido al apartamento de Ladislav después de su muerte. Dieron las llaves a la policía cuando todo sucedió, y transcurrido casi un mes desde el fallecimiento, un policía uniformado pasó por el despacho de Ivana y se las devolvió. Ya no las necesitaban.

Eliot la llamó esa mañana. Se interesó por el caso que tenía entre manos. Ivana se sorprendió de que le preguntara sobre su trabajo, pero le contó que las cosas se habían complicado. Estaba muy disgustada, alguien había entrado en el taller de los artesanos de los que le había hablado y había causado muchos daños. Era claramente un ataque para asustarlos, una medida intimidatoria, pero ella no tenía nada que ver en ello. Se preguntaba quién podía estar detrás de ese acto vandálico.

También le comentó que la policía le había entregado las llaves del apartamento de su padre. Decidieron visitarlo juntos por la tarde. Tenían la esperanza de encontrar algo que les ayudara a entender el trágico suceso en el museo y la conversación que oyó Flor en el castillo. Además, tenían en su posesión la llave que le había entregado Tycho Brache. Podía ser que abriera algún cajón de algún mueble del apartamento.

El edificio donde estaba la vivienda era céntrico y ostentoso. Ivana había estado allí con frecuencia cuando su padre seguía con vida. Ladislav vivía allí desde la separación con Flor. Los dos necesitaron sentirse solos, todavía se querían, pero no hubo concesiones. El amor es como la energía: no empieza ni acaba, simplemente se transforma. Suceden cosas en nuestra vida y el amor cambia. A veces se expande, otras veces se reduce. En algunos momentos se hace más intenso, insumiso y muy difícil de manejar. Y en otras ocasiones, es suave y melodioso. Y lo verdaderamente trascendental, lo que sí es

importante, es encontrar la persona o las personas que lo avivan y arrancan estas transformaciones que son tan y tan necesarias en el transcurso de la vida.

Flor y Ladislav habían pasado casi toda su existencia juntos y siguieron su vida por separado, pero sin necesitar a nadie más. La separación había sido un juego de niños, un recreo en el que dejas a tu pandilla del alma y te vas a jugar con otros chavales por el simple placer de hacerlo y de sentir que puedes hacerlo. Pero el asesinato de Ladislav había truncado todo esto. Los acontecimientos de las últimas semanas seguían desconcertando a Flor y siempre que podía buscaba respuestas. Ivana, no. Ella se lo tomaba con más calma y estaba convencida de que no corrían ningún peligro a pesar de la insistencia de Eliot en lo contrario. La pavorosa figura de Gunila Nerulova disparando a Ladislav recorría su memoria y la pisoteaba. Esta imagen mental la mantenía en un estado de confusión, pero no tenía miedo. Ivana seguía sin querer ir a la policía.

El apartamento de Ladislav tenía espacios abiertos y techos altos. Pero eso era lo de menos. Cuando Eliot e Ivana pisaron el vestíbulo, la sorpresa fue que lo encontraron todo patas arriba: muebles en el suelo, armarios y cajones abiertos, el colchón y el sofá rajados por varios sitios. Estaba claro que quien lo había hecho buscaba algo desesperadamente. Y no parecía obra de la policía.

Ivana llamó al detective jefe para sonsacarle si habían sido ellos los que habían dejado el piso en tan lamentable estado. No quería levantar la liebre, así que empezó por darle las gracias por las llaves y después le preguntó cuándo habían estado en el piso por última vez y si habían encontrado algo útil para la investigación. La respuesta fue negativa. La semana siguiente a la muerte de su padre se había pasado él personalmente con dos policías de su equipo y lo revisaron por si encontraban alguna pista. Pero la búsqueda fue en vano. El detective confirmó que todo estaba en orden cuando dejaron el lugar.

Preguntó a Ivana el porqué de su interés. Ella mintió y dijo que buscaba un viejo álbum de fotos que quería llevarse a su casa y no lo encontraba. El detective reiteró que no cogieron nada y lo dejaron todo tal como lo encontraron. Ivana confirmó así que la policía no había provocado el desbarajuste del piso. El detective jefe añadió que, en esos momentos, la investigación se había enfriado y habían decidido devolver a la familia las

llaves del apartamento por si las necesitaban. Ahora tenían en sus manos la misteriosa desaparición de un hombre llamado Franz Kafka y de unos diamantes y piedras preciosas de gran valor. La noticia de esta doble desaparición había saltado a la primera página de los medios de comunicación y estaba en manos de la policía. Ivana se acordó de lo que le había comentado Gatsby en la oficina. «Así que ya no es un secreto. Los talladores de diamantes habrán acabado por hablar con la policía —pensó Ivana—. La historia del político retirado al que dispararon en un museo de la capital ya no les interesa. ¡Garbanzos! Pues mejor».

El hecho de que la muerte de su padre desapareciera del *prime time* televisivo y la primera página de los periódicos le alegró el día.

—¿Sucede algo, señora Mendel? Volvió a preguntar el detective antes de despedirse.

—No, por supuesto que no. Todo está en orden. —mintió Ivana mientras miraba el estado calamitoso del piso.

—Está bien. Gracias una vez más.

Ivana colgó. Miró a su alrededor otra vez. La satisfacción momentánea que sintió al saber que la investigación policial había pasado a una segunda fase más tranquila se disipó enseguida. El estado vandálico del piso de su padre la amedrentó.

—Esto es serio. —Eliot creyó necesario decirlo—. Han entrado en el piso sin forzar la puerta y es evidente que buscaban algo.

—¿Crees que puede haber sido la mujer que mató a mi padre? —Por primera vez Ivana temió por la seguridad de su madre y de ella misma.

—Sé algunas cosas de Gunila Nerulova.

—¿Cómo? —Ivana le miró desconfiadamente.

—No quería decírtelo para no sumar otra incógnita. Además, lo único que sé es que tiene antecedentes por pequeños hurtos y por prostitución, años atrás. Mis padres gozan de buenas amistades en Praga. Un amigo de mi padre trabaja en la policía, nos pasó la información sin hacer preguntas y con discreción. No quiero preocuparte, Ivana, pero esa mujer... es capaz de todo. —Eliot sintió como Ivana le cogía la mano. Temblaba—. Si ha sido ella, es una mujer desesperada. Mira el apartamento, lo ha destripado. Algo busca.

Y así era, no quedaba nada en pie ni nada por mirar. El sofá y el colchón de la cama estaban destrozados. Habían mirado en todos los armarios y cajones de todas las habitaciones. Incluso habían abierto botes de la cocina y del baño.

—¿Estás seguro de la discreción de ese policía con el que hablaste?

—Sí. No te inquietes. Necesitamos saber quién es esta mujer, quién es Gunila Nerulova, hay que saber a quién nos enfrentamos. —Eliot no sabía si continuar, aunque era imprescindible—. Deberíamos ir a la policía. Tú, en tu estado, y tu madre, que ya es mayor, las dos necesitáis protección. Si fuera solo la muerte de tu padre y si ella no supiera jamás que la visteis y que sabéis quien es, es posible, que todo terminara. Pero si tu padre tenía algo, algo que esa mujer quiere desesperadamente, pues estáis en peligro, porque puede pensar que lo tenéis vosotras. Tal vez tu madre tenga razón y esas piedras del frío que mencionó tu padre sean algo concreto.

Se abrazaron. Eliot era consciente de que no podía protegerlas él solo. Había demasiados interrogantes. Antes de abandonar el apartamento Ivana sacó la llave que les dio Tycho y miraron por todas partes por si encajaba en alguna cerradura de algún mueble o puerta. No hubo suerte, no abrió ningún mueble de la vivienda. Así que se dispusieron a salir. Había oscurecido, los dos querían pasar la noche juntos y olvidarse por unas horas de lo sucedido. Pasaron por las avenidas peatonales llenas de luminosas tiendas preparadas para la Navidad. Había algunos tenderetes en plena calle y llegaron hasta la gran plaza donde había muchos más. Las luces navideñas irradiaban calor sobre los seculares edificios de piedra que había alrededor. Locales y turistas deambulaban sin premura. Los gorros de lana de colores, los sombreros y bufandas y los guantes parecían tener vida propia, moviéndose alegremente, yendo de un puesto a otro. Los colores de la Navidad son colores vivos.

Entre ese festival de tonos, había uno que nada tenía que ver con el espíritu navideño: había un tono naranja. Desde que habían dejado el apartamento alguien les había estado siguiendo. Ahora ese personaje había desaparecido después de hacer una llamada y en su lugar había una mujer a la que había que temer. Era Gunila Nerulova.

La mujer había contratado a alguien para que vigilara el apartamento de Ladislav día y noche. Hacía prácticamente un mes que este había sido

asesinado y la mujer había pagado a gente para que vigilaran el apartamento durante cuatro semanas. ¿Qué tenía Ladislav en su poder cuando murió? ¿Qué era tan importante? ¿Eran pruebas del turbio y misterioso pasado de Ladislav que también la incriminaban a ella? ¿O era algo más? ¿Qué podía ser tan importante para esa mujer?

El asesinato de Ladislav en el museo había sido un error. La pelirroja había intentado matar a Flor, pero le salió mal. Quizá temía que Ladislav le dijera algo que la comprometía a ella. Es posible que siguiera a Ladislav y, al verlo en el museo con su exmujer, quizá oyó su conversación y sacó sus propias conclusiones. Se asustó. Tenía que zanjar esa conversación y dar una lección a Ladislav. Pero salió mal y, en vez de matar a Flor sesgó la vida de Ladislav y este se llevó a la tumba algo, algo que era vital para Gunila Nerulova, a la que todos conocían como la pelirroja.

Ajena al peligro, Ivana paseaba despreocupadamente entre los tenderetes navideños.

—Estamos cerca de tu apartamento ¿verdad? —Ivana miraba con cariño las figuras de vidrio decorativas que vendían en uno de los puestos. — Antiguamente las decoraciones del árbol eran de cristal. Los reflejos que debían de desprender balanceándose a la luz de las velas y la chimenea...

—Sí —dijo Eliot distraídamente.

—Yo no soy de pedir nada... pero no he estado todavía en tu apartamento. Esta noche podríamos dormir, o no dormir, allí.

Eliot no hizo ningún comentario, pero la cogió del brazo con fuerza y tiró de ella.

—Nos siguen.

Él había visto una figura de negro que se movía al mismo ritmo que ellos, una figura de negro con lenguas de fuego que escapaban por debajo de un gorro.

—No mires hacia atrás, por lo que más quieras. Lleva un anorak negro y un gorro gris.

Ivana cogió una gran bola de Navidad plateada de un tenderete y se la puso a la altura de los ojos. En ella pudo ver la imagen distorsionada de la escena que tenía a sus espaldas. Había dos jóvenes con llamativas chaquetas y gorros de lana, una familia con dos niños paseando y una figura de mujer vestida de

negro cuyo pelo aparecía por debajo de un gorro gris y era del color del fuego del infierno.

—Oh, Dios mío. Tiene que ser ella.

—Sí. Tendrá vigilado el piso de tu padre y nos ha visto allí. —Eliot se pasó la mano por la barbilla. Estaba preocupado por la situación. —Esa mujer quiere recuperar algo a toda costa y no sabemos qué es.

Ivana intentaba no perder la calma. Dentro de ella crecía la furia, tenía ganas de observar a esa mujer de cerca, mirarla a los ojos. Ella había matado a su padre. La odiaba, la aborrecía, pero también la temía.

—Soy una cobarde.

—No eres cobarde. Pero tienes miedo, porque eres inteligente y sabes de lo que es capaz esa mujer...

—Camina conmigo. —Eliot temía lo peor. Esa criatura deleznable era capaz de todo: incluso de acabar con sus vidas por simple despecho. Quizá temía que ellos hubieran encontrado en el apartamento lo que ella buscaba y lo llevaran encima. Si era así, lo que buscaba tenía que ser algo pequeño.

Caminaron juntos y cogidos de la mano. Dejaron la gran plaza. El famoso reloj de Praga empezó a sonar. Ivana se sobresaltó. Eran las ocho de la noche y la ciudad era un punto de oscuridad con destellos puntuales de las farolas de las calles por donde pasaban. Eliot avanzaba. Ivana no preguntó a dónde iban, pero pensó que se dirigían al apartamento de él.

No fue así, cruzaron Marianske Namesti y se adentraron en el barrio judío. En la primera manzana de edificios que encontraron había una sinagoga llamada Maisel y allí se dirigieron. Eliot pensaba deprisa, no tenían tiempo.

—¿A los muertos les tienes miedo, Ivana?

—Tengo más miedo a los vivos, pero... —«¡Garbanzos!, ¿a qué viene esta pregunta? ¿Dónde me he metido?».

—Esa mujer del demonio sigue detrás de nosotros. No mires, vamos a entrar en la sinagoga.

La sinagoga de Maisel era un edificio neogótico. Cuando entraron, el ruido de la puerta al abrir retumbó por todo el interior. Había seis personas rezando en la nave y al oír el ruido de la puerta se volvieron para ver quién había llegado. Eliot dijo algo en hebreo y siguieron andando sin separarse. A un lado del espacio religioso había tres puertas de madera terminadas en arcos góticos

almendrados. Cada puerta tenía su llave en la cerradura. Eliot y ella fueron hacia la puerta más alejada de la entrada y él la abrió dando dos vueltas al cerrojo. Se metieron dentro. Ivana vio un interruptor y abrió la luz. Era una habitación pequeña, como una sacristía. Tenía una ventana y poco mobiliario: una mesa, una silla, una estantería y un pequeño armario.

—¿Tu idea es quedarnos aquí y encerrarnos? ¿Hasta cuándo?

—No. Aunque no tenemos tiempo. —Eliot dejó de nuevo la llave en la puerta por la parte de fuera. Cerró la puerta tras ellos, pero sin cerrojo—. Esa mujer estará a punto de llegar, no podemos hacer ruido. —Se acercó al armario, lo abrió y un lado del mueble estaba completamente vacío. Eliot apretó la plancha de madera que cubría la parte de atrás del mueble y esta se abrió como una puerta. Al otro lado no se veía nada, era un agujero negro, oscuro como el carbón.

—¿Tienes tu mechero, Ivana?

—Sí, espera un segundo. —Buscó en el bolso con nerviosismo.

—Entra y ten cuidado porque hay un tramo de escaleras. Rápido.

Ivana se apresuró y Eliot oyó como alguien abría la puerta central de la sinagoga. Con mucho cuidado cerró la luz de la habitación y abrió la ventana. Después entró también él en el armario y cerró tras él la puerta exterior e interior del mueble.

—Oh, Dios mío. No puedo mantenerlo encendido mucho rato, me quemo. Eliot, ¿dónde estás?

—Aquí, a tu lado, dámelo. Pasaré yo delante.

Estaban dentro de un túnel largo y oscuro a unos cinco metros bajo tierra. Los dos avanzaban por el pasadizo curvados. Con una mano, Eliot intentaba mantener el mechero encendido para ver dónde pisaban y, con la otra cogía a Ivana, para indicarle el camino. El túnel no tenía más de medio metro de ancho y olía a moho. Avanzaban en silencio y despacio. Ivana notaba cómo telas de araña le rozaban la cara y estaba segura de que en suelo había algo de agua porque sus pies estaban mojados. Oyeron un ruido y los dos pararon el avance y esperaron. Eliot apagó el mechero y se quedaron a oscuras en medio de la nada. Los dos sabían que era la mujer que había entrado en la habitación donde habían estado ellos.

La pelirroja abrió la luz y fisgoneó por la habitación. Miraba detenidamente cada rincón. Vio la ventana de la habitación abierta y miró a través de ella. Irritada soltó una maldición y en esos momentos entró una de las personas que estaba rezando en la sinagoga para ver qué estaba ocurriendo. La asesina de Ladislav salió de la sinagoga sin más explicación que su cara de irritación. Pero no se dio por vencida, era una mujer desesperada y sabía que no podían estar lejos. De repente se oyó, no muy lejos, un crujido, una madera que se rompía, pero el ruido quedó apagado entre el sonido de los coches que circulaban por delante de la sinagoga.

Eliot e Ivana habían avanzado unos treinta metros. No era mucho, pero a oscuras y con miedo parecía más. Habían llegado hasta una puerta de madera y Eliot la empujó hasta que cedió con un fuerte chasquido. Salieron y lo primero que vieron fue la luz de las estrellas que les pareció más brillante que nunca. Pero Ivana no podía imaginarse dónde la había llevado Eliot.

Estaban en medio del viejo cementerio judío de Praga.

Este cementerio es un escalofriante territorio donde las tumbas de los muertos se amontonan unas encima de otras como piedras en una cantera. Durante más de trescientos años este fue el único trozo de tierra donde permitieron a los judíos enterrar a sus muertos y desde tiempos medievales se sepulta a los fallecidos en el mismo lugar. Se dice que han llegado a formar doce capas de muertos. Son doce mil lápidas acumuladas en un pequeño espacio del centro de la ciudad y debajo de estos miles de losas, hay más de cien mil muertos que parecen pedir a gritos salir de su tumba. Todas las estelas de piedra están torcidas y la negra tierra del cementerio está toda abultada, como sometida a presión. Es espeluznante.

—¡Garbanzos! ¿Dónde me has traído, Eliot?

—Una chica como tú no tiene miedo a los muertos.

—Antes te dije que un poco... —Ivana estaba muerta de miedo y su respiración empezaba a ser irregular.

—No tienes por qué preocuparte. El último entierro que se hizo aquí fue en 1787. Hace más de doscientos años. Aquí no hay cadáveres «frescos».

—Esto no me tranquiliza mucho. —Ivana sentía un frío terrible. Sus pies estaban mojados y los zapatos de tacón la estaban matando, pero ni por un momento quiso quitárselos, estando en el lugar donde estaba. El pasadizo de la

sinagoga Maisel los había conducido hasta el otro lado de la avenida. Allí empezaba el viejo cementerio judío. Bajo uno de los árboles había una diminuta casa de jardinero entre las lápidas y de allí habían salido. Estaban justo detrás de otra sinagoga contigua al cementerio llamada Pinkas y que les protegía visualmente de la avenida.

Ivana no había estado nunca en el cementerio. Como la mayoría de los habitantes y turistas de Praga solo había visto el tétrico lugar desde fuera. Ya desde niña tenía pesadillas con esta parte de la ciudad. Ver las lápidas de piedra apiñadas, tan cerca las unas de las otras, era ver el infierno que avanzaba y quería coger a los vivos con esos agujones pétreos que parecían proceder del mismo averno. Eran punzones mortales, eran los difuntos que se rebelaban y clamaban salir de su indigno lugar de descanso, amontonados durante siglos como residuos de la historia, obligados a estar muertos, pero sin poder descansar en paz nunca.

Todo era silencio. Roto solo ocasionalmente algún vehículo que pasaba por la avenida. Ivana se sentía un poco mareada y se apoyó en la lápida que tenía más cercana. Vio en ella la estrella de David y lo que parecía un ave.

—Es la tumba de David Gans, un escritor y astrónomo del siglo XVI.

Ivana no dijo nada, pero le pareció tierno decorar la lápida con los símbolos de la estrella y el ganso que hacían referencia a su nombre. Los emblemas eran algo infantiles pero efectivos. Pareció tranquilizarse.

—No me digas que tu idea de una cita con una chica nueva es traerla de paseo a un cementerio y apabullarla con tus conocimientos.

—No. Pero soy un hombre informado. —Eliot sonreía, aunque sus ojos tenían trabajo. Miraba sin cesar a su alrededor. Intentaba decidir hacia dónde ir. Lo más seguro era cruzar el cementerio e intentar salir por el lado opuesto y así Gunila Nerulova no podría encontrarles—. Vamos a caminar un poco, creo que lo mejor es salir por la calle Brehova o por la calle del Museo de Artes Decorativas.

—Para no ser de Praga conoces muy bien la ciudad, americano. ¿Cómo diablos sabías lo del pasadizo?

Avanzaron despacio. Ivana no quería quitarse los zapatos, pero caminaba muy mal, los tacones se le clavaban en todas partes.

—Ya te dije que mis padres tienen amigos aquí. Uno de ellos es el rabino de Maisel. Una vez que pasé a visitarle me enseñó el túnel. Lo utilizaban durante la Segunda Guerra Mundial para ayudar a escapar a judíos. —Eliot la miró. A la luz de la luna, Ivana todavía le parecía más bella.

Caminaban pesadamente porque era muy fácil topar con las lápidas. De repente oyeron el crujido de la puerta del túnel por la que ellos mismos habían salido antes. Se asustaron. Tenía que ser esa maldita mujer. El asunto se complicaba. Aceleraron el paso, pero era extremadamente difícil avanzar en la oscuridad de la noche sin tropezar con los centenares de piedras medio hundidas en la tierra húmeda. El pánico se apoderó de ellos. Sabían de lo que era capaz esa mujer. Había matado a sangre fría al padre de Ivana y ellos podían ser los siguientes.

Corrieron. Eliot no podía cogerla de la mano porque el avance se haría todavía más difícil. A su paso tiró de la rama de un árbol hasta que cedió y se la llevó a modo de bastón. Habría que defenderse si era necesario. Ivana respiraba con dificultad, sentía pánico, no podía correr. Eliot dejó que ella pasase delante y pensó que sería mejor que él se quedara rezagado y se enfrentara a ese diablo que les perseguía.

—Ivana, tú sigue, por lo que más quieras. Corre hasta el final del cementerio, yo me reuniré contigo en unos minutos.

—No te voy a dejar aquí solo. Esa mujer puede que lleve una pistola, ¿qué vas a hacer tú con la rama de un árbol?

—Corre, tú corre. Y métete entre las tumbas, pasarás desapercibida. No tomes los senderos enlosados de piedra. —Eliot la empujó con fuerza.

No había tiempo que perder, Ivana empezó a correr en la oscuridad. Lo único que podía hacer era confiar en él y hacer lo que le rogaba. Era una carrera de obstáculos, no podía marchar rápido, pero hacía todo lo posible. No veía nada, los nervios la traicionaban. Tumbas y más tumbas. Algunas lápidas eran tan altas como ella misma. Miró hacia atrás y vio que Eliot se escondía detrás de una gran losa que tenía un león rampante en la cima. Ella siguió en la oscuridad y a la deriva. Ya no podía ver a Eliot y sintió un nudo en la garganta y un dolor punzante en el corazón. Confundida y desconcertada siguió adelante.

Avanzó, caminando a paso ligero hasta que una lápida maltrecha y medio hundida le jugó una mala pasada y se cayó. Sintió el contacto de la tierra húmeda en su cara y un fuerte golpe en el pecho. Apretó los labios y cerró los ojos por el dolor. Desgraciadamente eso no fue lo peor. Su mano tocó algo mórbido. Era nauseabundo, blando y frío. Le dio pánico mirar, pero se armó de valor y lo hizo: era el cuerpo de un hombre medio enterrado en la tierra y en estado de putrefacción. Ivana no pudo más y gritó, gritó con todas sus fuerzas. Vio un par de ratas que salían huyendo del cadáver. Su mano seguía pegada a la cara medio podrida del hombre, un individuo que no podía ser en ningún caso uno de los habitantes del cementerio. Se arrastró como pudo y se alejó medio metro del hombre. Se apoyó en una de las lápidas para asentarse y tomar aliento. Mantenía en alto la mano con la que había tocado el cadáver. Estaba mojada como si parte de la cara podrida del cadáver hubiera quedado adherida a su mano. Seguía profiriendo gritos y palabras de repulsión mientras miraba a menos de un metro el cuerpo medio visible de ese ser humano. No tenía ojos y era horrendo, en su lugar había dos surcos negros espantosos y su pelo estaba todo pegado y mezclado con la piel de la cara que era de color morado. Oyó pasos, de más de una persona, y cada vez estaban más cerca. Sintió terror. Era el final. Acabaría como aquel desgraciado que tenía delante. En unas semanas su cuerpo sería tan encantador como el de ese muerto que contemplaba con repugnancia. Ivana estaba en estado de shock. Alguien la llamaba y ella quería responder, pero tenía miedo. ¿Era Eliot? ¿Era él?

—Ivana, por fin. ¿Qué ha pasado? ¿Te has caído? —Eliot apareció acompañado de un hombre mayor. No había señales de la pelirroja. Ella le señaló el muerto. Los dos hombres soltaron una exclamación y se apartaron instintivamente del cadáver. Eliot se acercó a ella y se arrodilló. La cogió de la mano. Ella sintió un gran alivio al verle y lo abrazó con fuerza. Era él, no era un fantasma ni un producto de su imaginación.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Empiezo a pensar que eres mi ángel de la guarda.

—Un ángel no, pero soy un caballero y ayudo a las mujeres en apuros, si surge la ocasión. —Eliot vio que Ivana mantenía una mano en alto—. ¿Te doblaste la mano?

—Me he caído de bruces y lo he tocado con la mano.

Él sacó un pañuelo y se lo dio. Ivana tenía la cara y la ropa sucias pero lo único que quería era limpiarse esa mano. Miró con recelo al hombre que estaba con ellos.

—No te inquietes, es un amigo. La pelirroja no sabe que estamos aquí.

El hombre mayor que acompañaba a Eliot observaba el cadáver con detenimiento. Era el rabino de Maisel, una de las personas que estaban rezando en la sinagoga cuando ellos entraron. Enseguida reconoció a Eliot y comprendió que algo sucedía. Esperó a que la pelirroja abandonara el edificio de rezo para poder ir tras Eliot y su amiga por si necesitaban ayuda. Los dos se alegraron enormemente de que no fuera Gunila Nerulova.

—Esto es extraordinario —dijo el hombre—. No es uno de los nuestros. Hace doscientos años que aquí no enterramos a nadie. Este cadáver tendrá solo unas semanas.

Eliot dejó a Ivana y se acercó también al muerto.

—Y ni siquiera está enterrado. —Y tenía razón. A Ivana le había parecido que estaba medio enterrado, pero era porque el cuerpo había caído parcialmente en un hoyo y dos lápidas medio derrumbadas impedían ver el cuerpo entero—. Es extraño que nadie haya advertido su presencia.

Eliot miraba la ropa del cadáver. Era un traje de calle y una gabardina. Él era médico y el cuerpo no le causaba ninguna aversión. Se acercó y hurgó con cuidado en los bolsillos del gabán. Estaba mojado y sucio.

—No. No es extraño —apuntó el rabino con seguridad—. El cementerio está cerrado al público y ahora en invierno las visitas guiadas son escasas. Y, en cualquier caso, nadie se mete entre las tumbas. Quien viene aquí no abandona los caminos enlosados que cruzan el cementerio y desde los senderos centrales es imposible ver un cadáver tendido aquí.

Eliot no encontró nada en la gabardina. Movié un poco el cuerpo. Al moverlo, un hedor espantoso escapó de su interior. Pero la curiosidad lo vencía.

—No aprecio ningún golpe, ni disparo. —Pero estaba muy oscuro y el cuerpo, en malas condiciones. Siguió hurgando en la ropa. Sin miedo metió la mano en los bolsillos de los pantalones del muerto. Esta vez algo encontró que

no le hizo ceder. Lo sacó, era la cartera del muerto. Eliot se puso de pie y la abrió, el rabino se acercó. Todos querían saber quién era ese hombre.

—Hay dinero, tarjetas de visita de algunos talleres de diamantes de la zona, pero... no. Espera, sí... aquí está. Es checo y su nombre es Franz Kafka.

Una risa torcida y de disgusto se dibujó en los labios de los tres, que miraron al muerto de nuevo en un intento de reconocimiento, aunque sabían que debía de ser un documento falso. Tenían ante ellos un cuerpo podrido, ennegrecido, inmóvil y fétido. Todos habían oído hablar del escritor checo y su obra. Morir como había muerto ese hombre era una mala jugada del destino.

Ivana soltó una exclamación. Recordó algo y rogó encarecidamente a Eliot que siguiera buscando.

Capítulo 23

Si dices la verdad, no tendrás que acordarte de nada.

Mark Twain (1835-1910).

Eliot no encontró nada más. Ni lo que Ivana supuso que podía estar en los bolsillos de ese hombre. Ella recordó algo que le había comentado Gatsby. Una historia rocambolesca sobre un misterioso individuo que había desaparecido con unos diamantes de gran valor unas semanas atrás y cuyo nombre conocido era precisamente Franz Kafka.

Pero todo esto pasó a un segundo lugar. La noche fue larga para todos y quedó claro, después de la persecución, que tenían que mantener una conversación sincera con la policía. Ya no era discutible. Había llegado el momento de hablar con Rudolf Hus, el detective jefe de Praga, y ponerle al día. Eliot estaba convencido de que corrían peligro y también Ivana estaba asustada después de lo sucedido esa noche. El rabino de Maisel llamó a la policía mientras todavía estaban en el cementerio y abrió unos portones de la verja para que pudieran acceder con facilidad al lugar donde se encontraban. Dos coches oficiales se presentaron a los diez minutos. No tardaron en llegar, al fin y al cabo, estaban en el centro de la ciudad, pero la verdad es que la espera se hizo eterna para ellos.

El detective llegó media hora más tarde y esta vez no fue tan amable con ellos. Las circunstancias le decían que Ivana Mendel le había estado ocultando algo y eso no le gustaba. Dio la orden de que llevaran a los tres testigos a la comisaría y allí se quedaron toda la noche. Les dejaron descansar unas horas en desvencijadas celdas subterráneas y sabían que por la mañana les esperaba un interrogatorio formal.

Esta vez no hubo protestas de la abogada. Ivana aceptó de buen grado pasar la noche entre rejas, era el lugar más seguro para ellos en ese momento. Durante la noche tuvo ocasión de contar a Eliot la historia sobre el hombre misterioso que llevaba consigo una bolsa de piedras preciosas y se hacía

llamar Franz Kafka. Los dos pasaron la noche en vela y sus mentes no pararon de rumiar. Esas horas robadas al sueño son las mejores para ver las cosas claras.

Fue la primera vez que Ivana relacionó los diamantes y piedras preciosas que llevaba Franz Kafka con la historia que le habían contado su madre y Violeta sobre las míticas piedras del frío. La alargada sombra de su padre se posaba una vez más en el escenario de un asesinato. Pero las piedras no estaban en ninguna parte, seguían siendo una leyenda. Eliot la escuchó atentamente y estuvo de acuerdo con ella, quizá era esto lo que Gunila Nerulova buscaba desesperadamente: las piedras del frío, diamantes y piedras preciosas de gran valor, guardadas durante años escrupulosamente, veladas por una dudosa y desconocida leyenda. Pero por alguna razón, alguien las había expuesto, las despertó de su sueño, posiblemente para convertirlas en dinero. ¿Quería Ladislav proteger esas piedras y por eso le mataron, o era él que quería a toda costa el dinero y la pelirroja actuó para impedirselo?

A primera hora de la mañana tomaron declaración al rabino y después lo dejaron en libertad. Antes de abandonar el edificio bajó a las celdas a despedirse.

—Vaya noche. —El rabino les sonrió—. Vamos a recordarla, seguro. Dejan que me vaya. Les he contado hasta donde yo sé, jovencitos... Ahora es cosa vuestra. No quiero que me digas nada, pero si necesitas algo, Eliot, llámame.

—Gracias, rabino. —Ivana también le dio las gracias desde el fondo de la celda.

—El día que vine a verte y me enseñaste la sinagoga, y sus secretos, sin saberlo ya me ayudaste y es posible que nos hayas salvado la vida...

—Espero que den con esa mujer. Si la viera de nuevo la reconocería sin dudar. Es de esas personas que no se olvidan jamás. Cuando la vi entrar en la sinagoga detrás de vosotros enseguida comprendí que algo malo sucedía.

Dos jóvenes policías abrieron la celda donde la pareja había pasado la noche y les indicaron que debían subir al piso superior donde les esperaba el detective. Se despidieron del rabino y acompañaron a los dos hombres uniformados.

En las oficinas había un gran revuelo. Cruzaron dos salas donde había policías trabajando. En alguna de las mesas había pequeñas decoraciones navideñas y se oía música de villancicos. Ellos pasaron directamente a la oficina de Rudolf Hus, quien les estaba esperando sentado a su escritorio. A su lado tenía a una mujer no uniformada que les fue presentada como su ayudante. Y justo enfrente, al otro lado de la mesa, estaban sentadas Flor y Violeta.

—Hija, ¿qué te ha pasado? —Flor se sobresaltó al ver a su hija con la ropa y el pelo sucios—. ¿Y qué haces, hacéis, aquí? —Flor abrazó a su hija y le dio un beso.

La joven abogada las observó. Violeta y su madre no iban vestidas, estaban allí con ropa de cama. Estaba molesta. Dirigió la mirada hacia el detective porque había importunado a su familia de esta forma. Rudolf Hus interpuso una justificación.

—Hay que aclarar la situación, señora Mendel. Es esto o interrogatorios por separado que nos llevarán todo el día y serán una pérdida de tiempo. Lo del atuendo de su madre y su amiga supongo que es fruto de un malentendido.

Violeta, que todavía llevaba el collarín ortopédico, levantó la mano como si estuviera en el aula de la escuela y miró a Ivana. Quería explicar su presencia allí.

—Han llamado al móvil de Flor esta mañana y un policía se ha presentado en el piso poco después de que le diéramos la dirección. Con los nervios no sabíamos ni qué ropa ponernos, así que...

Las dos mujeres iban con pijama y batín. Se habían quitado las chaquetas en la oficina del detective y las dos estaban allí con batas rosas y zapatillas de corazones. Ivana cogió una silla y se sentó al lado de Flor y Violeta. En cuanto a Eliot, no parecía tener la intención de sentarse.

—Dado que hay suficientes pruebas de que todos acabamos de levantarnos... —con la mano Eliot mostró al comisario el aspecto desgredado que tenían todos—, sería de cortesía que la policía nos ofreciera un desayuno. Y que sea doble para la señora Ivana, que tiene que comer por dos.

Se hizo un silencio absoluto. Todos miraron a la abogada. Aquella oficina parecía un juzgado y ella la acusada. «¡Garbanzos!», pensó Ivana. Flor soltó una exclamación. Violeta se tapó la boca con la mano.

—Todavía no se lo habías dicho... —Eliot se llevó la mano a la cabeza.

—Felicidades, está usted esperando un hijo. —El detective fue el primero en decir algo. Echó un rápido vistazo a los sorprendidos reunidos en su oficina.

—¿Estás embarazada, Ivana? ¿Estás esperando un bebé, hija mía? ¡Pero qué alegría más grande que me das! —Flor se levantó de la silla y Violeta e Ivana también. Todos estaban de pie de nuevo. Todo eran abrazos y besos de las dos mujeres. Primero agasajaron a Ivana y después a Eliot, que pensaban que era el padre.

—No, no, Eliot no es el padre —quiso aclarar Ivana.

—Da igual, hija, da igual quien sea el padre. Ivana, me vas a hacer abuela, ¡voy a tener un nieto! —exclamó Flor eufórica.

—Enhorabuena, Ivana, esto hay que celebrarlo. —Violeta estaba también entusiasmada. Tanto su amiga como ella iban a compartir sus vidas con un pequeño ser que significaría mucho para ellas. Se abrazaron y soltaron lágrimas de alegría. Sacaron pañuelos de papel que llevaban en los bolsillos de sus batines y siguieron alegres su baile de fiesta en medio de la oficina. Se ponían de puntillas en sus zapatillas y se hubieran puesto a cantar villancicos si no fuera porque el detective detuvo tanto alboroto familiar.

—¡Por favor, señoras, que están en una comisaría! —El policía, muy serio, se dirigió a su asistente—. Llama a Beck y dile que traiga unas pastas y cafés del bar de enfrente y que lo apunte a mi nombre. —La asistente asintió con la cabeza y salió de la oficina.

Eliot presenciaba la escena risueño y algo aliviado de no tener nada que ver en el asunto en cuestión e Ivana estaba sorprendida de lo bien que se la había tomado su madre. «Ni una apostilla moral», pensó. Mientras charlaban y hacían preguntas de todo tipo a Ivana, entraron dos camareros con una bandeja de pastas y otra con cafés. La ayudante del detective hizo espacio en la mesa de su jefe para dejar el desayuno y este dejó unos minutos a los presentes para que pudieran tomar algo.

Al final, la cordura de los representantes del orden se impuso en la oficina y empezaron a hablar de lo sucedido la noche anterior. Eliot explicó su visita al piso de Ladislav después de que la policía devolviera las llaves a Ivana. Contó que el piso estaba completamente revuelto y narró detalladamente su paseo con Ivana por la ciudad, cómo les siguió Gunila Nerulova y la

persecución a la que fueron sometidos y que acabó en el viejo cementerio hebreo. Flor y Violeta estaban horrorizadas.

—Por Dios, hija. Espero que ahora tengas más cuidado. ¿A ti te parece bien en tu estado ir a cementerios a media noche?

—Fue idea de Eliot —dijo ella para sacarse a su madre de encima.

—Gracias. —Eliot la miraba. Le encantaba repasar el cuerpo de ella y pararse en sus pechos cuando estaba ocupada en otras cosas y no se daba cuenta.

—Todo esto no explica su encuentro con el cadáver.

—¿Qué cadáver? ¿De qué muerto habla? —Flor estaba muy excitada.

—Cálmate. —Ivana miró a su madre—. En el cementerio tropezamos con un muerto.

—En un cementerio, natural —dijo Violeta para quitarle importancia al asunto y calmar a su amiga.

—Fue algo casual, completamente fortuito. Ivana se cayó y allí estaba... —intervino Eliot.

—Sí. Bueno mejor que esta parte del muerto la dejemos para después y nos centremos ahora en la mujer que les perseguía.

Eliot contó al detective cómo habían averiguado su nombre y el lugar donde trabajaba. Ivana se armó de valor y explicó que en el museo fue esa mujer la que acabó con la vida de su padre. Se le hacía un nudo en la garganta, pero prefirió adelantarse y contarlo ella, porque todavía resultaba más duro para Flor y para Violeta. Las dos mujeres habían sido testigos del asesinato, y seguía siendo un trauma que solo superarían con la ayuda del tiempo. Las dos asentían con la cabeza mientras Ivana narraba los hechos tal como ellas se lo habían explicado. La angustia las embargó al recordar ese día en el museo y volver a ver en sus mentes a Ladislav tendido en el suelo sobre el charco de sangre y el eco de los gritos dentro de esa enorme sala del lapidario.

El detective jefe no estaba contento. Durante semanas le habían ocultado información. Rudolf Hus hizo varias preguntas a Violeta. Quería saber su posición en la sala y cerciorarse con toda seguridad de que había visto disparar a la mujer pelirroja. El detective contaba ya con los testigos japoneses que habían visto a esa mujer en el museo, así que parecía que había encontrado a la asesina del político. Eso le gustaba y le llenaba de

satisfacción. Sin embargo, sabía que ahora tenía que establecer el móvil: por qué Gunila Nerulova había matado a Ladislav Mendel. Y así mismo formuló la pregunta a la hija y a la exmujer del fallecido.

—Es incuestionable que Ladislav y Gunila Nerulova tenían algún tipo de relación. ¿Frecuentaba él la taberna donde trabaja esta mujer?

—Sí. Es una taberna que queda cerca del piso donde vivíamos juntos con Ladislav... —aclaró Flor—. Hace años, antes de que nos separáramos... Yo no sé si hubo algo más entre ellos. —Flor había tenido tiempo para pensar y no era tan ingenua como para ignorar la posibilidad de que Ladislav hubiera tenido una relación íntima con esa mujer, aunque su corazón le decía que era imposible—. Lo único que le puedo decir yo es que quise mucho a mi marido y él me quiso a mí. Siempre.

Mientras confesaban al comisario parte de lo que sabían, en su despacho no paraban de entrar y salir policías que le traían papeles y le susurraban al oído mensajes, a lo cual él ratificaba con la cabeza o firmaba si era algún documento y les hacía señas para que salieran rápido de su oficina.

—Y usted, señora Ivana, ¿sabe si últimamente su padre visitaba la taberna?

—No lo sé. Pero desde luego queda muy lejos del apartamento donde vivía ahora.

Flor e Ivana intentaban por todos los medios no sacar el tema de la conversación en el castillo. No querían ensuciar el nombre de Ladislav. Algo turbio había en su pasado, pero no querían ser ellas quien desvelaran un pasado recóndito y furtivo de su padre del que ellas siempre habían quedado al margen y del que no sabrían nada si no hubiera sido por esa maldita conversación que había oído Flor.

—De todas formas, doy por hecho que, con la información que tiene usted ahora, detendrá a Gunila Nerulova.

—Sí. De hecho, ya he dado la orden y está en busca y captura. —El detective hizo una pausa—. Pero el motivo sigue en el aire. Es evidente que el señor Ladislav tenía algo en su poder, guardaba algo que esa mujer quiere desesperadamente... Pero, si es así, ¿para qué matarle? —Rudolf Hus dudaba—. Los hechos coinciden con la llegada de usted a Praga, señora Lope.

Todos miraron a Violeta. Por supuesto había entendido que nadie de los presentes quería mencionar la conversación en el castillo. Pero ella y Flor habían estado en la taberna de esa maldita mujer unos días antes de que Ladislav muriera y, si eso llegaba a saberlo ese policía, sospecharía de ellas.

—Yo... ¿qué le puedo decir?: me llamó Flor y me invitó a pasar unas vacaciones con ella. ¿Cómo podía saber que sucedería todo esto? Flor y yo hace muchos años que somos amigas, pero con Ladislav, nada. Lo vi una vez hace años, cuando vino Flor a los Pirineos a verme... —Mientras hablaba la señora Lope recordó la conversación en la taberna y las malditas piedras del frío—. Es posible, señor comisario, que todo tenga que ver con el dinero.

—¿Y por qué piensa esto señora Lope?

—No lo sé. —Con ojos de ardilla miró a todos los demás.

Ivana atacó.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es posible? La relación de mi padre con esa mujer podría ser estrictamente de negocios.

—Negocios seguramente turbios, con tanta violencia de por medio. —El detective rumiaba—. ¿Tuvieron ustedes ocasión de hablar con él el día del museo, les contó algo? Y sean fieles a la verdad, por favor.

—¡Fuimos al museo juntos! —Flor recordó perfectamente la mentira, la ficción que habían acordado todas para explicar la presencia de los tres en el museo.

—Y quizá nos siguió y tuvo miedo de que Ladislav nos dijera algo... Pero no nos dijo nada... No hubo tiempo —añadió Violeta.

—Solo espero que encuentre a esa asesina y todo se aclare —intervino Ivana convencida de que era mejor dejarlo así. Si la policía daba con la pelirroja, era probable que esta no hablara, pero se pasaría prácticamente el resto de su vida en la cárcel porque era una asesina. Fuera lo que fuese lo que buscaba esa mujer con tanto afán, había ido demasiado lejos para conseguirlo; había matado a su padre.

Eliot asistió a todo el festival de suposiciones y simulaciones de la verdad con asombro. Pero lo único que le importaba a él también era que cogieran cuanto antes a Gunila Nerulova, nada más. Eliot sabía la verdad. Ivana le había explicado la conversación que oyó Flor en el castillo. Ladislav y la pelirroja hablaron de asesinatos, de haber matado a gente en otra época y de

volver hacerlo una vez más. Era difícil, por no decir imposible, saber si Ladislav dio ese paso hacia el abismo, matar a otra persona. Y si lo hizo, detrás tenía que haber una poderosa razón, un móvil que bien podría ser económico y estar relacionado con las piedras preciosas que fueron vistas en la ciudad unas semanas atrás, piedras que, por alguna razón, habían despertado de un legendario letargo invernal.

Capítulo 24

Si así fue, así pudo ser; si así fuera, así podría ser; pero como no es, no es. Eso es lógica.

Lewis Carroll (1832-1898)

Gunila Nerulova seguía en busca y captura. Habían pasado dos días desde la persecución en el cementerio y se acercaba el fin de semana. El descubrimiento del cadáver quedó como un tropiezo accidental y desafortunado de Ivana Mendel y Eliot Stenberg. Algo fortuito.

El muerto que encontraron era el hombre que había dejado diamantes en algunos talleres de la ciudad bajo el notorio nombre de un escritor checo. Le reconocieron por la ropa que llevaba, aunque seguían sin saber quién era. El detective Rudolf Hus estaba esperando el informe del instituto médico forense para saber cómo había muerto Kafka, que así era cómo le llamaban en la comisaria. Quedaban otros interrogantes a los que también tenía que buscar una respuesta: qué hacía en el cementerio ese hombre y dónde estaban los diamantes que llevaba consigo la última vez que fue visto. Todos los talladores coincidían en que tenía una bolsa que contenía piedras preciosas sin cortar. ¿Dónde estaba esa bolsa ahora?

Entre tanto, en casa de Tommy Zizkov, el jefe de Ivana, todo eran preparativos para la comida que había organizado su mujer, Loreto, para el sábado. Tuvo que añadir a su lista de invitados a un policía, ya que, después de lo ocurrido unas noches atrás en el cementerio, tanto Ivana como su madre y Violeta iban a todas partes acompañadas de guardaespaldas.

Las dos señoras españolas procuraban estar siempre juntas y se movían por la ciudad en pareja y custodiadas por un policía. Ivana tenía su propio oficial de seguridad y Eliot se negó en redondo a llevar a alguien pegado a los talones. El sábado irían juntos a la comida del jefe del bufete y juntos abandonarían la fiesta, así que acordaron con el detective jefe que solo los acompañaría un policía.

Rudolf Hus no quería tener complicaciones. Él era el responsable de su seguridad. Había sido muy tajante a la hora de imponerles protección oficial. No habían encontrado a Gunila Nerulova pero todo indicaba que debía de seguir en la ciudad. La frialdad que había demostrado esa mujer en la forma en cómo mató a Ladislav daba a entender que no se pararía ante nadie.

El detective no se equivocaba. El viernes por la mañana dejaron sobre su mesa el informe del forense donde se esclarecía la causa de la muerte del cadáver que encontraron Ivana y Eliot. Le habían disparado a quemarropa cuatro semanas atrás y resultó que la bala que lo mató era idéntica a la que acabó con la vida de Ladislav Mendel unos días después. El detective no se esperaba que las dos muertes estuvieran relacionadas. Pero dada la evidencia, todo indicaba que Gunila Nerulova era culpable de otro asesinato. Sentado en su despacho, cavilaba. En su mesa también tenía los cinco pequeños diamantes que el misterioso Kafka había dejado en cinco talleres de la ciudad. Todos los talladores coincidieron en que el hombre llevaba una bolsa con otras piedras preciosas. La hipótesis de que el móvil fuera económico ahora era ya una teoría en firme. Esa bolsa de diamantes parecía ser el motivo de los dos asesinatos. También se preguntaba hasta qué punto estaban involucrados la hija de Ladislav y su amigo Eliot Stenberg.

Encontrar a Gunila Nerulova era una prioridad para la policía de la capital checa. Al detective en jefe no le hacía ninguna gracia tener en esas fechas navideñas una mujer inestable y capaz de matar por las calles de la ciudad. Él estaba convencido de que seguía escondida en algún lugar del centro de Praga y no abandonaría hasta encontrar lo que buscaba. Rudolf Hus miró detenidamente esas piedrecillas dentro de la bolsa de plástico para las pruebas. Se levantó de la silla y cogió su gabardina. Al salir de su despacho dio un par de instrucciones a un policía y este se puso la chaqueta y cogió su sombrero reglamentario. Se dirigían a uno de los talleres de talladores. Hus quería saber más sobre esas malditas piedras tan pequeñas y tan valiosas.

Al otro lado de la ciudad, en el flamante edificio del bufete de abogados, Pete abría la oficina y era el primero en llegar. Su jefe, Tommy Zizkov no dejaba que nadie se durmiera en los laureles. Ivana aún no había dicho nada en la oficina de su embarazo. Pero ahora que ya lo sabía su madre, era cuestión de tiempo que la noticia llegara a oídos de su jefe. El tema no la preocupaba,

cuando Ivana entraba en su despacho a trabajar se olvidaba de su vida privada y era una máquina profesional. Tenía pendiente la nueva visita a los dos inquilinos vidrieros del edificio que había que comprar, pero después del asalto acometido contra el taller se sentía incómoda. Ella no había tenido nada que ver con eso, pero después de una corta conversación que había mantenido con el alcalde, Ivana sospechaba que quizá él sí había instigado el acto vandálico. Era una situación embarazosa y no podía compartir con nadie sus sospechas. El alcalde de Praga era su cliente.

A pesar de todo, tenía que hacerles una visita. Sería hoy. Había que conseguir ese edificio de una vez. Esa madrugada de viernes no se quedó en la cama a retozar. Desde que pasaban las noches juntos Eliot y ella siempre se enredaban por la mañana y se retrasaban. Él la acariciaba suavemente, le gustaba jugar con sus pechos. Ella se dejaba, pues le gustaba ver sus robustas manos sobre su cuerpo y sabía que el juego acabaría con un revolcón apasionado, cosa que a Ivana le encantaba. Pero hoy no, había trabajo que hacer antes de que empezara el fin de semana. Ivana le había comentado a Eliot que tenía una nueva reunión con los dos inquilinos del edificio.

—Esta mañana vamos a vernos. —Eliot abandonó la cama y siguió hablando con ella mientras iba a la cocina a preparar café.

—Eliot, tengo mucho trabajo esta mañana. Todavía no sé qué haces tú por las mañanas, pero yo trabajo. —Ella se estaba vistiendo. Se puso un elegante traje chaqueta. Tenía esa cita en el taller y quería impresionar a los artesanos, quería tener el control.

—Digamos que yo también trabajo...

—Así pues, no eres un turista... —Ivana sabía muy poco de Eliot. Pero por alguna razón que ni ella misma podía entender, confiaba ciegamente en él —. Quizá algún día podrías contarme qué haces por las mañanas...

—Quizá hoy te lo cuento... Pasaré por mi casa a recoger tu caleidoscopio. Lo dejé allí y hoy tengo intención de arreglarlo.

La imagen de su padre apareció por un instante delante de Ivana.

—Ah, entiendo. A eso le llamas tú trabajo. —Ivana se rio—. Por cierto, esta es otra: me gustaría ver tu casa y algún día de estos me autoinvitaré ya que tú no lo haces.

—Pues que sea hoy: esta noche dormimos, o lo que sea, en mi piso.

—¡Garbanzos! Esto no lo esperaba. —Ivana se paró y sorprendida le pidió que lo confirmara. Él así lo hizo. Ella, muy organizada, cogió una bolsa de viaje y la llenó con algunas prendas de ropa y un neceser con lo imprescindible. Era excitante ver por fin la guarida de ese americano que le había robado el corazón.

Se despidieron cálidamente e Ivana se fue directa al bufete. Era extraño ir a todas partes acompañada de un policía. El que le había tocado a ella no era muy hablador, pero casi lo prefería. Cuando llegó a la oficina organizó el día, desayunó bien y se tomó las pastillas recetadas por el ginecólogo. Saludó a su jefe, que también había madrugado, y a los colegas que estaban en la oficina. Todo era normal, su embarazo seguía siendo un secreto en la pecera de cristal.

Tres horas más tarde dejaba el bufete para reunirse con los artesanos de vidrio. Ir de nuevo al barrio judío después de lo ocurrido en el viejo cementerio no le gustaba, pero el taller estaba precisamente en el corazón del barrio. También temía la llegada al mismo. Había creado imágenes fantasiosas en su cabeza sobre el estado en que se encontraría después del ataque, imágenes que la sobresaltaban.

Por experiencia, Ivana sabía que siempre era mejor quedar en casa del cliente porque así se relajaba. En una oficina de abogados todos los visitantes están tensos. Pero se enfrentaba a un caso distinto. Desde el principio, el propietario del edificio había dejado muy claro a la abogada que solo vendería si los artesanos que alquilaban el local estaban de acuerdo. Así que Ivana tenía que negociar con ellos y convencerles para que trasladaran su taller a otro lugar. Esta vez ni ella misma sabía cómo enfocar la reunión.

El policía que la acompañaba a todas partes caminaba muy cerca de ella, cosa que agradeció enormemente en el trayecto hasta el taller. Pronto vio las puertas dobles de la entrada del local. Estaban abiertas y ella pasó sin llamar. El agente echó un vistazo al interior de la pequeña factoría y después salió fuera y se quedó de pie en la entrada. Moses, que estaba allí, se asustó al verla con el oficial de la ley. Ivana le saludó y sin dar ningún detalle le dejó claro que el policía nada tenía que ver con su visita.

—¡Mal estarán las cosas para la gente de su profesión, señora! —El vidriero sacó sus propias conclusiones.

—No, no. Es algo personal... —Ivana quería dejarlo claro.

—Ya, siempre es personal. —El vidriero sonrió afablemente—. Mi compañero está a punto de llegar. Ha ido a entregar unos jarrones a un cliente. En las vísperas de Navidad siempre tenemos mucho trabajo. —El hombre tenía cara de cansado. Tanto él, como Vaclav y el muy socorrido aprendiz, habían sacado horas de sueño para trabajar y hacer nuevas piezas para Navidad.

—No se inquiete, esperaré. —Ivana miró a su alrededor. En las grandes mesas de madera había de nuevo objetos de vidrio de colores vivos. La mayoría eran grandes jarrones, todos distintos y muy hermosos. Como por inercia Ivana se acercó a tocarlos. Había tenido un miedo inconfesable de encontrar esas mesas yermas. Pero no era así y se alegró sinceramente. Esos dos artesanos habían luchado y trabajado para llenar el desierto que dejaron tras de sí los desaprensivos que atacaron su taller.

Al ver todas las piezas nuevas, Ivana comprendió algo mejor, el amor y el respeto que Moses y Vaclav sentían por el vidrio. Ella tocaba las obras, atraída por sus formas deslizantes y su intensidad cromática. Era una sensación desconocida.

—El vidrio es un material muy ligado al tacto.

El vidriero seguía con su tarea, pero observaba a Ivana. Estaba firmando con un punzón eléctrico la base de unos jarrones que tenía junto a él: moses beck. Las piezas eran todas distintas y por tanto únicas, pero desestimadas como esculturas, quizá por su tamaño, quizá por su forma de origen utilitario. Sin embargo, nada podía quitarles su belleza y su magia.

—¡Son preciosos y qué colores! —Ivana cogió un jarrón rojo intenso.

—Este color, el rojo, es el más difícil de hacer en vidrio. A mí personalmente me gusta mucho el azul, el vidrio azul. —El artesano la miraba. No parecía la misma mujer que había estado en el taller en anteriores ocasiones. Por primera vez el vidriero veía un ser humano detrás de la abogada.

—¿Cuántos años hace que trabaja el vidrio?

—Desde que tenía trece años. Mi padre era italiano, ¿sabe?, de Murano, y vino a vivir a Praga de joven. Yo trabajé a su lado desde niño. Me enseñó todo lo que hay que saber sobre el vidrio soplado. Mi compañero, en cambio, es el experto en vidrio moldeado: yo en soplado, él en moldeado.

—Hace unos días estuve en una fiesta donde había una escultura en vidrio de un artista llamado Libensky, ¿lo conoce?

—Claro, claro que sí. Libensky y su mujer Jeroslava son nuestro Giotto, nuestro Brunelleschi y nuestro Boticelli juntos. Ellos son los que llevaron el vidrio checo a los museos, haciendo grandes esculturas, estudiando todos los secretos de este material que, para mí, si me permite expresar mi opinión, es tan y tan extraordinario. Te atrapa como un hechizo amoroso.

El hombre miraba a la hermosa mujer que tenía delante. La hija de Ladislav y Flor se había transformado en una diosa eslava. Ella seguía caminando por el taller y tocaba los jarrones abstraída.

—Mi compañero podría contarle algunas anécdotas. Él trabajó con Libensky hace años, ¿sabe usted? Y tuvo la oportunidad de conocer a otros artistas famosos y yo también. Recuerdo especialmente a uno, un artista americano, con un parche en un ojo como los piratas, Dale Chihuly se llama. Perdió el ojo trabajando, ¿sabe usted?

El artesano señaló el horno que tenían al fondo. Desprendía calor y hacía que en invierno el taller fuera un lugar cálido y acogedor. Ivana lo miró. Era grande y vio el fuego candente a través de una pequeña ventanilla en la parte superior.

—Chihuly hace vidrio soplado como yo pero no se puede usted imaginar las esculturas que hace. Conoce tan bien el vidrio que juega con él, lo dobla, lo colorea, ¡lo hace explotar! Ahora que lo pienso, sería el artista perfecto para comisionar un gran regalo de Navidad. —El artesano se rio de su ocurrencia, seguramente visualizaba en su mente alguna de las obras del artista —. Espere a que llegue mi compañero. Él le puede contar más cosas y Eliot también, porque es americano y sus padres...

—¿Eliot? —Ivana le interrumpió sobresaltada. «¿Cuántos Eliots americanos puede haber en Praga en ese momento?».

En ese preciso instante entraron por la puerta Václav, su socio y «su» Eliot americano. El hombre con el que se había levantado esa mañana y del que se había enamorado tontamente le descubría una faceta más de su vida. Allí estaba con una vieja chaqueta caqui, sus pantalones de pana azul oscuro, su gorro de lana gris y sus guantes agujereados y de distinto color, dispuesto a poner el mundo de ella del revés.

—¡Garbanzos! —Ivana se alegró de no tener ninguno de los jarrones de cristal entre las manos en ese momento. Eliot se acercó a ella y la besó con devoción, no podía resistirse a esa mujer esclava que le hacía morir cada vez que le tocaba.

—Así que tus manos pertenecen a este lugar. —Ivana se las cogió después de que él se quitara los guantes. Desde el primer momento que le conoció le gustaron: manos curtidas y fuertes de un hombre que sabe lo que quiere—. Tú sabías que hoy vendría aquí...

—Sí, mujer. Desde que nos conocimos esa noche, me hablaste de este caso que llevabas y comentaste lo del taller de vidrio, deduje que era el de Moses y Vaclav.

—¿Por qué no...?

—No sabía ni tu nombre, Ivana. No pensé que volvería a verte. Después, bueno, después todo ha sido una chiquillada. No sabía cómo decirte que, aunque soy médico, lo que verdaderamente soy es artesano. Me gusta trabajar con mis manos, señora abogada.

Ella apretó sus manos alrededor de las de él. Le daba completamente igual a lo que se dedicara Eliot.

—Mejor así. Podrás hacer uno de estos jarrones tan hermosos y regalármelo cada Navidad.

—¿Lo veis, chicos?, ya os dije que había encontrado a la mujer perfecta.

Los dos artesanos estaban con la boca abierta porque Eliot no les había dicho que la mujer de la que les hablaba cada día era la abogada que intentaba echarles de su taller. En aquellos instantes Moses y Vaclav dudaron de que Ivana fuera la mujer perfecta, todo dependía de cómo se solucionaba el tema que la traía a su taller. De todas formas, aquel día la reunión se presentaba diferente a las demás. Se tomaron las cosas con calma, todos estaban más distendidos y con una mayor disposición a negociar.

Capítulo 25

Nada es verdad, ni es mentira, todo depende del cristal con que se mira.

William Shakespeare (1564-1616)

La negociación con los dos artesanos fue dura; estuvieron discutiendo posibles arreglos durante horas. Ivana los escuchó más que en ocasiones anteriores. Ellos se explayaron y le hablaron de su pasión por el vidrio; también le contaron cosas sobre Eliot, anécdotas que él les había revelado de cuando era pequeño y solía pasar unos meses en Praga cada año. Sus padres visitaban con frecuencia la ciudad porque tenían y tienen amigos y negocios allí. Supo que una vez salvó a uno de los artesanos de morir ahogado haciéndole una traqueotomía de urgencias, que prefiere ponerse dos calcetines distintos en vez de un par de iguales, y que se pasa el día picoteando pasas de Corinto a las que él llama «monedas pirata» y que intercambia con los demás a cambio de chocolate o unas galletas.

En cuanto a la negociación, afloraron soluciones y enmiendas más humanas que en otras ocasiones. Y por fin llegaron a un acuerdo satisfactorio para todos. Los dos artesanos dejarían el local si Ivana se encargaba de encontrarles un espacio parecido en un bloque contiguo o muy cercano al suyo que no estuviera afectado por el proyecto del megacoliseo. Pusieron una serie de condiciones, entre ellas: el precio moderado del alquiler del local, los gastos de traslado y la construcción de un nuevo horno idéntico al suyo. Con la conformidad de Moses y Vaclav, la familia propietaria del edificio finalmente accedió a la venta, aunque también pusieron una condición: que en el lugar exacto donde había estado el taller durante tantos años se colocara una placa conmemorativa que recordara lo que habían hecho los Beck para ayudar a su familia durante la Segunda Guerra Mundial.

Ivana estaba satisfecha. El sumario de la compra y expropiación del área donde se levantaría el coliseo moderno quedaba cerrado; la construcción podía empezar. El alcalde podía poner en marcha su obra faraónica y pasar así

a la historia. Ella se encargaría personalmente de que cada una de las condiciones acordadas con los artesanos se cumpliera a rajatabla. Para el ayuntamiento era un gasto añadido importante, pero todo parecía indicar que el alcalde aceptaría las condiciones y quedaría cerrado el asunto. Más si cabe, después de que probablemente fuera él el instigador del ataque al taller de vidrio. Es algo que nunca se sabría. Pero el espíritu de Moses y Vaclav era grande. Ellos habían pasado página y no querían ni oír hablar del ataque. E Ivana deseaba hacer lo mismo.

Era sábado por la mañana; aquel día tenían la comida navideña organizada por Loreto. El primer pensamiento de Ivana al levantarse ese fin de semana fue para el bebé que estaba esperando. Era consciente de que su profesión devoraba su vida y esto sucedía con su total beneplácito. Pero ahora quería que esto cambiara, deseaba poner límites a su entrega laboral. Dudaba, no sabía si sería capaz de hacerlo después de tantos años priorizando la abogacía a la familia. Le daba un miedo terrible fracasar en el ámbito personal, convertirse en una de esas mujeres amargadas que tienen una relación distante con sus hijos y su pareja y que se autoengañan con psicología de saldo y comida preparada de supermercado sin sustancia. De esas madres que van diciendo por ahí que la calidad es más importante que la cantidad. Ivana tenía muy claro que las dos cosas son igual de importantes.

Una llamada en el móvil interrumpió su ensimismamiento. «Casi mejor», pensó mientras cogía el aparato para ver quién era. El sonido de la llamada desveló a Eliot. Ivana respondió tras alzarse de la cama y ponerse algo de abrigo. Estaban los dos en el dormitorio disfrutando de las primeras horas del día. Los sábados son perezosos y felices. Cerró la puerta de la habitación sigilosamente y cruzó el salón. Allí estaba el policía que había pasado la noche en el sofá adormilado. Ivana le saludó y entró en la cocina. Estaban en el apartamento de Eliot.

—Qué madrugador. Ya no puedes vivir sin mí, ni el fin de semana...

Era Tommy Zizkov, su jefe.

—Siento importunarte tan pronto. Quería pedirte un favor. Bueno, en realidad es Loreto la que te necesita. Te la paso.

Probablemente era la mujer de su jefe la que había insistido en que la llamara tan pronto.

—Ivana, querida, ya sé que es muy temprano. Me doy cuenta, no pienses que soy una persona que va incordiando a estas horas de la mañana. ¡Qué desastre, Ivana!, tengo un problema...

La escuchó con atención. «¡Garbanzos!» Le había sucedido algo en la cocina. Le hizo un encargo a Ivana. Se despidieron. El fin de semana con la comida en casa de Loreto empezaba de manera singular.

Otra vez sonó el móvil. Esta vez era su madre que quería confirmar la dirección del piso de Eliot. Habían quedado en que ella y Violeta se pasaría e irían todos juntos en el mismo coche a la comida. Antes de darle la dirección, Ivana le explicó el contratiempo que había tenido Loreto y le suplicó que fuera ella la que buscara en alguna tienda el encargo que le había hecho la mujer de su jefe. Flor enseguida accedió. Antes de colgar preguntó a su hija cómo se encontraba.

—Bien, mamá, bien. Ahora no empieces a tratarme como si fuera una enferma por el simple hecho de estar embarazada.

—Yo solo te he preguntado si estás bien, hija.

—Pues sí, estoy bien.

—¿Ya le has dicho a tu jefe que estas esperando un bebé?

—No. Pero seguro que hoy te encargarás tú de mencionarlo.

—¿Y cuándo piensas decírselo? —Se oyó un rumor—. Violeta te manda un «buenos días».

—Cuantas preguntas de buena mañana. Ya veremos, ya veremos. Salúdala tú también de mi parte. Supongo que las dos estáis bien, que por tu casa todo bien. No hay noticias de la pelirroja...

—No, nada. Hemos pasado una buena noche sin ningún sobresalto. Ya podemos dejar de preocuparnos, esa mujer ha huido. Ya no está en Praga. Y Eliot, ¿está contigo?

—Duerme todavía. ¿Qué tal con vuestro policía? —preguntó Ivana bajando la voz.

—Pues muy bien. Se llama Hansel. Es muy majo, ayer nos explicó su vida. Violeta le ha invitado a pasar el verano en su hotel con su mujer y su hija. Ahora estamos aquí desayunando unos cruasanes y unos cafés todos juntos.

Flor y Violeta se acercaban a los demás de forma distinta. Ivana envidiaba la manera que tenía su madre de contactar con la gente.

—Por cierto, esta mañana nos ha enseñado unas tórtolas que viven bajo el tejado de mi edificio y que se posan muchas veces en las gárgolas de piedra que hay en la fachada. ¡Pues se besan, Ivana, estos pájaros se besan! Tú sabes que hay una expresión que dice «son como dos tortolitos», pues gracias a Hansel hemos visto como estos pajaritos se dan besos.

—Qué bonito, mamá. ¿Te acordarás de comprar lo que nos ha pedido Loreto?

—Sí, claro que sí, hija. Pobre mujer, con lo coqueta y detallista que es, esto habrán sido las prisas a la hora de preparar la comida.

—Ahora toma nota de la dirección del apartamento. Es Revolucni, 50.

—Muy bien, pasaremos hacia el mediodía. —Flor anotó la calle y el número en el pequeño bloc de notas que Violeta llevaba a todas partes—. Y la casa de tu jefe, ¿está lejos de Praga?

—A una media hora en coche.

—¿Y sabes qué policía nos acompañará? Porque solo va a venir uno, ¿verdad?

—No lo sé. Ya veremos. Ahora cuelga, mamá.

Ivana preparó café y se lo tomó con el policía que seguía en el salón. Le preguntó quién los acompañaría y él le confirmó que sería el oficial que estaba con su madre y Violeta, porque él tenía el fin de semana libre. Lo dijo con satisfacción. Seguramente había hecho planes, con amigos, o tenía alguien especial que lo estaba esperando. Pero ella no preguntó nada y prefirió entretenerse curioseando por la vivienda donde había pasado la noche.

El apartamento de Eliot era nuevo. Tenía mucha luz natural y el salón era cuadrado y espacioso. Había varias esculturas en vidrio que dominaban el ambiente. Eran corazones de luz intensa sometidas a formas glaciales. Parecían tener un origen muy lejano, eran enigmáticas y, como toda gran obra de arte, podías sentir que estaban fuera del tiempo, que eran obras inmortales. En cada una de ellas la mano del hombre quedaba disimulada para el ojo inexperto. Era como ver un jardín inglés, el glorioso *English landscape gardening*, crees estar en medio de un campo idílico obra de la naturaleza y en cambio estás dentro de una fantasía creada por el hombre y sus sueños.

Un pequeño objeto llamó la atención de Ivana. En la peana donde descansaba una de las obras de la colección de Eliot estaba el caleidoscopio

que él había prometido arreglar. Lo cogió y lo acarició con sus manos. Era un objeto simple, un juguete que le había hecho su padre, pero era también su último regalo. Se acercó en silencio a uno de los ventanales del apartamento y, como quien mira por un catalejo, observó fascinada el pequeño mundo de geometrías que se dibujaba dentro del cilindro. Con un simple movimiento de la mano lo giraba y creaba nuevas combinaciones, todas ellas emocionantes. Los trocitos de colores se movían graciosamente al mismo ritmo que su mano creando universos infinitos.

Eliot se había levantado, entró en el salón y saludó al policía que estaba de pie al lado del sofá donde había dormido. Buscaba a Ivana con la mirada.

—Aquí estás. —Le quitó el caleidoscopio y la besó—. Todavía no te lo he arreglado.

—La grieta es muy pequeña, déjalo, no importa.

—Sí que importa porque si termina por romperse se van a caer los pequeños guijarros de colores que hay dentro. Además, ya he cortado el vidrio que hay que reponer. Lo tengo en el bolsillo de la chaqueta. Esta mañana lo sustituyo y quedará como nuevo.

Se fue al dormitorio de nuevo y volvió con un pañuelo de papel que desenvolvió delante de ella. Dentro había un cristal transparente triangular.

—El caleidoscopio tiene cápsulas triangulares que contienen los vidrios de colores. Lo abriré y sustituiré el fragmento roto por este.

Ivana miró el trocito de cristal. En las manos de él parecía una pieza más especial de lo que realmente era. Eliot la dejó sobre una mesa de trabajo que estaba cerca del ventanal e Ivana le cogió las manos y le dio un beso. Él se apoderó del caleidoscopio y se dispuso a trabajar.

—¿Por qué no desayunas antes? —Ivana le miraba, era un hombre apasionado, cuando quería algo se entregaba. Ella fue a la cocina y le preparó un café que le dejó en la mesa donde estaba trabajando. Después fue a tomarse un buen baño y a prepararse para pasar un día espléndido y relajado en la magnífica residencia de los Zizkov, a las afueras de Praga. Ella no había estado nunca en casa de su jefe, pero había oído comentarios en la oficina.

Entretanto Eliot estaba en su mesa de trabajo concentrado en el caleidoscopio. Antes de abrirlo, miró el artefacto a la luz del ventanal, lo hizo varias veces. El primer sol de la mañana caía de lleno sobre el apartamento.

Sus rayos irradiaban calor al salón y todos los objetos que había en él resplandecían bajo una pátina de luz brillante y plateada. El interior del caleidoscopio cobraba vida con tanta luz penetrando en él. Pero a Eliot algo no le satisfacía. Los trocitos de cristal que había dentro estaban enturbiados, como sucios. Se dispuso a abrirlo con mucho cuidado. Sacó cada una de las cápsulas transparentes y dejó sobre la mesa el cilindro de cartón. Miró las piedras que tenía delante, en las cápsulas. Pensó que podía mejorarlo. Si pulía un poco más los vidrios de colores, mejoraría la calidad de los dibujos en el caleidoscopio. Preparó una pequeña pulidora que tenía en su mesa de trabajo y cogió una de las piedras. Empezó con una de las más grandes que tenía un tono azul pálido. En el instante mismo en que acercó la piedrecilla a la pulidora, el pedazo de vidrio le saltó de las manos. Fue tan rápido que ni vio dónde había caído. Cogió otro pedazo de cristal del mismo color y se dispuso de nuevo a pulirlo. Una vez más el cristal salió disparado y se perdió en algún sitio del salón. Eliot vio la taza de café que le había dejado Ivana y se lo tomó. Estaba todavía dormido. Irritado por su torpeza cogió una tercera piedra del mismo color, ya que eran las más grandes y se dispuso a pulirla. Y de nuevo saltó, pero esta vez vio que se había metido debajo del sillón de lectura que estaba también cerca del ventanal. Se levantó y la recogió.

Antes de volver a sentarse miró la piedra a contraluz. A pesar de que estaba sin pulir parecía tener un corazón muy puro. La miró otra vez. Uno de los lados irregulares de la piedra era más nítido que los demás. Cogió una lupa ocular que tenía en su mesa de trabajo y observó a través de ese lado más pulido. Eliot se sobresaltó. Su corazón empezó a latir con fuerza. Aquello no era un pedacito de cristal. Aquella piedra que tenía entre sus manos era mucho más fuerte. Se sentó de nuevo y puso su intuición a prueba. Tenía en algún cajón una pequeña arandela de carburo de silicio. Se la había dado un vendedor de hornos para fundir vidrio que se había pasado por el taller de Moses y Vaclav. Eliot recordaba que le había hablado de la dureza de este material, muy parecida a la del diamante. Recordaba sus palabras «sólo un diamante puede rayarlo».

Encontró la arandela. Eliot todavía tenía en la mano la piedra que había recogido del suelo. Escogió uno de los cantos y la presionó contra la pequeña arandela. Lo hizo con toda su fuerza. Seguidamente soltó la piedra, cogió la

arandela y la observó detenidamente bajo su lupa. Ahí estaba la ralladura. Era la prueba, la piedra azul pálido que tenía entre sus dedos era un diamante.

Eliot no salía de su asombro. Abrió las otras cápsulas del caleidoscopio. Cogió algunas de las piedras y las observó contraluz. Había piedras rojas y verdes que muy bien podían ser rubíes y esmeraldas. Había también piedras transparentes, la mayoría con forma cúbica. Había piedras de azules más intensos y otras amarillas. Cuanto más las miraba, más mentecato se sentía de no haber adivinado antes que esas piedras sin pulir y de tamaños tan dispares no eran vidrios, sino decenas de piedras preciosas de todos los tamaños y colores. Se levantó y se sentó repetidas veces observando con su lupa las distintas piedras.

—¿Va todo bien? —El policía miraba a Eliot. Había notado su inquietud.

Eliot se había olvidado completamente de su presencia. Se oía el agua correr en el cuarto de baño donde estaba Ivana.

—Sí. Sí... Este caleidoscopio, que da muchas sorpresas. —Eliot llevaba la lupa en el ojo.

El policía sonrió a medias mientras pensaba: «Qué muerdo de hombre, perder el tiempo con un juguete como ese. Si está roto, cómprate otro y ya está».

—Ya lo arreglaré en otro momento... Voy a tomar un baño yo también.

Entonces sonrió ampliamente, esto ya le parecía más inteligente, meterse en la bañera con la abogada.

Eliot recogió algunas de las piedras preciosas que había sacado de las cápsulas y abandonó el salón. El policía encendió el televisor y se dispuso a mirar un programa de deportes sentado en el sofá.

Eliot entró en el baño y cerró la puerta tras de sí. Ivana estaba sumergida en un aromático y espumoso baño. Le miró, tenía la cara que probablemente puso Arquímedes, unos segundos antes de decir «¡Eureka!».

—Si te metes en la bañera conmigo, tu cuerpo desplazará una cantidad de agua proporcional al volumen de tu cuerpo... ¿Quieres comprobarlo? —dijo ella burlona.

—Creo que he encontrado lo que anda buscando la pelirroja. —Eliot abrió la mano y mostró a Ivana algunas de las piedras de colores que había sacado del caleidoscopio. Era como un niño con su tesoro: unas canicas coloreadas y

ganadoras en la palma de la mano. Ivana pensó que estaba jugueteando con ella.

—Yo no tengo canicas, pero si quieres te dejo entrar en la bañera...

—¡Esto que tengo en la mano no son canicas, Ivana, sino diamantes!

Ivana le miró a los ojos y se incorporó. Eliot seguía mostrándole esas piedras de colores en la mano.

—¡Hay esmeraldas, rubíes, zafiros y diamantes, muchos diamantes!

—Baja la voz. —Ivana enseguida pensó en el policía que estaba en el salón.

—Tu padre las escondió a la vista de todos: en el caleidoscopio. —Eliot sintió admiración por Ladislav.

Depositó las piedras preciosas en la mano mojada de Ivana. Bañadas por el agua eran más brillantes, parecían estar pulidas. Ivana las tocó.

—Las piedras del frío... ¿Crees que es posible? ¿Estás seguro de lo que dices?

—Habrás que llevarlas a un laboratorio para que las autentifiquen, pero algo me dice que no me equivoco.

—¡Garbanzos! Así que las piedras del frío no son una leyenda...

Eliot asintió en silencio. Los dos conocían la conversación que su madre oyó en el castillo y la historia sobre estas piedras preciosas que el mismo Ladislav había explicado a los vidrieros. Quizá la historia de las piedras del frío no fue contada casualmente, quizá Ladislav quiso dejarles un mensaje por si le ocurría algo. Su padre quería asegurarse de que conocieran el origen de ese pequeño tesoro con tanto valor. Esas piedras eran las que entregó Lenin en persona al checo Klement Gottwald durante la Segunda Guerra Mundial y su padre había sido el último custodio y fiel guardián.

—¿Crees que es posible? —Ivana no salía de su asombro. Miraba las piedras brillantes y multicolores en la palma de su mano.

—Tienen que ser las piedras del frío. Tu padre las escondió en el caleidoscopio para que no las encontrara Gunila. A lo mejor, esa maldita mujer quería venderlas para sacar dinero y tu padre se negaba.

—Así que esto es lo que quiere la pelirroja... No me extraña que haya matado para conseguirlas. Estamos hablando de millones de euros, ¿verdad?

Eliot asintió de nuevo con la cabeza.

—Aunque no sé dónde queda mi padre en todo esto. ¿Crees que él también acabó con la vida de esos políticos para proteger estas piedras?

—No lo sé, Ivana. Tu padre era un hombre de convicciones fuertes, tú misma lo dices...

Ivana cerró la mano y todas las piedras quedaron atrapadas dentro de su puño. Estaba desnuda, vestida solo por la espuma que cubría su cuerpo. Eliot le acercó una toalla.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó él. No quería inmiscuirse en un asunto que Eliot veía como personal. No sería él el que propusiera ir a la policía con el hallazgo. Tenía muy claro que el sistema no es perfecto como tampoco lo son los hombres.

—No lo sé. Pero hay una persona que debe ser la primera en saber lo que hemos encontrado. Se lo merece. Intentaron matarla y a causa de ello perdió a su marido. Y todo por estas piedras. —Ivana abrió la mano de nuevo y destellos de colores escaparon de entre sus dedos.

—Tu madre.

—Sí.

Flor y Violeta no tardaron en llegar. Estaban excitadas, las dos habían pasado por la peluquería y llevaban un pelo muy artificioso y algo peculiar. Pero nadie hizo ningún comentario. La señora Lope seguía con el collarín, pero su brazo ya estaba bien. Por desgracia, esa mañana se había caído en la ducha y cojeaba de un pie. Decía que no era nada grave, pero buscaba desesperadamente un lugar donde sentarse. Le dolía al caminar, así que tenía previsto pasarse el día sentada. Este viaje a Praga lo recordaría como el viaje de la plaga de accidentes. Flor bromeaba y le decía que chocheaba, aunque no se apartó de su lado y la ayudó a caminar hasta la silla del salón más cercana.

A pesar de que el apartamento de Eliot era grande no había espacios cerrados y era imposible hablar con privacidad sin que los dos policías sospecharan. Porque ahora estaban los dos en el apartamento. Uno de ellos se disponía a irse y Hansel, que era el que había pasado la noche en casa de Violeta y Flor, los acompañaría a la comida.

La señora Lope intuyó que algo sucedía. Ivana no había hecho ningún comentario sobre su estrafalario cabello ni se había preocupado de preguntar si habían conseguido el encargo de Loreto. Observaba a Eliot, que recogía

nerviosamente algo en su mesa de trabajo y lo colocaba dentro de una cajetilla de cigarros vacía.

—¿Fumas, Eliot? —preguntó la señora Lope extrañada.

—Oh. No. Esta es la última cajetilla que pasa por este apartamento. Pero voy a darle un último uso al mejor estilo pirata.

Violeta no lo entendió, pero no preguntó nada más, pues Ivana llamó a Eliot desde la habitación. Cerraron la puerta y los dos murmuraron secretamente. Flor estaba entretenida mirando las esculturas de vidrio y no se dio cuenta de nada.

Por fin salieron de la habitación. Ivana estaba muy bella con un vestido de tela muy ligera y un pañuelo a juego, parecía una diosa helena. Eliot la besó sin pensar que había espectadores en el salón, y ella lo agradeció, encontró la calma que necesitaba en ese beso, se olvidó de todo. Echó un vistazo a los demás.

—¿Y a vosotras, qué os ha pasado en el pelo?

Su madre ya no era rubia y su largo de pelo había cambiado. Violeta llevaba el cabello liso y diez centímetros más largo.

Mientras sucedían estos desaguisados domésticos en la calle Revolucni, en el edificio central de la policía, Rudolf Hus, estaba sentado en su oficina. Al detective no le preocupaba lo más mínimo si era sábado o lunes. La visita que hizo a los talleres de la ciudad fue muy fructífera. Los diamantes que Kafka les dejó provenían, según los talladores, de Krasnoyarsk y Yakutia, concretamente una zona entre estas dos regiones de Siberia del este, donde hace millones de años cayó un gran meteorito que perforó la tierra y creó la temperatura y presión necesarias para formar gran cantidad de diamantes con una dureza única.

Los diamantes que Kafka dejó en los talleres tenían el doble de dureza que un diamante normal. Por esta razón, todos los expertos aseveraron que las piedras solo podían proceder de esa lejana región siberiana de Rusia. El detective jefe también sabía a ciencia cierta que el arma que mató a Ladislav era la misma que había acabado con el misterioso Kafka. Y tenía una sospechosa, a Gunila Nerulova la buscaban por asesinato y seguramente andaba detrás de esos diamantes. Las preguntas que le surgían eran dos:

¿Dónde quedaba el político Ladislav Mendel en todo ese asunto? ¿Dónde estaban esos malditos diamantes?

Las respuestas, para él, tenían que venir de Ivana o de Flor. Esas dos mujeres debían de saber algo más. Rudolf Hus quería hablar con ellas de nuevo, y esta vez sería más enérgico porque necesitaba respuestas prontamente. Por un lado, el detective tenía a Kafka: un cadáver. Sus huellas dactilares no estaban en la base de datos checa y aunque los testigos que hablaron con él insistían en que hablaba checo perfectamente, quizá no residía en el país, quizá vivía en el extranjero. Podría muy bien ser ciudadano ruso, teniendo en cuenta la procedencia de los diamantes. En el mejor de los casos, identificar a ese hombre sería como buscar una aguja en un pajar. El detective sabía muy bien que era una línea de investigación nula. Por otro lado, estaba Ladislav Mendel, el político checo, también muerto, seguro que él aclararía el asunto si siguiera con vida, pero le asesinaron.

A Hus le pasó por la cabeza la idea de que la muerte del político fuera accidental; de que quizá, en el museo, Gunila Nerulova tuviera la intención de matar a la exmujer de este para asustarle. Pero ¿por qué? ¿Quizá Kafka pasó los diamantes a Ladislav y Gunila sabía que las piedras preciosas estaban en su poder? El detective llamó a Hansel, el policía que estaba con las señoras Mendel, la española y el norteamericano. Quería saber dónde se encontraban y si todo iba bien.

Cuando el teléfono sonó estaban todos en una gasolinera de la carretera, en ruta hacia la casa de los Zizkov. El policía salió del coche y se alejó de los demás. Hus le hizo un par de preguntas. Después este le resumió a su jefe cómo había ido la noche y le informó de que estarían todo el día en casa del jefe del bufete donde trabaja la señora Mendel.

—Sí, señor. Déjelo en mis manos.

Ivana estaba inquieta. Se dirigió a la caja de la gasolinera a pagar e hizo señas a su madre para que la acompañara, pero esta no se movió del coche. Eliot miró al policía que hablaba por teléfono a unos metros del automóvil. Con un gesto veloz se giró y se dirigió a la madre de Ivana que estaba sentada en el asiento de atrás junto a Violeta.

—Flor, tu hija tiene algo urgente que decirte. Sal del coche y ve tras ella, antes de que vuelva el policía. —Eliot habló apresuradamente.

Flor se inquietó. Violeta se levantó y salió del coche para dejarla pasar.

—Anda, apúrate, será algo importante —le dijo. Por el secretismo intuyó que era algo relacionado con Ladislav.

Flor siguió a su hija hasta la tienda donde Ivana estaba esperando para pagar.

—¿Qué pasa, hija? No me asustes.

—No es nada que deba preocuparte, pero atañe a papá y debes saberlo. — Antes de comentárselo Ivana miró a través de los cristales de la garita para asegurarse de que Hansel seguía fuera. Allí estaba con el móvil, diciendo a su jefe que había dejado la dirección y el teléfono de la casa a sus compañeros en la comisaria. Rudolf Hus le pidió que le diera de nuevo los datos. Él se acercó al coche para preguntar el número de la vivienda que ya había olvidado. Los del coche no pudieron ayudarle y se dirigió a la tienda donde estaba Ivana con su madre.

—Ya sé que anda buscando esa mujer pelirroja. Eliot lo ha encontrado esta mañana. Ahora se trata de decidir qué hacemos, si vamos o no a la policía. Sería lo más seguro... porque no creo que esa mujer se detenga hasta que las tenga.

—¿Tener qué, hija, qué habéis encontrado?

La puerta de la tienda se abrió. Ivana abandonó la conversación. Acababa de entrar el policía y ella se lo quedó mirando.

—Señora Mendel, ¿podría recordarme la dirección de la casa del señor Zizkov?

El dependiente cogió el dinero que Ivana había sacado de su monedero. Ella le dio los datos que le pedía al policía. Flor miraba a su hija muy confundida.

—¿Todo va bien? —preguntó Hansel al ver la cara de las dos mujeres.

Ellas asintieron. Al otro lado de la línea telefónica, Hus tomó nota de la dirección. Seguidamente colgó el aparato y meditó sobre el caso con calma. Era un sábado tranquilo y la comisaria estaba vacía. No se oía ni el ruido monótono de los ordenadores funcionando. Aquel era el mejor del mundo para aclarar las ideas.

Capítulo 26

Si usted pone la cabeza en la boca de un león, entonces no puede quejarse si un día le muerde.

Agatha Christie (1890-1976)

Flor y Violeta se habían comprado unas pelucas, como quedó claro durante el viaje en coche a casa de los Zizkov. Era un día ventoso y apagado. Las nubes se ennegrecían exasperadamente empujadas por corrientes ciclónicas. Iba a llover y mucho. Los pelos postizos de las dos mujeres no parecían quedarse quietos. El modelo de Violeta tenía un tono castaño y un inquietante corte a lo charlestón. Flor había escogido un moreno más oscuro y un acabado rizado de los años setenta muy electrificante.

A Ivana le fue imposible revelar a su madre que habían encontrado las piedras del frío y que las llevaba Eliot en el bolsillo. En la tienda de la gasolinera, el policía había terminado la llamada de teléfono y esperó cortésmente a que la señora Mendel hija terminara de pagar y juntos volvieron al vehículo.

Siguieron adelante rumbo a la residencia de los Zizkov bajo esas grises nubes amenazando lluvia. Circulaban despacio, habían dejado la carretera general y la calzada era irregular y mucho más estrecha. Cada uno de los pasajeros del vehículo estaba ensimismado en pensamientos furtivos.

Cuando ya estaban cerca de su destino, las mujeres discutieron en el coche bajo la mirada silenciosa de Eliot y el policía. Según Ivana, las pelucas que se habían puesto Flor y Violeta eran ridículas y Loreto se ofendería. Parecía que llevaran un animal muerto en la cabeza. Por suerte Ivana conducía y no podía quitárselas. A ellas dos les gustaba su nuevo look.

Pero Ivana estaba más nerviosa de lo normal. Flor y Violeta lo atribuyeron al embarazo. Durante el trayecto Eliot y ella intercambiaron miradas de complicidad por el retrovisor. El americano y el policía intentaron interrumpir la discusión femenina charlando de armas. Hansel le enseñó su pistola

reglamentaria y Eliot le comentó que en Estados Unidos tenía una semiautomática en su casa.

Ivana al final se rindió. Su madre y su amiga ya eran mayorcitas. Además, acababan de llegar a casa de los Zizkov. Había un portón automático que se abrió en el mismo instante en que el coche frenó ante el suntuoso acceso a la residencia. Admiraron boquiabiertos el palacete, una construcción neoclásica, de la época victoriana. Después el anfitrión les explicaría que la casa había pertenecido a un lord inglés que vivió en Praga ciento cincuenta años atrás. Las habladoras apuntaban a que el lord era un espía de la reina más famosa de la historia.

Tommy Zizkov estaba pletórico y les saludó efusivamente. Iba muy elegante. A pesar de sus kilos de más y centímetros de menos, vestía siempre de manera impecable con trajes que aspiraban a mejorar su imagen. Les enseñó la casa con todos sus secretos. El lord inglés había construido un palacete laberíntico con detalles arquitectónicos sorprendentes. Había espacios ilusorios creados con técnicas pictóricas *trompe-l'oeil* y entradas camufladas en la decoración pompeyana de algunas de las habitaciones. Todos quedaron embelesados cuando les descubrió un pasadizo secreto que iba de la alacena de la casa al muro que rodeaba el jardín de la propiedad. Tommy también les asombró con una falsa librería que daba acceso a una habitación oculta que había convertido en su estudio particular.

—Aquí me escondo de mi mujer. Cuando Loreto tiene un día malo me meto en la librería. —Lo decía con astucia, bromeaba sin bromear.

—Muchos de los casos de divorcio que han pasado por el despacho se podrían haber solucionado con una habitación como esta —comentó Gatsby. Había llegado antes que ellos y ya tenía una copa de jerez en la mano.

Eliot asintió con la cabeza y miró a Ivana, que había sido empujada a hacer el tour de la casa con ellos. Mientras tanto, Flor y Violeta estaban en un dormitorio de la primera planta del palacete. La anfitriona las había secuestrado nada más llegar y se había asegurado de cerrar la puerta con llave. Loreto era una mujer desesperada.

Había recibido a sus invitados impecablemente vestida pero con un turbante en la cabeza. Parecía un faquir indio. Saludó a todos pero fue directa a Ivana. Esta le dijo que, del encargo, se habían ocupado su madre y Violeta.

Loreto cogió a las dos mujeres del brazo y tiró de ellas hacia el primer piso del palacete hasta llegar a las habitaciones.

—¡Qué desgracia, qué desgracia! —Se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza y pudieron ver que se le había chamuscado todo el cabello del lado derecho. Parecía una punki—. Fue esta mañana en la cocina, preparaba una salsa de *whisky* para la carne y se me encendió el pelo. —Se tocó la cabeza con exasperación.

—¡Qué horror! —exclamó mirándose en el espejo.

—¿Cómo lo apagaste? —preguntó Violeta consternada.

—Con lo primero que encontré. Tenía un jarrón de agua en la mesa y me lo eché encima.

—Qué miedo habrás pasado. —Flor se ponía en su lugar.

—El miedo lo pasé cuando me vi en el espejo. Miradme. ¡Oh, Virgen Santa!, y si hubierais estado allí... ¡olía todo a pollo chamuscado!

Era imposible aguantarse la risa. Flor abrió la caja que había traído con el encargo. Era otra peluca para Loreto.

—Espero que te guste. Hemos escogido algo discreto para ti. Como puedes ver nosotras también nos hemos comprado una.

—Queríamos solidarizarnos contigo y que no te sintieras mal. La dependienta de la peluquería nos ha ayudado a escoger las nuestras. — Violeta estaba sentada en la cama. Su pie estaba algo hinchado.

Loreto las miró a través del espejo con cara de disgusto.

—Pues la dependienta se ha pasado un poco. ¿No ha visto la edad que tenéis? —Se puso su peluca y se miró. Parecía su pelo, pero no lo era; se notaba que era algo artificial. Volvió a mirarlas, pero con otros ojos—. Pues pensándolo mejor, esa dependienta sabía lo que hacía. Se nota que es un pelo postizo, por Dios. Si tengo que llevar este pendejo en la cabeza, es mejor hacerlo con arrojito y cambiar de estilo.

—¿Quieres probarte la mía, Loreto? —Flor se quitó su pelo rizado y se lo pasó a ella.

—A ver. —Se colocó la peluca ante el espejo y enseguida se gustó—. Esto es otra cosa, ¡qué cambio! Y qué joven me veo. ¿Qué os parece, chicas?

—La verdad es que te queda mejor a ti que mí. Dame la tuya, que me la probaré.

Loreto le tiró su peluca y Flor se acercó al espejo. La que habían escogido para la anfitriona también tenía el pelo oscuro, pero largo y liso. Flor se miró. Recogió el cabello que le caía sobre los hombros en dos coletas bajas. Parecía una india de Arizona.

—Dame dos gomas que tengas por ahí, Loreto.

Esta fue al baño de la habitación y volvió con una pequeña caja con clips, horquillas y gomas elásticas de colores.

Las tres acaparaban el espejo y se retocaban el pelo postizo. Loreto se miró satisfecha de su nueva imagen y después a las dos mujeres que le habían salvado la vida.

—Venid aquí, bribonas, os debo una. Mil gracias. No sé lo que habría hecho sin vosotras. —Loreto las abrazó, las achuchó y las besó—. Y esto de que hayáis venido también con peluca me ha llegado al corazón. —Se volvió a mirar con esa nueva imagen suya de mujer rizada—. A ver qué opina Tommy... aunque tendrá poco que añadir porque yo me gusto mucho.

Salieron de la habitación cuchicheando sobre lo que les había pasado a Ivana y a Eliot esa semana, la persecución en el cementerio judío. Ivana lo había contado en el bufete y Tommy, a su esposa. Todos los que estaban en la comida sabían ahora que la asesina de Ladislav era una mujer llamada Gunila Nerulova. Loreto preguntó a Flor cómo estaba anímicamente. Ella se lo agradeció, pero respondió escuetamente. Recordar a Ladislav todavía dolía.

—Esa mujer tiene que ser una arpía. —Loreto se paró en el ventanal vertical que daba luz a la amplia y elegante escalinata por donde bajaban. Se retocó una vez más el pelo mirándose en el reflejo de cristal—. ¿Y ese policía? ¿Qué hace ahí fuera? Va a coger una pulmonía. ¡Pero que alguien le diga que entre!

—Es Hansel, el policía que nos ha puesto el detective. Aunque es una tontería, esa mujer ya está muy lejos de Praga. —Flor miró a través de ventanal.

—Yo llevo a Violeta al salón para que se siente y tú hazle pasar dentro, Flor. —Loreto vio que la señora Lope bajaba las escaleras con dificultad.

—Es que me caí en casa y ahora no estoy para carreras.

—Ningún problema. Cógete de mi brazo, seguramente los demás ya están allí tomando un aperitivo.

Flor siguió adelante hasta la puerta principal y Violeta entró con Loreto en el gran salón. La estancia estaba decorada con motivos navideños y había un magnífico abeto natural con luces, estrellas y festivas bolas de cristal. En la gran chimenea de mármol ardían unos troncos y Tommy estaba junto a ella echando más madera para que se avivara.

—Ya estamos aquí. Dejad sitio en el sofá para que se siente Violeta.

Había espacio de sobra. Todos miraron a la anfitriona y ese pelo atrevido que les sonaba ligeramente de algo. Tommy dejó la chimenea y se volvió.

—Loreto... —Tommy la miró como si se tratara de otra mujer—. ¡Estás estupenda! —Lo dijo sinceramente. Le gustaba su mujer, llevara el pelo que llevara. En el trabajo, si era necesario, era el mayor farsante del mundo, pero con las mujeres era incapaz de mentir. Esto le había ahorrado muchos disgustos y también le había proporcionado muchos otros.

—¿A que te recuerdo a la chica que conociste hace veinte años en una fiesta mientras salías con esa rubia de sesera y pantalones estrechos?

—Bueno, bueno, sí, sí. —Tommy estaba algo cohibido. Demasiada información para unos oyentes que eran sus trabajadores. Aunque secretamente le gustaba recordar el momento en que conoció a su mujer.

—Y mi madre, ¿dónde está? Tengo que hablar con ella —dijo Ivana.

—Ha salido fuera a buscar al policía e invitarle a que entre.

Ivana se apresuró, quería hablar con ella a solas, contarle lo de los diamantes y piedras preciosas que habían encontrado. Pero ya era tarde, su madre estaba fuera intercambiando unas palabras con el policía. El cielo estaba muy nublado y la tormenta parecía inminente; iba a empezar a llover de un momento a otro. Además, el frío paralizaba la sangre. Flor y el policía se acercaban al umbral de la puerta e Ivana les hizo señas para que aligeraran el paso y pudiera cerrar la puerta tras ellos. Miró a su madre con sorna.

—Esto parece Carnaval en vez de Navidad. Veo que tu pelo ha vuelto a cambiar. —Miró las coletas que llevaba su madre.

—Que sepas que le ha gustado mucho a Loreto que viniéramos todas con peluca.

El policía las escuchaba en silencio.

—Me quedaré aquí en el vestíbulo. Ustedes pasen al salón —dijo este mientras examinaba la majestuosa entrada de la casa.

—Mamá, tengo que hablar contigo.

—¿Qué quieres, hija?

No habían dejado el hall, el policía estaba allí de pie a su lado. Ivana no podía seguir adelante.

—¿Qué te parece si vamos a la cocina y nos preparamos un té?

—¿Un té ahora? Vamos al salón con los demás a disfrutar de la fiesta y de un buen aperitivo. Sea lo que sea, ya me lo contarás en otro momento. —Flor no sabía qué le quería explicar su hija, pero no estaba dispuesta a que le arruinara el día haciéndole recordar tristezas.

En ese instante sonó el videoportero automático. Vieron como una luz se encendía en la caja de mando que estaba en la pared del vestíbulo y apareció la imagen del portón de la entrada de la finca. Los tres miraron la pantalla del aparato. Había un utilitario esperando a que le abrieran la verja. Por la misma imagen vieron como la tormenta se desencadenaba y empezaba a llover con fuerza. Loreto salió un instante del salón y miró la pantalla del videoportero.

—Es Pete, mi ayudante. Reconozco su coche —confirmó Ivana.

—Entra, entra, bienvenido Pete —dijo Loreto por el interfono mientras pulsaba el botón que abría la verja.

Sin apenas tiempo de reunirse todos en el salón, se oyó un trueno ensordecedor y empezaron a caer piedras enormes de granizo que retumbaron por toda la casa durante un par de minutos. En el vestíbulo había una gran abertura de cristal, un tragaluz que en días claros llenaba la entrada de la casa de luz natural, pero en un día como aquel, la sumió en un pozo oscuro y lleno de ecos. La imagen en el videoportero se apagó.

—Quedaos aquí para abrir al chico —les pidió Loreto.

—No se apure, señora Zizkov, ya le abriré yo —se ofreció Hansel.

—Yo voy a la cocina, que ya es hora de que empecemos a comer.

Ivana se ofreció a ayudar a Loreto, pero ella no quiso ni oír hablar del tema. La empujó hacia el salón y ella desapareció por otra puerta del vestíbulo.

Loreto era una mujer muy organizada y lo tenía todo listo. La mesa del comedor estaba preparada; había escogido unas velas navideñas y unas flores naturales de centro, y las copas, los platos y la cubertería, todo estaba ejemplarmente colocado, tanto que parecían piezas de museo sobre el mantel

bordado a mano con motivos navideños muy sutiles. Solo tenía que calentar la comida y traer a la mesa las bandejas de entrantes que había preparado el día anterior y que celosamente había refrigerado. Loreto disfrutaba alimentando a los demás. Le encantaba pasarse horas entre fogones y después compartir su trabajo con otras personas.

Pete entró en el salón empapado. Fueron solo unos pocos metros los que hizo bajo la lluvia, los que separaban el aparcamiento de la entrada de la casa, pero la tormenta era tan severa que el joven goteaba agua por todas partes.

—Estás calado, muchacho. Acércate al fuego. Voy a por una toalla. — Tommy salió del salón.

Eliot vertió un poco de *whisky* en una copa y se la tendió.

—Esto te hará entrar en calor.

Ivana se acercó a él. Le pasó la mano por el hombro. Vio que el chico estaba amedrentado.

—Me alegro de que estés aquí, Pete. —Su pulóver violeta estaba chorreando—. Hablaré con Loreto, seguro que tiene algún jersey del jefe que te puedes poner mientras se seca el tuyo.

—Traía esta caja de chocolates para ellos... —Tomó aliento y continuó—. Se me ha caído con las prisas por entrar en casa, fíjate como está la puñetera caja.

—Esto no es ningún problema jovencito. —Flor pasó delante de Ivana—. Ahora mismo voy a buscar un bol de cristal. Sacaremos los bombones de la caja y ya verás que bien van a quedar.

Tommy volvió con una toalla y también con uno de sus jerséis. Los buenos jefes siempre piensan en todo. Eliot le había sustituido en la chimenea y se ocupaba de agitar el fuego.

—¿Te importa? —preguntó a Tommy.

—Por supuesto que no. Adelante, ocúpate tú. —Tommy se sentó en el sofá al lado de Violeta. Le gustaba el americano de Ivana. Sabía muy poco de él, pero era la primera vez que veía a su empleada con alguien y estaba complacido de la elección que ella había hecho. Le observaba—. Ya veo que a ti también te gusta jugar con el fuego.

—Sí. —Eliot sonrió. Atizaba los troncos con una barra de hierro—. La única ventaja de jugar con fuego es que uno aprende a no quemarse.¹⁰ —Eliot

miró a Ivana con disimulo y se puso la mano en el bolsillo para asegurarse de que la cajetilla de cigarrillos repleta de diamantes y piedras preciosas seguía allí.

Tommy asintió, pero vio también esa mirada veloz a Ivana, aunque no le dio más importancia. Se relajó gozoso de tener a sus invitados y amigos reunidos en su casa. Pasó el brazo por detrás del respaldo del sofá y se dirigió a Violeta.

—¿Sabe que mi mujer y yo estamos pensando en ir a los Pirineos este verano y visitar su hotel?

—Tendrán que pasar a verme. Me darán la oportunidad de agradecerles su hospitalidad.

—Unos clientes del bufete estuvieron en verano y me comentaron que hay un parque natural... no puedo acordarme del nombre, y unas iglesias... y la comida, elogiaron la comida con vehemencia.

—Solo tienen que llamarme. Los acompañaré a todas partes, me gusta tanto caminar, sobre todo por el bosque. ¿Sabe que Flor se viene conmigo a pasar una temporada? En cuanto se acabe todo este asunto con la policía...

—Oh, es una buena idea. Después de todo lo sucedido, le vendrá de maravilla un cambio de aires. Y, por cierto, los vinos de la comida de hoy son todos de las laderas de los Pirineos, las laderas del sur y las laderas del norte francesas. Son vinos de las bodegas que me recomendaron estos clientes que le acabo de mencionar.

Violeta le preguntó por los vinos que había escogido. Entre tanto, Flor había salido del salón para ir a ver cómo le iba a Loreto y coger una fuente de cristal donde poner los bombones. Al pasar por el vestíbulo saludó al policía que estaba sentado en un banco de madera tapizado suntuosamente y con unas aparatosas volutas decorativas.

—¿Qué haces aquí solo? ¿Por qué no pasas al salón? —La lluvia borboteaba y el ruido al chocar con el tragaluz era hueco y solitario. Una sensación de vacío invadió a Flor. Sintió un dolor agudo en el alma y no quería. Hoy era un día de celebración.

—No, señora, no. Estoy bien aquí. Ustedes sigan.

Flor insistió, pero al final siguió adelante hacia la cocina.

En el salón, Ivana se había servido un zumo. Visto que su madre había desaparecido otra vez pensó que era mejor hablar con su jefe e informarle del otro tema pendiente, su embarazo. Lo consideraba un deber, Tommy era más que su superior. Pero en ese instante Gatsby llamó a Tommy y le preguntó sobre uno de los mosquetes que tenía expuestos en una vitrina del salón. Él y Pete los estaban admirando y se preguntaban si eran auténticos o réplicas.

La señora Lope no se movía de su asiento. Le dolía el pie al menor movimiento y se entretenía observando a los demás. Estaba sentada cerca de una de las ventanas. Miró a través de ella, aunque una cortina de lluvia intensa nublaba la perspectiva. El granizo había dado paso a un denso y persistente aguacero. El cielo tenía el color de la turmalina, parecía más tarde de lo que realmente era. Pero entre tanta oscuridad, le pareció ver algo en movimiento. El viento soplaba con fuerza, probablemente fue una rama que se había desprendido de un árbol.

Eliot también era de los que observaba a los demás con agudeza. Se había puesto de pie cerca de la chimenea y jugaba con la cajetilla de tabaco que antes Violeta le había visto llenar con algo. Miraba a Ivana con adoración y cuando ella se notaba observada, le devolvía la mirada, había entre ellos una gran complicidad, casi confabulación, diría ella.

Algo sucedía. Pero por encima de todo, estaba contenta de ver cómo la familia de Flor crecía y se robustecía después del mal trago de perder a Ladislav. Ivana, al ver que era imposible hablar con Tommy, se acercó a Eliot y le susurró algo. Él la cogió de la mano.

—Loreto ya lo tiene todo preparado. Nos espera en el comedor —anunció Flor entrando en el salón con un plato de cristal. Abrió la caja de chocolates de Pete y colocó los dulces esmeradamente en el plato; excepto uno que, fortuitamente, desapareció en su boca, acompañado de una sonrisa traviesa.

Un nuevo trueno ensordecedor roncó por todo el palacete. Hubo una exclamación general y Tommy bromeó sobre lo que presagiaba escuchar un trueno en los sueños.

—Es la voz de advertencia del dios. Freud decía que soñar con una tormenta significa que inconscientemente sabemos que tendremos que lidiar con acontecimientos inesperados y desagradables.

—Tonterías. Una tormenta es una tormenta y nada más. —Gatsby era incapaz de ver fantasmas.

—Pues yo no había visto una tormenta como esta en mi vida —dijo Pete.

Todos empezaron a ponerse de pie y Tommy abrió la puerta que daba al comedor. Loreto estaba allí con dos bandejas de comida que dejó en la imponente mesa rectangular que dominaba la habitación. Tommy se acercó a una cómoda que había cerca de la ventana para coger las botellas de vino que había dejado allí preparadas.

—¿No se habrá dejado alguien de vosotros las luces del coche abiertas? —A Tommy le parecía haber visto a través de la ventana un destello de luz entre tanto gris oscuro.

Esa ventana daba al lateral del palacete, donde estaba el aparcamiento con los coches de los invitados. Gatsby y Eliot se acercaron a él y miraron hacia fuera con atención.

—Vaya tormenta. No se distinguen ni los coches.

—No se ve nada. —Gatsby apuró la copa de jerez.

—Voy a buscar a Hansel, que venga a comer, aunque sea a regañadientes. Yo no dejo a ese policía solo en el vestíbulo mientras nosotros nos sentamos a la mesa. —Flor salió del comedor.

—Tiene razón. Eliot, ¿por qué no la acompañas? Seguro que tú le impones más. —Loreto estaba en todo—. Necesito que venga alguien a la cocina conmigo. El resto tomad asiento, que enseguida empezamos.

Ivana se ofreció y las dos desaparecieron tras una puerta del comedor que quedaba disimulada por el fresco que recorría una de las paredes de la estancia. Tras la puerta había un corredor que iba directamente a la cocina del palacete.

—Esta casa está llena de pasadizos. Ideal para que jugueteen unos niños...

—No sabía si había metido la pata. Loreto y Tommy no habían tenido hijos. La anfitriona enseguida se dio cuenta del apuro de ella.

—Uy, no te preocupes. Ya hace mucho que zanjamos este tema con Tommy. Cuando tenían que venir no vinieron y ahora ya nos hemos acostumbrado a nuestras vidas y rarezas sin contratiempos.

—Pero, a veces, esto es inesperado... De hecho, Loreto, tengo que informar a Tommy de algo y es posible que sea mejor si se lo dices tú... No sé

cómo se lo va a tomar.

Loreto le miró a la cara y después la tripa.

—¿No me digas que estás embarazada? ¡Pero qué bien! No seas tonta, mujer, Tommy va a estar contento por ti. Pondrá cara de póquer pensando en cómo va a solucionar tu baja y calculando cuanto tiempo estarás sin trabajar, pero, en el fondo, estará contentísimo. Puedes contar con él, Ivana, y conmigo, por supuesto. ¿Qué dice tu madre?

—Pues está entusiasmada, más que yo misma. Esta semana se lo dije. Después de lo sucedido en el cementerio y de saber que Gunila Nerulova anda buscando algo...

—¿Qué quieres decir? De eso no me ha dicho nada tu madre. Ella cree que esa mujer ya está muy lejos de Praga.

—No lo creo... Busca algo que tenía mi padre.

—¿Qué busca?, ¿qué tenía tu padre?, ¿por eso le mató?

Loreto e Ivana charlaban mientras cogían las últimas fuentes de comida recién sacadas del horno. No tardaron en reunirse con los demás, que ya se habían sentado y las recibieron con una gran ovación.

El banquete fue copioso y opulento. Empezaron con un consomé checo muy ligero seguido de varios tipos de carne asada. En la mesa había ensaladas con atrevidas combinaciones de productos exóticos y distintas salsas navideñas que Loreto había sacado de un recetario de cocina victoriano que había encontrado en la casa cuando la compraron. Derrocharon halagos para la cocinera y se sirvieron múltiples veces. Del mismo libro, Loreto había escogido el postre navideño inglés por excelencia: el *Christmas pudding*. Ya habría otros días festivos para seguir la tradición checa de comer pescado y los típicos dulces locales.

Consiguieron que Hansel compartiera la comida con ellos. Estaban todos sentados a la mesa cuando el policía se levantó para volver al vestíbulo, no quería quedarse para el postre y la sobremesa.

—Pues te traeré un plato al hall. Y vamos a hacer otro brindis antes de que te vayas. —Loreto no iba a dejarlo sin postre.

El vino empezaba a hacer su festivo efecto en todos, en unos más y en otros algo menos. Habían abierto unas botellas de champan y todos levantaron

sus estilizadas copas llenas de pequeñas y doradas burbujas. Ella continuó su intervención.

—Vamos a brindar por la policía, para que encuentre a esa pérfida mujer lo antes posible. ¡Que las pesadillas se conviertan en sueños maravillosos! — Loreto había bebido bastante.

En el momento en que todos levantaron las copas un ruido les desconcertó. Instintivamente giraron la cabeza hacia el lugar de donde provenía el retumbo. Ivana se estremeció y acercó su copa a las demás con demasiada firmeza. A causa del impetuoso brindis, tres de las copas se quebraron. Todos los reunidos en el salón se asustaron, hubo incluso algún chillido. Hansel desapareció, corrió como un rayo hacia la cocina, de allí parecía venir el ruido.

Los trozos de cristal roto cayeron al suelo. Nadie se hizo daño, excepto Violeta. Ya empezaba a ser un hecho habitual que la fatalidad cayera sobre ella en Praga. La señora Lope se cortó la muñeca con un afilado cristal.

—No se preocupe, no es nada. —Eliot intentó calmarla. El corte no era profundo, pero había rozado una arteria y la sangre salía profusamente. Tenía que parar la hemorragia con rapidez.

—Resulta conveniente tenerla cerca, señora, porque todos los accidentes le pasan a usted. —Gatsby se había alejado del grupo y de la sangre. Sorbía el último dedo de champán que le quedaba en su copa intacta.

Flor se había acercado a su amiga y la calmaba. Tommy miraba inquisitivo cómo Eliot atendía a Violeta. Había cogido una servilleta limpia de la mesa y la había enrollado en la muñeca sangrante.

—Es médico. Sabe lo que hace —dijo Ivana a su jefe.

—Vaya. Ahora lo entiendo.

—Vendaré la cisura y dejará de sangrar.

—Tengo un pequeño botiquín en la cocina. Voy a por él. —Loreto estaba nerviosa.

—Voy contigo. Todo esto es culpa mía, demasiadas cosas en la cabeza. — Ivana comprendía que por dentro era un manojo de nervios.

Pete recogía con mucho cuidado los cristales rotos. El suelo estaba resbaladizo por el champán derramado y todos andaban cogiéndose de las sillas para no caerse de bruces.

Ivana salió del comedor con Loreto. Hansel no estaba en la cocina, pero la puerta que iba de esta al exterior de la casa estaba abierta y había un cristal roto. Loreto se apresuró a cerrarla. Había pisadas de barro en el suelo.

—Hansel ha salido fuera. Espero que se haya llevado un paraguas porque si no volverá empapado. Ese ruido ha sido el viento. La puerta no cierra bien y la corriente de aire ha roto el cristal.

Ivana observaba la puerta. Ella no estaba tan segura de que fuera el viento. Pero no le dio importancia, se sentía cargada, pesada. No era la de siempre. Todo la afectaba más de lo normal.

Loreto le dio una pequeña caja con yodo y vendas y le dijo que las llevara al comedor. Ella se quedó en la cocina a preparar unas infusiones y café. Ivana deshizo el pasillo que iba hasta el comedor y abrió la puerta camuflada en el fresco. No había nadie, la estancia estaba vacía. Oyó exclamaciones en el salón. Debían de estar todos allí. Cruzó el comedor con cuidado y abrió la otra puerta.

Les encontró a todos entusiasmados, fuera de sí. Admiraban multicolores piedras que se le habían caído a Eliot del bolsillo. Las recogían y las dejaban en una mesita contigua al sofá. Todos se preguntaban por qué ese americano llevaba esos cristales en una caja de cigarrillos...

—He cogido a la amiga de tu madre en brazos para llevarla al salón y se me ha caído la cajetilla con las piedras... —Eliot miró a Ivana con impotencia y con una pose de rendición.

Tommy se había acercado a la ventana con una de las piedras verdes y la miraba a través de la luz natural. Fue instintivo, pero no efectivo. El día era oscuro y las nubes cubrían el cielo. Pete hizo lo mismo, cogió una de las piedras de color rojo y se acercó al gran ventanal del salón. Gatsby los miraba desde lejos sentado en un sillón, parecían niños jugando con algo nuevo. En ningún momento le pasó por la cabeza que esos trozos de cristal pudieran ser los diamantes y piedras preciosas de Franz Kafka, el misterioso individuo de quien le habían hablado, un hombre sin identidad que había dejado tras de sí un codiciado botín.

Las caras de Flor y Violeta eran distintas a las de los demás. Ellas habían identificado las piedras. No sabían nada de Franz Kafka, ni como encajaba ese hombre desconocido en su historia, pero comprendieron con angustia que esos

trozos de cristal eran las piedras del frío. Cuando Ivana entró en el salón, las dos estallaron en exclamaciones.

—Son las piedras del frío, ¿verdad? Necesito que me lo digas tú, Ivana.

—Sí. Lo son. Las piedras del frío. —Ivana miró la palma de la mano de su madre donde había algunas de ellas. Unos destellos brillantes escaparon de los cantos más pulidos de las piedras—. De esto quería hablarte antes. —Flor estaba abatida—. Papá las escondió en un caleidoscopio que hizo para mí. —Flor se desplomó en el sofá al lado de Violeta. Era como haber encontrado el arma del crimen. Por esas piedras habían matado a su marido. Unos trocitos de piedra cristalizada que le habían agrietado el corazón para siempre.

Ladislav no volvería, estaba sola, sintió frío, era como si acabara de enterrarlo. La pena la invadió, era la asunción de que no volvería a verlo nunca más. Flor depositó las piedras en la mesita contigua al sofá. No quería ni tocarlas. Violeta comprendió lo que le estaba sucediendo a Flor y la abrazó. Eliot se dispuso a limpiar la herida de la señora Lope con yodo, pero esperó hasta que Flor estuviera mejor.

—Esto es lo que busca la pelirroja —dijo Violeta con aprensión mirando a Ivana.

—Me temo que sí —constató ella—. Las hemos encontrado esta mañana. Ha sido Eliot, abrió el caleidoscopio y advirtió que lo que había dentro no eran meros cristales. Los demás escuchaban las palabras de las Mendel sin entender bien su significado, pero comprendían que no era un hecho casual que el americano llevara esas piedras en el bolsillo.

Pete se había alejado de la ventana y recogía las piedras del suelo y las depositaba en la mesita.

—¿Qué son las piedras del frío? —preguntó Tommy, que seguía en la ventana. Había cogido una piedra roja y la miraba. Un pequeño rayo de sol se escapó tras una nube y Tommy lo aprovechó para mirar a través. La piedra proyectó unos intensos reflejos de luz roja visibles desde lejos—. ¡Por Baco! ¡Esto es un rubí! —Se le aceleró el corazón y el pulso—. Ivana, ¿de dónde habéis sacado esto?

Al oír aquello Gatsby despertó de su aburrimiento y se acercó al grupo. Cogió una de las piedras y se acercó al ventanal.

—Las piedras del frío son los diamantes y otras piedras preciosas que Lenin dio a un político checo llamado Klement Gottwald durante la Segunda Guerra Mundial, cuando estuvo en la Unión Soviética. Después de la guerra trajo las piedras a Praga. Por alguna razón, mi padre sabía la historia de estos diamantes y los custodiaba. No sé nada más, excepto que él perdió la vida por tener en su poder estas piedras. —Ivana ya había hablado lo suficiente.

—Esta mañana quise arreglar el caleidoscopio, tenía una pequeña grieta, y me di cuenta de lo que realmente contenía. —Eliot casi había terminado de curar el brazo de Violeta, que ya no sangraba tanto.

Loreto entró en la habitación con una bandeja.

—Pero ¿qué es todo este alboroto? ¿Qué pasa? Os oigo desde la cocina.

No había dado ni dos pasos cuando, de repente, Loreto gritó y la bandeja cargada con el café, la tetera y las tazas se cayó al suelo. Todos la miraron, pero enseguida volvieron la cabeza para mirar donde ella había clavado los ojos. Y allí, al otro lado de la estancia, en el ventanal, había el rostro de una mujer pegado al cristal. Los labios y la nariz aplastados contra la ventana, deformados, y los ojos enajenados, llenos de ira, clavados en ellos. Su pelo mojado era como algas escurriéndose hacia el abismo y su cuerpo largo y delgado de babosa fue apareciendo poco a poco amilanando a todos los que estaban en el salón. La mujer era pelirroja y todos sabían lo que esto quería decir.

Era Gunila Nerulova, la mujer que buscaba la policía por el asesinato de Ladislav. Llevaba una pistola en la mano y la aplastó contra el cristal para que todos la vieran. El terror se apoderó de los presentes. Ella hizo señas a Gatsby, que estaba muy cerca del gran ventanal. Le ordenó a punta de pistola que abriera. Gatsby no titubeó y así lo hizo.

La mujer entró con facilidad en el salón y apuntó a todos con el arma. Estaba empapada y sucia de barro. Su cara estaba ennegrecida por el maquillaje de ojos que se había precipitado hacia abajo con la lluvia. Respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo. Les ordenó que se colocaran de pie a un lado del salón para controlarles mejor. Lo hizo a gritos, casi no la entendían, pero comprendieron sus intenciones. La señora Lope se levantó con dificultad, pero siguió a los demás. Gunila se sentó en el sofá que

había quedado vacío, siempre con la pistola en alto apuntándoles. Ni se dio cuenta de que tenía las piedras del frío en la mesita que había a su lado.

—Parece que hemos llegado al final del camino... —Los miraba con asco.

—Sé que tenéis las piedras porque he visto a uno de vosotros en la ventana jugando con un rubí...

Había visto a Tommy unos minutos antes. Por eso se había precipitado. Había encontrado lo que buscaba. Había valido la pena seguirles hasta allí. Y había tenido la suerte de su lado pues el videoportero que daba acceso a la finca se averió tras la entrada de Pete y el portón había quedado abierto de par en par. Pero a causa de la tupida lluvia que caía, nadie se había dado cuenta.

—No voy a haceros daño, solo quiero los diamantes. —Poco a poco recobraba el aliento. Miró a Flor con rabia—. Maldita entrometida. Si no fuera por ti, Ladislav estaría vivo y todo hubiera sido más fácil. Él, al final, hubiera cedido. Cuando uno tiene a seres queridos no se la juega. —Los músculos de su cara esbozaron una mueca de amargura y perversión.

—Tú, ¿dónde están los diamantes? —Gunila señaló a Tommy con el arma. Era a él a quien había visto en la ventana. Loreto sollozaba a su lado asustada, no podía evitarlo.

—Y tú, cállate. ¡Sois todos unos mierdas! —gritó con mezquindad mientras apuntaba a Loreto con el arma.

—¿Dónde están los diamantes?! —Otra vez se dirigió a Tommy a gritos.

Él le señaló la mesita que tenía a su lado. Gunila giró la cabeza hacia la derecha y vio las piedras de distintos tamaños y colores que había encima del mueble. Sin dejar de apuntarles cogió con la otra mano algunos diamantes. Había tanta ruindad en ella y tanta avaricia en su mirada que era inevitable dudar sobre lo que realmente significa la condición humana.

—Vosotros no entendéis nada. No sabéis nada. —Hablaba con voracidad y a gritos.

Dejó los diamantes en la mesa con las demás piedras preciosas y se puso de pie. Se notaba que no era la primera vez que las veía. Gunila Nerulova conocía las piedras del frío y su historia. Ni se preocupó en preguntar dónde las había escondido Ladislav, no le interesaba. Ella quería los diamantes y nada más.

—¿Quisiste matar a Flor para asustar a Ladislav pero no salió como esperabas? —Eliot quería hacer tiempo, confiaba en que Hansel no podía andar lejos y podría ayudarles. No habían oído ningún disparo y el arma de esa mujer no llevaba silenciador. Así que Eliot confiaba en que el policía estaba vivo y podría echarles una mano. Gunila miró a Eliot y le reconoció como el acompañante de la hija de Ladislav.

—Otro entrometido. Cállate, bocazas. En la sinagoga lograste escapar, pero no me cabrees porque te pego un tiro aquí mismo. —Miró a su alrededor. Vio una pequeña caja de marfil que tenían los Zizkov en el salón, la cogió y empezó a colocar las valiosas piedras, una a una, dentro de ella—. Sabía que alguno de vosotros las tenía, lo sabía, nunca me equivoco.

—Ladislav quería seguir como custodio de las piedras del frío, pero tú quisiste venderlas, por el dinero... —Ivana también intentó hacerla hablar.

—Tu padre era un idealista, un jodido idealista. Fue capaz de todo por mantener estas piedras juntas. —Miró a Ivana con perspicacia—. ¡Tu padre no era ningún santo! Hubo algunos políticos que sabían de las piedras y querían lo mismo que yo, que las entregara y las repartiera. Se habrían hecho ricos de la noche a la mañana. Pero él no, jodido terco. Aunque ahora casi mejor. Todas estas piedras van a ser para mí —dijo jactándose de su suerte—. Los hombres siempre hablan demasiado en las tabernas y después no se acuerdan de lo que han dicho. —Se rio estrepitosamente, quizá recordando cómo logró enterarse de la existencia de las piedras del frío.

Inesperadamente detrás de ella apareció Hansel, que había entrado por la puerta que daba al comedor. Estaba malherido, había recibido un golpe en la cabeza y sangraba. Apuntaba a Gunila con su arma.

—Deja la pistola en el suelo o disparo.

Ella se echó hacia atrás para controlar la situación. Cuando vio el estado de Hansel se burló de él. La sangre nublaba la vista del joven y el golpe en la cabeza lo había dejado aturdido.

—¿No ha sido suficiente el golpe con la pala? ¿Vienes a por más? — Gunila no vaciló y disparó a Hansel antes de que este pudiera reaccionar.

Todos se estremecieron ante la crueldad de esa mujer, quedaron horrorizados ante la escena que acababan de presenciar. Hansel cayó abatido. Todos temieron por sus vidas. Loreto empezó a chillar. Eliot se adelantó para

ayudarle. Ivana gritó para impedirselo y tiró de su jersey con fuerza, pero Eliot hizo caso omiso.

—Quédate donde estás o te pego un tiro a ti también.

—Soy médico. Deja que le ayude.

La pelirroja siguió metiendo las piedras preciosas en la caja.

—Te ruego que me dejes ayudarle.

Gunila echó un vistazo al cuerpo de Hansel, que estaba en el suelo boca abajo.

—Ya no puedes ayudarle. ¿Y tú eres médico? Está muerto, mírale, idiota.

Eliot no se paró, hizo ademán de ir hacia allí.

—Vuelve con los demás o disparo. —Le miró colérica y le apuntó a la cabeza—. En cuanto tenga mi cajita mágica lista, me vais a dar todos vuestros móviles. Del teléfono fijo ya me he encargado y vuestros coches tienen muchos problemas con las ruedas. —Gunila se puso seria—. De hecho, podéis empezar ahora mismo a dármelos. De uno a uno os vais acercando a la mesa y los dejáis aquí. Y tú, vaca estúpida, deja de gimotear —dijo colérica dirigiéndose a Loreto.

—Yo no tengo móvil. Tommy, dale el tuyo.

Tommy fue el primero en acercarse y dejar sobre la mesa el teléfono. Le siguieron Pete, Ivana y Gatsby. Cuando Flor se acercó para dejar el suyo la pelirroja le escupió en la cara.

—Mierda de mujer. ¿Cómo pudo un hombre como Ladislav fijarse en ti? Vieja estúpida.

Flor bajó la mirada y se limpió el escupido con la mano.

—¡Tú, la otra vieja, tu móvil!

—No, no llevo, no tengo móvil —respondió Violeta muy nerviosa.

Gunila se acercó a la chimenea y cogió el atizador de hierro. Con una mano les apuntaba con el arma y con la otra empezó a dar golpes a los móviles con el hierro y rompió todos los aparatos. El pánico se había apoderado de todos. Estaban ante una mujer fría y sin límites, capaz de cualquier cosa para salirse con la suya.

Desde el otro lado de la estancia vieron como Hansel se movía. El policía no estaba muerto, quizá el estruendo al romper los móviles lo había reanimado. Eliot no pudo evitarlo y corrió hacia él. Y Gunila disparó de

nuevo. Eliot cayó, le había dado en la cabeza. Hubo gritos e Ivana se desmoronó cayendo de rodillas al suelo.

La bala le había rozado la cabeza, pero no le había dado. Eliot quiso levantarse. La pelirroja le observaba dispuesta a disparar de nuevo sobre él. Ivana gritó.

—¡No!

Pero Eliot no pudo alzarse y cayó inconsciente al lado de Hansel. Ya no podía ayudarle.

—¿Hay algún otro héroe? —La pelirroja miró al resto del grupo con sorna. Como si esperara a que alguien más se atreviera a desafiarla y así tener el gusto de disparar una vez más—. ¿Tú a lo mejor? —Miró a Gatsby y al tenerlo delante vio que tenía una mano cerrada. Algo escondía en el puño.

—Abre la mano, cabrón.

Gatsby dudó unos segundos, pero al final la abrió. Todavía tenía en ella el diamante que había cogido para ver a través del ventanal.

—Un sinvergüenza entre gente tan fina. —Gunila chasqueó los dientes. Así que tú eres como yo, sabes lo que cuestan estas piedrecillas y querías quedarte una para ti. —Hizo una pausa—. ¡Pero son mías, hijo de puta, y nadie me las quitará! — Gunila le dio un fuerte golpe con la culata de su pistola y Gatsby perdió el equilibrio.

—Lo bueno de vivir en el campo es la tranquilidad. Aquí nadie nos oye. Puedo disparar el arma tantas veces como quiera y nadie va a venir en vuestra ayuda.

Aquello era el final y así lo veían todos. Ella tenía el arma y balas suficientes para acabar con todos ellos. ¿Los mataría? Ya tenía las valiosas piedras. ¿Por qué no se iba? Gunila se sentía poderosa, tenía los diamantes, era rica, se enardecía de sí misma, podía jugar con los demás. El dinero era su visado para hacer lo que quisiera. Así se veía, fuerte y heroica, ahora formaba parte de la horda del sistema.

¹⁰ Oscar Wilde (1854-1900).

Capítulo 27

Mil rutas se apartan del fin elegido pero hay una que llega a él.
Montaigne (1533-1592)

Sin embargo, la sensación de ser intocable duró poco. Tan poco como lo que dura la falta de miedo en la juventud. El furor de la locura, como el humo, se deshizo en nada.

Eliot y Hansel seguían en el suelo, inmóviles. La pelirroja le había abierto el labio Gatsby y sangraba. Los demás le ayudaron a incorporarse mientras ella revisó concienzudamente las manos y los bolsillos de todos. Tommy ya había devuelto el rubí que estuvo mirando a través del ventanal. Pero Pete no tuvo tanta suerte y se había metido en el bolsillo el diamante que examinaba cuando la mujer entró armada en el salón. Gunila lo encontró y Pete también recibió un fuerte golpe en la cara. El chico se desvaneció. Tommy estaba a su lado e intentó cogerle.

—Este mentecato no es de los míos. Es un gilipollas, un cobarde. Y tú, el encorbatado, déjale, no lo toques. —Tommy no la escuchó, pero Gunila tampoco se interesó más por él, ya que le vinieron encima otras preocupaciones.

A través del ventanal del salón vio y oyó las sirenas de los coches de policía. Rudolf Hus acababa de llegar con sus hombres. Por la mañana había sabido que la bala que mató a Ladislav provenía de la misma arma que mató al hombre sin identificar que encontraron en el cementerio. Se había pasado los últimos dos días haciendo preguntas a los talladores de diamantes, después de lo cual había decidido llamar a casa de los Zizkov para hablar con las Mendel. Cuando vio que había caído la línea de teléfono y que Hansel no respondía a sus llamadas comprendió que algo iba mal. Se apresuró a reunir unos policías y se dirigieron a la casa.

Encontraron el portón de la propiedad abierto de par en par y al acercarse a la vivienda vieron como el resto de los coches que estaban en la finca tenían

las ruedas pinchadas excepto uno, que debía de ser el de Gunila Nerulova. El detective jefe ordenó a sus hombres que tomaran posiciones alrededor de la finca. El primero que llegó a la altura de la ventana del salón hizo señales a los demás. Les indicó que estaban todos allí y que la pelirroja llevaba un arma. Otro policía encontró una pala con restos de sangre y se la entregó a él para que la examinara. El detective comprendió la gravedad de la situación.

Hizo señas al policía que estaba apostado en la ventana del salón. Este dejó su posición y se acercó a su jefe.

—¿Cuántos son ahí dentro?

—Están ella y un grupo de siete personas —respondió él.

—Deberían ser ocho... eso es lo que nos dijo Hansel por la mañana...

—¿Dónde los tiene?

—A la derecha, de pie, todos parecen estar bien excepto uno que está en el suelo y otro con el labio roto.

—¿Y a Hansel, lo has visto?

—No, señor. No está. —El detective miró la pala ensangrentada que habían encontrado a unos metros de la entrada.

—Seguid buscando con sigilo. Hay que entrar en la casa sin alarmlarla. Sabe que estamos aquí y seguro que está nerviosa, pero no hay que provocar ningún enfrentamiento que pudiera poner en peligro la vida de las personas que ha retenido. De todas formas, hay que llamar a una ambulancia y a los servicios de urgencia, me temo que vamos a necesitarles.

Mientras hablaban vieron cómo Flor cerraba el gran ventanal del salón bajo las órdenes de Gunila. Acto seguido cerró también las cortinas. La policía ya no podía ver lo que sucedía dentro de la casa.

Flor volvió con los demás. Todos habían oído las sirenas y sabían que no estaban solos, pero allí en el suelo estaban Hansel y Eliot. Si seguían con vida, no había tiempo que perder. La pelirroja sujetaba con fuerza arrolladora la caja de marfil que contenía los diamantes y las piedras preciosas. Estaba acalorada, pero no mostraba preocupación en su rostro. Posiblemente porque sabía que tenía en sus manos la vida de todos ellos y la policía no correría ningún riesgo.

—Vamos a movernos. ¿Hay alguna habitación que no tenga ventana? Tú, contesta. —Ivana miró a Tommy.

—La biblioteca. Es la única habitación de esta planta que no tiene ventanas.

—Pues en marcha. Todos a la biblioteca. Tú, listo, el de la corbata, tú irás el primero.

—¿Y Eliot y Hansel? —preguntó Ivana.

—Tú sigue a los demás y olvídate de esos dos.

Salieron del salón y a punta de pistola cruzaron a oscuras el vestíbulo. Tommy abrió la puerta que daba a la biblioteca. Encendió la luz y fueron pasando uno a uno empujados por la pelirroja. Pete se había recobrado, pero todo aquello le sobrepasaba y tenía un lado de la cara entumecido y rígido del golpe que había recibido. Ivana le agarraba del brazo y le hacía seguir adelante. Flor y Violeta vivían todo aquello con sumisión pero esperanzadas de que la policía les ayudaría. Tommy suplicaba a su mujer que se calmara y Gatsby se tocaba el labio una y otra vez para comprobar los daños sufridos.

Gunila examinó la habitación. Efectivamente, no había ninguna ventana. La biblioteca era una estancia cuadrada con estanterías de libros por todas partes y en el centro, una mesa redonda con unas sillas y una poltrona en una esquina. La pelirroja se sintió más segura, solo tenía que vigilar la puerta de entrada a la biblioteca. Sabía que aquella solución era temporal, pero quería tiempo para pensar. Tommy e Ivana no habían podido hablar entre ellos, pero los dos vieron una posibilidad de escapar.

—Flor... —susurró Violeta a su amiga—. ¿Has podido ver a la policía? ¿Cuántos eran?

—Dos coches, he visto al detective jefe.

Todos pudieron oírla.

—¡Nada de cuchichear!

—Tú puedes escapar. —Ivana dirigió su mirada a la pelirroja—. Hay una manera.

—¡Habla! —respondió escuetamente agitando la pistola unos pocos centímetros delante de ella.

—La casa tiene un pasadizo secreto. —Ivana miró a Tommy. Este asintió con la cabeza y continuó.

—Es un pasadizo que va de la alacena de la cocina a una zona del jardín muy próxima a la entrada principal. —A Gunila se le aceleró el corazón.

—¿La policía sabe que existe?

—No, no. La policía nunca ha estado en mi casa. Es un pasadizo antiguo.

Sabía que no podía perder tiempo. No tardarían en entrar en la propiedad. Miró a Ivana con recelo; esta comprendió que se estaba preguntando por qué la ayudaba.

—No te estoy ayudando. Lo que quiero es que te vayas. Ya tienes lo que viniste a buscar. Nosotros somos una carga y Eliot y ese policía están en el salón desangrándose. Necesitan auxilio.

Tenía que actuar muy rápido.

—Pues tú vente conmigo. Los demás os quedaréis aquí encerrados —dijo apuntando a Ivana.

—Vengo yo contigo. Soy el que conozco mejor la casa. —Tommy miró a Ivana en busca de algo que le indicara que sabía lo que tenía que hacer si él se iba con la pelirroja.

Ivana le alargó la mano y se la apretó con fuerza. Era su manera de asegurarse que sabía lo que debía hacer. Después abrazó a su esposa y algo le dijo al oído. Loreto seguía asustada y temía por la vida de su marido.

—Dejaos de despedidas y en marcha. —La pelirroja los miró con petulancia antes de irse, como quien tiene ganas de dar una patada a un perro y no se la da para sentirse grande y magnánimo. Ella y Tommy salieron de la biblioteca. Todos los que se quedaron oyeron las dos vueltas que dio la llave dejándoles encerrados en la habitación. Ivana esperó unos segundos y cuando estuvo segura de que ya habían cruzado el vestíbulo se acercó a una de las estanterías y empezó a tirar libros al suelo. Gatsby hizo lo mismo. Los demás los miraban extrañados excepto Loreto.

—La librería tiene una puerta secreta. Nos la enseñó por la mañana Tommy. Loreto, tú tienes que saber cómo se abre.

—No lo sé. No lo sé. Es un juego entre yo y Tommy, nunca le molesto cuando entra en su estudio. No sabría cómo entrar...

Gatsby e Ivana seguían tirando libros de donde recordaban que Tommy les había dicho que estaba. De pronto ella cogió uno que no cedió y se quedó en la estantería, era el resorte de abertura.

—¡Lo encontré! —Ivana intentó de nuevo tirar el libro y le fue imposible. Lo empujó hacia dentro y la puerta se abrió.

—Pasad a esta habitación rápido. —Todos entraron y encendieron la luz. Gatsby se encargó de cerrar la puerta tras ellos e Ivana se dirigió a la ventana y la abrió.

Los policías enseguida se dieron cuenta del foco de luz en una de las ventanas y se dirigieron hacia allí armados. Ivana les gritó y les explicó escuetamente lo sucedido y les informó de que Tommy y Gunila Nerulova iban hacia el pasadizo.

Ellos fueron saliendo uno a uno por la ventana con la ayuda de los policías. Mientras esto sucedía oyeron un tiro que procedía del lado de la casa donde estaba la cocina. Todos se estremecieron y Loreto temió por la vida de Tommy. Un instante después se oyó otro disparo. Hubo unos gritos. Ivana echó a correr hacia allí.

Un policía intentó detenerla, pero no tuvo suerte. Más adelante otro intentó hacer lo mismo, pero ella siguió imparable en dirección a la puerta de la cocina que daba al exterior. Habían colocado focos iluminando esa parte del jardín y la puerta que daba a la cocina estaba abierta de par en par. Ella entró y en la cocina estaba Tommy sentado en una silla con un policía al lado. No había rastro de la pelirroja. Siguió hacia el comedor y allí estaba Gunila con una herida de bala, apoyada en la pared, sangrando por la boca y las orejas, pero aún con vida. Un policía la custodiaba y la había desarmado. Todavía tenía cogida con las manos la caja de marfil con el valioso botín.

Ivana siguió adelante hacia el salón, tenía el corazón en un puño, allí se encontró al detective jefe hablando por teléfono y a dos policías que quisieron detenerla, pero ella iba en busca de Eliot y no pararía hasta encontrarlo. Miró a Hansel, que estaba en el mismo sitio donde cayó cuando le disparó Gunila. Pero Eliot no estaba allí; siguió su búsqueda frenética hasta que por fin lo encontró. Estaba apostado al lado de la chimenea con una pistola en la mano. Él había disparado a Gunila con el arma del policía. Aunque estaba malherido, cuando Eliot los vio cruzar el salón en dirección a la cocina, sacó fuerzas de la nada para acercarse a Hansel, coger su arma reglamentaria y disparar a esa maldita mujer. Se la jugó porque el disparo que le había rasgado la cabeza lo había dejado en un estado de semiinconsciencia y sus reflejos no eran buenos.

El segundo disparo que todos oyeron lo hizo ella e iba dirigido a Eliot, pero consiguió evitar el impacto con un atropellado movimiento que le salvó la vida.

Ivana le abrazó y le besó. Tenía la cabeza ensangrentada y una brecha que a ella le sobrecogió. Eliot estaba confundido y tenía la mirada perdida. Desde que le había conocido solo había hecho que darle problemas a ese hombre. Temía por la vida de él, pero también temía que la dejara, que pensara que estar con ella era demasiado arriesgado y peligroso. Demasiado complicado.

—Creo que necesito un médico.

—Crees bien.

—¿Y los demás?

—Todos bien. —Los dos miraron a Hansel—. No te preocupes. Puedo oír la ambulancia, estará entrando en la finca. —Ivana se levantó y se acercó al cuerpo del policía.

—Mejor que no lo muevas.

—Respira, Eliot, tiene pulso, está vivo. —Eliot exhaló profundamente, sintió alivio al saberlo.

—No me dejes. —Eliot estiró el brazo buscándola. Ella se acercó de nuevo a él y se sentó a su lado.

—No te dejaré. —Le cogió de la mano y, unidos, asistieron al ir y venir de policías y personal médico. Los servicios de emergencia se ocuparon de los heridos y el detective jefe y su equipo convirtieron la casa en un tablero de juego donde había que trazar con exactitud las jugadas que se habían producido hasta ese momento.

Capítulo 28

A partir de cierto punto en adelante no hay regreso, es el punto que hay que alcanzar.

Franz Kafka (1883-1924)

Rusia es un gran productor de diamantes, en realidad, este país es la mayor fuente de diamantes del planeta. Los yacimientos más importantes están entre la región de Krasnoyarsk y Yakutia, muy cerca del Círculo Polar Ártico. El yacimiento de Popigai está dentro de esta zona y es uno de los más grandes. Se formó tras el impacto de un gran meteorito en la Tierra hace 35 millones de años y los diamantes que salen del cráter que se formó son dos veces más duros de lo normal.

Esta información se mantuvo en secreto durante muchos años. Se dice que las primeras noticias sobre estos yacimientos son de la década de los sesenta, pero hasta ahora no se había hecho público.

Sin embargo, después del hallazgo de las piedras del frío en Praga, la historia cambió. Parece ser que estos yacimientos ya eran conocidos por el célebre líder comunista Lenin, puesto que todos los diamantes que este dio al político checo Klement Gottwald, terminada la Segunda Guerra Mundial, provenían de esta zona de Siberia tan rica en diamantes. Los expertos identificaron enseguida el origen de las piedras y, efectivamente, todas las piedras del frío provenían de territorio ruso. Los diamantes azules eran de los yacimientos siberianos y los rubíes, esmeraldas y aguamarinas habían sido arrancadas de los montes de los Urales, concretamente de la región de Ekaterimburgo. Los yacimientos de los Urales son de esmeraldas de gran calidad, piedras cristalinas y de colores sorprendentes. Estas montañas han alimentado muchos cuentos de hadas y leyendas locales y sin saberlo habían dado lugar a otra leyenda a miles de kilómetros de distancia.

Las piedras del frío habían estado muchos años dormidas, cubiertas de misterio, ocultadas por un puñado de políticos. Ahora estaban a punto de dejar de ser una leyenda y se convertirían en historia. El alcalde de Praga tenía la

misión de hacer público el hallazgo esa misma tarde. No las exhibirían en un museo sino en la Casa Municipal, bajo el fresco de la alegoría de la vigilancia de Mucha. Toda la historia tenía una envoltura política y Ladislav Mendel dio su vida por preservar íntegro ese tesoro nacional, ese conjunto de diamantes y piedras preciosas que pertenecían a todo un país y que formarían parte de su historia para siempre. Si alguien osaba preguntar por qué habían estado tantos años escondidas, por qué Ladislav no las había entregado antes, no hallaría más que silencio.

Solo había tres mujeres que sabían algo más. Sabían que la sombra de Ladislav era mucho más alargada de lo que podían admitir. Pero callaron. Tenían sus razones. Que cada uno que piense lo que habría hecho en su lugar.

Ivana solo ayudó al alcalde a escoger el sitio dónde exponer las piedras del frío. Uno puede sacar sus propias conclusiones. La duda es hasta dónde llegó Ladislav como centinela de esas piedras. Hasta dónde llegó él para mantener el control sobre ellas, dónde está el límite. Cuándo hay que parar la vigilancia. ¿Es el límite la mentira, la violencia, la integridad?

La policía había cerrado el caso. Hansel se recuperaba en el hospital y con buen pronóstico. Gunila Nerulova no tuvo tanta estrella y murió unas horas después de ser hospitalizada sin posibilidad de ser interrogada. En los informes policiales ella mató a Ladislav y al desconocido Franz Kafka. El detective jefe lamentaba que no pudieran identificarle, pero conjeturaron que era un allegado de Gunila y conocedor de la existencia de las piedras del frío.

En el informe se explicaba la leyenda que acompañaba a esas piedras y la peripecia de algunos políticos para protegerlas de los intereses privados. Ladislav Mendel fue el último político custodio de las piedras. Rudolf Hus relató en el informe cómo el desconocido Kafka y Gunila Nerulova idearon un plan para apoderarse de las piedras y venderlas. Seguramente pensaron que lo mejor era tallarlas antes para que la venta fuera más rápida y lucrativa. Pero algo fue mal. Quizá Franz Kafka temió por su vida, vio que la pelirroja quería las piedras solo para ella. Quizá Ladislav habló con él y le convenció para que se las devolviera y siguieran custodiándolas para próximas generaciones. El hecho es que Ladislav se hizo con las piedras otra vez y decidió esconderlas en un lugar insólito dónde estaba seguro de que nadie podría encontrarlas: el caleidoscopio.

El detective estaba satisfecho con el resultado final. Sobre todo porque habían encontrado esas misteriosas piedras. Además de su valor económico, eran un inestimable objeto de la historia. El alcalde y el mismo presidente del país le habían llamado por teléfono y felicitado por su trabajo.

Mientras todo esto sucedía, en otra parte de la ciudad, en la ribera del río Moldava y sin pisar tierra firme, había un corrillo de amigos:

—Eres una petunia, Flor —dijo Tycho Brache mientras se recolocaba su gorra de capitán.

—Déjate de chiquilladas. —Su boca decía eso, pero los grandes ojos azules de Flor y su coqueto pelo rubio decían lo contrario. Le encantaba que ese hombre la encandilara con frases manidas y tontas como si fuera una jovencita.

—Aprovecha ahora, Tycho. —Violeta les hablaba con sorna. La suerte la había acompañado durante esos últimos días en la ciudad y no había sufrido ningún otro accidente. Ya no cojeaba, solo llevaba la mano vendada y el collarín—. Aprovecha, lobo de río, porque en unos días me la llevo de vacaciones a los Pirineos y durante unas semanas tu ninfa estará lejos.

Esa misma mañana Violeta había hablado con Cordelia para saber cómo iban las cosas en su hotel. Tenían mucho trabajo y la estaban esperando. Estaban asimilando, poco a poco, que en unos meses iban a ser padres. Le comentaron que habían vaciado un cajón del armario de su dormitorio y que esa sería la cuna del bebé. Ella le dijo que le estaba haciendo un traje de ¿tomate?, con su gorro rojo y talluelo verde arriba. Nunca sabía si hablaban en serio. Esos dos le recordaban algo a Tycho y Flor. La señora Lope los miró bromeando en la cubierta del barco. Formaban una curiosa pareja y podía funcionar. Quién sabe lo que les deparaba el futuro.

Abrigados como esquimales, el corrillo de amigos navegaba por el río Moldava sobre el *bateau mouche* turístico del capitán Brache. Todos estaban sentados en la proa del barco. Flor, Violeta, Ivana, Eliot, Pete, Moses y Vaclav, los vidrieros, y Tommy y Loreto. Gatsby se había recuperado del golpe en el labio, pero pasó de la excursión en una bañera y en pleno invierno. Según él, tenía mejores cosas que hacer. Ivana había tomado la decisión en firme de no revelarle su paternidad. Seguro que él se lo agradecería si

podiera, porque algo así truncaría para siempre su imagen y su razón de existir.

Tycho había decorado el barco con luces navideñas de colores que parpadeaban sin cesar. En vez de villancicos escuchaban música que había traído Pete. El joven ayudante de Ivana también había pasado página. Tenía un lado de la cara amoratado, pero ya no le dolía y estaba en cubierta bailoteando y con un vasito del explosivo licor del capitán del barco. Su jefe Tommy y Loreto estaban sentados y abrazados como dos turistas en una góndola veneciana. Ella iba muy elegante con una chaqueta peluda y un gorro a juego de piel artificial, y lo dejó muy claro a todos, era piel artificial, pero de la mejor calidad.

Ya se había acostumbrado a su nuevo pelo rizado y los demás también. Ella y su marido siempre habían estado muy unidos, pero lo que les había tocado vivir en su propia casa unos días atrás, el sentirse tan cerca de la muerte, seguramente transformaría su futuro. Surgieron pensamientos que los llevaron más allá de ellos como pareja, la necesidad de ofrecer algo más allá de lo profesional. Nada concreto todavía.

Unos asientos más atrás estaban sentados Moses y Vaclav. Frente a ellos tenían a Ivana y a Eliot.

—Así que creéis que esta es la llave que abre la caja —dijo Moses mirando la pequeña llave que Ivana tenía en la mano. Frente a ellos había una mesa y sobre ella descansaba la caja roja de madera que Ladislav había dejado en el taller de los artesanos.

Cuando se les ocurrió organizar la excursión en barco, Eliot quiso invitarles e Ivana les llamó. De paso les pidió que trajeran la caja cerrada que su padre guardaba en el taller. Era grande, algo destartada y tenía el cerramiento típico de los muebles antiguos.

Eliot no miraba hacia la mesa sino a la imponente eslava que tenía al lado. No sabía a quién dar gracias por haber dado con ella, pero con toda seguridad era la mujer que le acompañaría a partir de ese momento. Ivana era la mujer de su vida. A Eliot le habían dado el alta del hospital, pero aún no estaba recuperado. A veces tenía la sensación de flotar, de estar dentro de una nube y perdía el equilibrio. La bala le había rozado el cerebro, llevaba la cabeza vendada y cubierta con uno de sus gorros de lana. En definitiva, no estaba en

situación de acometer más heroicidades. Aunque nunca se sabe, a lado de una mujer como Ivana todo tenía otro tamiz.

—¡Abridla vosotros, garbanzos! —Ivana les tendió la llave que Ladislav había dejado a Tycho antes de morir y que suponían que abriría la caja roja. Lo dijo con firmeza, no quería discutirlo, estaba nerviosa.

—Vamos allá —dijo Vaclav.

La llave encajó y con una sola vuelta la tapa de la caja cedió. Dentro estaba lleno de objetos de vidrio, cada uno llevaba una pequeña cartulina atada con el nombre del destinatario. Ivana se emocionó. Eran los regalos de Navidad que su padre había estado preparando para ellos. Todos se acercaron. Había un obsequio para Tycho, con un referente marino; un pequeño vitral con una hermosa flor, para Flor, y un joyero de cristal para su hija. En el fondo de la caja había una botella de *whisky escocés single malted* para Moses y Vaclav. Incluso había un regalo para Eliot, el aprendiz de Moses y Vaclav. Nunca habían coincidido en el taller, pero los vidrieros le hablaban de él. Era una pieza de ajedrez de cristal, el caballo. Sin saberlo, hizo un regalo al hombre que estaría al lado de su hija en el futuro.

Esos no eran los únicos regalos. Había dos más y muy valiosos. Los llevaba Eliot en el bolsillo de la chaqueta. Eran los dos diamantes azules que se le cayeron en su casa cuando abrió por primera vez el caleidoscopio. Con el disparo y la herida se había olvidado por completo de aquello. Pero esa mañana se había pasado horas buscando las dos piedras. Eran dos diamantes azules preciosos. Nadie sabía de ellos excepto él y tenía muy claro cuál era el destino de esas dos piedras del frío. Serían para dos seres que todavía no habían nacido, para otra generación. Uno de ellos sería para el bebé que esperaba la joven pareja de las montañas de los Pirineos y el otro sería para el hijo de Ivana, que sería el custodio de una historia familiar con claros y oscuros. Él decidiría qué salvaguardar.

Pete vio que todos se ponían lacrimosos y lo impidió. No era el momento, subió la música del barco crucero y trajo a la mesa la botella de licor del capitán. Llenó los vasos de todos y después de brindar dieron rienda suelta a la nueva etapa de sus vidas que acababa de comenzar.

Fin